

Tierras de niebla y miel

Marta
Abelló



Un secreto familiar. Un crimen profetizado.
Una historia de coraje y destino.

Índice

Portada	
Sinopsis	
Portadilla	
Dedicatoria	
Cita	
I	
1	
2	
3	
4	
5	
II	
1	
2	
3	
III	
1	
2	
3	
4	
5	
IV	
1	
2	
3	
V	
1	
2	
VI	
1	
VII	

1

2

3

4

5

VIII

1

2

IX

1

2

3

X

1

2

3

XI

1

2

3

4

XII

1

XIII

1

2

3

XIV

1

2

3

4

XV

1

2

3

4

XVI

1

2

3

XVII

1

2

3

4

XVIII

1

2

3

4

XIX

1

2

3

4

XX

1

2

XXI

1

2

3

4

5

6

7

XXII

1

2

3

4

5

6

XXIII

1

2

3

4

5

6

7

XXIV

1

2

3

4

5

XXV

1

2

3

XXVI

1

2

3

4

5

6

7

8

XXVII

1

2

3

4

5

6

7

8

9

XXVIII

1

2

3
4
5
6
7
8
9

XXIX

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11

XXX

1
2
3
4
5

XXXI

1
2
3
4

XXXII

1
2
3
4
5
6
7

8

9

10

11

12

13

14

XXXIII

1

2

3

4

XXXIV

1

2

3

4

5

XXXV

1

2

3

XXXVI

NOTA DE LA AUTORA

AGRADECIMIENTOS

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Sinopsis

Año 1899. La joven Martina de Icaza regresa a su Cádiz natal huyendo de un matrimonio fracasado. Pero al desembarcar descubre que se ha quedado huérfana y sin hogar.

Desamparada, tiene que trabajar como sirvienta en la humilde pensión de su tía Balbina, hasta que un buen día su prima Candela desaparece.

A partir de entonces, Martina se ve envuelta en una trama de intrigas, aventuras, crímenes y pasiones que la lleva a adentrarse en la Casa Baena, una imponente mansión malagueña llena de secretos y misterios.

TIERRAS DE NIEBLA Y MIEL

Marta Abelló



Para Enid Blyton, que me dio alas

En cierta medida, Dios nos ha concedido el don de labrarnos nuestro propio destino.

CHARLOTTE BRONTË

Porque en rosas y miel se abrió mi cuna
mintió sonrisa eterna la fortuna.
Todo se mudó, al fin,
como se mudan la onda,
el viento,
la mujer,
la luna.

FRANZ TAMAYO

I
DESTINO

Océano Atlántico, marzo de 1899

Decidió marcharse el día del eclipse, bajo el influjo de la luna roja. Compró un nombre falso, fingió su muerte y con el miedo en las entrañas huyó de Nueva Orleans. A sus veintitrés años y quebrando su destino, Martina de Icaza regresaba a Cádiz.

La bocina del vapor Montevideo atronó sobre las aguas del Atlántico, tintadas de púrpura al atardecer. La joven, vestida de seda negra y tafetán, aferró con sus manos enguantadas la barandilla de popa. Se sintió observada, sin más certeza que su instinto. Solo estaban ella y aquel mar de duelo dibujando una frágil línea entre el pasado y el futuro.

—Señorita... ¡Si está lloviendo! ¿Qué hace aquí? —Erlinda, su doncella mulata, surgió de entre las sombras y luces de la cubierta de botes—. Ya le he planchado el vestido para la cena. ¡Llevo horas buscándola!

La cotidianeidad ahuyentó su desazón. Toda la audacia mostrada en la huida desaparecía al recordar los dedos fríos de Conrado sobre su cuello, la traición, el infierno.

Sujetó las cintas de su capota de crespón que el viento pretendía arrebatarse y se apresuró hacia las escotillas que conducían a los camarotes de segunda clase.

—¡Ay, señorita! ¡Dígame que no estoy beoda! —El buque escoraba a estribor haciéndoles perder pie.

Huérfana y criada en uno de los hospicios católicos de Nueva Orleans, Erlinda solía contar que las monjitas la encontraron hacia dieciocho años junto a un tonel de miel de caña del muelle y que por eso su piel tomó el color del mar Caribe. Martina siempre prefirió su compañía a la de otras sirvientas y ahora era su ancla para no desfallecer ante el humillante regreso a la casa familiar. La osadía de abandonar a Conrado traería consecuencias: quizás su padre quisiera obligarla a volver o internarla en un convento; quizás su madre intercediera para evitarlo.

El final de la alfombra de arabescos del pasillo de camarotes les anunció que habían llegado al 201, uno interior de cuatro literas situado en popa que compartiría durante los dieciséis días de travesía con las hermanas Williams, dos viajeras neozelandesas que habían embarcado en La Habana.

Las vibraciones de los motores y los gemidos del buque, más perceptibles en la madrugada, le

daban noches insomnes, pero era lo que había podido pagar. Su partida a América fue en una lujosa suite de primera, con vientos a favor durante la travesía y cenas con aristócratas y estrellas del canto; su vuelta, en un oscuro camarote de segunda y el mar enfurecido. Aun así, contaba con un colchón confortable, lavamanos con agua fría y caliente y un timbre eléctrico para llamar al servicio. La libertad no necesitaba ostentación ni toallas de algodón egipcio.

Palpó la limosnera que llevaba a la cintura, allí donde guardaba la cédula de identidad falsa que la identificaba como Catalina Valdivia, viuda, residente en Sevilla. Una máscara para protegerse ante preguntas incómodas. Quisiera Dios que su esposo no descubriera su treta, pero, si lo hacía, aquella cédula despistaría sus pesquisas. Apenas le quedaban unos dólares de plata tras el pago de los pasajes y volvió a contarlos uno a uno, como quien custodia un tesoro.

Descorrió la cortina de su litera y se sentó en ella sujetando entre sus manos la novela que había tomado prestada de la biblioteca del barco, *Juana Eyre*. Acarició la portada color sepia y la abrió por una de las páginas doblada en la esquina superior: «En cierta medida, Dios nos ha concedido el don de labrarnos nuestro propio destino...». Suspiró. Ya no creía en hados ni predestinaciones. Solo en causas y efectos.

—¡Hoy ha caído un hombre por la borda, señorita! —Erlinda se santiguó descolgando del armario un vestido de crepé y muselina negra mientras le daba su parte del día—: Y dos soldados de Cuba están en la enfermería de infecciosos y...

Con el rizador de pelo en la mano, Erlinda parloteaba apremiándola a asearse y vestirse. Señaló con desdén el desorden en las camas de sus compañeras de camarote.

—Son de la mala vida, que se lo digo yo —dijo enrollando un mechón en el tubo caliente—. Dos mujeres que andan más cerca de los cuarenta que de los treinta, que viajan solas y no usan corsé... Y huelen a jazmín, ¡como las prostitutas de Nueva Orleans!

Martina cabeceó riendo:

—Son intelectuales, Erlinda. Mujeres listas que viajan por el mundo.

Indiferente a las vidas y cuitas de sus pasajeros, el veloz vapor de la Compañía Trasatlántica surcaba el océano a catorce nudos. Bajo los truenos que rugían impasibles, enfrentó la intensa lluvia que comenzó a azotar sus tres cubiertas.

Erlinda salió hacia el comedor de tercera con los emigrantes y sirvientes. Martina hacia el de segunda, donde compartía mesa con las Williams y una familia de Barcelona. Los zapatos le apretaban como si quisieran detener sus pasos; más aún cuando creyó oír la risa de Conrado dentro de un camarote y ver su rostro en un camarero de piso que la saludó al pasar.

Se dio prisa en las escaleras que conducían al comedor y se detuvo ante las puertas batientes, tras el trajín de platos y voces confusas. Rebuscó en su bolso de mano un botecito de sales y aspiró para recuperar el valor, el mismo que la había sacado del vacío. El buque chirrió, inclinándose a babor, y se sujetó a la barandilla metálica, paralizada por el vértigo en su estómago

al imaginar la furia de Conrado exigiendo que buscaran su cuerpo en el Misisipi, blasfemando ante la escueta nota en la que Martina anunciaba su decisión de terminar con todo.

El lamento del Montevideo atravesando la tormenta la llevó de regreso a su huida por las calles heladas de Nueva Orleans, aterrada porque había llegado la hora. Tuvo que retrasar sus primeros planes a causa de la extraordinaria ventisca helada que azotó la ciudad: en sesenta años no se había visto temporal igual. El día de San Valentín se alcanzaron los catorce grados bajo cero y ocho centímetros de nieve cubrieron las calles en un atípico Mardi Gras. La flota quedó amarrada a puerto y su evasión quedó truncada: los vapores corrían el riesgo de sufrir averías en su maquinaria por los pequeños icebergs desprendidos de un Misisipi congelado desde su cabecera hasta el golfo de México. Todos los estados de la Unión sufrieron lo que las crónicas llamaron la Gran Ola de Frío, que llevó a Minnesota a alcanzar los cincuenta y nueve grados bajo cero.

Todo se heló, como su propia vida.

Su exultante llegada a aquella hermosa casa de la calle Bourbon, un edificio de ladrillo español, altos techos y grandes ventanales como bocas de fiera, pronto quedó eclipsada por el carácter voluble y colérico de Conrado Lefebvre, por sus escapadas a los antros de Baton Rouge. La paz en el hogar se mantenía con regalos y promesas, con arrepentimientos que para Martina eran falsas monedas.

Tal vez se hubiera resignado con alguna migaja de amor; tal vez hubiera acatado el consejo del padre François de no reprender sus faltas, de asumir las propias, de olvidar la posibilidad de un divorcio que la condenaría por siempre. Pero cuando apareció aquel hombre en sus vidas, cuando resquebrajó la vida de Martina como un espejo, de parte a parte, decidió abandonar aquel infierno, así se congelara como Nueva Orleans. Y huyó para esconder la pena y la humillación, para liberarse de un secreto que a nadie podría revelar jamás.

El padre de Martina, que tras la boda aún andaba por los cafés de Cádiz pavoneándose del buen matrimonio de su hija, que emparentaba a los de Icaza con los Lefebvre de Jerez, le había asegurado una vida fácil, prestigio, riqueza y buenas amistades con lo más granado de la sociedad española y francesa en Nueva Orleans. Demetrio de Icaza no contó con que su buena fortuna, leída en sus manos por una gitana en el parque Genovés, se desmontaría como un castillo de naipes.

Y ante el fuego de la sala, con el frío rodeando aquella casa que sentía prisión, esperó librando la batalla entre lo correcto y lo osado hasta que la aguja pinchó su índice manchando su labor con una pequeña perla carmesí. Se la entregó a Mammy Dorothea para que la limpiara y contó con los dedos los diez días que ya habían pasado desde la partida de Erlinda. La doncella, que se había despedido para seguir a Martina en su huida, la esperaba en una pensión cercana al puerto donde trabajaba una de sus antiguas compañeras del hospicio. Sus contactos con buscavidas le permitieron vender su sortija de esponsales, disponer un baúl con ropa y enseres para el viaje y conseguir una nueva cédula de identidad que eliminara piedras de su camino.

Conrado apenas reparó en la ausencia de Erlinda. Cuando Mammy Dorothea le informó, esputó

en la fina escupidera de porcelana de la sala y pensó que la servidumbre era desagradecida por naturaleza. Aquella mulata seguro que se había encaprichado de algún marinero de su tierra.

«Busca otra doncella para mi esposa —le pidió sin levantar la vista del periódico—. Una blanca y confiable, por el amor de Dios.»

Los hielos remitieron, al fin. El termómetro escaló posiciones y el sol reinó de nuevo sobre la Ciudad del Cuarto Creciente. La madrugada en que Conrado partió a Baton Rouge, Martina dejó en su despacho una carta de despedida y subió a la buhardilla a por la limosnera donde guardaba el dinero para los pasajes. Se anudó al cuello una capa oscura, se cubrió con la capucha y salió por la puerta trasera abandonando aquella casa de la calle Bourbon que nunca fue hogar. Los visillos de la ventana de la cocina se entreabrieron para mostrar el rostro sonriente de Mammy Dorothea. Palpaba en el bolsillo de su delantal los diez dólares en billetes nuevos con los que el señor Lefebvre había comprado su lealtad.

La criada salió en busca de uno de los pilluelos del barrio que dormitaban junto a los cubos de basura. Agitó ante él un billete y le ordenó seguir a Martina, que sorteaba aprisa los montones de nieve en las aceras. Cuando la alcanzó en el embarcadero frente a la catedral, vio cómo lanzaba jirones de ropa junto a las gradas de madera que desaparecían en las aguas revueltas y pardas del Misisipi. La perdió de vista tras el alboroto de un grupo de estibadores, pero después, y siguiendo las señas de sus compinches, la vio entrar en una pensión de mala muerte y salir vestida de luto.

Embarcaron en el primer buque que aquel día partía hacia La Habana, y así se lo contó a Mammy Dorothea, quien le dio un pedazo de pan caliente y el billete de dólar prometido. Después, con su letra torpe y redonda, la fiel criada escribió un mensaje al señor Lefebvre.

Desde la pasarela del Montevideo, Martina maldijo los días pasados en aquella ciudad. Regresó a España sin saber que Mammy Dorothea, de sangre de esclavos haitianos, colocó en su limosnera una pizca de tierra de cementerio. Para que el infortunio la siguiera allí donde fuera; por ingrata, por aquella afrenta al señor.

Los camareros sirvieron más jamón a la parrilla a petición de las hermanas Williams. El ganado de entrepuentes proveía de carne y leche fresca a los pasajeros, y ellas lo disfrutaban comiendo a dos carrillos junto a Martina y la familia Agramunt, con quienes compartían mesa. Sus estafalarios sombreros de plumas coloridas y pájaros disecados acentuaban los paneles con marcos blancos del comedor de segunda clase.

—*Superb!* —Las Williams apuraron sus copas de vino alzándolas en el aire, riendo como dos gallinas cluecas. Solteras y con sueños por cumplir, cargaban en su equipaje con una Underwood que recogía los poemas de Janet y decenas de libros adquiridos en cada escala por Jackie: pequeños mundos con los que ampliar horizontes antes de retornar a la hacienda de su familia en Nueva Zelanda—. *¡Deberrríamos* votar para que este magnífico vino sea declarado de consumo *obligatorrrrio!*

El señor Agramunt rio.

—¿Me pasa la sal, señorita Valdivia? ¿Ya está mejor de su mareo?

—Mucho mejor, gracias. —Había pasado los últimos días en el camarote a base de caldos, galletas y leche esterilizada.

—El mal del mar, ya se sabe. Para evitarlo, salga a cubierta y ¡mire al horizonte! —Aderezó su plato por segunda vez ante la mueca resignada de su esposa.

—El médico, Honorio... ¿Qué te dijo el médico?

Martina sonrió ante la mirada cómplice de Carlos, el joven hijo de aquella familia que regresaba a Barcelona tras fracasar sus negocios de azúcar en La Habana, dejando atrás revueltas y asesinatos de españoles a machete.

A menudo coincidía con él en sus paseos por cubierta y le había confesado que, a pesar de sus ínfulas de burgueses, estaban sin un real tras el pago de los pasajes. Las apariencias ante todo, como un undécimo mandamiento.

—¿Ustedes saben que hace seis años que las *mujerrres* de nuestro país tienen *derrrrecho* a voto? —preguntó Jackie chapurreando en español y sirviéndose más puré.

Las copas temblaron al son de la vibración de los motores del barco con un tintineo hipnotizador. El señor Agramunt se atragantó y miró a su esposa como si no pudiera creer lo que

estaba oyendo.

—Y no solo las blancas podemos hacerlo: las maoríes también. *Is it not wonderful, mister?*

El joven Carlos sonrió y alzó su copa brindando por ello.

—¿Usted qué dice, Catalina?

Ella no acostumbraba a expresar sus ideas, menos aún desde el incidente con Conrado cuando supo de su amistad con las Calvette, sufragistas que la animaron a asistir a la convención de Luisiana. Una cicatriz en su antebrazo le recordaría para siempre la quemazón del atizador del fuego y la voz de su esposo asegurando que la política no era para las mujeres.

Removió su consomé reconfortada en la calidez que regalaba a sus manos frías y ligeramente temblorosas. Él ya no estaba para silenciar sus razones.

—Si los esclavos negros liberados tienen derecho a voto, ¿por qué no deberíamos tenerlo las mujeres? Si nos sometemos a las leyes, bien podríamos decidir sobre ellas.

El señor Agramunt reía divertido.

—¡Pero si votar es cosa de hombres!

Las Williams se miraron condescendientes, como si en alguna bola de cristal leyeran el futuro.

—*Mister...* ¡Dentro de unos años *verrremos* a las *mujerrres* llegando a la Luna!

Él las miró perplejo. Y de camino al salón de fumadores siguió riendo, como si estuvieran locas de atar.

De regreso al camarote, Martina solía llevar un paquete de papel de estraza con una porción del pastel del postre para Erlinda, que la esperaba para ayudarla a desvestirse. También le regalaba algunos centavos para que comprara naranjas o pan en la cantina. Cuando se iba, a menudo a unirse a los cantos y bailes de alguna compañía de comediantes en los alojamientos de tercera, las Williams llamaban al timbre del servicio y mandaban traer copas de ponche caliente: la mejor receta para dormir de un tirón.

Con el sabor a ron y miel en sus labios, Martina acariciaba el colgante de piedra aguamarina que siempre llevaba junto a su pecho y nunca exhibía en público. «La piedra de la fortuna», la calificó el joyero de la calle Royal en Nueva Orleans. Aquel anciano, que exhibía un monóculo dorado sobre su ojo derecho, le indicó con el índice que se aproximara a la vitrina.

«De Minas Gerais, Brasil: un magnífico ejemplar —afirmó mientras colocaba la piedra en un paño sobre el mostrador—. ¿Sabía usted que el aguamarina otorga coraje y valentía, *madame Lefebvre?*»

Martina admiró aquella joya y recordó a su abuela Regina luciendo una piedra de ónix el día en que abandonó a la familia. Su marcha, no exenta de escándalo, resquebrajó el frágil equilibrio de las vidas que su presencia sostenía.

El joyero se quitó el monóculo y continuó diciendo:

«A todos se nos atribuye una piedra preciosa por nacimiento. El aguamarina corresponde al

mes de marzo. ¿Acerté, *madame*?».

Martina asintió fascinada.

«*Fabuleux!* —El hombre acarició con sus dedos enguantados el engarce de plata y se inclinó hacia ella—. Dice la leyenda que cada piedra aguamarina encierra en su interior a un genio de los océanos, de ahí su color. Por esa razón, si la adquiere, nunca debería venderla. ¿Cree en las deidades protectoras, *madame*? ¿No? —El hombre sonrió—. Se sorprendería, *madame*, se sorprendería...»

El tintineo de las campanillas en la puerta anunció la llegada de Conrado al establecimiento. Era hora de pagar la alhaja elegida como regalo de su primer aniversario, cuando los días eran aún felices para ella.

El joyero envolvió la delicada pieza y apuntó en su libro de cuentas el monto y el ilustre apellido del vicecónsul. Después observó a la pareja caminar calle abajo: un retrato en sepia desvaneciéndose en la niebla de Nueva Orleans.

«La piedra de la fortuna...» Martina cerró los ojos y lloró en su litera. «¿Dónde estás, abuela?» Hundió el rostro en la almohada. Se sentía miserable porque a veces hubiera preferido que estuviera muerta, no saber de su abandono. Lloró también por el peso de sus errores, por su salto al vacío, por la incertidumbre de qué hacer con su vida.

Y soñó con Regina, un sueño raro como los que le traía la altamar cada noche. Bajo el escalofrío de un atardecer púrpura, su figura ante el atrio de un templo de piedras señalaba gozosa un eclipse de luna. Parecía detener el presente, recomenzando el tiempo.

Y despertó: la almohada empapada en lágrimas; el reflejo de su rostro triste en el espejo que parecía agua.

Tras la escala en las islas Canarias, donde las hermanas Williams desembarcaron entre promesas de cartas y buenos deseos, el último día de travesía amaneció con mar sereno y sol radiante. Como cada mañana, en los camarotes de tercera espolvoreaban ácido carbónico para higienizar los suelos y Erlinda subió al camarote de Martina, donde la encontró desayunando un chocolate caliente. Cepilló la falda de lana, se aseguró de que en el corpiño no hubiera ninguna mancha y la ayudó a ceñirse el corsé de gamuza fina y sin ballenas que usaba en el viaje.

—Los guantes, señorita. Y la capa; no se vaya usted a resfriar... ¡Pero no llore! ¿Por qué me llora ahora?

Martina no respondió porque ella ya lo sabía. El momento de enfrentarse a sus padres estaba cerca y lo temía más que al escándalo tras su llegada. Y la abrazó, no como a su doncella, sino como a la hermana que nunca tuvo.

En cubierta encontraron al hijo de los Agramunt tomando fotografías, concentrado en obtener la mejor toma de las chimeneas del Montevideo. La noche anterior le había confesado a Martina sus amores con Clarita, una joven institutriz con quien pretendía casarse cuando ella regresara de Málaga. Le habló de sus cartas sin respuesta y del tormento a ser olvidado.

«Unos aman y otros odiamos —pensó ella saludando al joven—. Prisioneros todos.»

Aún faltaba media hora para la misa que se oficiaba en el comedor, por lo que tomaron asiento en un banco de la cubierta de botes. Erlinda bostezó. Apenas había podido dormir tras el improvisado baile con violines y acordeones de la pasada noche en la cantina. Martina sabía de los divertimentos en tercera, pero no de las filtraciones en el suelo de los camarotes, del hedor a comida, del agua a menudo estancada en los retretes. Acostumbrada al silencio servil, feliz con migajas, Erlinda callaba las incomodidades de la aventura que era para ella viajar a Europa.

—*Good morning, ladies!*

El caballero que así las saludó retiró un instante su sombrero panamá y siguió su camino hacia la proa. Lucía sus cabellos cenizos y largos hasta los hombros, un elegante bastón con empuñadura de plata y un traje negro con finas rayas blancas. Un atuendo clásico que desentonaba con el aire asilvestrado de su porte; más aún cuando su amplia sonrisa dejó entrever un extravagante colmillo enfundado en oro.

—Tal vez sea un pasajero de primera que se ha confundido de cubierta... —susurró Martina. Buscó su pañuelo en la limosnera cuando una ráfaga de aire se la arrebató. Corrió hasta alcanzarla y se detuvo frente a aquel peculiar caballero, que sujetó la delicada bolsita con la punta de hierro de su bastón y la alzó en el aire triunfante.

—Aquí tiene, *madame*... Valdivia —dijo recogiendo del suelo y leyendo la cédula de identidad.

Ella le agradeció el gesto y regresó al banco sin advertir el desconcierto en el rostro del hombre.

Angus Slorrance, que así se llamaba el caballero inglés, la ubicó en un retrato que presidía el salón de una casa de la calle Bourbon de Nueva Orleans. Una belleza anodina de ojos grises y mirada anhelante; el cabello trigueño enmarcando un cutis de marfil y unos pendientes de perlas. Continuó su paseo turbado. ¿Cómo era posible?

Se paró a departir con un sobrecargo y la vio acudir junto a Erlinda a contemplar la estela hipnótica que dejaba el Montevideo. El sol desapareció y dos grumetes señalaron un nubarrón en forma de rodillo acercándose por barlovento.

—¡Tormenta! ¡Señoritas, regresen a sus camarotes!

La lluvia helada ya caía en cubierta y las vio correr riendo como niñas.

Era ella, sí.

Ella.

Puerto de Cádiz

El Montevideo fondeó en aguas de la bahía de Cádiz esperando la llegada de las gabarras que harían los traslados a tierra. La ciudad, la Sirena del Océano, como la había bautizado Lord Byron, se sumía en una niebla densa ocultando el trajín de porteadores y carros en el puerto. Tras los controles de sanidad, las autoridades calificaron al Montevideo con patente limpia dando el visto bueno al desembarco. No así al Santa Fe, fondeado a su lado y del que ni las cartas sacaron al otorgarle patente sospechosa por las fiebres de varios de sus tripulantes.

Aún algo indispuesta y acostumbrada al balanceo del vapor, los pies de Martina no parecían reconocer la tierra firme, como si prefirieran la inestabilidad y el refugio de la altamar, lejos de todo puerto. Camino del control de aduanas, estaba pálida y no podía ocultar cierta decepción al regresar a una ciudad oscura con olor a brea y a sal. La niebla parecía querer esconder la decadencia que la sobrevolaba tras la pérdida de las colonias de ultramar, silenciar los alborotos entre monárquicos y republicanos, encubrir el hambre y los niños abandonados en calles y hospicios.

Habían pasado tres años para regresar al punto de partida; tres años como si fueran tres siglos.

—Una limosna, señorita...

—¡Largo de aquí! —El cochero que cargaba el equipaje trató de echar a dos mendigos que remoloneaban entre los viajeros recién llegados.

Martina les dio unos centavos de bronce acuñados con una cabeza de indio. Eran casi sus últimas monedas y ya no las iba a necesitar. Estaba llegando a casa.

Atravesaron la muralla por las esplendorosas Puertas del Mar, a punto de cerrarse al ser casi las diez. El vehículo traqueteó sobre los adoquines de la plaza de Isabel II hacia la Alameda, una zona de palacetes burgueses en el norte de la ciudad. Unos coches más atrás, salía el que llevaba a Angus Slorrance. Su mirada se detuvo en las columnas de mármol blanco de aquellas puertas, en los escudos del dios Hércules con sus leones, el dios gaditano, hijo de Zeus y una mortal. Recostó la cabeza en el asiento y dormitó. En su ensueño, regresaba a Nueva Orleans.

La noche crecía sobre Cádiz, arropada en el aroma del incienso de las procesiones del Lunes Santo. La luna llena se escondió tras un cúmulo de nubes penitentes cuando el coche de Martina se

detuvo frente a la Casa de los Ocho Balcones, de tres plantas y un patio interior; el orgullo del abuelo Demetrio de Icaza, que había llegado desde un pueblo de la provincia huyendo de una vida de labriego. Su tío, deán de la catedral, le dio una educación y una cédula de identidad con un «de» delante del apellido. Aquel detalle y sus influencias le abrieron las puertas para emprender con éxito diversos negocios de importación y conseguir una esposa de la buena sociedad; le cerraron también las que le recordaban su vida anterior, negándola como se niegan la miseria y el hambre pasadas.

—Qué vergüenza, señorita, ¡llegar a estas horas! Espero que a sus padres no les moleste que...

—Chsss, ¡chitón! —Martina no quería que los vecinos despiertos a esas horas pudieran comenzar los chismes antes de que amaneciera.

Pero nadie respondió al timbre, ninguna lámpara iluminó las ventanas bajas, ni Rosaura, la vieja criada, acudió a abrir la puerta principal. La brisa del mar se enfurecía azotando los plataneros, las palmeras y la vegetación que poblaba el paseo, en aquellas horas oscuro y amenazador.

Martina pensaba en la caja de habanos que traía como presente para su padre, en que todo era bruma alrededor de las farolas y que aquellas calles se le antojaban vacías de las risas y paseos de años atrás.

Volvió a pulsar el timbre de latón y un perro ladró tres veces. Una sombra surgió de la esquina y Erlinda la apremió:

—¡Vámonos, vámonos!

—Espera. Es el sereno. —Martina hizo una señal a un hombre alto y de espaldas fornidas cubierto con un capote negro y un silbato al cuello.

Él las enfocó con su linterna: dos muchachas frente a la casa de los Icaza junto a un baúl de viaje y unas maletas.

—A las buenas noches... ¿Qué andan buscando, señoritas?

Martina dio un paso al frente colocándose bajo la luz de la farola de gas. En la penumbra, trató de sostener sus palabras desmayadas por el cansancio:

—Soy Martina de Icaza y García, señor. Acabamos de desembarcar y parece que no hay nadie en casa de mis padres... —Señaló la fachada ensombrecida percatándose del montón de hojas secas en la entrada—. No entiendo qué puede haber...

El sereno, bregado en el trato con deambuladores, borrachos y cortabolsas, aún no se había habituado a dar malas noticias. Poco dado a rodeos, carraspeó y dijo:

—Sus señores padres fallecieron. —Se llevó un pitillo a la boca y masculló—: Siento ser yo quien le dé esta mala noticia, pero...

Martina palideció sin escuchar los lamentos de Erlinda mezclándose con el rumor sordo de las olas rompiendo contra la muralla.

—Ábrame, haga el favor. —Señaló la cancela impaciente—. Es muy tarde y...

—Pero, señorita... ¿Acaso no me ha entendido? No tengo las llaves de la casa porque ya nadie

vive aquí.

El sereno se llevó las manos a la cabeza cuando Martina cayó desplomada sobre el suelo empedrado.

—Vaya noche movidita... —murmuró. Sacó del interior de su capote una petaca con brandi de Jerez y la colocó bajo la nariz de la joven para que recuperara el sentido. Después silbó para llamar la atención del cochero que apeaba pasaje al final de la calle. Cruzó unas palabras con él y ambos asintieron.

—¡A La Gaviota, entonces! —Esa fue la dirección en pleno centro del barrio de La Viña que indicó al cochero tras ayudarlo a cargar el equipaje—. Llévate a estas dos palomitas, Manuel —le dijo cerrando la portezuela.

Y, viéndolas marcharse calle abajo, hacia la pensión de la tía de Martina, la deslenguada e insolente Balbina Bazán, echó un trago largo a su petaca. Después liberó de su pecho la medallita de la Virgen del Carmen. La besó y rogó, devoto como era, que la vida de aquella joven, desbaratada nada más regresar a España, no se echara a perder junto a aquella mala mujer.

—*Asín* que viuda... Qué desgracia la tuya, *quilla* —dijo la tía Balbina bajo la casapuerta alumbrándolas con un candil. Abrigada con un pañolón de lana gris y un camisón tobillero que marcaba sus espléndidas caderas que ya cargaban cuarenta años, abrió la verja de La Gaviota y se hizo a un lado para que el cochero metiera las maletas—. ¿Y esta gachí quién *e*?

Erlinda se presentó mientras cruzaban un frondoso patio colmado de claveles rojos y blancos. Por los gruesos muros encalados trepaban enredaderas que parecían querer proteger las vidas que allí se reunían: viajeros de paso y almas desencantadas.

Bajo la escalera que daba acceso a las dos plantas superiores, un arco de piedra enmarcaba cinco escalones irregulares y una puerta que las condujo a la cocina de aquella pensión que contaba con sus buenos cien años.

Las campanas de la parroquia de Nuestra Señora de la Palma anunciaron las doce de la noche. Balbina les indicó que se sentaran junto a la chimenea, donde aún brillaban rescoldos menudos.

—Pero *sentarse* de una vez, ¡no *sus* quedéis ahí como pasmarotes!

Y así lo hicieron, dejando sus capas sobre un taburete junto a la puerta mientras ella escudriñaba en los cajones de la alacena. Sus rizos embrollados sin apenas canas se agitaban al mismo compás que las pulseras que adornaban sus muñecas. Encontró el cazo adecuado, puso a calentar chocolate en la cocina de carbón y se volvió hacia su sobrina.

—Una *calamidá* lo de tus padres, sí. ¡Y tú al otro *lao* del mundo! —Dio un repaso al vestido de luto de Martina, cortado según la moda francesa, y a los botines de puntera afilada discordantes en aquella cocina donde reinaba el olor a fritanga.

—Pero ¿cómo murieron, tía? Dígame, ¿cuándo ocurrió?

—Hará cosa de veinte días, *ma* o *meno*, y me enteré por el periódico. Iban en la diligencia a Algeciras, adelantaron a una galera, volcaron en un boquete y...

«Veinte días», pensó Martina. La ola de frío en Estados Unidos impidió que llegara a tiempo de ver a sus padres vivos. ¿Qué suerte cruel era la suya? Se llevó una mano al cuello mirando en derredor, tratando de hallar el aliento perdido. No sabía bien qué hacía en la cocina destartalada de La Gaviota; no sabía por qué diablos el sereno había decidido llevarla allí y no dejarla en la calle, a merced de la noche. Porque aquello era un mal sueño; tenía que serlo.

—Estás *mu* paliducha, niña, y *te s'ha quedao* el acento gabacho. —Eché un vistazo a las ojeras de Erlinda y chasqueó la lengua levantando el dedo índice—. No *sus habréis* puesto enfermas...

Los periódicos difundían sin cesar las noticias acerca de la epidemia de *influenza* en París y en Estados Unidos, y Balbina no quería que aquellas dos recién llegadas del otro lado del charco le infectaran la casa.

—Estamos bien, tía. Hemos pasado el control sanitario al desembarcar.

Sentada frente a una mesa que desprendía olor a harina de pescado, Martina agradeció la taza de chocolate, pero el regusto a canela delataba un cacao de baja calidad. Se preguntó por qué Balbina ya no vivía en la Alameda y había vuelto a su antigua casa en el barrio de pescadores. Pronto lo supo, cuando se sentó junto a ellas, echó un chorrito de anís en su taza y se le soltó la lengua.

—Tu tío Eduardo murió poco después de que te fuiste a América; bien lo sabes ya. Y a partir de ahí... —Sorbió de su taza, encontrando el arrojo con el sabor del licor en sus labios— *to* fue de mal en peor.

Por todo testamento se encontró con deudas de juego, una niña enfermiza que mantener y un desahucio envuelto en vergüenza y deshonor. El padre de Martina, hermano de Eduardo, la abandonó a su suerte arrastrándola de nuevo al fango y a la vieja pensión de su difunta madre en el barrio de La Viña.

Determinada a no mendigar ni un real, Balbina cerró la relojería que regentaba su marido, vendió muebles y alhajas para pagar a los acreedores y abandonó la Alameda. Recuperó sus viejas formas arrabaleras que la alejaron aún más de la familia De Icaza. Adecentó y encaló La Gaviota y alimentó la amargura de su alma aceptando los efímeros piropos de hombres de baja ralea que alquilaban sus habitaciones de paso por la ciudad. Después acogió a algunos en su cama y dejó que la mala fama la precediera. Consciente de que solo se tenía a ella misma, Balbina conservó el tormento que vivía en su corazón como un tesoro, manteniéndose en pie gracias a él.

Martina asintió sin decir nada. Sabía que para su padre Balbina siempre fue una piedra en el zapato; para su madre, una pelandusca de lo peor.

—¿Y la prima Candela?

Balbina se encogió de hombros.

—*Achuchá*, como siempre... —Se sirvió más anís en la taza ya vacía de chocolate y se lo tomó de un trago. Después arrastró los pies hasta la ventana entreabierta por donde entraba la brisa del mar cercano.

Las muchachas la observaron de espaldas, lamentándose por la calamidad de tener una hija de salud y corazón frágil; una niña de cristal con piernas enclenques que apenas le permitían caminar.

—Que parece que *m'ha mirao* un tuerto, por *Dio*. Que no solo me quedé sin mi Eduardo, sino que pronto me quitará a mi Candelita...

Se enjugó las comisuras de los ojos, pero al sentarse de nuevo junto a ellas, Erlinda los descubrió sin lágrimas.

—No recibí ningún telegrama, ninguna carta. ¿Dónde están enterrados mis padres? ¿Quién se ocupó?

—Alguien avisaría a tu abuela Regina..., *pues* contar. La única de la familia con posibles y buenos contactos en el Ayuntamiento *pa* que los enterraran como Dios manda. A mí ni ella ni nadie me dijo ahí te pudras, ni sé más *na*.

—Entonces, ¿puede ser que ella tenga las llaves de la casa? ¿Sabe usted dónde está mi abuela? Balbina bostezó incrédula ante aquella bendita inocencia. Una Icaza hasta la médula.

—Yo ni sé de ella ni dejo de *sabé*. Y las llaves las tendrá algún *aministradó*, el que lleve los asuntos de tu *marío* en España, niña.

—¿Qué quiere decir con eso?

—¡Digo! ¿En qué mundo vives tú, *quilla*? Tu *marío* dispone de tu herencia. —Balbina entrecerró los ojos, echó un poco más de anís en la taza y se lo tomó secándose los labios con la manga del camisón estudiando el gesto preocupado de su sobrina—. Pero como dices que Conrado ha muerto, tendrás que gestionar *er* papeleo y que *to* vuelva a su cauce.

Martina sentía la náusea oprimiendo su pecho, preocupada por sus propios embustes. Por descontado que Conrado no había muerto, así que tarde o temprano aparecería en Cádiz para tomar plena posesión de la herencia de su supuesta difunta esposa. «La mentira tiene las patas muy cortas», recordó que decía siempre su madre.

La que ella había creado, en realidad, era una bola de nieve a punto de estallar.

—Las cosas de palacio van despacio, Martinita. Así que tendrás que buscar a quien sea el *aministradó* y que te abra la casa de tus padres, que *musho* problema no ha de *habé pa* que te instales allí, digo yo... Aunque supongo que mañana te querrás alojar en un hotel con *toas* las comodidades. ¿Trajiste muchas perras de América, Martinita?

Ella negó con la cabeza. Ni tenía dinero, ni sabía quién era el administrador de Conrado; ni, por supuesto, lo buscaría.

—Bueno bueno... Para lo que unos es ruina, para otros es jauja.

—No, tía. Ni un real.

Balbina carraspeó enredando su mirada en el paño deshilachado que colgaba de un clavo en la pared.

—*Ta* la cosa mala, entonces.

—Lo siento, tía —balbuceó—. No queremos molestar. En cuanto amanezca nos iremos.

—Se *m'ocurre* que si ustedes dos quieren quedarse conmigo hasta que esté listo *to er* papeleo...

Erlinda miró a Martina: el moño deshecho, las ojeras acentuando su malestar, el pensamiento a miles de kilómetros de allí.

—Me van a *tené* que *ayudá* con *to* lo que hay que hacer en La Gaviota.

—Claro, tía. Lo que usted disponga.

—Con su permiso, doñita —apuntó Erlinda levantando el dedo índice—. Yo me encargaré del

trabajo que haga falta.

—La *comía* y la cama serán *pa* las dos, ¿no? —Balbina sonrió—. Pues las dos me trabajan en lo que haga falta y no *s'habla ma*. ¡Pero, niñas, *cambiar*me esa cara de agonías! ¿Os ha *dao* mal viaje ese barco? —Sirvió anís en todas las tazas y brindó al aire con la suya en alto—. A las penas..., ¡*puñalás!*

Poco después subían la escalera de balaustrada enrejada hasta el último piso de La Gaviota. Balbina abría el paso con una lámpara de queroseno en cada mano.

—Aquí no hay los lujos de tu casa, como *pues* ver. Ni luz eléctrica ni muebles caros, pero podrás dormir bajo techo y no te dará el relente.

La buhardilla estaba atestada de trastos viejos y telarañas anidando en las vigas del techo. El aire que se colaba por la ventana entreabierta se peleaba con el olor a humedad. Balbina posó una de las dos lámparas sobre un baúl en un tris de desmoronarse y señaló un catre con el jergón roto bajo el ventanuco que daba a la calle.

—Mañana subiremos otro camastro —prometió—. Pero *pa* lo que queda de noche, ustedes dos podéis dormir juntitas. A las seis, ¡listas y en pie!

Cuando la puerta se cerró, Erlinda tomó la lámpara e iluminó las paredes grises, donde bailaban sombras y manchas de moho.

—Yo dormiré aquí —dijo señalando un sillón deshilachado que agonizaba bajo un montón de ropa vieja. Después acercó la luz al catre, la posó en el suelo y alisó sábanas y colcha para que Martina pudiera dormir más cómoda.

—No te preocupes, Erlinda, yo puedo hacerlo. —Las lágrimas acudieron a su garganta apagando su voz—. Mañana puedes marcharte si lo deseas... —Se quitó los pendientes, rebuscó en su limosnera las escasas monedas que le quedaban y se los entregó cerrando su puño en torno a ellos—. Te he arrastrado en mi huida para llegar a esta nada. —Señaló la decadencia a su alrededor y rio incrédula, atrapada en la red de una nostalgia que no comprendía—. ¿Qué voy a hacer? —Aquella verdad pronunciada en voz alta liberó su llanto.

Odió a Conrado y el día en que lo conoció. Odió el resquicio de amor que aún tenía prendido en el pecho sin saber que era un espejismo. Odió las ganas de morir.

Por la ventana entreabierta se coló el alboroto de alguna refriega y el chasquido de una botella rota.

—No desespere, señorita, que a quien nace *pa* tamal, del cielo le caen las hojas. —Le devolvió las monedas y los pendientes y se sentó junto a ella sobre el jergón de paja. Suspiró, comprobando que se hundía como un bizcocho.

Tras la puerta, la tía Balbina encendió un cigarro con un fósforo que iluminó su rostro gozoso ante aquella revelación. Al final podría vengarse de su querido cuñado: la espera había valido la pena. Aspiró el humo y miró hacia la grieta que hendía el techo del pasillo. Parecía latir en la oscuridad.

Cuando regresó a su habitación en el piso inferior, el Gordo Perucho, marinero ahora en tierra,

ya se había dormido. Posó la lámpara sobre la cómoda, se desprendió del pañolón y encendió un pequeño cirio gastado bajo la imagen de la Virgen de La Palma. Así agradecía el regreso de su hombre con bien a pesar de las tormentas que azotaron el barco en el que se había enrolado.

Que la gente hablara y maldijera si quería: qué sabían de su vida y de su corazón.

Dio unos golpecitos al cristal del reloj de pared, el único que había salvado del taller de Eduardo. Desde la mañana que no repicaba las horas sin nadie ya para aceitarlo. Resiguió con el dedo índice las tres palabras grabadas en la parte inferior: *Vive memor mortis*. «Vive sin olvidar la muerte», dijo Eduardo cuando la grabó, traduciendo para sus ojos, que no comprendían el latín. Poco después caía fulminado por una mala gripe.

«Menuda guasa, la vida», pensó Balbina. Reprimió una mueca amarga y se sentó en la cama para acariciar el antebrazo de Perucho, tatuado con el rostro de una Virgen y una flor negra.

Cerró los ojos, liberando las lágrimas que le quemaban por dentro. Aquel reloj mudo le recordaba a un corazón sin latidos. Mal agüero para ella, mal agüero.

II
ALMAS GRISES

*Casa Baena, partida rural de Campanillas, oeste de Málaga,
abril de 1899*

El Noticiero Malagueño lanzó el rumor de que el crimen fue obra de un sacamantecas. El caso fue, según contó el párroco a la Guardia Civil, que el cuerpo de una muchacha pelirroja apareció en la orilla del río desnudo y bajo el graznido de los cuervos. Que la encontró el mozalbete que vendía la miel al hacer un alto en el camino y puso sobre aviso a los guardias rurales que hacían la ronda de la mañana.

San Román y Fonseca desmontaron de sus cabalgaduras y se adentraron por una trocha entre el cañaveral, tras los pasos bamboleantes del padre Sancho.

—Este muchacho dice que la encontró en la orilla. —El sacerdote le hizo una señal para que los siguiera rumbo al río—. ¿Cómo dices que te llamas, mozo?

—Pedro el Junquillos, padre —dijo. Cargaba al hombro una alforja y su balanza romana para pesar la miel y el queso.

Víctor San Román sonrió calándose el sombrero de ala ancha. Con veinticinco años, era de los hombres más jóvenes del cuerpo de rurales y apuntaba para guardia distinguido. Se acarició el fino y largo bigote y reparó en las alpargatas gastadas del niño, en su boina remendada, en el blusón gris que le venía grande. Aquel mielero, además de con un cuerpo enjuto, contaría con no más de doce años.

—¿De dónde eres, Pedrito?

—De la aldea de Monterroso, en Almagía.

—¿Y qué andas haciendo por estos lares?

—Desde que padre enfermó, vendo miel y queso para pasar el invierno, señor.

Al niño le temblaba la voz, un tanto acobardado ante los guardias. Le imponía su uniforme negro, la bandolera de cuero al pecho, su placa de latón y la carabina al hombro.

—Cuéntanos cómo hallaste a esta pobre infeliz —dijo el padre Sancho señalando el cadáver de la joven desnuda como Dios la había traído al mundo. Contrariado, se cubrió la nariz con un pañuelo.

En la orilla, una borrica de flancos engalanados con borlas y cascabeles olisqueaba flores

silvestres.

—Fue mi Genara quien quiso desviarse del camino y tomar la trocha hacia el río. Y ya desde allí se olía a ciervo muerto, señor. —El niño se pellizó la nariz—. Luego la vi así, boca arriba, entre guijarros y arena. Mirando al cielo como una santa, señor.

San Román se acuclilló ante el cuerpo: hediente, de color acaramelado, deteriorado por la intemperie. Del pecho al distendido vientre se abría paso una herida cubierta de larvas, barro y vegetación.

—¿Y qué hiciste entonces, muchacho?

—Vomité en el zarzal y salí *escopeteao pa* la Casa Baena. Y cuando llegué, el ama Simona me dijo que no inventara cuentos, señor.

—Parece cosa de un sacamantecas... —sugirió Fonseca observando la trayectoria de la herida—. ¿Y esto? —Extrajo un jirón de terciopelo verde oscuro de debajo de una de las piernas de la joven y se lo entregó a su compañero.

—Restos de un antifaz. Curioso...

—¿Un sacamantecas? ¡Por el amor de Dios! —El párroco se santiguó y se dio media vuelta hacia la borrica del niño renqueando. Manoseó su reloj de pulsera, bajo el que tenía colocado un parche Wasmuth para los callos. El boticario le había asegurado que en tres días desaparecerían, y ya contaba el tercero y poca fe en el remedio.

—Mire, señor.

Pedrito señaló a San Román un montón de guijarros y tallos de juncos secos junto a la orilla. De allí sobresalía la parte superior de una figura de barro cocido.

El guardia la liberó y la limpió con cuidado. De aspecto frágil y rostro informe, no medía más de un palmo de longitud. Representaba una figura femenina de aspecto tosco, de senos y caderas generosas. Su silueta terminaba en las rodillas y alzaba los brazos rodeando en círculo su cabeza.

—Idéntica a la que apareció muy cerca del primer cadáver: una Venus de barro. —La alzó en el aire mostrando a todos su rostro ciego e indescifrable.

El sacerdote no dio crédito.

—Cosa de impíos paganos, válgame... Pero ¿acaso ha aparecido otra alma de Dios muerta en estos parajes? ¿Cómo nadie me ha dicho nada?

San Román entregó la estatuilla al niño, que la volteó de un lado y del otro admirado.

—Estabais de viaje, padre. Fue el mes pasado, por Santa Áurea, cuando patrullábamos cerca del cortijo Lafuente —señaló unos cientos de metros río abajo— y hallamos muerta a una de sus criadas.

—Por Dios Santo... ¡Curro, Curro! ¡Aquí! —Hizo señas al guardés de la Casa Baena. Tras él venía un peón de la hacienda con una sábana para cubrir el cadáver.

—No somos *na...* —murmuró el guardés arrugando la nariz. Dio un par de palmadas para alejar a un cuervo que revoloteaba en torno a ellos y ayudó al peón a guarecer el cuerpo de la intemperie—. De por aquí no me parece, pero quién sabe..., tal y como *l'han dejao* la cara... —

Masticaba un ramito de perejil que su esposa, María, a quien llamaban la Santa, le daba todas las mañanas tras su desayuno de pan restregado en ajo.

El padre Sancho salió al camino e hizo señas a una pareja de guardiaciviles a caballo. Tras ellos llegaba también un coche tirado por mulas para retirar el cuerpo.

—Deberíais investigar al señor Baena —dijo San Román.

Galindo, cabo de la Guardia Civil, examinó sin mucho interés el jirón de terciopelo que le entregó, más interesado en el pecho sajado del cadáver. Lo volvió a cubrir con la sábana y se acercó al río para lavarse las manos.

—A los señoritos no se les molesta, pareces novato. Un pedazo de antifaz carnavalero ¿qué importa? Lo habrá traído el viento o tal vez ha caído del pico de una grajilla.

—Galindo, conoces tan bien como yo las fiestas que celebra Alejandro Baena.

El cabo se acarició el bigote.

—Que traiga meretrices o cantantes para distraer a sus invitados no lo convierte en un asesino. ¡Acabáramos! Esto tiene facha de ser obra de la banda del Cañamero.

Pedrito dio un respingo al oír aquel nombre y tiró de las riendas de su borrica para acercarse más a ellos.

—Son bandoleros, no sacamantecas —apuntó San Román—. Veremos qué dice el forense, pero no me extrañaría que le hubieran sacado el corazón, como a la otra joven; por cierto, también pelirroja. Y además está este objeto... —Tomó de manos de Pedrito la estatuilla de barro y se la mostró.

El guardiacivil la examinó interesado al ver que era como la que encontraron junto al cuerpo de la criada del cortijo Lafuente.

—Figurillas de herejes... —masculló el padre Sancho sacudiendo la cabeza.

Galindo presionó con el índice en el centro del voluminoso vientre de arcilla y la quebró entre sus torpes manos. Se echó a reír, y más aún cuando el sacerdote pisoteó los restos en el suelo. Pedrito corrió a recoger la cabeza de la figura, aún completa.

—Para ti, muchacho. Como he dicho antes: el Cañamero y sus secuaces. Ateos, anarquistas de lo peor. Entretenidos tras sus crímenes en fetichismos paganos.

—Pero Galindo...

El guardiacivil se encendió un cigarro y preguntó:

—¿Cuáles son tus tareas como guardia rural, San Román?

—Vigilar los caminos, impedir los robos de cosechas y ganado y combatir a los furtivos.

—Pues ocúpate de eso y santas pascuas.

Pedrito vio cómo Víctor San Román hacía una señal a su compañero y se alejaban por la trocha del cañaveral. Él los siguió acariciando las orejas de su borrica, amohinado por la muertita y porque la fetidez de su cuerpo se le había quedado impregnada en la ropa como cuando cayó a un lodazal.

Aún con reparos, el guardiacivil decidió guardar el jirón de antifaz para incluirlo en su informe

y después salió al camino a esperar al juez. Vio llegar a dos hombres de la prensa en bicicleta.

—A estos, ni agua, que siempre la lían —dijo. Se volvió y vio al rural mirando hacia la mansión que se erigía imponente en la loma: la Casa Baena.

Alejandro Baena Warwick comandaba la hacienda desde la muerte de su padre, manteniéndola en su perpetuo esplendor. El excéntrico arquitecto inglés que la proyectó como residencia de verano para la familia se aseguró de que resplandeciera como un diamante sobre el tradicional paisaje andaluz. Le otorgó exquisitas y amplias estancias decoradas con la ostentación propia de una familia burguesa, finos balcones de hierro forjado, una capilla, un invernadero colmado de plantas exóticas y una torre mirador para elevarla como un faro sobre las tierras de cultivo que la rodeaban.

Almas grises, eso eran los Baena para Víctor San Román. Parcos en las pagas a los que les trabajaban la tierra, desprendidos para el derroche en fiestas y champán. Para Galindo, en cambio, eran señoritos de lo mejor: porcelana delicada entre destripaterrones.

Tras el trajín del día, San Román regresó a la casa que compartía con su hermano junto a la estación de tren de Campanillas, donde este ejercía de guardagujas. Como cuando era pequeño y tenía miedo a la oscuridad, se durmió dejando el candil encendido. Soñó con la alimaña que acechaba aquellas tierras tranquilas, una desdibujada silueta de hombre modelando una Venus en arcilla. Después la vio deshaciéndose en el agua del río, como si nunca hubiera existido.

El amanecer lo encontró despierto y con una taza de achicoria en la mano. Tras la ventana de la sala apenas se distinguían las vías entre la niebla baja. La pequeña casa, silenciosa hasta el momento, tembló con el traqueteo de uno de los pocos trenes que se detenía en la estación.

Apuró la infusión y decidió encaminarse hacia la Casa Baena obviando las advertencias de Galindo. Cabalgó por entre las huertas de los cortijos cercanos siguiendo el curso del río Campanillas hasta llegar al cruce del camino a Cártama, donde se encontró con Fonseca. Le hizo una señal con la cabeza y continuaron cabalgando hasta llegar a la cima de un cerro bordeado de chumberas. En los viñedos, un muchacho ululaba como un búho para ahuyentar a las gaviotas.

Tomaron una senda de cipreses y tras pasar bajo un arco de piedra entraron en el patio de servicio.

—Si Galindo se entera, nos vamos a buscar un problema, Víctor. —Fonseca desmontó y ató las riendas a un poste.

—Tú tira *pa' lante* y a ver qué averiguamos.

San Román sabía que el difunto don Cayetano Baena de las Heras había tenido cuatro hijos de su matrimonio con una inglesa. Arnaldo y Alejandro, los varones. Manuela y la malograda Graciela, muerta hacía nueve años, las hembras.

Arnaldo y Manuela vivían en la calle Larios de Málaga, en una casa con principal y portero; Alejandro radicaba en Campanillas con su sobrina Genoveva, hija de su difunta hermana.

De talante solitario, decían que al señorito Baena le tiraba más el campo que el alboroto de la ciudad y que andaba fastidiado de los pulmones. La matriarca, Fiona Warwick, era conocida por su afición a las flores exóticas y sus malas pulgas con el servicio.

María Setecilla, Sete para todo el mundo menos para la señora Baena, detuvo el batir del cuenco rebosante de nata y se asomó a la ventana de la cocina.

—¿Qué pasa? —Simona, el ama de llaves, removía su café sentada sobre el deshilachado asiento de enea de una silla de madera.

—Guardias...

Dejó la taza sobre la mesa; demasiado cerca del borde, turbada como parecía. Alisó su pulcro uniforme de algodón de color negro y el delantal blanco de encaje y se asomó a la ventana. Su

expresión de enojo la hizo aparentar más años de los cuarenta que tenía.

Sete la vio salir con una sonrisa más falsa que un duro sevillano, acompañada del tintineo del manajo de llaves que llevaba colgado en el cinturón. San Román y Fonseca se detuvieron frente a la crujía que separaba el patio del ala del señorío. Dos sabuesos amarillos salieron de las cuadras cercanas ladrando a los recién llegados.

—¿El señor Baena?

—No se encuentra —respondió Simona—. ¿Sucede algo?

—Hablabamos con el guardés, entonces.

Se dirigieron hacia la casa adosada al patio de servicio. Dos hombres reparaban desconchones en las paredes. La cal higienizaba y alejaba virus y bacterias, eso decía la señora Baena, empeñada cada año en blanquear las viviendas de los trabajadores.

—Dile a tu padre que salga, Ceferino.

Sentado en un poyete adosado a la pared encalada, un muchacho de mirada estrábica y pies descalzos pelaba patatas. A sus pies, dos pavos y sus polluelos picoteaban en el suelo. Él echó las mondas a las aves ignorándola.

—Entras tú o lo saco yo —dijo Simona a sabiendas de que Curro estaba pasando la resaca de la noche anterior. Su mujer, María la Santa, andaba en los huertos o en los corrales gastando su belleza y su juventud entre la mugre de las aves y la reciente afición de su marido a la bebida. Rogaba al señorito Alejandro, por la Virgen y por su madre, día sí, día también, que no los echara de la finca; que con la ayuda del padre Sancho pronto dejaría ese feo vicio. «Palabrita de la Santa.»

El muchacho se guardó el cuchillo en la camisa, dio un salto para bajar del poyo y retiró la cortina de nudos que cubría la entrada.

—Padre, padre, la Simona... —voceó.

Ella le dio un capón que el niño recibió con risas. Curro salió frotándose los ojos bajo aquel sol de justicia.

—El señorito no ha de tardar. Anda viniendo de Málaga. ¿Se sabe ya algo del asesino?

—Pronto, Curro, pronto. Veo que el señor Baena no ha contratado más guardas aparte de usted. —Señaló el portalón vacío de hombres.

—Eso mismo le dije hace días... —Curro bostezó.

—Y más aún con los invitados de alto copete que vienen a la casa. Hace poco se celebró una fiesta, ¿cierto?

—Pos claro... La semana *pasá*... *Pa'l* cumpleaños del amo. Treinta que cumple ya. Y ¿se sabe ya quién es la moza del río? Corre la voz de que es una de las cantantes del Café de la Loba que estuvo aquí, en la casa grande.

—Muchos hablan, pero pocos saben, Curro. Esa cantante que menciona..., ¿recuerda usted si era pelirroja?

—Yo no atiende a las visitas, sabe *usté*...

Se volvieron al oír el ruido de los cascos de los dos caballos que tiraban de una berlina que llegaba nublada del polvo del camino.

En el interior del coche, Alejandro Baena cerró el periódico donde los titulares anunciaban las pruebas de la telegrafía sin hilos realizadas en Londres. Revisó la hora en su reloj de bolsillo y se dio cuenta de que volvía a estar parado a las tres. Vicente, el cochero, abrió la portezuela y se apeó. Sonrió al ver que los perros ya corrían a recibirlo entre ladridos.

Simona recolocó su cofia observando aquellos ojos negros y algo taciturnos deteniéndose un momento en los suyos. Al saludar a los rurales y pasar a su lado, pudo sentir el aroma de su perfume francés de cuero y vetiver. Ceferino reparó en las gotas de sudor que poblaban el labio superior del ama de llaves cuando miraba al amo y soltó una risita. Dejó su tarea a un lado y corrió junto a su padre para escuchar la conversación.

—Lamento la muerte de esa muchacha en mis tierras, pero confío en que la Justicia atrapará al culpable. —Alejandro indicó a Curro que ayudara al cochero a bajar el equipaje y encendió un cigarro puro—. Y en cuanto a la cantante que actuó en la fiesta, por lo que tengo entendido salió de aquí y se marchó caminando a la casa de alguien de su familia, muy cerca del cortijo Vallejo. Si se trata o no de la misma persona, no sé más que usted...

San Román observó el modo en que se ajustaba el corbatín de seda gris y desviaba la mirada examinando que todo estuviera en orden a su alrededor. Hacía algunos meses desde su último encuentro y lo halló más delgado y con el rostro tostado, como si además de en el despacho empleara también horas en el campo, con sus jornaleros.

—Imagino que ningún peón le ha notificado la existencia de merodeadores en la zona, señor.

Alejandro negó con la cabeza exhalando el humo. San Román advirtió dos líneas púrpuras en el dorso de su mano derecha; arañazos recientes.

—Estas son tierras tranquilas, ya debería saberlo.

—Son dos crímenes en un corto intervalo de tiempo que siguen un mismo patrón —insistió San Román—. Mientras el Ayuntamiento no disponga de más hombres para redoblar la vigilancia en la zona, debería contratar al menos a un par de guardas jurados para seguridad de su familia.

—Así lo haré, entonces. Si no hay nada más en que pueda ayudarles... —Señaló sus monturas con aire cansado dando por acabada la conversación.

Fonseca hizo una señal con la cabeza a San Román, que reprimió una nueva pregunta. Tomaron las riendas de sus caballos y se marcharon por donde habían venido.

—¿Alguna novedad, Curro?

—Los olivos, señorito Alejandro. Que les ha *entrao* el repilo...

—Que sulfaten con cobre. —Se caló el sombrero y le hizo una señal al ama de llaves, que esperaba instrucciones—. ¿Me traerás un té a la habitación, Simona?

Ella asintió. El rubor le había vuelto a las mejillas.

—Te dije que no íbamos a sacar nada en claro, Víctor.

Los rurales cabalgaban al paso, en dirección sur.

—He visto a Baena demasiado tranquilo, como si la cosa no fuera con él ni temiera por las mujeres de su familia.

—No es una casa en despoblado, compañero. Tiene trabajadores, jornaleros y armas a su disposición.

Víctor azuzó a su caballo con la fusta sorteando los campos de caña de azúcar y naranjales regados por el río Guadalhorce. Hicieron un alto en el camino para recoger la denuncia de un hombre a quien le habían robado unas fanegas de leña y continuaron la ronda.

—¡Mira quién anda ahí! —exclamó Fonseca.

Montado en su borriquilla engalanada, Pedrito el Junquillos alcanzaba ya las tierras de los Lafuente. En aquella mansión de aire inglés que recibió años atrás al presidente Cánovas del Castillo siempre conseguía buenas ventas y buen trato de la Palmira. La hija de la cortijera solía apretarle los mofletes y le decía: «Qué guapo, pero qué guapérrimo eres, *condenao*». Pensando en los reales y en los rizos acaracolados que caían sobre la frente de la muchacha, espoleó con las rodillas a la Genara para que se diera prisa en llegar. De su fajín sobresalía el mango del cuchillo de monte que su padre le dio para que se defendiera si era menester, y se lo ajustó para no perderlo con el vaivén.

Un silbido llamó su atención.

—Señor Junquillos..., ¿cómo anda usted? —Víctor acomodó el paso de su cabalgadura a la del niño.

—Ahí vamos, señor. —Mordió el extremo de un regaliz de palo y añadió—: Algo *esmallao*...

—¿No has comido hoy?

—Un *puñao* de alcaparras... —El niño se encogió de hombros.

Unos días comía algo, otros más, otros menos. Hoy esperaba que la Palmira le regalara un mollete con manteca y ya se relamía de gusto al pensarlo. Su borrica rebuznó al ver que San Román desmontaba y caminaba a su lado mientras a él se le soltaba la lengua:

—A la primera muertita la vi en el río, cerca del lavadero del cortijo Lafuente. Se limpiaba los

bajos del vestido porque se había ensuciado en un lodazal.

Los rurales se miraron interesados. Pedrito continuó:

—Y entonces llegó un tipo con gorra y un talego a la espalda. Un grandullón tuerto que le dijo:
«Pelo rojo, ven aquí, pelo rojo, ¿cómo te llamas?».

III
BAJAMAR

Cádiz

Amaneció con una insólita bajamar que dejó decenas de barcas posadas en la arena de La Caleta. El aire se llenó de olor a fango, algas y salitre, y la vieja Dorita de la calle de la Palma anudó su pañuelo negro bajo la barbilla, taconeó tratando de hallar acomodo en sus zapatos desparejados y, con la ayuda de su bastón de acacia, caminó hacia la playa.

Atraída por la llamada de la marea viva, golpeteó las paredes de la calle de la Rosa hasta llegar al hospicio. Después se dirigió hasta la puerta de La Caleta, donde las rocas cercanas, ahora libres de agua, se habían cubierto de verdín y dejaban al descubierto monedas antiguas.

—La mar seca revela los secretos... —murmuró entre dientes.

Se descalzó y avanzó hacia la llamada Piedra Cuadrá. Algunos mariscadores la increpaban a su paso y los niños la llamaron «vieja mochales», pero el más anciano les mandó callar.

Dorita sentía el corazón lleno de sal, la piel de viento. Sorteó las pozas de marea y voceó hacia los mariscadores:

—Ha vuelto, ¡ha vuelto!

—¿Quién, abuela? —preguntó un muchacho afanado en pescar cangrejos moros.

Ella siguió su camino y una ráfaga de aire se llevó su pañuelo. El mar se rizaba en torno a aquella roca solitaria, donde soñó la luna anunciándole un tesoro de bronce en la bajamar.

El verdín la hizo trastabillar cuando alargó la mano hasta una cavidad en la piedra donde encontró una estatuilla: le pareció de fuego bajo los rayos del sol. De poco más de un palmo, la alzó ante sus ojos: una antigua divinidad masculina con el torso desnudo, la mirada ciega y una estrella de cinco puntas tallada en la espalda.

—Melkart... —susurró su nombre secreto; acarició el tocado egipcio y el faldellín, adorando lo que un día fue. Lo libró de arenilla, lo acunó como a un niño y le plantó un beso. Después lo volvió a alzar al cielo y al viento, pues a ellos pertenecía.

Una gaviota que volaba bajo chilló y agarró con el pico la cabeza de la estatuilla.

—¡Ladrona! —Dorita alzó el puño en el aire y la vio planear hasta perderla de vista.

Los mariscadores la contemplaron caminando descalza sobre las piedras ostioneras, cantando una melodía sin ton ni son. Regresó sola al silencio atronador de su ruinosa casa.

En la cocina de La Gaviota y ajena al presagio de la vieja mochales, la tía Balbina disponía mandiles y tareas para las recién llegadas.

Martina respiró hondo, mordiéndose la lengua y comprendiendo que el juego humillante de su tía era parte de la venganza hacia su padre. Cubierta con un sencillo vestido de algodón gris de Erlinda y un jubón, se sentía disfrazada y desvestida, sin corsé, tules ni satén.

—Podéis comer un poco y al lío. —Señaló un par de platos con sardinas y huevos duros—. Esperanza os enseñará dónde está *to*. —Se apoyó en el hombro de una muchacha de largos cabellos negros recogidos en un moño alto y desmañado que daba forma a unos pestiños—. Es mudita y no tiene muchas entendederas, pero sabe lo que hay que *sabé* en esta casa. —La joven, de unos quince años, sonrió a las recién llegadas—. Su madre era buñolera y un alma de Dios. Como la pobrecilla se murió de tisis, aquí la tengo, *recogía*.

Señaló la ventana que daba al patio y añadió:

—La ropa de cama está en el cuarto junto al pozo. Llamáis antes de entrar en cada habitación, le dais con el plumero a los muebles, cambiáis las sábanas cuando estén *pestosas* y barréis bien los suelos. ¿*Ta to* claro?

—Sí, patrona. —Erlinda se encogió de hombros, sin miedo al trabajo duro que llevaba haciendo toda la vida.

—A esta casa vienen marineros, pescadores y algunos extranjeros trotamundos. Así que no quiero ver que les hacéis ojitos ni que os metéis en líos de los que no sepáis salir. Tú, Martinita, por hoy te quedarás a la vera de Esperanza. —Echó un vistazo por la ventana y arrugó el ceño ante el cielo encapotado.

—¿Guisar, yo? —Acostumbrada a ser servida, Martina no sabía encender la cocina de carbón, ni moverse siquiera entre aquella profusión de ollas de barro y estaño que colgaban de las paredes hendidas de grasa.

No sabía de tiempos de cocción ni de puntos de sal; ni siquiera picar ajos, pero a pesar del desbarajuste que allí reinaba se sentía arropada por el calor del fuego encendido y el aroma que desprendían los jamones colgados de un gancho en la puerta. Vio que, para los clientes que no

guardaban ayuno de Semana Santa, Esperanza tenía preparadas orzas con chorizos fritos y un barreño de hojalata colmado de manteca *colorá*; para los devotos, garbanzos con bacalao.

—Aquí se cocina mucho y bien, sobrinita. ¡Y hasta hacemos el pan porque no me fio de lo que le echan en la tahona para que pese más!

Martina asintió sorprendida. Pronto sabría por los periódicos de la abundancia de denuncias por alimentos adulterados: leche con tiza, carne en mal estado disfrazada en embutidos y azúcar en cuya composición se podía encontrar jaboncillo de sastre.

—Así que nunca sobran manos. ¿Acaso no pretenderás pasártelas de vaga durante *to er día*? — Balbina colocó los brazos en jarras—. O cocinas o limpias. Mira que soy buena y te doy a *elegí*...

Martina echó un vistazo a la jarra colmada de leche fresca que esperaba sobre una bandeja de madera y a un bote de cristal con galletas de canela.

—Puedo preparar el desayuno para la prima Candela, tía. Será mucho mejor que...

—No está *mu* católica, ya te lo dije. Y de sus comidas me encargo yo, que *pa* eso soy su madre. —Tocó las palmas apremiándola—. ¡Arreando, que es gerundio!

En el comedor ya tenía dos huéspedes esperando por sus tostadas con manteca y su café caliente; por eso salió farfullando por la floja de su sobrina, digna del apellido Icaza.

Martina se cruzó de brazos observando los rincones con mondas de patata, los cristales empañados, la harina dibujando un camino blanco hasta la puerta del patio. Esperanza ya calentaba el aceite para freír los pestiños y le señaló un barreño y un paño: por ahí podía empezar.

La mirada de la cocinera, debatiéndose entre la hostilidad por hallarse en su territorio y una cierta compasión porque sospechaba que la recién llegada no duraría mucho en La Gaviota, desenterró su dignidad.

Fue entonces cuando Martina eligió lucirse en medio de aquella anarquía, brillar entre el caos, dar un paso adelante. No daría el gusto a su tía; no, señor. Se ató el delantal a la cintura y con el índice golpeteando su labio inferior meditó sobre qué iba a necesitar: si más agua o más jabón. Y mientras trajinaba en la cocina las horas pasaron en blanco. Por el contrario, mientras sacaba agua del pozo del patio se culpó por las decisiones tomadas.

Su rostro fatigado, ojeroso por la última noche insomne, le reveló que se hallaba ante su propia penitencia y que debía salir cuanto antes de aquel lugar queapestaba a pescado y a humedad. Pero ¿a quién acudir sin más familia?

No deseaba mendigar a los socios de su padre en los negocios, que nunca supo bien a qué se dedicaban, ni humillarse ante sus antiguas compañeras de colegio. Existía el riesgo de que se fueran de la lengua escribiendo a Conrado o a su familia, y el del sermón: la censura por su osadía contraviniendo el orden dispuesto para una mujer casada.

Constanza, su mejor amiga, había dejado de escribirle tan pronto se casó y se marchó a Francia, atraída por la fortuna de un esposo de cuarenta años y rentas vitalicias. El resto siempre la consideró un bicho raro: tolerada por rango social, incomprendida por sus horas gastadas entre

libros y acuarelas; más de teatro y tertulias que de bailes, siempre alejada de los vanos cotilleos de salón. Así pues, sola, ¿cómo iba a sobrevivir en aquel mundo que la expulsaría si se descubría su artimaña? Todo era incertidumbre, pero huiría de la lástima y la compasión, tristes lastres.

Aupó el cubo repleto de agua y regresó a la cocina para frotar con brío los restos quemados de una sartén de hierro como quien frota la lámpara de un genio buscando inspiración. Nunca había sido hacendosa en su casa más que con las flores del jardín. No era ducha en costura para coser ajeno, ni era buena con las cuentas, pero sabía que en la fábrica de Tabacos pagaban buen jornal. Aun así, recordaba a su madre hablando de las mujeres de baja condición que se veían obligadas a enfrentarse a la humedad, el hacinamiento, a los dedos manchados y el olor perpetuo a vena quemada que se le quedaba a una incrustado en los pulmones.

Había sido educada para rutinas burguesas: acudir a misa de nueve, tener servicio a su cargo y disponer del orden de su hogar bajo el sostén de un esposo; no para atender la llamada de la sirena de una fábrica, ni para vender fruta en el mercado; mucho menos, manejar una máquina de escribir y tal vez emplearse como secretaria en una agencia de seguros. No la habían educado más que para ser el ángel del hogar, dejar en manos de un hombre el sustento y los asuntos mundanos. Y ahora frotaba, enjabonaba y enjuagaba entumeciendo sus dedos con el agua fría, tan ágiles como fueron tiempo atrás desgranando sonatas de Chopin.

Se detuvo: las manos irritadas por el jabón de sebo; el corazón palpitando. Dejó la sartén reluciente sobre un paño y desligó el nudo de su delantal.

Los dones de los que a menudo no era consciente se transformaron en fuerza y consuelo.

—Tengo que salir, Esperanza. ¡No me tardo!

El genio de la lámpara había aparecido: sus conocimientos de piano y de francés bien podían servirle para emplearse como profesora particular. Utilizaría su cédula falsa y se abriría camino fuera de Cádiz como Catalina Valdivia.

No sería una mujer ordinaria en un mundo ordinario. En su pecho portaba la piedra del coraje y en su corazón la libertad que anhelaba.

Y como si Balbina hubiera leído sus pensamientos, apareció en la cocina para derrumbarlos.

—Siéntate.

Martina retiró el delantal doblado sobre la silla, sosteniéndolo en su regazo, mirando de reojo cómo Esperanza salía por la puerta trasera: se avecinaba mar gruesa. La cocinera no vio cómo Balbina agarraba un cuchillo mondador y se sentaba a la mesa: los ojos algo achispados, la voz con carraspera.

—Mira, niña: sé en qué andas pensando.

El viento, caliente y seco como sus palabras, se coló por la ventana mientras la mujer redibujaba con el cuchillo las vetas de la madera.

—No *ties ande* ir. No *ties ande* caerte muerta ni perras que te saquen de este hoyo. —Sus palabras eran un rayo que caía a plomo a campo abierto. Jugeteó con el cuchillo, con dedos

ágiles—. No sabes *na* del descrédito de la familia cuando hace un año tu padre fue detenido por contrabando. En tu barrio de señoritos nadie te hará un mísero favor...

—¡Pero, tía! ¿Qué está diciendo?

Balbina se recogió la enmarañada mata de pelo en un moño alto y la selló con el cuchillo. Torció el gesto y sus dedos tamborilearon sobre la mesa.

—No sé de dónde piensas que sacó el dinero cuando se le acabó la herencia de tu *agüelo*...

Las palabras herían, amargas como escapaban de su boca.

—Y, además, ¿qué crees que hará tu Conrado cuando llegue a *Cai* buscándote? Devolverte a América a rastras, *quilla*... Bien querrá recuperar lo suyo, no ha de tardar. Que te lo digo yo, que sé cómo son los hombres...

Martina palideció.

—Él..., él no...

—¿Acaso crees que me chupo el *deo*, Martinita? Se te ve a leguas en la cara que *t'has inventao* el cuento de la viudita y has *salió* huyendo. Dime el porqué, anda, no seas mala...

Conrado y su pecado. Conrado y la humillación.

Y el odio que la mortificaba.

—*Pos* no me cuentes... Pero vendrá más pronto que tarde y te acusará ante las autoridades por abandono conyugal, o por adúltera, o por *to* junto. —Sus dedos volvieron a tamborilear sobre la mesa—. Y te buscará, niña, pero no aquí. ¿Cómo podrá figurarse que una señoritinga como tú *ta* fregoteando en La Gaviota, en este barrio *alejao* de la mano de *Dio*?

Y con aquella idea en la cabeza que le provocó la risa tonta, se levantó de la mesa.

El Gordo Perucho se asomó por la puerta batiente.

—¿Cuándo se come en esta casa? —preguntó el gigantón, que tenía prisa por ir a los toros.

Balbina, que aún reía por su propia ocurrencia, agarró un plato con pescadillas fritas y aceitunas machacadas, una botella de vino y salió hacia el comedor con su hombre, que le hablaba de su último viaje a Newcastle en un carbonero y de que aquella vida no era para él.

Balbina callaba porque Perucho siempre se volvía a enrollar, como el resto de los marineros alojados en La Gaviota. El mar lo llamaba como una mala mujer, a quien amaba y temía a la vez.

En algún lugar de la calle alguien cantaba una copla mientras Martina seguía frotando requemados con las mismas manos que días atrás tocaban el piano en su casa de Nueva Orleans. Se sintió encadenada al miedo y a la mezquindad de su tía, y, mientras frotaba tratando de dar brillo a lo que nunca lo tendría, supo que debía enderezar el ánimo, respirar hondo y seguir adelante.

La cocina de La Gaviota olía a aceite, a lomo en manteca y a pimentón, pero fue el aroma del pan horneándose el que la hechizó devolviéndola al tiempo en que su abuela le regalaba bollitos de mantequilla en miniatura para su casa de muñecas.

El pasado se desdibujaba aleteando entre días dichosos y lejanos. De aquel modo regresó con viveza el recuerdo de la mañana en que Regina dejó Cádiz tras la muerte del abuelo Demetrio,

diez años atrás; sus palabras al oído cuando la despidió en el vapor que la llevaría a Sevilla: «Sigo mi destino, querida; como seguirás el tuyo».

«Destino.» Una palabra de garras seductoras que la arrastró fuera de sus vidas.

Su padre apeló al qué dirán, irritado ante la extravagante locura que se había apoderado de alguien tan respetable como Regina Vega de Icaza. Contaba en aquel momento poco más de cincuenta años y, en lugar de guardar luto por su esposo, se aventuraba a seguir los pasos de un iluminado que decía vender agua sagrada.

Las lágrimas que Martina sostenía mientras sacaba brillo a una olla de estaño vencieron al fin la batalla.

No vio las dos pequeñas sombras que se asomaron a la ventana escudriñando aquella cara nueva en La Gaviota.

—¿Qué hacéis aquí? —Erlinda dio dos coscorriones al par de pilluelos escapados del hospicio que se habían subido a una caja de fruta para espiar.

—¡Ay, ay! ¡Danos un currusquillo de pan, morenita!

El tormento del hambre en el orfanato seguía grabado a fuego en su estómago; como el frío en las noches y los pasos silenciosos de las monjas llevándose a alguna niña enferma que nunca más habría de volver.

Erlinda miró a un lado y al otro del patio, creyó oír la risa de Balbina en el comedor y aprovechó el momento.

—Tienen hambre, Martina. —Tomó dos hogazas pequeñas y colocó el índice sobre sus labios para que salieran de puntillas.

—Os veo *mu* generosas con el pan ajeno. —Cargada con una bandeja de vasos vacíos, Balbina les advirtió—: ¡Aquí no *m'hagáis* fulleras!

Erlinda apretó los labios viéndola resoplar como un buey, contando los panes.

—Como dicen que la holganza cría ladrones, ahora mismito subís y limpiáis los retretes.

—Deja a las niñas, Balbina... —dijo Perucho asomándose por la puerta batiente.

Ella olvidó su bronca por el pan y salió con él, tras su mirada azul y templada. Sus palabras eran música amansafieras.

Fue por la tarde cuando Balbina le dio permiso para subir a la habitación de la prima Candela. Contaba nueve años y era fruto, al parecer, de sus amoríos con un señorito de una de las casas donde sirvió.

Al regresar a Cádiz, Balbina conoció al tío Eduardo y las acogió en su casa lidiando con agrias disputas familiares que separaron a los hermanos De Icaza. Tras su viudez y el traslado a La Viña, Candela engarzó enfermedades convirtiendo su existencia en una carga para su madre y una pesada losa para ella misma, que empleaba el tiempo en bordar delicados paños y buscar consuelo en los libros de vidas de santos que le proporcionaba sor Clara, de las Hermanas de la Caridad.

La religiosa visitaba la casa un par de veces al mes para revisar las tareas de caligrafía que le encomendaba. En ocasiones la ayudaba a caminar consiguiendo algunos pasos titubeantes sobre la alfombra de su habitación. Así alimentaba su esperanza de que pronto pudiera asistir a la escuela.

«¡Pamplinas! Ya sabe lo que hay que saber, hermana», le decía Balbina.

Y sor Clara se marchaba con varios botes de conservas de mermelada y una ollita del delicioso atún en escabeche que preparaba Esperanza. También con la sensación de dejar un tanto desamparado a aquel pajarillo enjaulado que era Candela.

Cuando observó las manchas en la piel de los brazos de la niña envió a su sobrino, estudiante de Medicina, para que la visitara. El joven señaló alguna posible alergia y se limitó a recetar aceite de hígado de bacalao, el mejor remedio para niñas enclenques, y también Revalenta Arábiga, una mezcla de harinas que fortalecían las carnes y renovaban la sangre.

«Nada de Revalenta —murmuró Balbina a sus espaldas cuando se fue. No estaba dispuesta a comprarla a ocho pesetas el kilo—. Qué sabrá el medicucho, qué sabrá él.»

Qué sabía nadie de su condena, de la maldición.

—¿Se puede? —Martina empujó la puerta entreabierta.

La niña, sentada en una silla de ruedas, llevaba un vestido azul marino con blondas de seda blanca rodeando su fino cuello. Un lazo blanco adornaba los bucles de su cabello azabache que enfatizaba su piel ajena al sol. La luz azafranada de la tarde abrazaba su figura, como a una santa.

—¡Martina! —Candela dejó a un lado la tela de lino donde bordaba un abecedario y estiró los

brazos hacia ella.

—Cuánto has crecido... —Martina la abrazó advirtiendo su piel mortecina, su respiración vacilante, la mirada azul turbia y enfermiza.

Erlinda entró sin llamar, cargada con una bandeja de pestiños y una jarrita de barro.

—¿Un chocolatito caliente, niña Candela?

Animada por ver otra cara nueva, aplaudió:

—Para mí y para Cosette. —Señaló la muñeca de porcelana que le había regalado Perucho de su último viaje a Inglaterra.

Martina la descubrió sobre la cama, junto a un gato pelirrojo que dormía enroscado y ajeno a las visitas. Apoyada entre almohadones de terciopelo verde, la muñeca, de pelo negro y vívidos ojos azules, parecía una niña detenida en el tiempo, como su dulce prima.

Horas más tarde la pleamar escondió la arena de La Caleta como un mago de circo hacía desaparecer sus pichones. Del mismo modo resguardaba Balbina a su hija del mundo; protegiéndola, a ella y a sí misma, de un conjuro engendrado bajo un eclipse de luna roja.

Llegó la noche del Viernes Santo con vientos del sudeste y bancos de bruma por toda la ciudad. En la buhardilla, Erlinda cepillaba el pelo a Martina, como en los viejos tiempos.

—Déjeme, señorita, déjeme.

Le conmovía verla extenuada al final del día, más flaca y con sus manos, antes siempre enguantadas, ahora con grietas que ella curaba con harina de almendras y miel. No podía evitar hilvanarle los descosidos y despertarla cada mañana, poco acostumbrada como estaba a hacerlo al amanecer, para que Balbina no montara en cólera. Así la amparaba como bien podía, mostrándole pequeños resquicios de esperanza en los días más sombríos.

Martina detuvo su avance con el peine.

—No me llames más señorita. ¿Salimos?

Se calzaron, tomaron sus chales y pasaron de puntillas ante la salita donde Balbina jugaba a las cartas con Perucho y otros huéspedes en torno a un brasero, ajenos a templos y plegarias. Después corrieron hacia la procesión de los cofrades del Cristo de la Buena Muerte, atraídas por el ritmo de los tambores y los trombones.

La plaza de Isabel II palpitaba al son de los pasos de los cargadores y de los golpes secos de la horquilla sobre los adoquines. Todo era olor a cera quemada, incienso y oscuridad, quebrada por los candiles del trono. Estremecida por el silencio, la humedad y la visión entre la niebla de la imagen del Cristo doliente, Erlinda lloraba envuelta en la magia de aquella escena que presenciaba por primera vez.

—¡Cuidado! —Martina la agarró del brazo.

La imagen se tambaleó oscilante, precipitándose hacia atrás. Un grupo de mujeres comenzó a lamentarse mientras dos hombres acudían a socorrer la talla, ahora con la corona de espinas ladeada y el brazo magullado. Erlinda se cubrió la boca del espanto y Martina se santiguó buscando protección en la tiniebla. Todo lo que la envolvía le enviaba señales de derrota.

—¡Ya lo levantan! —Erlinda juntó las palmas de las manos expectante.

Alguien acercó un candil al rostro doliente de aquel Cristo que izaban sobre su trono. Martina comprendió que todas las vidas pasaban sus viacrucis y que caerse implicaba comenzar de nuevo. Aun herida, aun rota.

Al día siguiente el viento trajo un ejemplar de *La Moda Elegante*. La revista revoloteó por el patio de La Gaviota hasta que Martina la atrapó cerca del pozo. Hojeó las ilustraciones sobre los últimos diseños de París y los consejos dirigidos al «bello sexo», la arrugó y la tiró al agua.

Aquellos figurines de moda le evocaron los días en que acudía al parque Genovés acompañada de su aya, allí donde al pie del lago y la cascada se sentaba a dibujar. La exuberancia en primavera de aquellos jardines junto al mar y la galantería de Conrado, que salía de una tertulia de poetas y artistas en el Café, deslumbraron sus ingenuas ilusiones. Algunos encuentros más entre veladas, notas y cartas perfumadas fueron el acicate para que Martina le permitiera que solicitara a su padre el permiso para visitarla.

Conrado Lefebvre fue nombrado vicecónsul de España en Nueva Orleans, y tras concretar la boda para antes de un mes, su madre le tendió el último número de aquella revista dirigida a las clases acomodadas.

«Tendrás que aprender de estos consejos, hija mía: el trato que debes dar a tu esposo, cómo debes vestirme siempre para agradarle...»

Martina recibió aquella revista femenina como si de un devocionario se tratara, como si sus artículos fueran palabras sacrosantas.

«Deberás ser el ángel del hogar, querida. Aceptar los designios de Dios y los deseos de tu marido. Ahora ya no eres solo hija, sino que serás esposa y madre.»

Y ella, que miraba de reojo sus pinturas al carboncillo abandonadas sobre la mesa, que soñaba con exponer algún día en el Salón del parque Genovés junto a otras damas de la ciudad, que oía a su padre y a su tío charlar en el gabinete sobre la guerra de Cuba, asentía ante el ajuar completo para un año que su madre le mostraba como un trofeo ganado: un traje de gala, varios trajes de *soirée*, otros tantos vestidos ligeros de hilo y batista bordada, media docena de sombreros y guantes, enaguas de encaje, zapatillas de raso, botines de piel...

Martina asentía entre la ilusión y el desconcierto que le causaba el hecho de que Conrado Lefebvre pronto administraría su dote y su vida. Sabía que corrían rumores acerca de la apresurada ceremonia, pero bajo los ojos oscuros de aquel hombre que apenas conocía, bajo sus manos cálidas, ella creía brillar, deslumbrada por su futura vida en una ciudad tan lejana de Cádiz como Conrado del verdadero amor.

—¡Han llegado nuevos huéspedes! —dijo Erlinda asomándose desde la ventana de una de las habitaciones—. Tu tía dice que son gabachos y que les sirvas ya unas tortillitas de camarones; que si estás *acarajotá* o qué te pasa. —Se cubrió la boca con una mano reprimiendo la risa.

Tras atender a los franceses, que no entendían por qué los baños del Real no estaban abiertos aún con el buen clima de la ciudad, Martina acudió a la mesa donde ya esperaba Benigno. Un *guachisnai*, según la tía Balbina: hijo de padre inglés y madre chiclanera. La piel curtida de su

rostro delataba su pasado como pescador; sus cabellos canosos y sus andares rencos, dolores y años sobre sus espaldas.

Le sirvió un plato de potaje de tagarninas observando su camisa limpia, el pañuelo azul anudado al cuello. El guiso humeaba desprendiendo el aroma del hogar que ya no tenía, y el hombre sonrió agradecido.

Desde el aparador, Balbina le hizo señas para que acudiera junto a ella.

—El Benigno anda como pollo sin cabeza desde que su mujer se marchó a servir a la casa de unos señores de alto copete de Málaga —cuchicheó buscando cubiertos. A Balbina le encantaba escudriñar en los secretos ajenos y ocultar los suyos—. Ella se fue para ganar unas perras que pagaran las facturas de los médicos, pues *ta* pachucho del corazón... Aquí también dejó a su madre, pero *ta* mochales y no la quieren ni en el asilo. Él la cuida como bien puede, pero parece ser que hace tiempo que no recibe cartas de la Simona, y que la última apenas venía con una nota y unas pesetas que *mu* pronto se le acabarán. Tela telita con esa gachí...

Martina no pudo evitar conmoverse ante aquel hombre de mirada vidriosa y porte ligeramente encorvado, como si de un momento a otro fuera a replegarse sobre sí mismo y desaparecer. Lo vio escudriñar en los bolsillos de su chaleco para pagar su comida.

—Hoy invita la casa —dijo Balbina—. Y llévele esto a su suegra. —Le entregó un paquete con pestiños aún calientes.

Martina contempló la escena sorprendida. No sabía que más que las monedas que su tía perdía, más que la lástima por aquella alma en pena que era Benigno, le importaba contentar a la vieja Dorita, halagarla con una ofrenda, cercenar con generosidad el mal conjuro que un día le echó.

El viejo pescador salió de La Gaviota y caminó por entre las estrechas calles hacia su casa en el Campo del Sur. Saludó al traperero y a unos niños que remendaban redes y no pudo más que buscar en ellos el rostro de su hijo perdido. Tras el naufragio, Simona ya no fue la misma y se dedicó a perseguir la distancia que necesitaba. En Málaga, en aquella casa donde se cultivaban rosas negras según le había contado en sus cartas, vivía rodeada del lujo que siempre había querido, comía caliente y era respetada. Y desde allí no veía el mar; ni se ahogaba tanto en su dolor.

Benigno se acercó a la muralla, resquebrajada por el último temporal. En aquella hora la calima pintaba el cielo de gris y los ojos empezaron a lagrimearle. Renegó del polvo que lo rodeaba todo, de sus pantalones remendados, de sus suelas gastadas. Maldijo el mal que le oprimía el pecho y marcaba su tiempo como un reloj.

Podía haber perdido el día en una taberna, pero las gotas de lluvia se volvieron barro y arrastraron sus pies hasta una de las casas de fachadas desconchadas que se asomaban al océano. Sorteó dos carruajes y un perro chico que le ladró al cruzar. La llave en la cerradura rechinó acompañando el grito de las gaviotas en lo alto. En el vestíbulo, el yeso de las paredes se desmenuzó, como su vida en precario.

Colocó el paquete de pestiños sobre la mesa de la cocina y comió el primero. Después el

segundo, y acabó también con unos restos de anisete. Se durmió y soñó con su Simona cortando una rosa negra cuyos pétalos se volvían sangre; con su hijo regresando a casa, salvo, con las ropas empapadas y el mar revuelto en la mirada.

La mañana siguiente se dio un agua en la cara, se cambió la camisa y vio que de los dulces para Dorita no quedaban más que las migas. Oyó vivas en la calle y salió para unirse a un grupo de hombres que iban a la estación a recibir a Fermín Salvochea, amnistiado al fin. Aquel republicano que había librado a su padre de la cárcel, que había dado mantas a los pobres, escuelas a los niños y esperanza a los obreros cuando fue alcalde, regresaba a Cádiz. Lloró cuando lo vio negarse a que lo portaran a hombros, lloró cuando vio cómo alzaba el puño en alto y gritaba: «¡Viva la revolución!». Y lloró también porque aquel momento de euforia dio alientos de vida a su corazón.

Aquel era un buen día, por eso se dirigió al mercado de abastos y compró un papelón fino de churros. Después se dirigió a La Caleta.

Encontró a Dorita en la playa, con el sol fundiéndose sobre el mar topacio, los faluchos y las barcas fondeadas. Descalza sobre la arena, daba pan seco a las gaviotas; cada vez más flaca, cada vez más desmemoriada.

—¿Cómo estás, Dorita?

Ella sonrió haciendo caso omiso al papelón de churros, mostrándole su boca desdentada. Después se ruborizó, como si fuera la primera vez que se encontraban, y le dio un cuscurro, animándolo a lanzarlo al aire.

—Tu hija Simona está bien... —Benigno se aclaró la garganta deshaciendo el inoportuno nudo—. Escribió y mandó unas pesetas. Y ya pagué la renta de tu casa y la cuenta del ultramarinos.

Dorita imitó el chillido de las gaviotas, como una niña, ajena y feliz. En el crepúsculo no había malos augurios ni miedos. Solo estaban el ahora y el sol coloreando un mar en calma.

—La suerte está echada, Benigno —dijo.

Y él sonrió, porque había recordado su nombre.

Abril pasaba entre fogones, días de sol y viento del sur. El Gordo Perucho se hizo de nuevo a la mar, gruesa y encrespada cuando embarcó, y dejó a Balbina refunfuñando por los rincones, abrazándose a la almohada que aún conservaba su olor y bebiendo anís Las Palomas como si no hubiera un mañana. Retomó los viejos hábitos de esculcar las habitaciones de sus huéspedes, de cotillear en sus baúles y fantasear sobre los retratos en sepia de los amores de los marinos. En la buhardilla donde moraba su sobrina encontró una caja de puros habanos: un presente para el difunto Demetrio que ella se afanó para venderlos de a uno.

Después de pagar al carbonero y antes de la cena, Martina se aseaba el rostro tizado de carbón y acudía a la habitación de Candela, donde la encontraba con el sol de la tarde encendiendo su piel cetrina, tejiendo junto al balcón. Se sentaba frente a ella y leían *Juana Eyre*. No comprendía que solo tuviera a su alcance libros de vidas de santos cuando Cádiz estaba bien surtido de imprentas y librerías en las que encontrar novelas que consolarían a aquella pobre niña de su vida y de su enfermedad. A veces daban pequeños paseos titubeantes por la ordenada habitación.

—Tengo miedo de caer... —Candela se sujetaba a sillas y muebles; los labios temblorosos por el vértigo que le producía estar en pie.

—Te levantaré, pero debes fortalecer tus músculos y así podremos dar un paseo junto al mar.

—Madre dice que el mar es malo, que se lleva lo que más quieres.

Martina también le enseñaba a dibujar y a escribir «Je ne sais pas» y «Bonjour», hasta que llegaba su tía con un vaso de *candié* en la mano obligándola a abandonar la tarea.

—No canses a la niña —decía. Y empujaba la silla de ruedas haciendo una señal a su sobrina para que se retirara. Después le daba a su hija aquella bebida reconstituyente de huevo y vino de Jerez en la que incluía unas gotas de su medicina.

—Le he contado a Martina lo del espejo, mamá. —Señaló el de mano, plateado, que tenía sobre el tocador.

—Ya *estamo* con las tonterías... ¿Y qué *l'has conta*o?

—Lo de esa niña que vive dentro, la que es como yo, pero no soy yo. Ya lo sabes, mamá... — Hizo una mueca ante el sabor amargo de la bebida.

—Acábatelo —dijo Balbina impaciente—. Y eso, ¿de dónde ha *salido*? —Señaló un pequeño búho de piedra sobre uno de los estantes de la pared. Esculpido en piedra ostionera de grano grueso, la estatuilla exhibía sus hechizantes ojos en la penumbra. Balbina sintió un repeluzno en su espalda.

—Perucho me lo regaló. También prometió que iríamos a una función de títeres.

Balbina asintió conforme. Pero le parecía que aquellos ojos rojizos de piedra y cristal la juzgaban, acusadores.

Las campanas de la iglesia tocaron las diez. Candela despertó sudorosa y con fiebre alta. Se incorporó y vomitó sobre la alfombra, imaginando los improperios de su madre en cuanto se diera cuenta del desastre. Apartó las sábanas y trató de hallar aire donde no lo había, de enfocar la mirada que se le volvía turbia. Sus suspiros llamaron la atención de Erlinda, que regresaba de la cocina con un vaso de leche caliente entre las manos.

—¿Estás bien, mi niña?

—Cuéntame un cuento, Erlinda. Cuéntame... —Su aliento entrecortado despedía olor a flores mustias.

Erlinda la arropó y se sentó junto a ella en la cama. El camisón de tirantes le mostró los brazos desnudos, cubiertos de manchas amoratadas como dedos de fantasmas.

—Érase una vez que se era...

Dorita, que paseaba en aquella hora en que solo los pelacañas fumaban en las esquinas, golpeó tres veces con su bastón en las paredes encaladas de La Gaviota.

Balbina abrió los ojos desvelada por el sonido de las campanas de la iglesia. Se incorporó y echó un vistazo al puñado de sal que había colocado bajo su cama para ahuyentar el mal fario.

No pegó ojo en toda la noche.

«Maldita vieja...»

IV
EL COMPROMISO

Casa Baena, Campanillas (Málaga)

Simona dejó el último número del semanario *La Conciencia Libre* sobre la mesilla de noche del señor. Alisó la colcha de seda adamascada y ahuecó los almohadones de la cama con dosel. En la habitación aún olía a vetiver.

Abrió un cajón del escritorio donde Alejandro guardaba su pistola de bolsillo Derringer y cartas escritas en inglés que no podía comprender. Ante el ventanal entreabierto, lo observó en el patio, junto a los macetones de retama florida, departiendo con el guardés.

Hacía pocos días que había roto su compromiso con Rosita Rodríguez-Smith y sufría los reproches de su madre, alterada por los dimes y diretes, acusándolo de perder una gran oportunidad para unir fortunas.

Como solía espiar tras las puertas, Simona pudo oír el remedo de desmayo de la señora, las amenazas con llevarla a la tumba por aquellos disgustos.

—No quiero pensar que es por culpa de esa institutriz, ¿verdad?

Simona podía verla por la rendija ahuecando su vestido de terciopelo negro, tomarlo del brazo, reclamarle y quejarse ante la insensatez que representaría un matrimonio con una mujer de diferente clase social.

Vio a Alejandro juntar sus manos a la espalda y salir al balcón para contemplar sus tierras. No había sido un buen año ni hubo buena cosecha, pero podía sentir su satisfacción al oír a su sobrina Genoveva cantando cerca de los hombres que podaban las viñas.

—Estoy enfermo, madre —dijo con la voz tomada—. No puedo perder mi tiempo con alguien que no es de mi interés. Tampoco quiero hacerle perder el suyo.

—¡Álex! *What a nonsense!* El doctor Mendizábal dijo que te recuperarías pronto, que tienes una gripe mal curada y que esa tos pronto se aliviaría.

Alejandro volvió a extraviar la mirada en el valle. Su madre odiaba la enfermedad, la vejez y la muerte. Crio a sus hijos entre algodones y se negaba a aceptar padecimiento alguno en la familia, más aún tras la muerte de su marido.

—Daremos una fiesta y conocerás a una joven apropiada para ti. Creo que la hija de doña Casilda de Montellano podría ser una buena opción.

No respondió.

Para qué hablarle de Clarita, de sus ojos que lo acunaban, de su voz que era un bálsamo. Para qué contarle que se quedaba sin palabras si estaba junto a ella. Para qué, si nada importaba más que su risa y sus pies desnudos chapoteando en el estanque de los nenúfares junto a Genoveva.

—La próxima semana tengo una cita en un gabinete médico de Madrid.

—Que te acompañe tu hermano Arnaldo, *my dear*.

Alejandro se dirigió hacia la puerta y Simona se retiró consternada.

Días después y en aquella misma habitación, el ama de llaves abrió las cortinas para que entrara más luz. Se asomó de nuevo al ventanal y vio a Vicente conduciendo a los caballos a las cuadras. El ramo de margaritas que le había regalado el día anterior se desplomaba marchito en un vaso escaso de agua y de ilusión. Valiente tonto si pensaba que ella iba a fijarse en un pelagatos como él.

Un grupo de jornaleros regresaba ya a los barracones. Alejandro hizo señas al capataz. Simona lo vio departir y después regresar al edificio principal.

Aguardó con el estómago encogido el ruido de sus pasos en la escalera, el movimiento giratorio del pomo de la puerta.

—¿Todo en orden, Simona? —Alejandro, en mangas de camisa, botas de montar y bronceado por el sol, lanzó el sombrero sobre la cama y se dirigió al saloncito anexo donde tenía su despacho; una extravagancia en aquella casa con más de treinta habitaciones.

Ella asintió y le entregó la lista con las últimas compras necesarias para surtir la despensa y el montante final. Reparó en sus ojos cansados por enhebrar malas noches.

Tan cerca y tan lejos a la vez. Por esa razón atesoraba su perfume de vetiver y en las noches insomnes dejaba que prendiera el fuego de sus entrañas, fantaseando como sería una vida junto a él.

Simona había abandonado a su familia en Cádiz, compensando su ausencia con cartas y dinero. En la Casa Baena, encontró un lugar donde ser alguien y un amor frágil e imaginario.

Aun así, un mundo mejor para ella.

—Ha llegado una carta. —La sacó del bolsillo de su delantal y Alejandro sonrió al leer el nombre del remitente.

—Angus Slorrance, ya era hora... —Tomó de su mesilla un abrecartas de bronce y añadió—: Puedes retirarte, Simona.

Los perros arañaban la puerta.

—Que entren.

Ella murmuró algo mientras dejaba pasar a los animales, que saltaron a los pies de la cama jadeando.

—¿Ocurre algo, Simona?

—¿No va a ce...? ¿No va a cenar, señor?

Alejandro se recostó contra el cabecero de hierro y bronce y acudió a ayudarlo a acomodar los almohadones.

—Hueles a rosas...

Ella lo miró como si sus palabras fueran un arrullo. Como si la sima entre ellos dos, amo y criada, desapareciera. Aquella mañana se había bañado y su piel aún conservaba el aroma del jabón que había comprado en Málaga.

Alejandro desplegó aquel semanario republicano cuyas ediciones a menudo eran secuestradas y acarició las orejas de Canelo.

—No cenaré, Simona. Cierra la puerta al salir.

Y ella, con el corazón entumecido y los labios resecos, cerró. Con cuidado y sin que apenas se notara el gozne que aún chirriaba porque el nuevo mozo no había subido a arreglarlo.

Uno más que se iba a la calle.

Simona Bélmez no era de andarse con chiquitas.

Cádiz

—Carne de membrillo, chocolate en polvo, garbanzos *pa* el puchero y que te lo pesen bien. Te traes también tocino en lonchas y encargas dos sacos de papas. Después te pasas por la costurera y pagas al lechero.

Martina memorizó la lista de la compra que su tía desgranaba repantingada en la cama comiendo chicharrones. Erlinda estaba con fiebre y catarro y le correspondía a ella preparar los desayunos y hacer los mandados.

—Y mañana no te olvides de aguar la leche, que hoy se ha *servío* hasta con telilla.

—Sí, tía —Se miró las uñas, que ahora estaban cortas y quebradizas.

—No te tardes y ándate con cuatro ojos. —Balbina daba vueltas a la llave de la despensa como haría con un molinillo. Los víveres eran su tesoro: no solo eran necesarios para el buen funcionamiento de La Gaviota, sino que la libraban del peso del hambre que tuvo cuando era niña.

Martina aún no comprendía cómo logró esposarse con el tío Eduardo, siendo tan poco habituales aquella clase de matrimonios entre distintas clases sociales.

—¿Estás *acarajotá* o qué te pasa? —preguntó Balbina dando palmas.

Martina se mordió los labios reprimiendo la risa. Tal vez aquella era la razón de su matrimonio: que Balbina Bazán era poco común.

En las calles no faltaban mala gente, pandilleros, harapos, hurtos y asaltos, en los últimos días protagonizados por soldados repatriados de Cuba que se paseaban por la ciudad con las carnes enflaquecidas y los ojos húmedos cargados de la vergüenza de los perdedores. Por eso Balbina guardaba bajo la almohada una pistola de bolsillo; por eso escondía sus ingresos extra vendiendo a los huéspedes tabaco de contrabando.

Martina salió de la habitación y se asomó a la de Candela. La vio dormir tranquila con el gato a sus pies y se acercó a la cama. La piel de su rostro parecía recuperar su matiz de melocotón, los labios húmedos sonreían sumidos en sueños plácidos. Los días en que Balbina bebía en su alcoba descuidaba sus visitas a la niña y esta parecía recuperar el color, pues eran ella misma o Erlinda quienes le daban sus comidas. Observó que crecía sin rasgos de su madre; más aún, detentaba un cierto aire aristocrático en sus pómulos marcados, en su mirada inocente y en su voz suave de

verbo educado. Acarició su brazo, jaspeado con manchas negruzcas como monedas que delataban sus dolencias.

Salió de la habitación retirando su bacinilla. Candela se le figuraba un pájaro exótico atrapado en un arrabal, una flor rara entre zarzales.

Casa Baena

Simona salió del invernadero de hierro y cristal. Dejaba tras ella las exóticas rosas negras y la hipnotizante delicadeza de las orquídeas salvajes.

—Buenos días, señora Simona. —El jardinero la saludó rozando levemente su sombrero de paja.

—A lo tuyo, Celestino.

El hombre, de espaldas cargadas y andares zanquituertos, siguió empujando su carretilla silbando una tonada popular. «Que te zurzan, Simona», murmuró. Aún con despecho se volvió para contemplar el trasero de aquella ama de llaves que se las daba de sultana de la casa.

—¡Simona! —La señora Baena, que tomaba el té en el balcón de su habitación, aún conservaba su acento inglés como quien guarda un tesoro—. ¡Este té está frío!

El ama de llaves miró hacia arriba, se hizo sombra con la mano y se mordió los improprios que le nacían en la garganta. Por fortuna, la madre de Alejandro solo pasaría allí una semana y volvería a su casa de Málaga hasta que los calores del verano la obligaran a regresar a la que ella llamaba «casita de campo». «Una semana, Simona, temple...» Asintió ante la petición de la señora y se metió las manos en los bolsillos de su delantal para que no viera cómo apretaba los puños.

—¿Tienes frío, Simona? Porque, si no tienes frío, no es necesario andar con las manos dentro de los bolsillos como Curro. *Oh, my God...* —Fiona Warwick de Baena arrastraba las eses como Simona arrastraba los pies dirigiéndose de nuevo a la casa, murmurando que ojalá se muriera ya la vieja, que ojalá se la llevara un mal aire, por Dios.

Una tetera y una taza de té aún llena la esperaban junto a la expresión fastidiada de la señora.

—Tardas demasiado, Simona. Recógelo todo. —Pestañeó con impaciencia dándose aire con un abanico negro como su vestido, de muselina y tafetán. El luto de un año por su esposo Cayetano estaba a punto de finalizar—. Estoy esperando, *for God's sake!*

—Sí, señora. —Y se apresuró a retirar el servicio colocando la taza y el azucarero de porcelana inglesa sobre la bandeja; la cucharilla de plata, la servilleta bordada.

—Sé que no tienes en gran estima a la institutriz de mi nieta. ¿Es así?

Simona enfrentó su mirada expectante.

—Deshazte de ella.

—¿Cómo dice, señora?

—No quiero echarla; quiero que se vaya. Ingéniate y retírate. —Fiona cerró su abanico dando por terminada la conversación—. Por supuesto, tendrás una compensación.

Simona agachó la cabeza y se encaminó aprisa hacia la escalera de mármol que conducía al vestíbulo principal.

Dio un traspie con el borde de la alfombra y cayó cuan larga era con bandeja, tetera y taza sin poder evitar que el azucarero se quebrara, igual que su tobillo.

Las doncellas que faenaban brillantando los suelos del final del pasillo acudieron a ayudarla. A pesar de los agujonazos de dolor, se levantó y cargó de nuevo con la bandeja, ahora llena de la desventura que predestinaban aquellos diminutos pedazos de porcelana blanca.

V
BIENAVENTURADOS

Casa Baena

La niña Genoveva contemplaba las plumas de oca de su almohada desparramadas por la habitación.

—Que no bajo a la capilla, que no —murmuró enfurruñada. Acunó en su regazo una muñeca de porcelana acariciando con la mano derecha el delicado gorrito de batista que cubría su pelo natural—. ¿Tú qué opinas, Cosette?

Los ojos de hielo de la muñeca parecían interrogar a aquella niña de nueve años, detenidos en los rizos azabaches que le caían sobre la frente, en sus ojos azules, grandes y asombrados; en su brazo izquierdo de madera, un artilugio creado en Inglaterra y pintado de color piel que simulaba el miembro perdido.

Genoveva solía poner las palabras que no se atrevía a pronunciar en su boca de labios esmaltados en carmín: «Que se muera Simona». Eso decía Cosette.

La muñeca llevaba unos diminutos botines de color granate y le faltaba un brazo, como a Genoveva. Su institutriz, Clara Fornells, se lo había desencajado sin miramientos para que se sintiera acompañada en su imperfección.

—A veces a las cigüeñas se les caen los niños de la cesta que llevan prendida al pico —le explicó—. Pero a esos pobrecitos que traen de París y llegan con sus cuerpos dañados Dios los quiere mucho más.

—Mucho más, ¿cómo?

—Les manda no a uno, sino a dos ángeles para que los protejan de todo mal.

Genoveva meditó acerca de la remota posibilidad de encontrarse a sus dos custodios con las alas desplegadas protegiéndola de las ánimas en plena noche.

—Nadie es perfecto. ¿Está de acuerdo, señorita Genoveva?

La niña asintió y la institutriz, que bregaba de continuo con la timidez de su pupila, se acuclilló frente a ella acariciándole las trenzas. Clara era una joven catalana que había llegado a Málaga con una maleta y muchos sueños por cumplir. A Genoveva le fascinaba su cabello del color del chocolate y su nariz y mejillas estrelladas de pecas. Las dos tenían predilección por las flores amarillas y los ojos como el cielo de junio. Si se miraban juntas en el espejo parecían madre e

hija; les perdían los buñuelos bañados con miel y llevaban en los bolsillos galletas para alimentar a cualquier animal de la casa, ya fuera perro, gato o gorrino que se saliera de la porqueriza.

Por las noches, antes de dormir y después de que la doncella pusiera el camisón a la niña, entraba en su habitación, se sentaba en una silla de respaldo alto y le leía a Julio Verne. Después la arropaba como haría una madre.

—Rece por todos, señorita Genoveva.

La niña la miraba frunciendo los labios.

—¿Por todos?

—Por Simona también. Las almas mezquinas también merecen la compasión de Dios.

Pero Genoveva prefería rezar por ella, para que no llorara más cuando salía de la habitación de su tío Alejandro; para que le volviera la sonrisa cuando rompía las cartas escritas con letra redondilla y apretada que llegaban con remite de Barcelona, enviadas por un tal Carlos Agramunt.

Desde que llegó a la casa, Clarita Fornells moldeaba el carácter de la niña para que el mundo no la aplastara, induciendo en su alma fortaleza y resignación.

Hija de la difunta hermana de Alejandro, Genoveva se había criado bajo la tutela de su tío. Vivió sus primeros años en Málaga capital, pero pronto prefirió su vida en Campanillas. Lejos del encorsetamiento burgués y las voces maledicentes de la ciudad, le volvieron los colores al rostro y aprendió a echar grano a los pollitos; a ensuciarse los botines con el barro de los huertos y la paja de los establos. Se unió a los juegos de los hijos de los peones y de Ceferino cuando no estaban trabajando y descubrió que no tenían zapatos de charol, ni almohadas de plumas en sus camas; que no sabían leer y en sus mesas no había repostería fina a la hora de la merienda.

Ante las miradas de reprobación de Simona acerca de aquella educación que nada bueno podía traer para una niña de su clase, Clarita la hacía regresar al gabinete junto a la biblioteca. Allí la enseñaba a andar erguida para que cuando fuera mayor luciera en los salones de sociedad. Después abría un libro de astronomía y le enseñaba los nombres de las estrellas para que conociera la grandeza del firmamento.

En una ocasión pillaron a Ceferino espiando tras la puerta, ahuecadas las manos tras los vidrios grabados de espigas. Seducido por el pizarrín de Genoveva y las pilas de libros que la rodeaban, soñaba con aprender a leer y a escribir para no ser un zoquete toda su vida, como aseguraba el padre Sancho que sucedería.

—Pase usted, señor Ceferino.

El niño entró cabizbajo y con la boina en la mano.

Clarita recorrió las cortinas y miró por la ventana. La señora Baena estaba en el jardín, Simona con sus quehaceres y Alejandro en los viñedos.

—Puedes quedarte un rato, pero será nuestro secreto.

—Seré una tumba, señora Clarita. Pero secreto de tres, secreto no es...

La institutriz se echó a reír y revolvió sus cabellos con briznas de paja.

Los hijos de los trabajadores de la hacienda no debían entrar en la casa grande. Aun así, aquel

jovencito había roto las reglas, hambriento de saber.

—Tendré que hablar con tu padre para que te deje asistir a la escuela, Ceferino.

—Dice que quien nace burro burro se queda, y que mi sitio está trabajando en la porqueriza.

Pero Clarita, a quien no le gustaba dejar a nadie atrás y consideraba que el analfabetismo estaba encadenado a la pobreza, le dio un pizarrín y le enseñó a escribir su primera letra.

—«Ce», de «Ceferino» —dijo trazando una curva de tiza.

Él la imitó arrugando el ceño, con la punta de la lengua asomando entre los labios. Cuando terminó, levantó los brazos en señal de victoria.

A Clarita le pareció que abría sus alas.

Poco después de que Alejandro anunciara la ruptura de su compromiso, Clarita cayó enferma. Genoveva vagó asilvestrada por la casa y por los campos. Salía sin guantes ni sombrero, ansiando el aire y la luz. Ahuyentaba a las gaviotas que cazaban lombrices, perdía las cintas de su talle y se manchaba el bajo de su vestido en cualquier lodazal hasta que Simona la alcanzaba. Tirándole de la oreja, casi la arrastraba hasta su habitación.

—¿Me vas a hacer darte jarabe de palo otra vez?

Sentada en el borde de su gran cama con dosel, Genoveva se mordía los labios abrazándose a su muñeca Cosette. No respondería; no, señor. «Calla, Cosette, no digas nada.»

—Jarabe de palo, entonces.

Y Simona se enfrentaba a aquellos ojos que mudaban de azul a violeta, la agarraba de las orejas y la llevaba junto a la ventana para que se arrodillara y colocara sus brazos en cruz.

—¡Llamaré a mi tío!

Simona rio.

—Tu tío no está y no debe ser molestado con estas chiquillerías. —Se quitó un zapato amenazándola—. ¿Vas a bajar a la capilla?

«Cosette dice no.»

—¡No!

El ama de llaves la zarandó presionando sus uñas, marcándole la piel. Le cruzó la cara de un bofetón y al momento se arrepintió de haber perdido los nervios. Era la sobrina de Alejandro y algún día él podría no achacar a su carácter fantasioso todas las acusaciones que sobre ella vertía.

—Lávate la cara y baja de una vez. No te lo repito más.

La niña le sostenía la mirada, irreverente y ardida.

—Irás a los infiernos de los que habla el padre Sancho, Simona.

Tomó el aguamanil, echó un poco de agua en un paño y le refrescó la cara con un paño de lino. Evitó mirar sus ojos brillantes, el temblor de sus labios.

—Antes de entrar en misa podemos ir a ver cómo se encuentra la señorita Clara.

Genoveva sonrió con desgana, pero agradeció el gesto. Se adelantó y corrió por los pasillos hasta la planta baja, donde la institutriz tenía su habitación.

La vieron tomando el jarabe que el doctor Mendizábal le recetó y tratando de disimular los círculos morados bajo sus ojos espolvoreando polvo de arroz.

—Te pondrás buena pronto, Clarita —dijo Genoveva sentándose junto a ella en la cama.

—Se dice señorita Clara —corrigió Simona. Y comenzó a revisar el orden en aquella habitación mientras la niña parlotaba con su institutriz, que desgranaba con dificultad las palabras entre sus labios resecos.

Desde su llegada, Clara Fornells había desordenado el mundo de Alejandro. Tal y como decía la señora Baena, lejos de ser un divertimento pasajero, aquella joven ponía en peligro la respetabilidad de la familia y su futuro; alejaba también la posibilidad de Simona de lograr atraerlo de nuevo a sus redes.

—Es evidente que los aires del campo no le sientan bien, Clara —interrumpió observando una cajita de música abierta sobre la cómoda. La tomó entre sus manos y le dio cuerda.

—Cuando se ponga mejor, le diré a mi tío que vayamos a la casa de la tía abuela Philomena en Churriana, frente al mar.

Simona dejó caer la cajita de música.

—¡Oh, cuánta torpeza! —Recogió la bailarina del suelo y trató de recomponer sus brazos partidos.

La mirada huidiza y atribulada de la institutriz confirmó que aquella cajita se la había regalado Alejandro, que trataba de conquistarla con fruslerías. Simona reprimió una risita recordando su propia noche con él, hacía más de un año, una noche única y eterna en la que aprovechó su regreso a casa perfumado de alcohol barato de las tabernas del puerto de Málaga tras una juerga con sus amigos ingleses.

Entró en su habitación vestida con su mejor camión, perfumada de lavanda y armada de valor. Con el cabello suelto, negro y ondulado sobre su espalda, rejuvenecía diez años y volvía a ser la Simona que una vez tuvo sueños y manos de porcelana. Volvía a ser la que amó a un hombre y fue traicionada secando su corazón por siempre jamás. El pobre de Benigno no había podido borrar con su amor aquella herida nunca cerrada. Ante Alejandro Baena, en cambio, se abrió para dar paso por sus resquicios sangrantes a las migajas de amor de una noche que él ya había olvidado.

—Que descanse, Clara —dijo Simona señalando la puerta a Genoveva—. El padre Sancho no espera para su homilía... ¡Y no olvide tomar su medicina para reponerse pronto! A los señores no les gusta tener personal enfermo en la casa.

—Así lo haré —respondió Clara. Su voz era un susurro.

La vieron con los dedos asomando bajo la colcha y los ojos confundidos buscando respuestas a aquel extraño mal que la había aquejado de forma tan repentina.

Acudieron a oír misa en la capilla. Buscaron un lugar junto a Ceferino, que llevaba la camisa nueva y blanca de los domingos, pero aun así olía a boñiga. Una yegua le había dado una coz, así

que el chico sonreía a Genoveva mostrando su diente astillado mientras el padre Sancho decía:
«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados».

VI
MELKART

Cádiz

En el zaguán de la pensión, Martina miró a un lado y al otro de la calle desierta. Se cubrió la cabeza y los hombros con el chal y antes de ir al mercado se encaminó a la iglesia.

El párroco departía con un monaguillo. Esperó, decidida a preguntarle acerca de las posibilidades que tenía de anular su matrimonio. En la serenidad de aquel templo, ofrendó una vela a la Señora de la Palma, Virgen poderosa que detuvo las aguas del maremoto del Día de Todos los Santos de 1755, el que engulló Lisboa, Ayamonte y Sanlúcar. Susurró una oración en aquella isla en calma y al terminar vio que el cura desaparecía tras la puerta de la sacristía.

Quiso llamarlo, seguir sus pasos, pero se detuvo en mitad de aquel silencio que la rodeaba, entre el aroma del incienso y la luz mortecina de los cirios encendidos. Se estremeció. No era el momento. Tal vez no sabía ni cómo encontrar las palabras.

Salió y caminó por las callejuelas adoquinadas con macetas de geranios aferradas como las sillas a las paredes de las casas de vecinos. Dejaba tras ella las notas de una guitarra y barriles de manzanilla madura a la puerta de las tabernas de pescadores. Olía a caballa frita y a cubos de cebo fresco. Las mujeres ventaneras murmuraban a su paso: hacía días que formaban corrillos para hablar de la nueva de La Gaviota.

Apresuró sus pasos. Ahora nada le importaba más que llegar hasta la muralla frente a la catedral, allí donde los temporales rompían. Y, liberada de la visión de las angostas calles, dirigió su mirada gris hacia el vasto azul intenso del océano, como lo hacían también las decenas de torres miradores de la ciudad blanca, vigilantes eternos.

Aquel viernes algo cambió.

Quizás fue su ofrenda a la Virgen, quizás fue la visita días atrás a las tumbas de sus padres en el cementerio de San José, junto al océano rugiente. La abuela Regina les había procurado un lugar digno donde descansar.

O tal vez fue culpa del viento de levante que dejó la flota amarrada a puerto, se llevó su chal y despeinó sus cabellos. Deshizo también aquel nudo en el estómago con el que despertaba cada mañana, desvaneciendo los miedos que la tía Balbina inculcaba en su alma.

Decidió que se desprendería de su colgante de aguamarina, su amuleto protector. Se había

aferrado a él con fe ciega, pero era hora de empeñarlo en el monte de piedad. Sacaría billetes de tren para ella y para Erlinda y se abriría paso en Madrid o en Barcelona como profesora particular.

Aquel viento del este, loco y errátil, le infundió fuerzas. El azul, ante ella, la serenó.

Se dirigió a la calle San Miguel, donde debía recoger el encargo de la costurera de su tía, no sin antes detenerse ante el tentador escaparate de la pastelería Viena. Caminó un trecho más y el dolor de sus pies la obligó a descansar junto al guardacantón, un viejo cañón del Ejército napoleónico. Siguió su camino sin reparar en el hombre de cabellos cenizos y largos hasta los hombros que asomó por la misma esquina donde ella se había detenido. Él cambió de mano su bastón con empuñadura de plata y la observó entrando en un portal.

«De nuevo ella...»

Angus Slorrance se ajustó el sombrero contemplando la hornacina que se abría a la altura de los balcones y sobre su cabeza: una escultura en mármol de san Miguel Arcángel. Blandía su espada aprisionando con un pie la cabeza de Lucifer.

Detuvo a un muchacho y le mostró una peseta.

—Sigue a esa mujer; después me buscas en la casa junto al palacete de la calle Calvario y tendrás otra como esta.

Caminó con paso animado la escasa distancia que lo separaba de las catacumbas del antiguo beaterio de las franciscanas. Su apariencia de extranjero despistado por las calles del centro de Cádiz contrastó con la seguridad con que entró en el edificio. Dio la contraseña al vigilante y descendió por una angosta escalera de paredes húmedas y desconchadas.

Se vistió con la túnica ritual en una estancia reservada a tal efecto y tras cruzar varios pasadizos desiertos, se adentró en la cripta, iluminada por decenas de cirios que parecían susurrar en la penumbra.

—*Welcome*, Slorrance.

Frente a él, un círculo de hombres encapuchados. En su mayoría prohombres de la ciudad, comerciantes de vino y propietarios de navieras: hermanos francmasones. Él saludó y completó el círculo de seis, el número del equilibrio. Sonrió mostrando su peculiar colmillo de oro y su rostro radiante mudó de expresión cuando el hermano H le mostró una caja. Labrada, de madera noble y penetrante aroma a palisandro, se abrió ante él mostrándole el hallazgo.

—Magnífica pieza... ¿Dónde...?

—En el caño de Sancti Petri.

Angus sostuvo entre sus manos una estatuilla de bronce con el torso desnudo, los puños apretados, un *nemes* egipcio como tocado y faldellín.

—Melkart —asintió complacido—. Antiguo dios fenicio, señor de los campos, del ciclo de la vida y la resurrección. El dios del templo de Sancti Petri asimilado a Hércules, el dios gaditano. —Colocó la estatuilla en una piedra a modo de altar y dio comienzo la reunión.

En el centro de aquella cripta oculta a los ojos de los profanos se hallaba una mesa con los

elementos masónicos que marcaba la tradición: un compás, una escuadra, tres velas y una biblia. Pero Angus no lograba concentrarse en la liturgia, distraído como estaba con el nuevo encuentro con Martina. Aquel rostro pintado al óleo en la casa de Conrado Lefebvre en Nueva Orleans: el rostro de Martina de Icaza, su señora esposa.

Se retiró la capucha y entregó la túnica al vigilante. Y tal y como había entrado el último, salió el primero de aquel lugar en el subsuelo de la ciudad. Llevaba bajo el brazo la caja de palisandro con Melkart en su interior.

Cuando llegó a su casa de la Alameda, entró en su estudio y desplegó un mapa de Cádiz. Con el índice resiguó el triángulo que formaban el castillo de San Sebastián, edificado sobre el antiguo templo a Baal-Moloch; el de Santa Catalina, sobre los restos de un templo a Astarté, y el de Sancti Petri, sobre el templo de Melkart.

—Tierra de poder... —murmuró.

La ventana abierta le traía el olor a salitre de la bahía cubierta de espuma en aquella hora. Para el mundo ordinario era un coleccionista de objetos antiguos; para su reducido círculo, un cazatesoros.

Con la estatuilla de Melkart en sus manos, acariciando el frío bronce, continuó la partida de ajedrez que jugaba por correspondencia con un amigo inglés. Movió el alfil en diagonal y capturó un peón.

Oyó que llamaban a la puerta.

Su sirvienta, una gaditana zamborondona, asomó su cabeza poblada de rizos desordenados.

—¿Va a *tomá argo* el *señó*?

Angus asintió.

—Lo de siempre, María. ¿Tampoco hay correo hoy?

Ella se llevó una mano a la frente.

—Ay, por *Dio*. Si es que el levante la *vuerve* tonta a una... —Salió hablando por lo bajini. Aquel día de ventarrón se le había vuelto duro el pan y había volado toda la ropa tendida.

En una puerta oculta de su estudio y junto a una atestada librería de volúmenes encuadernados de cuero, Angus contempló los arcones abiertos que contenían los últimos trofeos conseguidos: ducados genoveses del siglo XVI, un ánfora romana y otras fruslerías que aún no compensaban el dinero que invertía en el equipo que tenía a la busca de pecios hundidos en la costa de Cádiz. El abundante tráfico continental de naves cargadas de objetos de oro y sus contactos en el Archivo de Indias convertían esa costa en una de las mejores para hallar tesoros. Como buen coleccionista, buscaba algo especial, y por fin lo había hallado. Acarició la estatuilla de Melkart, dios antiguo y hambriento de sacrificios, y reparó en el símbolo tallado en su espalda: una estrella de cinco puntas.

Después abrió la primera carta, que le anunciaba el permiso para proceder al desescombros del dolmen de Menga, en Antequera. Alzó las cejas y sonrió entusiasmado.

María volvió con un platillo de queso de cabra y una botella del fino de Jerez que tanto le

gustaba al señor cuando radicaba en Cádiz.

Y entre las cartas que le entregó, una de Conrado Lefebvre.

—Retírese, María.

Ella salió sin ver cómo sus dedos temblaban levemente al sostener el abrecartas, ansiando encontrar entre aquella letra apretada palabras de aliento para su corazón.

La ventana abierta dejó entrar el jaleo de unos jóvenes en un coche de caballos, montando su particular sarao flamenco y cantando a grito pelado mientras él leía absorto.

Aún con el sabor almendrado del fino en los labios, Angus sonrió.

Y durmió sin malos sueños, todo en azul.

VII
EL RAPTO

—Se lo habrá afanado tu tía mientras te bañabas —aseguró Erlinda con los brazos en jarras—. Como si la viera, esculcando tus cosas y probándoselo delante del espejo.

El colgante de Martina no aparecía. Ni bajo los colchones ni en los baúles de la buhardilla. Su pasaporte de salida de La Gaviota se había esfumado.

Bajaron a la habitación de Balbina, que había salido, y la encontraron cerrada con llave.

—Tuvo que ser algún huésped, como cuando desaparecieron los habanos. —Martina mantenía a su tía libre de culpas. Sabía que era mezquina y cicatera, pero no la creía capaz de comportarse como una vulgar ratera con alguien de su propia familia.

—Vamos a averiguarlo, entonces.

Erlinda se inclinó hacia la puerta valorando el reto de abrir la cerradura.

—Cuando las monjitas nos encerraban como castigo, ¿quién crees que era la primera en salir? —Sacó un par de horquillas del moño y tras unos ágiles movimientos para presionar sobre el cilindro, el pomo giró.

En el interior olía a anís y a fruta madura, abandonados los restos en un plato sobre la cómoda. El reloj de pared, mudo y varado en el tiempo, parecía observar a las dos jóvenes abriendo y cerrando cajones.

—Aquí no hay nada, ¡maldita sea! Pero si queremos sacar a la niña, no nos queda mucho tiempo —la apremió Erlinda.

Martina volvió a abrir el armario, buscando en bolsillos y limosneras, sin éxito. Erlinda hizo un mohín mirando por la ventana que daba al patio interior, donde unos huéspedes desayunaban atendidos por Esperanza.

—Lo buscaremos después, ¡vamos!

Cargaron a Candela por la estrecha escalera de madera que conducía a la azotea. Al llegar la acomodaron en un poyete junto a unos lebrillos de zinc. Llevaba días pidiendo subir, siempre recibiendo negativas de su madre. Que si el viento, que si el sol.

Y bajo la luz de aquella mañana en que el levante amainaba, la niña sonrió eclipsando su rostro habitualmente pálido. A su alrededor, decenas de macetas de terracota exhibiendo sus claveles,

sábanas limpias agitándose en el aire y el griterío de las gaviotas. Se maravilló ante la línea recta y azul que formaba el mar abrazando la ciudad.

—Antes subía con mamá. —Su respiración era agitada, sibilante. La humedad del ambiente y el moho en los rincones le regalaban otro achaque más—. Eso era antes de los calambres en las piernas y mis cólicos. Pero los niños de las casas vecinas empezaron a llamarme coja y cara anchoa y... —Acarició a su gato, que saltó al poyete para sentarse junto a ella ronroneando. Llevaba el cabello suelto, sin trenzar, y Martina comenzó a cruzar mechones reparando en la pequeña medialuna de nacimiento en su nuca.

—¿Cuándo fue la última vez? —le preguntó.

—Por Navidad. Subí para ver las estrellas fugaces y pedirles un deseo.

—¿Y te lo concedieron? —Erlinda formuló la pregunta, pero al instante se arrepintió.

—Sí, porque anduve cinco pasos seguidos y además vi a mi papá. —Señaló la torre más alta de la ciudad—. Allí.

—¿En la torre Tavira? —Martina no podía creerlo.

—Mirando el mar con un catalejo. Después se lo llevó una gaviota; tal vez a América. Cuando me ponga buena, viajaré hasta allí.

La niña fabulaba risueña redibujando en su mente la realidad. Buscaba en una torre mirador a su difunto padre y a una gemela dentro del espejo. Era una flor frágil en un mundo desalmado y Martina comprendía el afán de su madre de preservar su delicada salud entre aquellas paredes. Sin embargo, se preguntaba si el excesivo celo la volvería aún más débil y vulnerable.

Oyeron al afilador chiflando su flauta de cañas en la calle, y una sábana se desprendió del tendedero. Salió volando como una vela de barco lanzada al aire. Todas rieron y Candela las cogió de la mano señalando las nubes.

En aquel momento plácido solo había cielo y olor a ropa limpia. A Martina le pareció que La Gaviota se transformaba en hogar.

Voceando desde el piso inferior, Balbina detuvo el ensueño.

—Chsss —ordenó Erlinda—. ¡Bajad tras de mí! Yo la despistaré.

En la cocina se encontró con un mozo que traía caballas y mojarras en una caja de madera.

—¡Ha ganado Silvela! —exclamó este guiñándole un ojo a Erlinda—. *Disen* que este presidente acabará con los *casiques*, que son un mal que rompe este país.

—Qué vas a saber tú de política, papafrita... —le espetó Balbina apareciendo por la puerta del patio seguida de Martina. Comprobó la frescura de las mojarras y pagó al muchacho, que recontó las monedas porque conocía a la doña.

—Al Paquillo de la tienda de ultramarinos se lo han *llevao* al hospital —aseguró—. ¿No me va a regalar ni un vaso de agua con esta *caló, señá* Balbina? *Disen* que fue por el vino, que estaba *demasiao tintao pa paresé* del *güeno* y que llevaba *arménico*...

—Será *arsénico*, papafrita...

—Ea... —Bebió de un trago el vaso de agua que le sirvió Martina. Se secó los labios con la

manga y continuó su parte del día—: Y en el *mercao* están con el comecome de que un sacamantecas anda suelto por las afueras de Málaga. Que les saca los *corasones* a las niñas que andan solas por el campo...

Balbina palideció. Ella que era todo piel morena y buen color. Las últimas noches había soñado con la vieja Dorita regalándole un cofre cuyo contenido latía, latía, latía...

—¡Mucho cuento tienes tú! —exclamó.

Y cuando el mozo salió, agarró una botella de aguardiente y llenó el vaso hasta el borde. Se sentó y apoyó la espalda en la pared, la mirada perdida en las baldas con los platos ahora organizados por tamaños, los botes de especias en fila, los paños limpios y apilados.

—Tía. Tenemos que hablar.

—Largo de aquí.

En su tono encontró, más que grosería, pesadumbre.

Balbina se quedó sola, aferrada a su vaso, rezando para que Perucho regresara pronto. Cuanto antes, por Dios.

Casa Baena

—¿Hoy no tienes clases? —Encaramado a una valla del establo, Ceferino mostraba su pericia como funambulista.

Genoveva se encogió de hombros y se dirigió al fondo del jardín. Allí encontró a su abuela oteando los viñedos con el catalejo de la empuñadura de su bastón.

—¿Y *mistress* Fornells?

—No está en su habitación, *grandma*... Tampoco su maleta.

Vieron al ama de llaves caminar aprisa hacia ellas. En su mano, una nota para la señora Baena.

—Léela, Simona. No llevo mis anteojos.

—Menciona asuntos familiares ineludibles, señora.

Genoveva corrió hacia los establos sin comprender por qué aquella casa la quería de nuevo sola. Los lazos de sus trenzas se deshicieron cayendo en un charco de barro.

—Comunicaselo a mi hijo.

Simona se cruzó en el vestíbulo con dos agentes de la Guardia Civil que iban de salida. Se había confirmado que el cadáver hallado en el río pertenecía a una de las cantantes que actuaron en la última fiesta y era preceptivo un interrogatorio de rigor.

—¿Asuntos urgentes? —Sentado en la mesa del gabinete de la planta baja, Alejandro tomó la nota sin comprender. Genoveva debía estudiar para el examen de acceso a Wycombe Abbey, ¿cómo Clara decidía irse de aquel modo?

Simona carraspeó alisándose el delantal. Pensó en su acertada imitación de la letra de la institutriz, redondilla, con los puntos de las íes ligeramente hacia la derecha.

—Tráeme una copa de ajeno.

—Claro, señor. ¿Desalojo su habitación? —preguntó observando la carta sobre la mesa.

—Volverá, déjalo todo como está.

—¿Y si no vuelve? —Avanzó hasta la parte trasera del sillón y acarició la suave piel del respaldo; sus dedos rozando de forma sutil el cabello de Alejandro.

—Trae mi copa, Simona. Y mañana encarga un cubierto más para la cena: el cabo Galindo cenará con nosotros.

La vio salir y cerró los libros de cuentas. Se encaminó a la habitación que había ocupado Clara en la planta baja y comprobó que en el ropero seguía colgado el traje de montar que él le regaló; que en el último cajón de la cómoda había olvidado varias cartas selladas en Cuba en las que un tal Carlos Agramunt le hablaba de amor. La última le proponía matrimonio.

Alejandro arrojó al suelo toda aquella correspondencia y salió con los ojos húmedos y la certeza de que lo había abandonado.

Cádiz

Aquella tarde en que todo cambió, Martina contó las monedas que tenía y salió a comprar papel pautado y lápices nuevos para Candela.

La verja de la calle, entreabierta hasta el anochecer, permitía el ir y venir de huéspedes, pero también de golfillos y niños escapados del hospicio. Encontró a dos en el patio curioseando por las ventanas.

Esperanza ya salía con el rodillo de amasar para alejarlos de allí cuando Martina la detuvo. Envolvió en papel de estraza unas galletas y unas onzas de chocolate, y los chiquillos salieron de La Gaviota correteando felices y repartiéndose su tesoro.

Años atrás, su madre solía acudir a reuniones de la Junta de Beneficencia, donde entre tazas de plata y pastelitos finos debatían acerca de las dotaciones a los centros de caridad y a las escuelas de niños pobres. Ahora que en las calles todo eran clamores ante la subida del pan, podía ver ante ella la miseria de los que correteaban descalzos y el abandono de recién nacidos a las puertas de las iglesias. Por su tía sabía de viudas que habían caído en la indigencia; de obreros pidiendo limosnas por las casas; de mujeres abandonadas que subsistían acogiendo durante unas horas a niños ajenos para ganar unos reales que quitaran de su vientre el hambre y alejaran de su casa la soledad.

Desde La Gaviota tenía acceso a otra cara del mundo, la de los desheredados. Si unas galletas y un poco de chocolate podían aportar algo de luz en sus vidas, ella lo haría.

El olor a salitre inundaba las callejuelas abigarradas mezclándose con el hedor que ascendía del alcantarillado. Al doblar la esquina de la calle Sagasta se topó con Dorita. Cargaba con un cestillo de mimbre destrenzado y vacío, y salía malhumorada de la botica. No le habían querido fiar.

Inclinó la cabeza cubierta con un pañuelo negro hacia Martina y susurró:

—Dame *aaaargo*...

Martina le dio un real y observó que andaba descalza, con restos de arena adheridos a los tobillos. Ya sabía que era la suegra de Benigno, quien se resistía a llevarla al asilo.

La anciana miró las monedas como si le hubiera dado piedras y levantó su mirada de ojos

saltones hacia ella.

—Dame *argo* de *comé*.

Martina hizo una señal a un muchacho que empujaba un carrito con manzanas rojas y le compró un par. La anciana guardó una en el bolsillo de su delantal con la agilidad de un prestidigitador y aspiró el aroma de la segunda como si fuera el olor de una ambrosía.

—El pajarito voló de la jaula.

—¿Cómo dice, señora?

—Voló... A la casa blanca de las flores negras.

Un grupo de niños correteó entre ellas obligando a Martina a separarse de la anciana.

—La Tarara sííí, la Tararaaa no —canturreó Dorita—. Esto te *vá* a *hasé* falta, palomita. ¡*Muuusha* falta!

Introdujo los dedos índice y medio en el bolsillo de su vestido y le entregó un alfiler de cabello. Era de plata fina y en su extremo estaba decorado con una diminuta mariposa.

—Gracias, señora, pero no puedo aceptarlo.

Dorita frunció los labios con el gesto huraño de una niña de cinco años.

—Tuyo es; mío no.

Y emprendió su paso atolondrado hasta perderse tras la esquina. Cantaba mirando al cielo que se volvía rojo.

—La Taaaaaaaa niña, que la he viiiisto yo.

Martina sonrió, guardó el alfiler y se dirigió a la papelería, vacía en aquella hora. Abigarrada de estantes repletos de tintas de escribir, útiles para pintar y objetos de escritorio, estaba regentada por un anciano de pelo cano y largos bigotes. Mientras le preparaban el encargo, en su mente solo existían aquellas palabras: «El pajarito voló...».

Con el paquete bajo el brazo y un nudo en el estómago, regresó a La Gaviota apresurándose por las callejuelas empedradas, sorteando pescaderos y carretas con canastos de flores. Subió de dos en dos los peldaños de la escalera que llevaba a las habitaciones y cuando abrió la puerta de Candela encontró la silla de ruedas volcada. El humo de una colilla mal apagada ascendía del suelo y se desvanecía hacia el balcón entreabierto. No vio la muñeca Cosette recostada en los cojines ni el búho de piedra sobre el estante. Ni el espejo de mano.

Dejó el paquete de lápices sobre la mesa que aún contenía los restos de una taza de chocolate y encontró una página de *Juana Eyre* arrancada y caída bajo la mesita de noche. La tomó entre sus manos temblorosas y leyó en voz alta el inicio del capítulo seis:

—«Los presentimientos son una cosa muy extraña, y también las afinidades y las señales, y las tres cosas juntas forman un misterio que los seres humanos aún no hemos sabido descifrar...».

Miró a su alrededor, sin comprender.

«El pajarito voló de la jaula.»

Corrió por el pasillo y al alcanzar el piso inferior se encontró con dos huéspedes, predicadores evangelistas, de camino al comedor principal. Tomó el atajo por el patio hacia la cocina y tropezó

con el último escalón.

El cuerpo desmañado de la tía Balbina se mostró ante ella con la falda levantada hasta las rodillas y los ojos abiertos, vacíos de vida. Un hilo escarlata serpenteaba de su cabeza hacia la junta de las baldosas de barro.

—¡Erlinda, Esperanza! —llamó casi sin aliento.

«Por Dios, por Dios, por Dios...»

Una olla de potaje borboteaba al fuego. Sobre la mesa, verduras a medio cortar.

—Tía, tía... —Estrechó entre las suyas las manos de Balbina aún calientes. Podía oír el repiqueteo nervioso de las campanas de la iglesia—. ¡Ayud...!

La náusea acudió a su garganta cuando sus rodillas cedieron. La sombra que la golpeó en la nuca salió a toda prisa de la pensión.

Esperanza y Erlinda regresaban de la azotea con canastos llenos de ropa por planchar. Vieron a uno de los predicadores salir de la cocina sobresaltado ante la escena, y al otro correr a la calle en busca de ayuda.

—No entren aquí, no entren..

Horas después, en una casa desbaratada que olía a camarones fritos, la vieja Dorita despertó. La maldición se había cumplido. Balbina pagaba su deuda y la niña ya volaba, volaba, volaba... Hacia otro nido; como una gaviota.

Se dirigió a la cocina y tomó un gran tarro de miel y una jarrita de leche para ofrendarlos en un pequeño altar repleto de velas, cuentas de cristal y herrumbrosas estatuillas en forma de diosas antiguas que el mar le había regalado durante años.

Después, se asomó a la ventana, miró a derecha y a izquierda y, comprobando que nadie miraba, lanzó un cubo de desechos a la calle.

—*To pa fuera* —dijo—. *Tooo pa fuera*.

Casa Baena

Simona observaba la gota de sangre brillante en la yema de su dedo índice. «Malditas rosas...» Succionó con sus labios la herida de sabor metálico mientras recorría el pasillo central del invernadero. Se detuvo ante la fuente de piedra, cuyo ángel vertía agua sobre unos nenúfares flotantes.

El olor a carne en descomposición que desprendían las orquídeas que la señora había traído de la isla de Borneo se enredaba con la fragancia a clavo de olor de las rosas negras. Le pareció que aquella era una extraña simbiosis de vida y muerte. Observó la yema de su dedo: parecía que la sangre dejaba de brotar.

En su recuerdo, el espejo roto, los cristales sobre el rostro de Clara, su cuerpo desplomado sobre la alfombra.

Recordó su primer día en la casa, cuando le recordó la importancia de la severidad en la educación.

«Disciplina —le había insistido—. Una niña buena es una niña dis-ci-pli-na-da —recalcó—. Así lo quiere el señor y también su señora madre.»

«No soy partidaria de azotes ni castigos, si eso es lo que me está dando a entender.»

«Su estancia será corta en esta casa, entonces.»

«Será la que tenga que ser.» Clarita le mostró su sonrisa infinita y acudió a la llamada de Alejandro, que la hizo pasar al despacho del vestíbulo dejándola con la palabra en la boca.

Simona se frotó los ojos, turbios ahora que volvían a reparar en aquellas orquídeas semejantes a pequeñas arañas de colores, en la tierra removida a sus pies y las hojas muertas. Ahogada por la humedad, se limpió el sudor de la frente con su mandil blanco.

Salió del invernadero y se dirigió a la capilla para arrodillarse en un banco de madera, para expiar, ni que fuera por unos instantes, sus culpas.

San Román detuvo el galope de su caballo en las lindes de la Casa Baena. Los peones desbrozaban la maleza que invadía los terrenos destinados a nuevas plantaciones de frutales. Y, entre ellos, pudo ver a Alejandro empuñando la guadaña, eliminando las zarzas, segando las hierbas altas. Recordó entonces los arañazos de sus manos el día que acudió a la casa a investigar, el día que pensó que tal vez eran heridas de defensa causadas por la cantante asesinada.

Por el cabo Galindo supo que Alejandro ya había sido interrogado sin mayor consecuencia y que las sospechas se dirigían a un arriero que había escapado hiriendo a cuchillo a dos agentes.

—Parece que el señorito también baja al ruedo. —Fonseca levantó la barbilla señalando hacia el grupo de trabajadores—. Hasta ahora no he visto a ningún hacendado de la zona mancharse las manos con sus propias tierras, y menos a un tipo de ciudad como él.

Víctor acarició las crines de su caballo y emprendió el trote preguntándose si acaso a veces las apariencias engañaban.

No vio a Alejandro secarse el sudor con la manga de su camisa; sentir la brisa que entraba desde el mar ahogando su amargura. Desbrozaba tratando de extirpar malas hierbas; también los fútiles sueños de amor y de vida que no se iban a cumplir.

Víctor San Román no vio cómo se le endurecían las palmas de las manos; cómo se le secaba el corazón.

VIII
UN TELEGRAMA

Cádiz

El barrio andaba con el runrún de lo sucedido en La Gaviota y crecía la indignación por aquel incidente que amenazaba sus vidas tranquilas, que les advertía de nuevo que sus niños no estaban protegidos. Se despertaba así el fantasma de los desaparecidos del hospicio años atrás; el de la hija de la costurera, desvanecida en su propio portal el pasado enero.

«Un ajuste de viejas cuentas», eso dijo el agente del Cuerpo de Vigilancia, de paisano.

—A los niños no se los llevan los hombres del saco, señorita, sino familiares o alguien cercano. Por esa razón faltan sus objetos personales, porque se la han llevado sin resistencia alguna. —El agente, en el patio, dirigía la mirada a las ventanas de las habitaciones, abiertas de par en par—. Puedo aventurar que el raptor aprovechó la escasa afluencia de huéspedes en aquella hora temprana, fue descubierto por Balbina, la quitó de en medio y huyó.

Pero Martina solo pensaba en Conrado y la posibilidad de su venganza; y el estómago se le revolvió como si La Gaviota fuera un barco engullido por una tormenta.

Esperanza, que había bregado con el cuerpo difunto de su madre meses atrás, asumió la tarea de lavar a Balbina, de empolvarle el rostro para quitarle la lividez, de peinarla y vestirla con su mejor traje negro. Erlinda se ocupó de cubrir los espejos con paños negros, no fuera que el alma de la difunta quedara atrapada en ellos.

Dispusieron una habitación en la planta baja para el velatorio y pronto llegaron vecinos y conocidos cargados de ayes y crisantemos para ahuyentar insectos y el olor dulzón de la muerte. Benigno, con el sombrero entre las manos, también acudió con sus respetos y ayuda para lo que fuera menester. Erlinda se afanó a traer sillas para sor Clara, que se presentó en la casa con dos religiosas más para comandar los rezos del rosario.

Rodeada de crespones negros y coronas de flores, Martina recibía pésames, aún incrédula ante el cuerpo de su tía en una caja de madera. Mantuvo el temple y la mirada perdida en el titileo de las velas, atrapada entre padrenuestros y glorias, en las vueltas y vueltas de los pañuelos de las plañideras. Todo era infortunio desde que dejó su vida en Nueva Orleans: el dedo de Dios parecía condenarla por su insensatez.

—La Taraaaara.... sí. La Taraaaara no.

Levantó la mirada y vio a Benigno, que rezaba el rosario con el grupo de hombres, acudir junto al féretro.

—Dorita, por favor...

Todos lo vieron tomarla de los hombros para sacarla de allí. Enlutada y con un ramo de lirios entre las manos, tarareaba sin respeto por la difunta.

—Déjela, Benigno, déjela —dijo Martina. Y la sentó a su lado ofreciéndole una de las tazas de café que Erlinda andaba repartiendo.

Dorita lo tomó levantando el meñique, sorbiendo con delicadeza como una señora de visita en palacio.

Uno de los crespones negros que tapaban el espejo de la sala cayó como un telón, permitiendo el reflejo del féretro abierto de Balbina, de su rostro de cera. Dorita rio.

—Carne sobre hueso reluce como un espejo... Sí, *señó*.

Martina se volvió hacia ella recordando su encuentro en la calle, su vaticinio. La tomó del brazo y la llevó a la cocina. Benigno las siguió preocupado.

—La casa blanca de las flores negras, Dorita. Eso me dijo, ¿recuerda?

La anciana asintió. Se sacó del bolsillo un cordel y comenzó a liarlo y desliarlo entre sus dedos cabizbaja.

Benigno sintió una punzada en la boca del estómago. Aquellas palabras desempolvaban el recuerdo de una de las primeras cartas de Simona en la que les habló acerca de las curiosas flores que la señora Baena cultivaba en su invernadero: rosas negras de Turquía. Pero Dorita desvariaba, agitando en su mente fracturada por la desmemoria migajas de vivencias e imaginación.

—El pajarito voló... ¡Torrotrón!

—Así es, voló. —La agarró de los brazos—. ¿A qué casa voló? ¿Dónde está Candela?

—Ella es la niña de la luna de maíz, la niña de la luz en el corazón.

—¿Cómo dice?

—Señorita... Ella no... Ella solo cree saber cosas. —Benigno conocía la mirada de su suegra, ahora desorientada; el labio balbuceante, el tembleque de sus manos. La ayudó a acomodarse en una silla y le secó las lágrimas de sus ojos cada vez más opacos—. La vejez le quitó sus cabales...

—Pero ella dijo que...

Él negó con la cabeza. Había luchado muchas veces contra esos molinos.

Resignada, Martina volvió al velatorio con la garganta seca, conteniendo el llanto. No oyó a Dorita escupiendo el nombre de su hija:

—Simona, Simona... ¡Simona la bribona! —Se levantó, plantó un beso en la mejilla de Benigno y lo tomó del brazo animándolo a salir—. El pastor de Chiclana... ¡se comió el cordero y dejó la lana!

Él se perdió en aquella mirada obnubilada, el juicio ausente; apenado por la inexistente misericordia de Dios.

Al amanecer salió con Martina.

—Alguien tuvo que haber visto algo, Benigno... —Llevaba en la mano un retrato al carboncillo que había dibujado a trazos rápidos con el rostro de Candela. Se cubrió con una pañoleta la cabeza y los hombros y esperó a que él entrara a preguntar en las tabernas, pero las respuestas siempre eran baldías, repletas de noes y encogimiento de hombros.

Buscaron entre las barcas varadas en la arena, si acaso Candela hubiera escapado y, aún con sus débiles piernas, anduviera perdida. Buscaron en los puestos del mercado y en las miradas interrogantes de todo aquel con quien se encontraban. Creyeron verla con un grupo de niños sin techo que se hacinaban en una casa apuntalada, en un rincón de una casapuerta.

A su regreso y poco antes del entierro, Martina encontró a Esperanza sentada junto al pozo. A su lado, sobre un poyete de ladrillos rojos, dormitaba el gato de Candela esperando su regreso. La cocinera dio dos palmas para alejar al animal de allí, retiró los tiestos con geranios y le mostró una grieta en un azulejo de la pared. Cedía a la presión de su dedo índice, y retirándolo con tino descubrió un boquete que custodiaba una caja de lata de mantecados de Antequera, de un azul desvaído como el cielo de aquella mañana.

—¿Qué es esto, Esperanza?

Levantó la tapa y pudo ver un atadillo de billetes: ahorros que Balbina no confiaba al banco. En el fondo de la caja, también, su colgante de aguamarina.

Esperanza gesticulaba para hacerse entender, señalando aquel secreto que Balbina había guardado con celo y que buena falta les haría si quería hacerse cargo de La Gaviota para que todas pudieran seguir llenando el buche. Con su voz gutural, pronunciando con esfuerzo, decía: «Ero, ero».

Que las penas, con dinero, eran menos; eso decía. Que ahora Martina podía seguir pagando su jornal y las provisiones para la despensa. Que no eran buenos tiempos para una muchacha sola en la vida, y además muda, que podía dar de patitas en la calle y de cabeza en un burdel.

La mirada anhelante de la cocinera esperaba su respuesta, pero en aquel momento Martina no la tenía.

—*Zentimo* mucho lo que ha *pasao*.

A su espalda, los dos pilluelos del hospicio a quienes regaló galletas y chocolate. Entre sus manos, sus gorras grises; en el mohín de sus labios fruncidos, sus condolencias.

Martina se acuclilló frente a ellos observando sus mofletes sucios, sus botas de suelas desgastadas. Tomó sus manos sonriendo con los ojos al borde del llanto.

Los niños estuvieron en la casa poco antes del crimen, devoraron en la esquina la merienda que les regaló.

—Solo vimos el carro del carbonero, *na ma*.

El más pequeño de los dos pilluelos levantó el índice y añadió:

—Pero no era el *señó* Manolo, no. Era un tío grandullón. De pelo amarillo, bigote y con un ojo *perjudicao*.

La incertidumbre era el peor mal, deslizándose veloz por los días que llegaron a mayo. Los agentes del Cuerpo de Vigilancia seguían la pista del tipo que le robó el carro al carbonero y lo dejó malherido en un callejón del Pópulo. Pero tras su paso por Puerta Tierra, parecía haberse esfumado sin más.

—Pobre niña Candela —repetía Erlinda sirviendo unos platos de sopa para la cena—. Pobre niña, ¿dónde estará?

Martina retiró el suyo. Ni hambre tenía, del cansancio y de aquella pena que le mordía la entraña. Desde el incidente apenas dormía, vigilante ante cualquier ruido extraño en la noche; apenas soñaba tampoco, pero cuando lo hacía revivía el recuerdo de su caída de Diamond, el caballo de un amigo de Conrado. La sangre corriendo entre sus piernas, la voz serena del doctor diciéndole: «No se preocupe, es joven y podrá tener otro hijo». Después despertaba y solo estaban los ojos grandes de Candela, anhelantes desde un lugar en penumbra.

Erlinda llenó los vasos de vino. Hasta arriba el de Esperanza, que también estaba mohína.

Benigno se asomó por la puerta batiente.

—Tres forasteros andan pidiendo posada. Parecen bohemios, quizás literatos por su cara de hambre —sonrió.

Desde la muerte de Balbina pasaba el día en la pensión, ajustando puertas que no cerraban y componiendo lámparas que no encendían a cambio de un plato caliente, unos reales y compañía. Sus conocimientos de inglés, además, eran útiles para ayudar a atender a los huéspedes extranjeros.

—¿Puede encargarse de su equipaje, Benigno? —Martina se levantó para acudir al vestíbulo.

Él asintió complacido. En sus tareas se sentía vivo y provechoso, postergando tristezas para las horas más oscuras. La Gaviota era su trinchera contra el mundo.

Poco después, Martina acudió a terminar con las tareas abandonadas del desalojo de la habitación de su tía, cerrada desde su muerte.

En aquel desangelado dormitorio, el reloj de pared se mostró ante ella imperturbable, aferrado a su existencia como último vestigio de la relojería de Eduardo de Icaza. Observó con extrañeza

el montoncito de sal bajo la cama: así se protegía Balbina, con sal y vinagre, como una gitana. También con la pequeña pistola bajo la almohada, inútil a la hora de la verdad.

Y ante la cómoda de madera de nogal, Martina se aplicó en separar viejos recortes de revistas, pulseras de quincalla y un fajo de recibos que revisó sin mucho afán. Al devolverlos a su caja, un papel arrugado le llamó la atención. Parecía que Balbina había despreciado su presencia, pero después, arrepintiéndose, lo hubiera vuelto a planchar para guardarlo como uno lo hace con un secreto: para asegurarse, de vez en cuando, de que este existió alguna vez.

Era un telegrama enviado por María Regina Vega, fechado tres años atrás en Antequera. En él anunciaba su llegada a Cádiz a tiempo para el sepelio de su hijo Eduardo.

Resiguió con el índice el nombre de la ciudad donde tal vez podía encontrar a su abuela y aspiró el aroma de la ausencia que desprendía aquel papel azafranado. Lo estrechó contra su pecho, donde ya nacía un aliento nuevo que le indicaba cuál era su siguiente paso en el camino.

Antes de cerrar el cajón reparó en una caja de madera labrada. En su interior encontró un cuentagotas y un frasco de cristal con tapón de corcho. La etiqueta, en inglés, le mostró un objeto tal vez traído de contrabando, tal vez afanado a un huésped:

«Arsenic. Poison».

Aquella caja desvelaba la podredumbre que escondía Balbina Bazán, los porqués de la mala salud de Candela, de sus vómitos, de las manchas en su piel.

Erlinda entró. No sabía leer, pero sí interpretar el dibujo de la calavera y los huesos cruzados inscritos en la etiqueta.

—¿Veneno...?

La palidez de Martina apremió sus pasos en la habitación.

—No se dañe con malos pensamientos, señorita. Su tía era roñosa y grosera, pero esto ha de ser para las hormigas...

Martina le dio el frasco para que lo tirara y cerró el cajón de una vez, enterrando el recelo, amordazando sus sospechas.

Tal vez Perucho había decidido salvar a Candela de aquella madre abnegada que mantenía a su hija enferma para recibir la lástima de propios y extraños; tal vez alguien más había decidido impartir justicia por su cuenta.

—En unos días salgo de viaje. Necesito encontrar a mi abuela Regina.

Lo que era ayer ya no era; lo que sería mañana estaba a punto de comenzar.

IX
SECRETOS

Casa Baena

Casimira se bajó del carro con la boca abierta ante aquella mansión que se mostraba ante ella hermosa y turbadora, como una joven virgen ante el altar que era el cerro desde donde dominaba.

—¿Y tú qué sabes hacer, muchacha? —le preguntó la cocinera cuando la vio entrar en la cocina principal. Por el aspecto y los andares, no contaría más de doce o trece años; las monjitas de Málaga cada vez las mandaban más jóvenes. Y por su pelo color zanahoria, pensó que tendría mal carácter.

—Sé limpiar, señora. Cocinar un poco, también.

Sete le dio una tostada con manteca para que se quitara el hambre que llevaba pintada en la cara y después le mostró los bien surtidos armarios de la despensa.

—Sé lo que hay y lo que no hay, así que como falte un pedazo de chorizo o un cuscurro de pan que yo no te diga que *pues* comer...

Casimira asintió imaginando el castigo.

—¿Sabes hacer pan?

—No, señora. Cómo voy a saber...

—Ea, pues a aprender toca. —Sete abrió el cajón en el que apoyaba su cadera y le entregó un delantal blanco y un pañuelo para el cabello.

Simona entró y encontró a la recién llegada amasando, absorta.

—¿Qué es eso de no decir ni hola, Casimira? —Sete le afeó la conducta y chasqueó la lengua: la Simona le cogería ojeriza nada más llegar.

La niña, que había llegado a la casa empujada por su madre viuda, hizo un mohín de fastidio y espolvoreó más harina sobre la mesa. El chasquido del bofetón en su mejilla la sacó de su indiferencia.

—Buenas tardes tenga usted —acertó a decir balbuceante. Los ojos de Simona clavados en los suyos. Sete cabeceando y murmurando: «Ay, Señor». Siguió con su tarea y con el rabillo del ojo vio al ama de llaves llenar la tetera de agua caliente y salir de la cocina.

—Empezamos bien, Casimira... Empezamos bien.

Harta de la espera, la señora Fiona ya no estaba en su habitación. Simona dejó la bandeja

sobre la mesita y curioseó los frascos que poblaban el tocador. Destapó uno y aspiró el perfume de la crema hidratante que traían de Inglaterra, suave al tacto de sus dedos, absorbiéndose de forma deliciosa al contacto con la piel de su rostro aún lozano.

Llevaba en el bolsillo la última carta de su esposo Benigno: leída de pasada, estrujada. En sus ojos oscuros, reflejados en el espejo labrado del tocador, no había añoranza, solo indiferencia y olvido.

—Este, y aquel también.

Fiona daba instrucciones a Celestino acerca de los setos que había que podar señalándolos con su bastón. Después se dirigió al invernadero seguida del frufú de su vestido y el crujido de las piedras del patio.

El calor y la humedad de aquel palacio de hierro y cristal la sofocaban, por eso caminó aprisa hasta el rincón de sus rosas negras y se desprendió de un guante para acariciar una de aquellas flores raras, la envidia de su hermana Philomena, cuya villa en Churriana era un vergel. Recorrió el pasillo de helechos y revisó el buen estado de las hojas de las orquídeas. Al llegar a la estatua de Venus, se detuvo contemplándola sin agrado. Su difunto esposo la compró a un amigo de Alejandro, Angus Slorrance, y ella siempre la había mirado con recelo, como si tuviera vida.

Oyó un golpe seco y dirigió la mirada hacia el techo arqueado: la vidriera del arco ojival se resquebrajaba crujiendo por el impacto de un pájaro negro. Salió del invernadero murmurando entre dientes y vio a Celestino retirando el cuervo que había caído sobre los setos.

Fiona se llevó una mano a la sien derecha, palpitante ante la jaqueca que persistía desde la última recepción. No había resultado traer a Casildita de Montellano ni a la hija de los Altamira, que ni recordaba cómo se llamaba; no cuando aquella institutriz seguía en los pensamientos de su hijo, aún atormentado por su marcha. Tampoco había esperanza de reconciliación con Rosita Rodríguez-Smith porque al parecer no había perdido el tiempo y ya se había casado con un prohombre de Algeciras. Y en mala hora invitó a *madame* Regina a celebrar otra de aquellas reuniones secretas en el torreón.

Bordeó la huerta bajo la senda de almendros y se dirigió a los viñedos. Revisaría las hojas nuevas como tantas veces vio hacer a su difunto esposo. Armada con su bastón y su abanico de encaje, espantó las inoportunas moscas que le salían al paso mientras recorría un sendero abrazado de campos de color ocre y olivar. Las águilas culebreras chillaban escandalosas sobre la hacienda Baena.

Se detuvo a los pies de una loma colmada de retorcidos sarmientos. Sobre ella, nubes violentas de agua y azul sombrío.

Quince años atrás, su difunto Cayetano luchó con uñas y dientes por combatir la filoxera de la

vid. Anegó y sulfató los campos para tratar de combatir aquella plaga que se extendía como una mancha de aceite devorando raíces y hojas por toda la provincia, destruyendo jornales de peones y beneficios de vinateros. Se rumoreaba que la familia Rothschild había traído la plaga a Europa al importar unas cepas infectadas desde América a Inglaterra; se decía también que bandoleros de Ronda las habían introducido desde Gibraltar.

En aquellos días, Fiona pasaba largas temporadas en su tierra natal supervisando los cuidados de sus ancianos padres, descuidando los de su marido, malogrando su matrimonio. Y tal y como la filoxera destruía las raíces de la vid, la amargura tras conocer las infidelidades de Cayetano abrasó su alma, que desde entonces se volvió glacial a sus afectos y hostil a sus hijos.

Por las cartas de su esposo supo que la fortuna familiar no corría riesgos gracias a sus negocios diversificados, pero para Cayetano Baena sus treinta hectáreas de viñedos en Campanillas representaban su apego a la tierra de sus ancestros, sus raíces. Como otros terratenientes, resolvió injertar pies de vid americana, cuya madera más sólida resistía al parásito, y enfocó la producción a las uvas pasas y licores: su garantía para evitar la quiebra. Después se alejó de la capital, dotó a la hacienda de ganado bovino y caballar y convirtió aquella finca de recreo en su hogar.

Cuando Fiona regresó de Inglaterra, el cólera llegaba desde Jaén y Granada cebándose en las familias de Bobadilla, que eran fumigadas como chinches. La enfermedad se extendía por Vélez, Cuevas de San Marcos y Álora llegando hasta el barrio de la Trinidad de la capital. Las medidas de la Junta de Sanidad y los rezos a la Virgen de la Victoria lograron detener el avance, aunque no así la miseria, que seguía haciendo desfallecer a centenares de familias.

El despecho y un cierto amor propio que brotó de su rabia por la traición de su esposo la hicieron dedicarse a colaborar con la Liga para el Socorro de Indigentes, pues así como él se vio obligado a cerrar su ferrería e invertir en navieras y en las fábricas textiles que prosperaban en Cataluña, los desempleados perdieron sus casas y ganaron hambre, una peste que también se debía combatir.

Abanderó recaudaciones de fondos entre sus amigas del Círculo Ecuéstre y dedicó sus horas a organizar rondas de pan y huevos para los indigentes, a arrendar casas donde acoger a los desahuciados. Fiona no buscaba el cielo, sino la admiración de su esposo que, lejos de acercarse más a ella, continuó enfrascado en sus negocios y en las visitas a los cafés cantantes. Nunca supo cómo ni por qué, solo que había perdido la sacrosanta adoración que un día le tuvo.

Vibrante y furioso, un rayo descargó su furia junto a un álamo cercano. Fiona se apresuró a volver sobre sus pasos alejando el recuerdo de la última velada a medianoche en el torreón. Las velas encendidas, los golpeteos bajo la mesa y aquella cimbreada energía que agitó los cortinajes y prendió como un fuego en su interior.

Cómo olvidar la voz gutural de *madame* Regina y sus susurros: «Cayetano Baena, manifiéstate».

Fiona corrió bajo los truenos quebradores, con pasos ligeros aún a sus sesenta y cinco años,

pero limitada por el aire que el corsé escamoteaba a sus pulmones. La perseguía la niebla que ascendía de la tierra; la perseguía la imagen de *madame* Regina garabateando en un papel.

Aquella noche que debía olvidar, la lluvia azotó los cristales de las ventanas ojivales y su frágil conciencia. La médium emborronaba el papel con palabras inconexas hasta que, liberado el espíritu de la pluma, pronunció: «Guillermina...».

«Guillermina», eso dijo *madame* Regina. Y le mostró la cuartilla con la exquisita caligrafía de su esposo como prueba irrefutable de que el espíritu del difunto había estado con ellas. Su cuñada Josefina abrió los ojos, los dedos sobre la mesa agarrotados.

«¿Os dice algo ese nombre?»

Fiona suspiró.

«Es el nombre de una de mis nietas: la hermana gemela de Genoveva que murió al poco tiempo de nacer.»

«A menudo los espíritus nos quieren advertir de algo —dijo Regina—. Tal vez relacionado con el futuro; tal vez con el pasado.»

Josefina tomó su abanico, murmuró una excusa y abandonó el círculo.

Desde la ventana de la cocina, María Setecilla entornó los ojos tratando de descubrir quién entraba en el patio bajo aquella cortina de agua.

—Válgame el cielo, pero ¿qué...? —Se cubrió con su pañoleta y salió a amparar a la señora Baena.

Sus botines rezumaban barro, como los bajos de su vestido; el moño se le había deshecho despeinando sus largos cabellos sobre sus brazos helados. Parecía que se había echado diez años encima.

De regreso a la cocina, Sete se encontró con Pedrito el Junquillos, el niño de la miel. Empapado de la cabeza a los pies, tiritaba junto al fuego.

—Deme posada esta noche, ¿sí? —preguntó dando vueltas a su sombrero de paja—. Ande y no sea mala...

Sete ni dijo sí ni dijo no. Pero le acercó una banqueta y le puso delante un plato con pan y salchichón.

—Ya veo que tenemos un arrimado... —María la Santa entró, revolvió los cabellos del muchacho y se acercó a la cocinera, que calentaba leche para la señora—. *Ojú*, la Simona, que *malafollá*... *Pos* no ha *venio pa* decirme que falta un saco de harina en la despensa en vez de preocuparse por el trancazo que va a pillar la madre del señorito... De estas que la espicha, verás.

La leche ya borboteaba en el cazo y Sete cruzó los dedos para evitar aquel mal presagio.

María podía largar del ama de llaves y sus cosas durante toda la tarde, la noche y hasta un año seguido, pero había otro tema que le preocupaba más.

—A la burra vieja la van a llevar al matadero.

Pedrito se atragantó. A su borrica Genara la habían refugiado de la lluvia junto a los caballos y mulas de la hacienda.

—Que la dejen en paz, pobre bestia. ¿Se lo has dicho al señorito?

—¿La menda? Bastante hace con no echarnos de aquí. Curro cada día está peor y no rinde lo que ha de rendir. Fíjate que ayer olvidó cerrar las cancelas de los puercos.

—¿Y a la señora?

La Santa negó con la cabeza. Ni se atrevía a hablarle desde que se quejó de su Ceferino y lo acusó de haber entrado en el invernadero y haber pisado la tierra que tenía preparada con semillas de sus flores raras.

—Yo hablaré con el señorito Alejandro. —Sete no iba a permitir que sacrificaran al animal porque ya no sirviera para acarrear leña. Por sus muertos que no. Retiró la leche del fuego, sacó una bandeja de galletas del horno y apuntó a la ventana con la barbilla—. ¿Y ese coche?

Entre el vaho de los vidrios empañados vieron a Alejandro en el soportal, donde recibió a los recién llegados. Sete pensó que no parecían gente de bien: no había más que ver las rodillas

remendadas de sus pantalones y aquellas chaquetas viejas. Uno era rubio, grandullón y con el párpado caído; el otro, flacucho, más alto y mucho más joven.

—Estas no son horas de visitas, Sete. Qué extraño... —La Santa vio a su marido acudir junto al coche de caballos, pero ante los gestos del señorito regresó a la casa cabizbajo.

Desde su posición no pudieron ver a Alejandro abriendo la portezuela para recibir a una pequeña figura cubierta con una capa de color pardo.

—Serán anarquistas, *pues* contar... —dijo Vicente, el cochero, que entró uniéndose a la conversación—. O cantonales. El señorito a veces tiene amistades de lo más dispar. —El hombre rio y robó una de las galletas de la bandeja—. ¿Y este *encalomao*? —dijo señalando a Pedrito, que seguía dando cuenta de su salchichón.

Sete le cortó otro trozo más. En sus dominios nadie iba a pasar hambre, y menos aquel niño que tenía los ojos almendrados como los de su difunto Pascual.

—Anarquistas o no, parecen maleantes —apuntó la Santa.

Sete dobló una servilleta, la colocó junto a la jarrita de leche y la taza de té y le señaló la bandeja.

—Apúrate, anda, que la señora espera. Y tú, muchacho, ¿*ande* vas a pasar la noche si no te damos posada?

Pedrito se apartó el flequillo resoplando con su boca de piñón. Tras la ventana que daba al río podía ver la niebla cada vez más espesa.

—*Pos ande* pille, *señá* Sete. —No era la primera vez que dormía al raso si se retrasaba y no podía llegar a tiempo a casa.

La cocinera puso los brazos en jarras chasqueando la lengua contra los dientes.

—*Na d'eso*. Le diré al Rubio que te deje dormir con los caballos.

Examinó de nuevo la cesta del niño y se quedó dos botes más de miel y dos de mermelada de fresas. No los necesitaba, pero solo por ver la sonrisa con que recibió las monedas se dio por bien pagada. «Como mi Pascualillo, pobrecito mío...»

Vencida por los recuerdos de su hijo muerto de fiebres, limpió con un paño embebido en vinagre la mesa de madera que aún tenía restos de harina. Frotando frotando, olvidaba la vida que un día perdió.

Vicente dio un capón a Pedrito para que espabilara y saliera con él hacia las caballerizas. Y mientras se acomodaba en un rincón de paja al calorcito que le daba la Genara y se dormía más a gusto que en las camas que alguien le había dicho que había en París de Francia; mientras soñaba que encontraba un tesoro escondido por los moros cerca de la estación de tren, Alejandro Baena introducía la llave en la cerradura de un gabinete adosado al torreón, abriéndolo para la recién llegada. Iluminó sus pasos vacilantes con una lámpara de aceite sosteniéndola por el brazo como a una figura delicada.

—¿Ya hemos llegado al hospital? —Ella retiró la capucha de su capa dejando libres los rizos negros sobre su espalda.

Su voz infantil resonó con eco en la estancia cuyas paredes, altas y octogonales, estaban forradas con un desgastado papel pintado de flores. Dos estrechas cristaleras de colores en la parte superior prometían las vistas de los campos de labor en la noche, pero negaban a la niña ver ni ser vista desde el exterior.

«¿El hospital?», se preguntó Alejandro dejando el hatillo sobre la cama. Pronto comprendió que había sido la treta de aquellos dos para traerla desde Cádiz sin que montara un escándalo.

Candela echó un vistazo al palanganero y al lienzo al óleo colgado en la pared: un paisaje de trigales contra un mar inmenso y azul. Después se acercó a la cama de roble de estilo francés, ya preparada con sábanas y mantas nuevas que arrojarían su sueño.

—En un rato subiré Simona y te atenderá.

Candela se sentó valorando el mullido colchón, balanceando las piernas en el aire. Dirigió de nuevo la mirada hacia los altos ventanales donde un mochuelo de ojos amarillos observaba a la recién llegada, curioso y asombrado, y se tumbó de espaldas, encantada con la suavidad del cubrecama. Desde que no tomaba su medicina le había vuelto el rubor a sus mejillas, sus piernas flaqueaban menos y las náuseas habían desaparecido.

Sacó del bolsillo de su capa el búho que le regaló Perucho y le había acompañado todo el viaje en vapor desde Cádiz a Málaga, y lo colocó en el velador.

—Perdí a Cosette en el mar, doctor.

—¿Cosette?

—Mi muñeca de porcelana.

Alejandro se dio cuenta de que tenía el mismo tono de voz de su sobrina Genoveva: tenue, apocado. Se sentó junto a ella y respiró hondo: tenía los mismos ojos también. Eran dos gotas de agua, como era natural. Pero le perturbaba que Candela hubiera llamado a la muñeca con el mismo nombre con el que Genoveva llamaba a la suya. ¿Acaso serían ciertas las extrañas coincidencias que unían a los gemelos en el tiempo y la distancia?

—Te compraré una nueva Cosette, no te preocupes. —Retiró con delicadeza los rizos que le caían sobre la frente y añadió—: Pero ahora permanecerás aquí unos días. Vendré a verte, como también lo hará Simona.

—¿Simona me dará mi medicina? —Alejandro la miró frunciendo el ceño, sin comprender—. Eso dijo Gaspar, el amigo de Perucho. Que me traían aquí para darme una pócima mágica que me pondrá buena y así podré viajar a América a visitar a mi papá Eduardo.

Él suspiró y miró hacia los ventanales que mostraban la luna resplandeciente en el lienzo negro del cielo.

—Una pócima... Claro, Candela. Una pócima mágica, eso es —susurró.

La niña ladeó la cabeza sin comprender el porqué del tono atribulado en la voz de Alejandro. Abrió su hatillo y desplegó sobre la cama sus escasas pertenencias: el libro de *Juana Eyre*, su espejo de mano y un cepillo para el cabello.

Simona entró. Cargaba una bandeja con una taza de chocolate caliente y un camisón blanco

doblado en su brazo. Al ver a Candela, palideció, como si hubiera visto un fantasma.

Alejandro, que ojeaba el libro, se levantó de la cama. Antes de abandonar la habitación, revisó el armario ya provisto con ropas nuevas y dijo:

—Cuídala como a tu propia vida, Simona. Como a tu propia vida.

X
EL VIAJE

Esperanza amasaba pan como si le fuera la vida en ello. Las trenzas de su cabello, tirantes, se movían al compás. Detestaba las despedidas.

—Volveré, no te apures; pero ahora debo irme. —Martina le limpió un rastro de harina sobre la mejilla, impaciente por los preparativos de su marcha—. Para que no falte clientela, he insertado un anuncio por palabras en *El Anunciador* y Benigno os ayudará en todo lo que necesitéis. —Posó el dedo índice sobre sus labios sopesando no olvidar nada—. Ya sabéis: los baños comunes, impolutos y que huelan a lejía. Las habitaciones, aireadlas cuando se vayan los huéspedes, especialmente si fuman, y colocad ramitos de retama en los jarrones. La despensa está surtida y Erlinda guardará la llave. En unos días vendrá el colchonero a renovar los rellenos de lana y...

Ni se reconocía enumerando disposiciones y órdenes para mantener en pie La Gaviota, sosteniendo como bien podía el extraño nudo de nostalgia en su garganta. Llevaba casi un mes comandando aquel lugar y veía cómo su antigua vida se ensombrecía; aun así, tenía la sensación de que de un momento a otro la tía Balbina aparecería por la puerta diciendo papafrita esto, papafrita lo otro.

Aún recelaba de sus sospechas acerca del hallazgo en la cómoda. Tenía que haber alguna explicación; no concebía la posibilidad de que una madre atentase contra su hija.

—Lo haréis bien, chicas. Y rezad por Candela —la voz se le quebró—, para que cuando vuelva esté orgullosa de vosotras. El agente del Cuerpo de Vigilancia me ha prometido que sigue buscándola, pero que aún no tienen nada a lo que...

Erlinda la abrazó, y Esperanza también. Lloraron y rieron las tres.

A las cinco y media de la mañana de aquel día de finales de mayo, Benigno ya la esperaba en el zaguán. Había insistido en acompañarla hasta la parada de diligencias en la calle Nueva, apenas a diez minutos caminando.

—¿Ya está lista, señorita? —preguntó admirando su traje de paño azul, la esclavina sobre los hombros y los botines recién embetunados.

Llevaba también unos finos guantes blancos y una capota de algodón y seda sujeta con cintas a

la barbilla. La señorita fina que un día fue a floraba de nuevo al marcharse de La Gaviota. Entre sus cabellos, el alfiler de la vieja Dorita; en su cuello, su colgante de aguamarina: talismanes para la vida. Y en una bolsa de papel, naranjas para el camino.

Benigno cargó con la sombrerera y la maleta en la que llevaba un par de mudas, una pastilla de jabón y el telegrama de Regina dentro de un cuaderno de dibujo. Después caminaron aprisa por las calles húmedas y saludaron al sereno, que fumaba un pitillo en la esquina de la calle Flamencos. La brisa de poniente, fresca y húmeda, llegaba limpiando el cielo, anunciando tiempos nuevos.

—Tenga cuidado por estos mundos, señorita Martina. Debería haberse llevado a Erlinda y viajar acompañada... —Ante las puertas de La Madrileña, Benigno se comportaba como un padre con su hija, temeroso por su honra y su seguridad.

Ella llevaba junto a su billete la identificación como Catalina Valdivia y el permiso de viaje firmado por Benigno, como supuesto pariente lejano y hombre cabal, dando validez a la acreditación para hacer noche en otra localidad.

Martina agradeció que no hiciera preguntas, más que las justas y necesarias para comprender y ampararla, como ella lo había hecho con él.

Eran las seis y aún de noche cuando subía los tres peldaños del estribo y ocupaba su asiento en la diligencia de La Madrileña que la llevaría a Algeciras. Desde ahí tomaría el tren a Antequera. Allí buscaría a Regina y las respuestas que necesitaba.

El látigo del mayoral restalló, los ejes de las ruedas rechinaron como dientes de vieja y el vehículo, una góndola de catorce asientos tirada por ocho mulas y con dos cocheros, emprendió el camino precediendo una nube de polvo ocre y gris. Martina se acomodó observando a sus compañeros de viaje: tres viajantes de comercio, un fraile con carraspera y dos americanas parlanchinas con guardapolvos de color marrón y sombrillas de encaje. Junto a ellas, una cuadrilla de jóvenes estudiantes con chistera, divertidos ante los bamboleos.

Fueron once horas de malos caminos discurriendo entre casas de campo, huertas y campos de labor; entre paradas y cambios de tiro cada doce millas. Se cruzaron con caravanas de arrieros y sus recuas de mulas que transportaban matalahúva, lana y quesos, sufriendo continuos traqueteos que enloquecían los muelles del vehículo y molían los huesos de los viajeros. De tanto en tanto, la diligencia se detenía y el mayoral hacía bajar al zagal para que quitara pedruscos y troncos caídos en la carretera.

En una de las ventas donde repostaron, Martina se unió a la mesa de las dos viajeras americanas: Gertrude y Carrie. Con sus cabellos ya grises, chapurreaban español, al igual que ella se defendía con el inglés. De Boston, excéntricas en sus andares y en su porte, Martina no pudo evitar el grato recuerdo de las Williams y los días en su compañía en el vapor.

Por fortuna, la posada estaba bien surtida de provisiones para los viajeros de paso. Y ante la mesa de platos con huevos con chorizo, queso, pan y vino aguado, obvió su vida en Nueva Orleans

y escuchó las aventuras y desventuras de aquellas dos mujeres de edad incierta que habían cruzado España desde Francia.

—Hemos tomado trenes, galeras ¡y hasta asnos! —Martina sonreía ante sus andanzas transitando por caminos de herradura que un lugareño no recorrería estando en sus cabales—. ¿Y el ajo? *Oh, my goodness!* ¿Por qué todas las comidas llevan ajo, querida?

Le contaron su percance con un buhonero que trató de robar su escaso equipaje en una venta pasado Despeñaperros y la tristeza de ver grupos de niños asalvajados persiguiéndolas a su llegada a los pueblos para conseguir alguna moneda.

Así y todo, seguían fascinadas por el paisaje andaluz, la hospitalidad y el hechizo de la luz que inundaba los pueblos blancos de calles angostas, en los que siempre estaban ávidas por toparse con las cuadrillas de bandoleros de las que hablaban las guías de viaje.

—*Cheers!* —Brindaron haciendo chocar sus chatos de vino—. ¡*Porr* los *bandolerrros!*

El mayoral las apremió a subir a la diligencia para afrontar el último tramo de viaje, y al llegar a Algeciras las bostonianas le aconsejaron una buena fonda cerca de la estación. Según su guía, que consultaban como un cristiano la Biblia, servía buena comida y disponía de sábanas limpias. A Martina no le hacía falta nada más, fatigada del viaje como andaba.

Le asignaron una habitación en la planta baja, con la ventana abierta a un callejón. Aún mantenía el olor a puro habano del último huésped. Se desprendió de toda la ropa, cubierta de polvo por el viaje, y se aseó en la jofaina. En enaguas, se tumbó boca arriba en la cama.

Soñó con las manos de Conrado aferrando las suyas en una barca que se tambaleaba en medio del mar. Soñó con el tío Eduardo dando cuerda a un reloj de pared; con una anciana de larga cabellera blanca que le señalaba una montaña con perfil humano bajo un cielo bermellón. El llanto lastimero de una niña la agitó y tembló en sus pesadillas poco antes del amanecer.

El día alboreaba soleado y, como no encontró a las americanas ni en el vestíbulo ni en el comedor, decidió sentarse en una mesa que le indicó el camarero, a salvo de miradas inconvenientes de extraños.

—Un chocolate y una tostada con aceite, por favor —pidió.

Una joven monja, postulante por su velo blanco corto y el hábito azul hasta los tobillos, señaló la silla libre frente a Martina.

—¿Te importa? —preguntó. Y se sentó sin más preámbulo—. Me comería unos callos, pero creo que pediré lo mismo que tú. —Chasqueó los dedos llamando la atención del mozo.

Martina se sorprendió ante el tuteo y el desparpajo de aquella joven de baja estatura, con nervio en el porte y ojos grandes y avispados.

—Me llamo Milagros García de la Garza y me dirijo a la casa de mis tíos cerca de Antequera.

—También viajo hacia allí. Soy Mar... Catalina. Catalina Valdivia.

—Pues encantada, Catalina Valdivia. ¿Sabes que tienes apellido de conquistador?

Martina alzó las cejas ante aquella peculiar joven que iba a hacerle más ameno el viaje, podía contar con ello.

Compartieron un asiento en primera en un vagón solo para mujeres. El padre de Milagros lo había reservado para asegurarle a su hija un viaje sin incidentes.

—Así no tendrás que espantar ni a los moscones ni a los zascandileros de segunda —rio mientras pagaba el billete de Martina, que protestaba ante su generosidad—. Bah, ¿qué son veinticinco pesetas más o menos, Valdivia? A mi padre le sobran las perras y a mí me faltan amigas. ¡Vamos!

Martina no pudo negarse ante aquella expresión de chica traviesa acostumbrada a hacer su voluntad, así que dejó que un mozo cargara con sus maletas y subió tras ella al vagón asignado dejando atrás la estación atestada de pasajeros vociferantes, cigarrerías, soldados y porteadores de bultos. Recorrieron el estrecho pasillo y siguieron las indicaciones hasta encontrar su compartimento.

Se sentaron una frente a la otra junto a la ventanilla. Milagros señaló el reloj de la estación: las nueve menos cinco.

—Ni te apures: los trenes siempre salen con retraso. ¿Por qué será? —Sacó un libro de su bolso de viaje y lo colocó en su regazo—. Puedes ponerte cómoda porque estaremos solas en este compartimento. Mi padre lo reservó solo para mí, para que nadie tenga que aguantarme durante el camino.

Fuera chanza o no, Martina captó cierto tono atribulado en aquellas palabras. Y mientras esperaban la salida del tren, Milagros desgranó sus desventuras al haber sido apercebida en el convento de la Merced por su boca malhablada, sus modales imposibles, la falta en el cumplimiento de los horarios y sus notitas al jardinero.

—Pero aún hay algo peor, Valdivia...

—¿Peor?

—Lo pecaminoso, según la madre superiora.

Martina se inclinó hacia ella interesada.

—A veces veo sombras de niebla detrás de algunas personas; creo que son sus difuntos.

—Por eso tu padre te ingresó en un convento.

—Por esa y otras razones, supongo. ¿Vas a juzgarme mal?

—No soy quién para juzgar a nadie, Milagros.

Martina volvió a apoyar su espalda en el asiento. La estación comenzaba a vaciarse de gente y porteadores.

—No sirvieron de mucho ni los rezos al alba ni el trabajo en la cocina, pues en el convento descubrí esas sombras en un patio tras la capilla adonde acudía a leer en las tardes. Sobrevolaban alrededor de un parterre de margaritas y distraían mi atención. Entonces pedí a mi amigo el jardinero que cavara bajo la capa de lodo. En mala hora lo hice...

—¿Qué ocurrió?

—Encontramos huesitos, Catalina; huesitos antiguos de niños no bautizados.

Martina parpadeó asombrada.

—Fue así como la madre superiora convino con mi padre que yo me estableciera con las hermanas de la congregación en Málaga, pero él dispuso que antes debería pasar unos días con mis tíos. Dijo que el trabajo duro en el cortijo ablandará mi carácter y me quitará las tonterías. Eso dijo, ¿puedes creerlo?

—Admiro tu entereza. Pero imagino que quieren lo mejor para ti y...

La joven negó con la cabeza.

—Mi padre se deshace de mí como de una mosca molesta, y más ahora que va a volver a casarse y nada menos que con Rosita Rodríguez-Smith, que tiene veinte años. ¡Dos años más que yo! —Introdujo el índice y el pulgar en el bolsillo de su bolsa de viaje y sacó una pequeña caja de confites de anís—. ¿Gustas?

Martina aceptó y con el sabor dulce en los labios recostó la cabeza en la ventanilla. Bajo el porte desgarrado y la lengua suelta de su compañera de viaje había una niña asustada que no quería tomar los hábitos, temerosa de la severidad de su padre y de ser relegada a la nada en una familia desbaratada desde que su madre había muerto.

Tenían por delante seis horas de trayecto en las que la locomotora inglesa llevaría a sus pasajeros entre caseríos, cortijos ganaderos, tierras de labranza y olivos en flor. Aquel camino de hierro que atravesaba el valle del Guadiaro transcurría por los bosques de alcornoques de la Almoraima. Al este, la fina línea del mar regalaba a Martina paz para sus ojos y calma para su corazón.

Milagros le mostró la portada del libro que tenía en el regazo.

—Las monjitas nunca lo encontraron porque lo escondí entre mis enaguas.

Eran las *Leyendas* de Gustavo Adolfo Bécquer: relatos de noches de luna y ánimas y amores colmados de hechicerías. Martina sonrió y le habló del último libro que ella había leído, *Juana Eyre*, del internado Lowood y de la casa Thornfield. Su voz contenía el pesar del recuerdo de aquella hoja arrancada y caída en la habitación de Candela, y la imaginaba llevándose el libro como quien se aferra al recuerdo de una vida pasada. «¿Dónde estás, pequeña?»

Fascinadas por sus respectivas lecturas, se reconocieron como almas afines. El ferrocarril dejaba escapar su estela de vapor surcando aquel fértil valle acompañado por la voz de Milagros,

que leía en voz alta con su tono cadencioso y grave hasta que, cansada, se quedó dormida. Martina comenzó a dibujar esbozos de aquellas tierras, pero mecida por los zarandeos entre curvas y puentes se abandonó también al sueño.

Despertó a la altura del túnel de las Buitreras, un cañón que horadaba la piedra de la montaña. Frente a ella, Milagros roncaba como un peón caminero.

El tren avanzaba camino a Ronda mientras en La Gaviota se cerraban ventanas y contraventanas. El cielo se oscureció: una tromba marina cruzaba Cádiz de La Caleta a San Fernando, coloreando el mar del azul intenso de los abismos del Atlántico.

Dorita corría descalza por las calles de La Viña protegiéndose con su mantón rojo del granizo que azotaba los adoquines. El viento aullaba en sus oídos mientras aquel embudo de agua y aire dejaba la flota amarrada a puerto y los más viejos del lugar contaban a sus nietos que un fenómeno así solo lo vieron en su juventud.

Se cayó en un charco, manchándose su vestido gris, lastimándose la barbilla, mellándose uno de sus escasos dientes.

—¡Pero ¿qué le pasó, Dorita?! —Erlinda la levantó limpiándole con su pañuelo la barbilla manchada de sangre y arena, ayudándola a refugiarse en la casapuerta de La Gaviota.

Benigno se levantó de la mesa de la cocina alarmado al ver a su suegra herida y murmurando en voz baja: «Simona, Simona... ¿Por qué lo hiciste, Simona?».

Los tejados más antiguos se levantaban y algunos árboles caían abatidos mientras acomodaron a la anciana en una habitación libre. Benigno le dio un vaso de leche caliente y la arropó como a una niña hasta que se quedó dormida.

Y en la madrugada, tras el paso de la tormenta, Dorita se levantó y se rehízo el moño, bien prieto. Contempló su imagen en el espejo y este la devolvía a un pasado feliz. Sonrió y no vio a la desdentada vieja mochales, sino a la joven Dorita Gómez, la de los ojos chispeantes y el arte en el corazón. La que años atrás brilló en uno de los bailes de máscaras del Carnaval disfrazada de María Antonieta, que bebía de su copa de ponche y reía con varios admiradores alrededor; la que después bailó en un café cantante y los carteles la anunciaron como La Perlita de Cádiz.

Tran tran. Bailoteó en el centro de aquella habitación, acompañada del goteo del agua que se filtraba por la esquina y el compás de su corazón. Pronto vería a Simona, pronto tendría que detenerla en su descenso a los infiernos.

Tran tran. Cantó para entrar en calor y apaciguar los recuerdos de una vida que no iba a volver. El cielo se tornó púrpura sobre la torre del reloj de la catedral, que tocaba las tres sobre la Isla de Plata. «¡El pajarito saldrá de su jaula!»

Tran tran. Sus manos artríticas formaron una flor en el aire. Agarró una punta de su camisa y taconeó con los pies descalzos sobre el suelo de madera. Dorita giró sobre sí misma, radiantes las mejillas y colorado el corazón.

Palmeó dos veces más antes de llorar: Tirititrán tran tran...

XI
EL BOSQUE DE PIEDRA

El Torcal de Antequera

—No temáis, francesita. —La fogata crepitó ante Miguel Balboa, que engrasaba su escopeta de dos cañones.

El aullido de los lobos reverberaba por entre las peñas cercanas.

Martina no respondió. Sentada junto a unos matorrales y arropada con una manta, palpó los rasguños de su mejilla y se frotó los tobillos ligados con cuerdas a sus muñecas. Era la segunda noche que pasaba retenida y al raso.

—Lléveme con Milagros, haga el favor.

Miguel, también conocido como el Cañamero, sonrió. En los últimos meses su cuadrilla había secuestrado al hijo del alcalde de Campillos y a un noble antequerano, pero aún no había bregado con damitas díscolas.

—Está bien donde está. —Colocó la escopeta en su regazo y bebió de su bota de vino sonriendo al recordar las blasfemias que soltó la boca de la novicia cuando la ató a un encino alejado para que sus hombres pudieran dormir un poco.

Sus correrías los habían llevado los últimos días a la sierra del Torcal de Antequera, un paisaje colmado de rocas quebradas y torcas de caprichosas figuras fantasmales; un laberíntico bosque de piedras donde la Guardia Civil no se adentraba.

Por la región circulaban exhortos y bandos para eliminar a la llamada Banda del Cañamero: cinco asaltantes de caminos, cinco bandoleros: criminales para las autoridades; héroes para los desheredados del pueblo. Dejando atrás el rastro perdido de una vida tranquila, incursionaban de un escondite a otro, cambiaban indumentarias y sombreros, conseguían botines y asaltaban cortijos. Ante todo, ansiaban la libertad desairando a la muerte.

En aquella hora de luna creciente la niebla ascendía hasta alcanzar la entrada del abrigo rocoso donde se refugiaban, cerca del Camorro de las Siete Mesas. Oyeron otro aullido de lobo y Martina se revolvió de nuevo.

—Las cuerdas le harán daño si no para de moverse.

—Suélteme de una vez.

Miguel la ignoró y apartó las escudillas con restos de los conejos que habían asado al fuego.

Rebuscó en sus alforjas el libro que lo ayudaba a pasar las noches al sereno y se echó una manta sobre los hombros.

El fuego dibujaba sombras sobre sus manos mientras abría *Los miserables* por la página 20. Era el único que poseía un libro en sus alforjas y el único también que deseaba acabar cuanto antes con aquella vida que lo alejaba de un lugar tranquilo, de un cortijo, una mujer y ganado propios. A sus veinticinco años añoraba lo que no había tenido nunca, como se añora la justicia en un mundo irracional.

—¿Qué lee?

Aún en la cerrazón de la noche, Miguel alzó el rostro ante la mirada interrogante de aquella mujer que se dirigía a él sin miedo ni artificios.

—Una historia sobre aquellos que no tienen nada más que dignidad.

—*Les miserables*? —dijo Martina en francés.

Miguel cerró el libro, complacido por la sonoridad de su acento. Se levantó, se sentó en cuclillas junto a ella y dejó el ejemplar en su regazo.

—Sé que no va a dormir —susurró—. Cuídemelo y yo la cuidaré a usted.

Martina lo vio seguir haciendo la guardia dirigiéndose hacia la espesura. Era alto, de anchas espaldas cubiertas por una camisa blanca y un chaleco de paño. Al parecer, también era de pocas palabras. Cuando lo perdió de vista, persistió en su empeño de soltarse de la cuerda que amarraba sus manos sin perder de vista al resto de la cuadrilla.

Acomodado junto a un endrino, Antonio el Piconero ya dormía. Lo apodaban así por su infancia vendiendo carbón menudo para los braseros. Tras las discusiones por unas lindes de la finca de sus padres lo acusaron de cazador furtivo y la Guardia Civil lo apresó. Huyó de la Comandancia y se escondió en la cueva de Sopalmillo, en la sierra de las Nieves, hasta que salió de Ronda y se unió al Cañamero.

Los más jóvenes de la banda, Juanito y Diego, jugaban a las cartas fumando tabaco americano.

—A dormir —dijo Diego dando por terminada la partida de naipes.

Se acercó a los caballos, que dormitaban de pie, y les acarició las crines. Después echó un vistazo a la encina, donde vio la sombra acurrucada de Milagros. En la banda lo llamaban el Tormenta tras la noche en que salvó a Miguel de una emboscada de la Guardia Civil. Huyó de la obligación de hacer el servicio militar en Cádiz y, tras aquel encuentro, ahora empuñaba una escopeta por caminos y montes.

Juanito, a quien llamaban el Petimetre por cuidar con esmero sus patillas y su melena azabache, obedeció sin chistar acurrucándose junto a un mastín abandonado que hacía unos días había encontrado medio muerto de hambre. Le puso de nombre Fiero, pero era manso como una oveja y miraba arrobado a su nuevo amo.

—La monjita ya se durmió. —Diego acudió a la hoguera y se lio un cigarro—. No he visto muchacha más malcarada y revoltosa que esa. Espero que la recompensa sea buena, compadre.

Martina alzó la mirada hacia ellos cuando Miguel regresó al campamento acompañado de Luis

Alberto, el llamado Tragaldabas, cuya panza hacía honor a su nombre. Era albañil y los celos y la rabia de encontrar a su mujer en brazos de un contrabandista de Algeciras, que resultó muerto en la refriega, lo echaron al monte. Tenía tres hijos a los que no había vuelto a ver.

Cantaban los autillos en la noche y Miguel parecía leerle los pensamientos, escudriñar el porqué de la contracción de sus pupilas. Martina pidió protección a la Virgen, pues nunca hubiera imaginado que serían secuestradas por unos bandoleros; tampoco pasar la noche al raso, a merced de lobos y cinco hombres fuera de la ley. Pero, antes de murmurar un avemaría, se quedó dormida.

Todo comenzó la tarde anterior en la estación de Bobadilla. Un problema en la línea férrea les impidió seguir hasta Antequera y resolvieron tomar una diligencia para no demorar su llegada.

—Me gustaría pedirte un favor, si tienes a bien. —Milagros dio propina a un mozo de equipajes vestido con un largo blusón azul—. Que hoy te alojes conmigo en el cortijo de mi familia en La Joya, pues tu presencia seguro me libraré de la reprimenda de mi tío.

—Imagino que no te faltan razones, pero tengo las mías para llegar cuanto antes.

Sortearon viajeros y fardos ligados con cuerdas frente a la cantina.

—Mañana mismo iremos juntas a averiguar dónde radica tu abuela, ¿sí? Mi tía es una santa, pero mi tío es lo más agarrado y severo que ha *parío* madre. —Colocó un pie en el estribo del coche dándose impulso—. Pero eso sí: en su casa se curan unos jamones que te mueres de infarto. ¡Diosito santo, ya me dio hambre otra vez!

Martina rio aceptando la propuesta. Se sentó junto a la ventanilla y se alisó la falda. El cochero, que ya había acomodado los equipajes en el techo, restalló el látigo y emprendieron la marcha entre huertos, olivos y rebaños de cabras. Pronto comenzaron a conversar con un viajante catalán vendedor de galletas hasta que oyeron unas explosiones y la diligencia se detuvo.

La portezuela se abrió.

—Apéense ordenadamente y sin chistar. —La voz de Miguel el Cañamero sonaba áspera bajo el pañuelo de color granate que le cubría medio rostro. La escopeta de dos cañones en su mano derecha hizo palidecer al comerciante, que salió el primero—. Señoritas...

Tras apearse vieron que el cochero tenía las manos detrás de la cabeza mientras uno de los bandoleros rebuscaba en sus bolsillos. Alzó el reloj en el aire, como un trofeo, y se afanó también la bolsa con la recaudación.

—¡Suélteme! —Milagros se retorció entre los brazos de Diego, que ya ligaba sus manos con una cuerda.

Martina se vio despojada de su collar de aguamarina a manos de Miguel, que silbó admirado ante aquel inesperado tesoro.

—Pesa demasiado para vuestro lindo cuello —dijo guardando el colgante en un bolsillo de su chaleco—. Átalos a todos, Piconero. —Miguel señaló al resto de los viajeros, tendidos en el suelo boca abajo, amenazados por las armas del resto de la banda.

—Milagros García de la Garza. —Diego leyó en voz alta los documentos de identidad de la joven asegurándose del acierto en el soplo que les dieron—. ¿Nos llevamos a las dos o solo a la monjita?

Miguel escrutó a Martina de pie junto al carruaje: sus manos enguantadas sujetas por un cabo de cuerda de cáñamo, el traje azul ceñido a su cintura, la capota ligada con cintas de seda a su barbilla y unos ojos de ceniza que lo miraban con enojo.

—Venían juntas, ¿no? Pues juntas nos las llevamos.

Diego aupó a Milagros en su caballo con las piernas hacia el lado izquierdo del lomo, subió de un salto a la grupa, tomó las riendas abrazándola por detrás y se alejó al galope. El velo de la novicia se desprendió y planeó en el aire hasta posarse sobre unas matas del camino.

Miguel se llevó a Martina montándola sobre su yegua negra. Los otros tres miembros de la banda tomaron los objetos de valor que había en las maletas y salieron cabalgando tras ellos.

Se desviaron hacia la torre del Hacho, una torre vigía musulmana rodeada de matorrales, y continuaron el camino entre olivos y pastizales hasta llegar al Arquillo de los Porqueros. Martina observó dos cruces clavadas en mitad del camino. Dos grajillas aferradas a los maderos contemplaron al grupo impávidas.

—Esos muertos no son nuestros, señorita. —Miguel espoleó su montura. Aquella vida que ahora llevaba le costaba tener que justificar asaltos y muertes en su entorno como si su banda fuera la única por los alrededores. Como si él fuera el gran Tempranillo, que en paz descansara.

Martina sentía su respiración tras ella, intensos el olor a cuero de sus polainas y la mezcla de vino y humo que desprendía su chaqueta corta. Sus manos de dedos anchos y nudosos, que tantas veces habrían asido una navaja, ahora sujetaban con habilidad las riendas y la fusta.

Las nubes empezaron a agolparse sobre sus cabezas cuando emprendieron el Camino Mozárabe por la pedregosa y escarpada calzada de la Escaleruela, que comunicaba Almogía con Antequera. Tras los primeros improperios y quejidos de Milagros, el resto del trayecto permaneció callada, inquieta por el abrazo del bandolero que rodeaba su espalda asegurándose de que no haría una maniobra para desmontar y escapar.

Recorrida la primera legua, en la que encontraron cabras y ganado suelto, se toparon con un anciano tendido junto una roca chata. Su mula movió las orejas cuando el Petimetre desmontó y se dirigió hacia él.

—No está muerto. Está borracho...

El anciano despegó el ojo derecho, velado por una catarata. Con un ademán lento y patoso, levantó la bota de piel de cabra que sostenía en la mano izquierda y balbuceó algo sin sentido acerca de un pedazo de queso que le habían robado.

—Como una cuba —añadió Diego riendo.

—¿Qué hacemos, Miguel?

—Déjale algo y sigamos.

El Petimetre metió unas monedas en el bolsillo de la zamarra del anciano y volvió a montar.

—¿Tiene sed, señorita?

La voz de Miguel tras ella la turbó. Martina tenía los labios secos, pero el recelo a flor de piel.

—Dígame adónde nos llevan.

—A un lugar encantado.

Emprendieron a pie y en fila de a uno el resto de la cuesta de la Escaleruela, pues sus monturas se agitaban en aquella ruta escarpada por donde a menudo habían caído bestias cargadas arrastrando a los viajeros. Sin la niebla que empezó a ascender, hubieran podido ver la ciudad a sus pies.

—¿Adónde os dirigíais, señorita? ¿Ibais o veníais? —preguntó Miguel, que encabezaba la recua. Del fajín negro que ceñía su cintura sobresalía el mango de una pistola.

—No responderé a lo que no os importa. —Martina caminaba detrás de él incómoda por las ligaduras de sus manos, molesta por la cercanía de aquel hombre y sus miradas escrutadoras que la despojaban de su coraza. Miguel arrugó la nariz divertido, ciñendo las riendas de su yegua.

—Me gusta vuestro acento francés. —Chasqueó la lengua ante su mutismo, y añadió—: Puedo registrar más a fondo lo que nos hemos llevado de vuestro equipaje y averiguar lo que desee. No subestiméis a un pobre bandolero...

—Nada más lejos de mi voluntad.

La mirada de Martina le pareció un agujón.

Ya anocheecía cuando cubrieron los ojos de las jóvenes con sendos pañuelos negros. Pronto llegarían al camino que llevaba a un cortijo abandonado cerca del de los Navazos, lejos de los pasos de los pastores. La casona se hallaba en ruinas, rodeada por campos de garbanzos cuyas matas crecían con fuerza en aquellas áridas tierras.

Fiero salió a su encuentro moviendo la cola y correteando en torno al caballo de su amo.

—Haremos noche aquí —ordenó Miguel—. Y por la mañana las llevaremos al abrigo hasta que la familia pague el rescate.

Cuando les quitaron los pañuelos, Martina reparó en el nicho vacío sobre el arco de la puerta del cortijo, que tiempo atrás cobijó una figura de la Virgen. No había ni un alma en los alrededores.

El Petimetre llevó los caballos al abrevadero mientras Miguel dejaba a las rehenes al resguardo del relente en una habitación que aún conservaba el techo. Una ventana sin cristales les mostraba los tajos del Torcal.

En medio de aquella estancia derruida, repleta de escombros y excrementos de cabra, Milagros susurró:

—Saldremos de esta, ni duda te quepa, Valdivia. Mis tíos pagarán el rescate, y aquí paz y después gloria.

El Piconero entró seguido de Fiero, que comenzó a olisquear por los rincones. Se detuvo ante una esquina donde las baldosas de barro cocido se habían resquebrajado y gruñó inquieto.

—¿Qué cuchicheáis, mozas? Si estáis pensando en escapar, pensad también en las bichas que andan sueltas por estos caminos en la noche. Y en los lobos, ya que estamos.

—¡Bichas! —exclamó Milagros horrorizada.

Fiero ladró una y dos veces más, y corrió junto a su amo con la lengua fuera.

—*Pa* fuera, señoritas. Que hay que comer un poco.

Salieron y el techo de la habitación crujió como una nuez. Se derrumbó tras ellos desprendiendo una nube de polvo de piedras y cal.

—¡*Salvás* por la campana! ¡Pues a dormir al raso, *mamuaseles*!

Las ataron al tronco de un quejigo y les ofrecieron pan y queso a los que Milagros no hizo ascos. Por el contrario, Martina no probó bocado: sin equipaje y sin dinero se sentía desamparada, como si todo empezara de nuevo.

Tras repartirse el botín de la diligencia a partes iguales, la banda hizo correr una bota de vino de Ronda.

—¿Me va a decir de una vez adónde se dirigía, señorita? —Con un pitillo apagado entre los labios, Miguel sostenía un bulto envuelto en un lienzo. Vio que la novicia dormía atada al otro extremo del tronco del quejigo y se sentó junto a Martina—. ¿Se le comió la lengua el gato?

Aun siendo noche cerrada, la lumbre de la fogata le permitió retener sus rasgos para delatarlo a los guardias en cuanto las liberaran. La camisa arremangada dejaba a la vista la cicatriz de un navajazo; una herida de pelea, una huella del dolor que aún batallaba en sus ojos.

—Tengo algo para usted.

—No creo que me pueda interesar.

—Veremos, francesita, veremos...

Él mismo desenvolvió el bulto liberando un cuaderno de dibujo y un estuche de cuero. Exploró los esbozos a trazos gruesos de una máquina de tren, de un riachuelo bajo la niebla, de un perfil de mujer emborronado en gris.

—Así que tenemos como invitada a una artista...

Martina arrugó el ceño. Sobresaliendo de entre sus páginas, vio el extremo del telegrama de su abuela.

—Es lo único que salvó el Piconero de vuestro equipaje en Bobadilla. Esto y el dinero que llevabais, claro está.

—Clarísimo está.

—Gracias a los afortunados en la vida como usted, nosotros contribuimos a causas justas.

—¿Ahora me va a hablar de caridad, señor?

Él lanzó el pitillo a la hoguera. El viento del norte desordenó los cabellos de Martina, que se

acomodó el chal sobre los hombros y se cubrió la cabeza para entrar en calor.

—De caridad no: de justicia. Pero, en fin, si no hay más cera que la que arde...

—Es usted un patán.

Como un vulgar robabolsas, la despojó de la limosnera que colgaba de su cintura.

—Veamos qué hay aquí... Así que la cédula de doña ¡Catalina Valdivia! —leyó—. Domiciliada en Sevilla. Y viuda... —La miró de arriba abajo y con descaro—. No tenéis cara de ser de Sevilla. Ni de viuda, si me lo permite.

Antonio llegó silbando y preguntó:

—¿Allí?

Miguel asintió indicándole los zarzales que ocultaban la entrada de una fresquera medio derruida.

—¡No! —Martina trató de deshacerse del Piconero, que la asía del brazo para que lo acompañara—. ¡Socorro! —El hombro de su blusa de batista se desgarró—. ¡No, por favor!

—¡Déjela en paz o no respondo! —Milagros se revolvía mordiéndose sus ligaduras—. ¡Sinvergüenzas, facinerosos!

Miguel y Antonio reían ante aquella joven monjita que se meneaba como una culebra. Más aún cuando la desataron del tronco y la condujeron también a la fresquera, iluminada por la luz de una antorcha. El suelo estaba cubierto de paja seca.

—No queremos que nuestras invitadas pasen la noche al raso. ¡A las buenas noches! —exclamó Antonio.

Ellas oyeron cómo atrancaba la portezuela de madera para que no pudieran escapar.

El viento agitó las páginas del cuaderno de dibujo, olvidado junto a la lumbre. Quedó abierto mostrando el esbozo de un eclipse de Luna.

A la mañana siguiente Miguel envió a dos de sus hombres al cortijo de Fuentefría, propiedad de los tíos de Milagros, de seiscientas fanegas y buena ganadería. Aquel secuestro les reportaría el negocio del año.

Pronto se toparon con un pastorcillo que salía de su refugio bostezando y saludándolos al paso como viejos conocidos que eran. Antonio desmontó junto al mozalbete, que sacó de un cestillo de mimbre un hatillo con dos hogazas y varios salchichones.

—Lo *prometió* —dijo tendiéndoles el bulto de provisiones.

Juanito le regaló un par de pitillos que recibió con los ojos bizcos de antojo.

—La Guardia *Siví* anda husmeando por la Boca del Asno. —Aspiró el humo por la boca y tosió por la falta de costumbre. Tomó los reales que le ofrecieron y después los vio alejarse; ídolos que eran para él, que los había visto rompiendo fuego parapetados desde los peñascos.

Miguel conducía a sus rehenes hacia un abrigo cercano al Camorro de las Siete Mesas, en pleno Torcal. El cielo despejado, un viento intenso y Fiero abriendo el paso los acompañaban en su travesía.

—*Mu callaos* andamos *tos*... —Diego estaba escamado con el silencio de las dos jóvenes.

Martina rehuyó su mirada. Tenía los pies doloridos por aquel andar fatigoso por trochas de cabras.

—Tengo que hacer aguas menores... —Milagros chasqueó los dedos para indicar que se detuvieran.

Diego detuvo a las monturas fastidiado por aquel gesto de marimandona.

—¡Yo también! —se sumó Martina a la petición. Y por el guiño de Milagros y el cosquilleo en el estómago, supo que planeaba una fuga.

—¡Arreandito, pues! Que no tenemos *to* el día.

Las desataron indicándoles unos arbustos de madreSelva cercanos y aprovecharon la sombra de un arce para echar un trago de sus botas.

—Se demoran mucho, ¿no? —preguntó el Tragaldabas cuando iba por el segundo. Se colocó su sombrero de ala ancha y cuerda roja y se dirigió hacia las zarzas.

Corrían a ciegas, adentrándose en aquel laberinto de piedras y senderos intrincados que parecían mudar a cada paso.

Perdieron de vista la torre vigía de la sierra de Chimenea y les pareció haber pasado ya por la roca que llamaron el Gigante; tomaron una nueva senda y se encontraron de nuevo con el Obelisco. Continuaron por la vereda que les mostraba un león agazapado y caminaron entre altares de piedras con forma de camello.

—Estamos perdidas, Milagros...

El sol se apagaba dando paso a la niebla, que comenzó a imponer su presencia desdibujando las dolinas y las crestas del Torcal.

Cientos de ojos de granito y mármol rojo las observaban mientras corrían de nuevo, enredándose en el corazón de aquel lugar encantado.

—¿Qué haces?

La novicia trepó a una roca plana. Buscaba una salida, pero entre la bruma solo pudo distinguir la cornamenta de una cabra. Los búhos ululaban a su alrededor burlones.

—Por Dios santo, Milagros, bájate de ahí. ¡Te vas a despeñar! —Se encaramó para ofrecerle la mano y advirtió la negrura de la oquedad que se abría en la piedra, oculta entre madre selvas y peonías.

Los chillidos de un halcón peregrino se confundieron con los silbidos del Cañamero y sus hombres. Martina señaló hacia el este.

—¡Por allí! Regresemos con ellos, será lo mejor.

—¡Nanay de la China! —Milagros dio un salto, erró en la distancia y se hundió en la brecha que el tiempo y los años habían horadado en la roca.

Martina gritó y se lanzó hacia ella.

No sufrió las espinas de los escaramujos clavándose en su rostro; en aquel momento solo existían sus manos agarrando las de Milagros y el temor de dejarla caer.

—Por tu madre, Valdivia, no me sueltes... —La voz de la novicia era apenas un susurro. Surgía de su garganta con miedo a despertar a aquellas sombras que vivían bajo tierra y tiraban de ella hacia abajo. Perdía las fuerzas, el aliento; se le resbalaba la vida.

—¡Auxilio! ¡Auxilio, aquíí! —El grito de Martina reverberó entre las piedras, que difundieron impasibles su súplica.

El aroma de las peonías a sus pies se desataba cruel, como la oscuridad de la muerte se abatía sobre Milagros.

—No me... sueltes...

Eso quería. Pero las palmas de sus manos eran como agua y la sima reclamaba su ofrenda.

Nadie acudía en su ayuda, solo las culebras que siseaban entre las rocas curioseaban la escena.

—No puedo más... —Y Milagros soltó su mano derecha.

—¡Nooo! ¡Agárrate! —Ignoró la punzada de dolor en su hombro y se inclinó hacia adelante alcanzándola de nuevo. Las puntas de sus botines se aferraban a la tierra rojiza intentando conservar el equilibrio.

Su voz interior le gritaba que caerían las dos; pero mientras se encomendaba a cualquier santo, Fiero ladró.

El brazo de Diego aferró a Milagros hasta izarla a la superficie. La sima exhaló una brisa helada que desapareció en la niebla.

—He visto a la huesuda muy cerca, ¡madre del amor hermoso! —Milagros se sacudió la falda como si nada hubiera ocurrido y Diego se hacía cruces ante el temple de aquella monjita medio loca.

—Regresemos al camino de una vez —dijo Miguel—. ¿Estáis bien, Catalina? —Rozó con la punta de los dedos sus mejillas lastimadas.

Ella respondió con una leve inclinación de cabeza, agradeciendo la ausencia de reproches por su intento de huida. Cuando Milagros llegó junto a ella, siguieron dócilmente la senda que les indicaba el Cañamero.

XII
MADAME REGINA

Antequera

A los pies de la Alcazaba, la casa de Regina Vega se erigía en atalaya desde donde contemplar la fértil vega de Antequera.

En las noches de luna subía a la azotea acompañada de su bastón y su gata, esperando paciente el momento. Sabía que aquellas paredes eran más que un hogar, eran el faro que Martina pronto alcanzaría.

Madame Regina, como la llamaban algunos, veía más allá, descifraba el brillo en los ojos y aspiraba a comprender la esencia de las almas antiguas. En aquel terrado repleto de cántaros rotos, hierbas medicinales y azucenas, Regina la Bruja, como la llamaban otros, se cubría con un pañolón de lana fina y dirigía su mirada al este, allí donde un colosal peñón rocoso revelaba al mundo su perfil de mujer tendida mirando a los cielos. Los profanos la llamaban Peña de los Enamorados, pues viejas leyendas la marcaron con ese nombre ajeno a su verdadera esencia, despojándola de su poder. Regina la consideraba una *sacra saxa*, una gran piedra sagrada desde tiempos inmemoriales.

La campana de horas de la iglesia de San Sebastián tañó las doce de la noche. Acababa de cumplir sesenta años y ese número se le reveló como la llegada de un nuevo ciclo. El tiempo, implacable enemigo, imponía sus normas. Lo supo también días atrás en una de sus últimas visitas al Torcal, un lugar al sur de la ciudad que contenía en su interior la magia del agua y de la persistencia; el poder de las piedras nacidas al albor de la vida en la tierra.

Desde la visita de Alejandro Baena andaba desazonada, distraída de sus quehaceres.

—Mi señora madre no sabe que he venido. Le ruego discreción.

Lo atendió en la buhardilla, una pequeña estancia con vistas a la Peña y sin reloj alguno que apremiara el tiempo. Alejandro tomó asiento en una de las dos sillas francesas de patas torneadas y se sirvió él mismo una taza de té de romero.

Habían coincidido en pocas ocasiones, pero según sabía por su madre, *madame* Regina era viuda, venía de una buena familia de Cádiz y había recalado en Antequera con su segundo marido,

un rico napolitano con quien vivió hasta su muerte. Alta y de porte espigado, no evidenciaba maneras de inculta ni de provinciana.

Regina lo observó mientras él hallaba la primera palabra que liberara el nudo en su alma. Sus pacientes primero acudían al médico, luego a la curandera más cercana; después a ella. Pero tener un don no siempre era una bendición; tener un don a menudo era un látigo a la espalda.

—Me han dado unos meses de vida.

Eso dijo, sin matiz alguno en su voz. Y ella, que conocía los secretos de las plantas y sabía también de los muchos enigmas que contiene el corazón del hombre, le dejó hablar para que hallara el consuelo que no había logrado con los médicos de Madrid.

—Al parecer, es un cáncer que no saben cómo tratar, que se ha extendido y...

Alejandro era de sonrisa fácil, de encanto aprendido en buenas escuelas y familia de postín; pero Regina vio que arrastraba una pena de amor y que una torre lo ponía en jaque. Sintió que su alma andaba a tientas, perdida en la oscuridad que alguien le insuflaba.

—La muerte no es el final, querido, y mientras haya vida, habrá esperanza —le aseguró.

—La esperanza solo dilata el sufrimiento, señora.

Tuvo que mostrarle asideros para enfrentar el diagnóstico fatal, aconsejarle una dieta adecuada y cómo podía enfrentar el dolor del amor perdido para que este no se enquistara en el cuerpo. Le entregó un frasco que ella misma había preparado con la camisa de una víbora hocicuda, nueve cabezas de junco y un poco de azúcar. Un remedio secreto para el mal en sus pulmones que él pagó con algo de desazón y sincero agradecimiento.

—Encuentra tu ángel dorado... Él te iluminará —le dijo antes de despedirse en una súbita revelación.

Él se caló el sombrero y caminó calle abajo tratando de hallar sentido a aquella mañana.

Regina acarició el suave pelaje de su gata, absorta en la noche estrellada de Antequera. Hacía diez años que había llegado a la ciudad siguiendo la llamada. Siguiendo el amor también. Un amor tardío como las rosas trepadoras que adornaban las paredes encaladas de la azotea.

Su sino la condujo a aquel cruce de caminos: un emplazamiento mágico que atesoraba templos dedicados a dioses antiguos a los que ya nadie adoraba. Su sino la atrajo a aquel lugar señalado por la profecía, por los sueños que le revelaban el llanto de una niña con una medialuna marcada en su piel.

Se sirvió una infusión de serbas del Torcal y observó el paso de una estrella fugaz sobre el cerro hoy ocupado por la ermita de la Vera Cruz, desde el que en tiempos remotos se bendecían las cosechas y protegía a la ciudad del solano, el viento que soplabla de donde nacía el sol.

Era la curandera, la espírita, la bruja; pero nadie sabía que también era la guardiana que custodiaba los antiguos secretos de aquel enclave. Regina aceptó su suerte como aceptó su dolor cuando murió Leonardo: todo en aras de un bien mayor.

Pero cuánto afligían los males ajenos que ella absorbía para hacerlos desaparecer; cuánto dolían los llantos que sufría para alejarlos de sus pacientes. Las monedas que recibía a cambio de sus emplastos de alcachofilla y de sus infusiones de lagarto y cuerno de cabra del Torcal ayudaban a llenar su despensa, pero nunca calmaban la quemazón en su pecho ni hacían brillar sus ojos cansados.

Porque Regina no supo detener el gran mal que acechó a Leonardo, ni pudo evitar su muerte, que aún no había podido llorar esperando en vano el milagro de que todo fuera una pesadilla y él regresara a caballo en la mañana, que el taconeo de sus botas resonara por toda la casa.

La brisa se asomó a su terrado con aroma a azahar y se levantó con las manos cruzadas sobre el pecho, sobresaltada ante una súbita visión.

En sus oídos resonaba el chirrido de la veleta en forma de ángel dorado de la torre del campanario de San Sebastián. El viento caprichoso la hizo titubear unos instantes hasta que apuntó con su banderola hacia la Peña.

Sí, el tiempo del cambio había llegado.

La diosa, que gobernaba desde tiempos remotos entre las rocas de su morada, así lo anunció.

Y ella, que era su sierva, lloró.

XIII
LIBERTAD

El Torcal de Antequera

Alcanzaron el abrigo rocoso y montaron el campamento. Martina despertó tras un corto sueño y vio el centelleo rojo de los cigarros de los bandoleros que hacían la guardia de noche.

Tenía en su regazo el libro de *Los miserables* que le había dejado Miguel. Aferrado a su escopeta de dos cañones, parecía dormido. Observó que su rostro curtido y apuesto siempre estaba sereno. Se cubrió de nuevo con la manta acomodándose en el suelo.

Él abrió los ojos y avivó el fuego, prendado de su perfume de señorita fina. Atormentado por los recuerdos de un antiguo amor, pensó que aquella noche sería larga como los días sin pan.

Despierta al alba, Martina contempló el mar de nubes que se posaba sobre el Torcal, la franja bermeja y púrpura que las delineaba. Solo había viento y silencio. Fiero correteó a su lado y ella le acarició las orejas. Después se dirigió hacia una roca cercana donde una oquedad repleta de agua de lluvia le permitió refrescarse la cara.

—Libertad..., ¿no es eso lo que queremos todos? —Se volvió y vio a Miguel señalándole el vuelo de un grupo de buitres leonados hacia el este. Maravillada, pensó que en aquel lugar no existía el azar, que la naturaleza era armonía y era orden. Que la vida, en realidad, era un pacto con la sencillez.

—Acompañeme, francesita.

Llevaba la camisa de algodón fino entreabierta, como un gañán; la sonrisa ladeada, como su pañuelo grana.

—No voy a ir a ninguna parte. Exijo que nos dejéis marchar.

—Mientras estéis aquí, quien exige soy yo. —Hizo una reverencia guasón. Y, cogiéndola de la mano, como lo haría un enamorado entrelazando sus dedos con los de ella, la condujo hasta la fogata que ardía a la entrada del abrigo.

Martina se soltó de un tirón. La calidez de aquel contacto le recordó el primer paseo con Conrado en el parque Genovés y se odió por ello.

—Sentaos ahí, donde os pueda ver. —Él le tendió una cuchara de madera y una escudilla con

gachas recién hechas.

Las aceptó porque su estómago rugía, porque en la mirada de Miguel vio que libraba algún tipo de batalla; porque en ella, sin saber por qué, encontraba calma.

—¡Gañán verriondo! ¡Mamacallos! Tu cabeza acabará en un palo en medio del camino. ¡Ganas tengo de verla!

Martina dejó a un lado su escudilla, atónita ante aquellas palabras que nunca había oído en boca de una mujer. Siguió los pasos de Miguel hacia el encino donde tenían a Milagros.

—Está poseída, válgame la caracaballo... —murmuraba Diego santiguándose.

Fiero ladraba nervioso.

—Pero ¿qué le has hecho a la muchacha?

Diego resopló. Un beso le había robado. Un beso tonto y nada más.

Sin responder, se dirigió hacia las rocas, donde se puso a afilar su machete. Había pasado una mala noche y no estaba de humor para soportar los insultos de una monjita loca. Que pagaran ya el rescate de una vez, que lo pagaran ya.

—Cuando te tranquilices, te soltaremos —aseguró Miguel.

Milagros dejó de revolverse como una sanguijuela peleando con sus ligaduras y escupió en el suelo como lo hubiera hecho un mulero.

—Déjeme estar aquí, con ella.

Martina le habló con suavidad y Miguel se prendió a sus ojos: ajena, a ratos altiva o encantadora. Sintió la espina en su pecho rasgando el lejano recuerdo de Silvana.

La evocación de su prometida lo llevó a la noche del infortunio, la noche en que todo su mundo cambió. La que su hermano Jerónimo, mozo de cuerdas en la Casa Baena como lo era él, discutió con el señorito Arnaldo por el bajo sueldo y la larga jornada.

—Si la paga no te parece adecuada, agarras tus bártulos y te vas con buen viento, Jerónimo — eso le dijo el mayor de los Baena.

Pero Jerónimo no iba a marcharse sin un real. Aprovechando un descuido del administrador, entró en su despacho y robó un reloj y mil quinientas pesetas de la caja fuerte. Después corrió a los cuartos de servicio para pedirle a su novia Flora, que trabajaba en la casa grande, que hiciera la maleta y comenzaran una nueva vida juntos y lejos de allí.

Miguel encontró a su hermano bajo los arcos del patio de servicio, con su puñal en alto y resoplando como buey frente a la puerta de un cuarto en desuso. Desde donde estaban podían oír las risas del señorito y de su Flora: hipócrita e infiel, maldita fuera su estampa.

—Esto sí que no; ¡por mis muertos que no!

—Templa, hermano, templa... Esa mujer no era para ti; que bien te lo decíamos todos.

—¡Tú qué vas a saber lo que es para mí o lo que no...!

Arnaldo Baena, descamisado y sonriente, salió.

Y Jerónimo no pudo evitar el *aberrunte*, ni la sangre en el costado de su amo cuando le clavó el puñal. Agarró a Miguel del brazo y se lo llevó de allí cuando varios peones acudieron a socorrer al señorito. Robaron dos caballos y huyeron campo a través, con la Guardia Civil pisándoles los talones.

Dominga, su madre, suplicó y rogó hasta la lágrima.

—Entrégate, Miguel. Es tu hermano mayor y no quiero que dé con sus huesos en la cárcel.

—Es su falta, madre. No la mía.

—Ni echarse al monte puede... ¿Y si le vuelve la tisis?

Miguel dio un golpe sobre la mesa. Leía en sus ojos la codicia por el dinero robado que Jerónimo pronto se jugaría en cualquier tasca.

Se levantó y acudió junto a su padre, de nuevo enfermo e indiferente a aquellas cuitas, pero tuvo que huir cuando llegaron los guardias: sin más que sus manos y cuatro duros que guardaba en un zapato.

Fue así como Miguel Balboa acabó deambulando por los montes de Málaga, robando caballos y rifles ayudado por pastores y gañanes. Se enteró de que Silvana se había prometido y la furia que le ennegreció el alma lo llevó a asaltar a viajeros solitarios en los caminos. Supo que Jerónimo declaró levantando falso testimonio contra él, y que al poco tiempo lo reclutaron para la guerra de Cuba. Las mil quinientas pesetas ya habían volado y no pudo pagar la dispensa.

Estuvo en la cárcel, se fugó; y en una taberna conoció a Antonio, a quien llamaban el Piconero. El resto ya era historia.

No más de tres veces había podido regresar a la casa familiar. Apenas unas horas para entregarles una bolsa con el dinero afanado a la última diligencia y ver en los ojos de su hermano Pedrito la admiración y el respeto que su madre le negaba. A su corta edad ya salía por los caminos vendiendo botes de miel y mermelada para ayudar a la familia cuando la tierra no rendía.

Dominga acostumbraba a contar las monedas que traía Miguel y apartaba un montón para las medicinas de padre; otro montón para comprar insecticida para que la mosca de los naranjos no pudriera los frutos, y otro más para guardar bajo el escondite en la alacena, allí donde tenía la única carta que llegó de Cuba.

—Adiós, madre; Dios la guarde a usted —musitaba con un hilo de voz cuando llegaba la hora de irse.

Ella le daba un abrazo arisco y apresurado. El viejo perro Niebla se acurrucaba a sus pies impidiéndole marchar y a Miguel se le agarrotaba la garganta como a un chiquillo.

—Márchate ya, hijo —le decía su padre—. No te hayan seguido los civiles llegando al arroyo.

Él hacía caso omiso y volvía a entrar en la casa para abrazar a Pedrito, que sollozaba sentado a la mesa, jugueteando con la navaja nueva que le había traído; una de mango de madera con virolas de acero.

—Era del Tempranillo, ¿verdad, Miguel?

—Guárdala bajo la almohada, hermano. Su acero corta los malos sueños.

Ya hacía doce años desde que Miguel lo encontró en un arroyo adonde llegó a abreviar su mula. Envuelto en un lienzo dormía como debían de hacerlo los ángeles, sin miedo ni preocupación ante los rayos del cielo que presagiaban tormenta.

Cargó con el bebé en su zurrón y lo llevó a la casa. Quizás madre lo aceptaría; quizás padre no sabría qué hacer con él ahora, pero sí le serviría más adelante. Las manos jóvenes y los lomos fuertes eran siempre útiles en el campo.

«Mire, madre, mire.»

El viejo Niebla meneó la cola y se levantó con dificultad para olisquear el bulto que Miguel traía en sus brazos con aroma de leche y aliento de cría.

Acogieron a aquel niño expósito de ralo pelo rubio y boquita de piñón dándole un lugar en un canasto junto al fuego. Dominga, que mojaba pedazos de pan en leche de cabra, lo llamó Pedro, como al primer hijo que se le murió al poco de nacer.

—Ni se os ocurra, francesita.

Martina se detuvo y retiró las manos de las alforjas del caballo de Miguel.

—Imagino que buscáis vuestro bonito colgante. Eso está feo, muy feo... —Se acercó a ella enfrentando su mirada de susto—. Pero ladrón que roba a ladrón... ¡tiene cien años de perdón!

La vio alejarse por el prado junto a Fiero y oyó que Juanito y Antonio ya llegaban a pie por la senda ceñida de serbales y quejigos. El sol caía de pleno sobre los riscos del Torcal haciendo brillar los flancos sudorosos de sus caballos.

—¡A la paz de Dios! —El Piconero se enjugó la frente con la manga de la camisa y buscó a Miguel con la mirada.

—¿Y bien...?

—Que no quieren pagar el rescate, dicen.

—No me jeringues con esas, Antonio... ¿Cómo que no quieren pagar?

—Que no pagan ni cinco mil pesetas, ni mil ni quinientas. Que ni un real. Que nos la quedemos: eso dicen.

Se acercó a la olla que hervía al fuego y aspiró hambriento el aroma de un guiso de jabalí. Sacó su navaja y pinchó un trozo de aquella carne deliciosa.

—Los amenazamos con darle matarile a la niña y quemarles los pastos si no pagaban —dijo con la boca llena—, pero ahí tenías al menda...

—Tieso como un palo y diciendo que antes muerto que entregarnos un duro —añadió Juanito—. Eso sí, saqueamos todo lo que pudimos: un candelabro de plata y unas joyas de la mujer.

—Los del cortijo de Fuentefría son mala gente. Os lo dije... —Diego se llevó los caballos renegando por lo bajini.

Incrédulo, Miguel se encendió un cigarrillo. Los secuestros solían ser rentables y rápidos, y más aún en el caso de una joven como Milagros.

—Bien, en unos días regresaréis con una carta que os daré, y si no sueltan la gallina, les quemáis las sementeras y los establos. O lo que os venga más a mano.

—Podríamos hacer lo mismo que los secuestradores de la hija del juez Melero, de Archidona —sugirió Juanito quitándose el sombrero calañés y sentándose junto a ellos—. Para apremiar el

pago le cortaron las orejas y las clavaron en la puerta de su casa.

—¡Válgame! —exclamó Diego—. ¿Y cómo supo que eran de su hija?

—Por los aretes... —Se recogió el cabello en una coleta baja atándolo con una cinta de cuero y se dispuso a servirse su ración de una buena vez.

Antonio carraspeó, Miguel negó con la cabeza y todos estuvieron de acuerdo: no eran asesinos ni mala gente, no eran sino cinco almas buscando sobrevivir en un mundo de arribas y abajos, de cosechas perdidas, de navajas en alto y alforjas vacías.

Se hizo el silencio. La madera que ardía en la hoguera crepitaba presa de la corriente que se colaba entre sus rendijas, avivándola.

—Hablaré con ella —dijo Miguel, y entró en el abrigo para aceitar sus armas. Nunca nadie le había hablado de honor ni de dignidad, pero él acarreaba aquellas palabras en su pecho no como una carga, sino como balizas para que aquella vida que llevaba no fuera infame ni deshonrosa.

El viento trajo nubes grises. Guardó su pistola en el fajín y caminó hacia el gran encino, donde encontró a sus rehenes dormidas. Carraspeó.

—Sin melindres, Milagros. Tus tíos no sueltan la mosca.

—La mosca...

Juanito intervino:

—Sí, la mosca, la gallina, el parné, la guita, ¡el dinero!

—Pero ¿cómo...? ¿Qué jeringadas son esas? —Milagros se frotó los ojos aturdida. Se volvió hacia Martina, que tampoco lo podía comprender—. ¿Y ahora qué? ¿Vais a matarme?

Miguel miró a Diego, que cabeceó sin decir nada.

—¿¿Vais a matarme, entonces?! —Miraba al uno y al otro, el aliento entrecortado.

Miguel encendió un cigarro pensativo, sin cruzar su mirada con la de Martina.

—Desátala.

Les llegó el ruido de disparos lejanos cuando Diego deshizo los nudos que ligaban las manos de la novicia; le pareció que temblaban como un pajarillo caído del nido.

El abrazo de Martina la deshizo en lágrimas. Ella que era todo fortaleza y desvergüenza.

—No llores, Milagros, no llores...

Vieron cómo Miguel se alejaba, pues no quería presenciar el berrinche. Sus hombres, valorando el precio de las joyas afanadas, ya se echaban sus buenos tragos de vino peleón mientras el Tragaldabas guardaba la carne sobrante en el hoyo de una roca, bien cubierto de sal.

Juanito acarició el lomo de Fiero, agarró su guitarra y le arrancó la música de su corazón de madera.

—Viva tu *mare*... —Antonio le dio a las palmas y cantó, disimulando con sus notas el llanto quedo de la novicia, abrazada a sus rodillas, cautiva en el pesar de haber sido abandonada por su propia familia.

—¿Por qué nadie me quiere, Catalina? ¿Qué tengo yo de malo?

Tal vez había una respuesta para aquellas preguntas, pero no la sabía.

—Pronto nos liberarán, no te apures —le susurró Martina, pero sabía que su consuelo era en vano.

La vio observar entre lágrimas una gran piedra que el sol y el viento habían moldeado en forma de sombrero: se sostenía en equilibrio a pesar de la pequeña base que la sustentaba. Impasible, rodeada de vahos de niebla, se alzaba orgullosa de su imperfecta y curiosa hechura.

—Tengo que contarte algo.

La novicia la miró interrogante; más aún cuando Martina le reveló su verdadero nombre y le habló de Conrado, de la muerte de su tía y de lo sucedido con Candela.

Abrió la boca asombrada. Sus problemas eran nimiedades al lado de aquellos.

—Desgracias compartidas, menos sentidas, ¿verdad? —Se enjugó las lágrimas cuando Fiero llegó con un pedazo del jabalí que había desenterrado del hoyo con sal y lo tendió a sus pies con su mirada cómplice—. Chico bueno... —Le acarició la cabeza y dejó que se acurrucara junto a ella.

Comenzaron a caer las primeras gotas de lluvia y Milagros mostró al cielo gris las palmas de sus manos, ahora libres. Suspiró.

Esperaba llegar a ser como aquella roca imperfecta; tener el coraje para afrontar aquella vida suya vuelta del revés.

Casa Baena

—Cúidalo, te hará compañía.

Candela tomó entre sus manos el pequeño conejo que Simona dejó sobre su regazo.

—Blanquito como la nieve —dijo sonriente.

Simona empujó su silla de ruedas para acercarla a la franja de luz que se derramaba a los pies del secreter.

—¿Ha visto alguna vez la nieve, señora Simona?

El ama de llaves asintió sin decir nada. Absorta en su rostro inocente, necesitaba respuestas.

—No has comido nada, niña... —Señaló la bandeja con un emparedado de jamón y una taza de leche. Le tocó la frente, sin signos de fiebre—. Acábate el desayuno o tendré que avisar a...

—Sí, que venga el doctor Alejandro —apremió Candela con un hilo de voz acariciando las largas orejas blancas y rosadas del conejito—. Dile que me cuesta caminar y que quiero salir pronto de aquí.

Simona acomodó un cesto con zanahorias limpias y hojas de lechuga en un rincón y le indicó cómo debía dar de comer al animal.

—Lo llamaré Miércoles.

El ama de llaves se encogió de hombros y revisó el orden en su armario; también que hubiera avanzado en sus labores de costura, pues viendo que era hábil le había dado tarea de rebordonear servilletas y colocar encajes a cuellos. Observó que también había comenzado a tejer un chal de lana blanca.

Sobre la mesita de noche, el libro *Juana Eyre* y las *Rimas y leyendas* de Bécquer. En un rincón, oculto tras un ficus junto al secreter, halló un diminuto muñeco de porcelana, un arlequín de la colección de Genoveva.

—¿Qué hace esto aquí? ¿Te lo regaló el señor Alejandro?

Candela negó con la cabeza y le entregó el conejito para que lo devolviera a su jaula.

—¡Dime, niña! —le preguntó zarandeándola—. ¿Quién te lo dio?, ¿cómo has...?

No terminó la pregunta. Se llevó las manos al costado, sin aliento, viendo incrédula la aguja de tejer clavada en su costado. Se le nubló la vista y cayó al suelo, derribada por el dolor y la

náusea.

Vio a Candela levantarse de la silla de ruedas, sostenerse en el friso de las paredes, asomarse al pasillo. Con la puerta abierta podía oír el zureo del palomar.

Asida al pasamanos que conducía a una puerta de roble, sintió el tirón en el pelo, la mano firme que la agarró de su trenza.

—¿Cómo te atreves...? —Simona la arrastró de nuevo a la habitación enfrentando aquella mirada azul cobalto, casi adulta en su dignidad.

—Irás al infierno... —Las mismas palabras que pronunciaba su hermana. Las mismas, por Dios.

La ató con un grillete sujeto a la pata de la cama y la sentó en su silla. Alcanzaría hasta el baño y hasta el rincón donde el conejo dormitaba en su jaula; más que suficiente para moverse con holgura, pero menos libertad. Tomó los libros de la mesita y se los llevó bajo el brazo. Aquellas noveluchas no traían más que fantasías absurdas.

—Así aprenderás, niña malcriada.

Qué iba a hacer Alejandro con ella, no lo sabía. Por qué la separaron de su gemela y acabó en una casa ajena en Cádiz, tampoco lo sabía ni debía preguntar.

Dejó a su alcance el costurero y puso sobre sus rodillas un paño de algodón sujeto en un bastidor para que siguiera bordando pájaros azules.

—Ahora tomarás tu medicina.

Vertió láudano en una cuchara sopera y la acercó a su boca. Así se mantendría dócil y tranquila hasta la noche.

Y, haciendo tintinear el manojito de llaves, paseando por aquella habitación oculta al resto de la casa, esperó a que la tintura hiciera efecto en el rostro de Candela distendiendo sus mejillas. Después escuchó las palabras atrapadas en su lengua ya de trapo:

—La veo en el espejo y viene a verme. Cada... noche.

Simona apretó los labios y salió aprisa con un escalofrío amolando su espalda. Cerró la puerta con un chasquido seco y dos vueltas de llave que cayeron como losas sobre el corazón de Candela.

Se durmió con la labor en las manos recordando la azotea de La Gaviota, el cielo púrpura y el mar sereno y azul. Pensó en su madre y en cuándo vendría a visitarla. Le pareció oírla susurrando: «Duérmete, niña, duérmete ya», pero solo era la corriente que se colaba por entre las rendijas de la claraboya. Vio que los ojos amarillos de un mochuelo apoyado en el antepecho del ventanal acechaban la jaula donde Miércoles roía un pedazo de zanahoria.

Esperaría el regreso del doctor Alejandro y le preguntaría por la niña del espejo, la del brazo de madera. Si las dos estaban enfermas, podrían hacerse compañía. Sí, eso haría.

Fue en aquel momento cuando oyó el ruido de los goznes cerrando la segunda puerta que mantenía el torreón como un fortín inexpugnable.

Se quedaba sola de nuevo. De nuevo dormida.

XIV
LA DAMA BLANCA

El Torcal de Antequera

Miguel Balboa jugueteaba con su navaja francesa de mango de hueso, perdida la mirada en el cielo preñado de nubes posándose en Sierra Nevada. Uno de los habitantes del poblado de las canteras acudió a avisarlos de que la Guardia Civil había abandonado la zona.

—Vigilad, bien puede ser una emboscada.

Intercambiaron tabaco por munición y Miguel lo vio alejarse hacia un sendero donde pastaban varios rebecos. Después contempló a Martina: acariciaba con el dedo índice las conchas en espiral impresas en una roca; fósiles de animales que habitaron aquel lugar cuando Europa estaba sumergida bajo un mar antiguo. Después comenzó a esbozarlas en su cuaderno de dibujo.

Cerca de ella, Antonio sacudía las zaleas mirando de reojo sus bosquejos. Él solía admirar retablos y frescos en las iglesias: sentía que eran ventanas a otros mundos con más color que este.

—Quieta, francesita. Ni te muevas.

La voz ronca del Cañamero susurrando en su nuca la sobresaltó. Oyó un chasquido seco y descubrió la culebra que había ensartado en el suelo clavándole su navaja.

—Gra..., ¡gracias! —acertó a decir casi sin aliento.

Él retiró el arma de aquella piel escamosa y lanzó al animal hacia unos matojos. Su figura blandiendo la navaja, con el sol del atardecer fundiéndose entre los encinos y las piedras, se le figuró un ángel custodio, como el de la hornacina de la calle San Miguel en Cádiz, luchando contra el demonio.

Tendió su mano para ayudarla a levantarse y notó la de Martina fría y temblorosa, los ojos vidriosos que advertían de fiebre incipiente.

—Veo que no os sienta bien este clima, Catalina...

—El cautiverio, quizás. —Retiró de su frente los bucles que caían desordenados y enfrentó aquella mirada que no sabía cómo interpretar.

El espacio entre ellos se hubiera podido medir con el lápiz de Martina, que escrutó su mandíbula firme, su barba crecida y el cabello castaño y rizado que parecía querer escapar de su pañuelo de bandolero. Recordó a Conrado, que fijaba el suyo con vaselina y lo cubría con una redecilla para dormir. No pudo evitar una sonrisa.

—¿Qué le parece gracioso?

Martina dio un paso atrás y volvió la cabeza hacia Milagros, que curioseaba la tarea del Tragaldabas preparando la comida.

—Por muy cortés que se muestre, es probable que acabe en la horca —dijo, pero se arrepintió cuando le vio apagar su sonrisa.

—Tiene usted ojos y corazón de piedra, señorita. Os acabo de salvar la vida, ¿no merezco vuestra absolución? —Miguel dibujó una reverencia en el aire y lanzó una carcajada.

—Patán...

Oyeron el rumor de cascos que ascendía por la ladera: Juanito y Diego, aún con sus disfraces de fraile, regresaban de la vega con las alforjas cargadas de pan, queso, chorizos y brevas. Traían también noticias frescas de sus confidentes:

—Los tíos de la monjita se han *parapetao* con vigilantes en sus puertas y ahí no hay quien entre más. Pero de que les quemamos los pastos, se los quemamos.

—Así lo haremos, entonces.

—Además, han ejecutado a Mariano, uno de sus peones.

—Desembucha, pues —dijo Miguel ayudándolo a descargar las provisiones.

—Al parecer, no solo andaba en reuniones con los anarquistas, sino que se atrevió a apuntar a su amo con la hoz tras una discusión por su jornal. —Escupió a un lado y añadió—: Luego llegó la Guardia Civil y ya podéis imaginar *to*.

—Mala gente... —Antonio echó un leño al fuego y renegó de amos y caciques que hacían la vida imposible a los que pretendían luchar por causas justas.

A pesar de su vida a salto de mata, no echaba de menos el sudor trabajando en la aceituna cuando los tiempos eran otros. «En mi hambre mando yo», solía decir. Ni regresaría al yugo de un patrón, ni andaría a trabajar bajo los humos de una fábrica donde se imponían jornadas de diez horas y despedían a los obreros que osaban organizarse en sindicatos.

Aún con las dudas por aquella vida fuera de todo orden y ley, le podía el no agachar la testuz y respirar aire puro, no los vapores malsanos de los ingenios.

Desde que los bienes comunales habían dejado de pertenecer a los ayuntamientos, la pobreza había crecido. Se expropiaron tierras, campos y bosques para después venderlos a los latifundistas, pues los pequeños agricultores no tenían medios para comprar a precio de subasta.

Las arcas de la Hacienda Pública, aquella bestia devoradora que necesitaba hacer frente a los gastos derivados de las guerras, aumentaban; mientras, los bolsillos de la gente del pueblo se veían menguados en favor de la burguesía local.

La historia de siempre. La de un pequeño David contra Goliat.

Pero el hambre de los menesterosos no sabía de subastas ni de precios de salida. El orgullo de quienes trabajaban la tierra algún día se alzaría sobre la miseria y la injusticia.

—¡Abajo las cadenas, arriba las armas! —gritó Antonio brindando con su vaso de hojalata.

Su cuadrilla lo jaleó como si su reclamo destruyera las tiranías del mundo entero.

Antequera

Rosalía subió a la azotea, donde Regina ya esperaba su cuenco de porra antequerana con un buen chorro de aceite de oliva y jamón picado. Aún no comprendía la costumbre de la señora de cenar al sereno, de mirar al horizonte como si en él hubiera tesoros.

Aquel día la sirvienta derramó la leche, rompió dos platos y retiró los cubiertos con la cara de quien ha visto a un fantasma. Cuando terminó su jornada, Regina la siguió a la cocina.

—Siéntate, Rosalía. Y cuéntame.

—Mi sobrino Roberto está en la cárcel.

—¿Algún robo o trifulca?

—Viajaba en el tren sin billete, señora. Una amiga me avisó, pues su hermano es carcelero. — Sacó un pañuelo del bolsillo del delantal y se enjugó la nariz—. Dice que Robertito lleva dos días durmiendo junto a un charco de agua y sobre un saco de paja: él, que padece de bronquitis desde bien chico.

Regina sabía que desde hacía meses los periódicos denunciaban el estado de hacinamiento de los presos, que el dinero del consistorio solo era para el acueducto. Buscó en la alacena una botella de aguardiente de miel y sirvió dos copas.

—Mi pobre hermana perdió a su marido en Filipinas. ¡Solo le faltaba este revés! — Temblorosa, Rosalía tomó de su copa—. Ay, señora Regina, sirviéndome usted a mí... Esto ha de ser cosa de sus amigotes; mi hermana no lo crio así.

—¿Cómo se llama tu sobrino?

—Roberto Calpe, señora. Por ahí le llaman el Manquillo, por su abuelo, que perdió un brazo en la Guerra del Francés. Es algo corto de entendederas y no tiene maldad alguna. —Arrugó el pañuelo y se lo volvió a guardar en el bolsillo—. No hace mucho que llegó de Cádiz, donde al parecer estuvo trabajando en un asunto de enjundia.

Regina acarició el colgante de ónix de su pecho. Conocía a aquella clase de jóvenes descarriados e imaginaba que, de aquellos reales que habría ganado, su madre no vería más que unos pocos si acaso veía alguno.

—Escribiré a quien corresponda y confiemos en que lo trasladen a un lugar mejor. Quizás en

pocos días pueda volver a la casa de su madre y enderezar esos malos pasos.

A Rosalía se le caían las lágrimas mientras daba otro trago de aquel delicioso aguardiente que le quemaba la garganta y le deshacía el corazón.

—Dios se lo pague, señora.

A veces Dios y ella no hacían buenas migas, pensó Regina mientras se retiraba a su habitación. Desde que su esposo Leonardo faltaba, era otro el lado hacia donde prefería dirigir sus plegarias.

El Torcal de Antequera

Encaramadas a las peñas, dos cabras montesas oteaban con sus pupilas horizontales al grupo de humanos, agitando orgullosas sus cuernas puntiagudas.

—¡Ea, ea! —Diego las espantó para que se alejaran del risco y dejaran de mirarlos con aquellos ojos turbadores.

Las cabras hendieron sus pezuñas en las escarpadas rocas cementadas por la sal y el tiempo y escalaron más arriba, marchando en busca de pasto y líquenes, huyendo del hombre como lo hacían del zorro.

En algunas cuevas cercanas sus antepasadas fueron pintadas con óxido rojo por los antiguos que las habitaron miles de años atrás.

—Cuenta lo de la cueva del Toro... Cuéntalo otra vez —le pidió Antonio.

Diego negó con la cabeza y siguió engrasando el cerrojo de su rifle, deseoso de abandonar aquel lugar, asaltar a los cortijeros y repartir unos cuantos duros entre los que doblaban el lomo sobre las tierras. Quería galopar sobre los campos dorados, infinitos cuando era uno con su montura. Quería volver a bregar con la posibilidad de caer en una emboscada, con la incerteza de la muerte.

Levantó la mirada y se encontró con los ojos interrogantes de Milagros, que mordisqueaba un pedazo de queso de cabra.

—¿Se te comió la lengua el gato, Tormenta? —Reía el Tragaldabas partiendo dos pedazos de pan negro y entregándoselos a las muchachas—. Mira que te gustan las patrañas...

—No fueron patrañas ni embustes, ¡yo también estuve allí! —protestó Juanito ante las risas de sus compañeros.

—Cuenta qué pasó, Diego —pidió Milagros.

Los hombres cesaron sus risas y se volvieron hacia la novicia. Martina le dio un codazo, pero ella se encogió de hombros.

Diego limpió su escudilla y la miró como quien mira a un animal extraño, tan pronto dado a morderlo como a acercarse con total mansedad. Se enojaba consigo mismo por fijarse en la leve

hendidura de su labio inferior, en la curva de sus senos bajo el hábito azul, en el ramito de romero con el que jugueteaba entre sus dedos.

—Por favor —pidió con su mejor sonrisa.

La que le llamó mamacallos, la que le llamó gañán verriondo. Diego carraspeó y se le soltó la lengua:

—Un pastor nos habló de la leyenda de un tesoro escondido en la llamada Cueva del Toro...

Fue por aquella razón que, desafiando zarzales y una entrada oscura y angosta, se adentraron en una cueva creada por las aguas miles de años atrás. Armados con antorchas, desafiando la oscuridad y el suelo resbaladizo, avanzaron bajo los murciélagos que dormían junto a los amonites grabados en la piedra del techo hasta alcanzar la cavidad principal.

Juanito exploró un rincón donde le pareció ver un cofre que no era más que una roca de piritita, y Diego, que alumbraba con su tea aquellas paredes milenarias, se volvió al sentir una respiración tras él.

—¿Quién anda ahí?

Rodeada de neblina, una silueta informe oscilaba en el aire suspendida sobre una sima.

Enmudeció sintiendo la garganta llena de tierra, enfocando la vista en la penumbra.

—Juanito... —susurró.

La niebla se disipó ante sus ojos mostrándole lo que le parecía una dama de blanco. Pensó en si había tomado demasiado aguardiente, en si los cabales se le habían esfumado.

—¡Juanito! —repitió. Pero su voz estaba afónica, muda de la impresión.

Se volvió y la tea le mostró a su compañero paralizado bajo un saliente, boquiabierto ante el halo de luz que rodeaba a aquella figura. Entonces comprendió.

—¡Santa María, madre de Dios! —Diego cayó rendido de rodillas ante la nebulosa blanca y añil que se movía ante sus ojos—. Ruega por nosotros... —Se cubrió la cabeza con las manos solicitando clemencia por sus muchos pecados.

Juanito dio un paso atrás y cayó en un hoyo poco profundo. Su antorcha le mostró restos de mandíbulas humanas y una calavera que parecía reírse de su rostro espantado. Salió del socavón y solo oía al descreído y ateo de Diego murmurando plegarias como un beato. Entonces tuvo miedo. Del bueno. De aquel que a uno le nace en las entrañas y las retuerce hasta dejar el alma sin aliento.

Él tampoco creía en santos ni en capillas, pero cómo explicarse aquella dama blanca y etérea que posaba sus pies desnudos sobre una piedra negra, obsidiana pura.

—Padre nuestro que estás en los cielos... —comenzó a rezar también Juanito, como quien lanza un conjuro protector.

La aparición sostenía un cuenco de hueso y marfil y ofrecía beber de él a Diego. Su gesto era hipnotizante, su voluntad lo atraía hacia la sima.

El fuego de una de las antorchas se apagó.

—Por lo que más quieras. ¡Vámonos! —La lengua le parecía de trapo, atrapada en aquella ensoñación. Pero Juanito veía a su amigo respirar con dificultad y de pronto recordó que su abuelo le habló una vez de cavernas impregnadas de azufre y pestilencias que provocaban desvaríos y hasta la muerte.

—¡Vamos! —Lo agarró del brazo cuando dio un paso más hacia el abismo.

Diego sentía la nuca rígida, las piernas como corcho.

Y fue entonces cuando a la leve luz de la antorcha que les quedaba vieron a la dama mostrándoles el cuenco, que era un cráneo; la vieron volcando en el aire el agua, que se convertía en sangre, doliéndose por los pecados y las penas de los hombres. En su cuello brillaba un colgante de conchas negras que emulaba las torcas de la roca del Tornillo.

Diego quiso poseerlo, sentir la fuerza de lo sagrado entre sus dedos, pero Juanito tiró de él y corrieron perseguidos por un enjambre de murciélagos sabiendo que nunca debían explicar a nadie lo que allí habían visto, porque nadie, estaban seguros, les iba a creer jamás.

—Eso fue lo que ocurrió —aseguró Diego con un hilo de voz. Tenía el vello de los brazos erizado; la impresión de aquel recuerdo aún latiendo en su pecho.

Juanito asentía cabeceando.

—Patrañas... —repitió el Tragaldabas—. ¡La Virgen no se va a aparecer a dos mindundis como vosotros!

—Señoritas, es hora de retirarse a dormir —anunció Miguel. Miró a Martina con las mejillas enrojecidas, estornudando arropada en su manta—. Mañana las bajaremos a la vega.

Las jóvenes se miraron sorprendidas. Su aventura en aquel palacio de piedra y viento al fin terminaba. Miguel se alejó a grandes zancadas y Antonio lo siguió complacido. Los planes del secuestro del marqués de Lirio Alto no podían esperar más.

—Yo sí te creo, Tormenta... —dijo Milagros al pasar junto a Diego. Cómo no iba a hacerlo cuando había visto las sombras de niebla en el convento, cuando le mostraron las tumbas olvidadas de unos niños que no descansaban en paz.

El bandolero fingió no oírla y siguió engrasando su rifle. En su mente solo veía a aquella dama blanca, vaporosa e irreal, que exhibía en su cuello un colgante tallado con conchas calcinadas.

Eran conchas del mar que un día cubrió el Torcal y la Península, Europa y hasta el Oriente. Un mar antiguo, el mar de Tethys, que reinó doscientos millones de años atrás.

—La señoritinga está con fiebres. —Juanito se anudó el pañuelo a la cabeza y agarró las riendas de la yegua de Miguel, que regresaba de su ronda.

Cuando acudió a la cueva, encontró a Milagros cubriendo la frente de Martina con paños húmedos. Antonio, tras él, chasqueó la lengua fastidiado ante aquel contratiempo.

—En cuanto mejore un poco, las bajamos.

—Al amanecer y por la cantera —propuso Miguel.

—Ea... —Antonio se colocó un pitillo entre los labios—. Y después ahuecamos el ala nosotros también.

—Agua caliente, tomillo y mano de santo. —El Tragaldabas entró con una taza de hojalata humeante y paños limpios que Milagros agradeció.

El nuevo día encontró a Martina hechizada por el paisaje de piedras violetas ribeteadas de oro que se exhibía ante ella.

—Aquí podría detenerse el tiempo.

La voz de Miguel la estremeció. Se arropó los hombros con la manta e hizo ademán de regresar a la cueva. Él la detuvo.

—Me alegra verla recuperada, Catalina.

El gesto de altanería que esperaba no apareció, pero no le dijo que veló su sueño cuando Milagros cayó rendida, que colocó paños limpios sobre su frente y anillos de cebolla en las plantas de sus pies para bajar la fiebre.

—Se acerca una tormenta —dijo señalando al oeste—, así que retrasaremos vuestra liberación un día más.

Ella se volvió hacia las nubes negras asintiendo. Entre ellos solo estaba el silencio y la mañana que nacía.

—Siempre no fue así, Catalina —dijo Miguel mirando al horizonte, los pulgares apoyados en su fajín—. A veces la vida nos lleva a caminos tortuosos. Tal vez algún día pueda emprender la senda correcta, si acaso alguna lo es.

—No sé si puedo creer en las palabras de un bandolero...

—Es usted una chica lista, entonces. —Apretó la mandíbula y agachó la cabeza con intención de marcharse.

—Supongo que ha escogido la libertad, Miguel. —Él se detuvo—. Y ver este amanecer maravilloso. Y jugarse la vida a cara o cruz. —Martina se escuchaba sin reconocer su propia voz—. Yo también lo hice y pago mi precio.

—¿Usted...?

—No me llamo Catalina.

—Soy todo oídos.

Compartieron sendas tazas de achicoria frente al fuego y las confidencias de quienes no saben adónde se dirigen, de aquellos que escogen sus caminos con el corazón.

XV
MALA GENTE

Antequera

—¡Calpe! ¡En pie!

El joven, larguirucho como un espárrago, se incorporó y se frotó los ojos legañosos en la penumbra. Hizo a un lado la manta por donde hacía unos momentos habían correteado las cucarachas y se levantó para seguir al guardia. El alcaide había firmado su libertad.

—Madre, ya estoy aquí —dijo al llegar a la casa familiar cerca del convento de las Descalzas. Arrugó la frente al verla cada vez más envejecida removiendo una taza de leche perdida en sus recuerdos. Las baldas de la cocina estaban vacías de conservas; los muebles decrepitos y el gato cada vez más flaco—. Tenga, madre, cómprese algo bonito. —Y le dio dos pesetas.

—Irás a darle las gracias a tu tía Rosalía. A ella y a su señora.

Roberto, alias el Manquillo para sus amigos, se lavó en el patio, se puso una camisa recién planchada, unos pantalones de pana gris y un chaleco negro. Se miró en el espejo y pensó que debía dejarse barba; sin ella aún parecía un niño.

En la plaza de San Sebastián alguien le dijo que el Tuerto ya andaba por aquellos rumbos; por eso corrió hacia la taberna donde solían encontrarse.

Gaspar Gascón, alias el Tuerto, buhonero y buscavidas, tomaba un chato apoyado en uno de los toneles de la entrada. Recio, de espaldas cargadas y barba de varios días bajo un largo bigote cortado a cuchillo, presumía de una espesa mata de cabellos ásperos y rubios como de corcel.

Se aclaró el gahnate y sonrió a su amigo.

—Dichosos los ojos, Robertito...

A pesar de la fiereza de su aspecto, de la navaja siempre presta y una cabeza poco amueblada, su sonrisa de dientes completos y blancos desarmaba al más pintado. Tras regresar de Cádiz, volvió al cortijo de un amigo donde había dejado sus pertenencias y gastó con él en naipes y bebida la mayor parte del dinero ganado. Aburrido, compró una mula joven y la cargó con ropa buena rapiñada de los tendedores; también de peines, cintas y hebillas, y volvió a vender en los caminos.

—¿Cómo t'ha ío estos días, Manquillo?

—En el trullo que acabé.

—Si es que no te *pueo* dejar solo, papanatas.

Roberto rio, apuró hasta el fondo su chato y, limpiándose la barbilla con la manga de su camisa, le contó que la ingenua de su tía Rosalía lo había sacado de allí gracias a la señora de la casa donde servía, una loca que hablaba con los espíritus.

—¡*Pos* bien por los espíritus, *cagüenlá!*

—El parné que nos dio a ganar el señorito Baena por lo de Cádiz estuvo bien, ¿no, Gaspar? Pero ahora ¿*pa* dónde crees que podemos tirar?

El Torcal de Antequera

—Ya se va la reina mora...

—Sigue usted siendo un patán —dijo Martina con una leve sonrisa y tomando las riendas del caballo.

Los lobos aullaban en aquella hora mágica antes del amanecer.

Andaba algo turbada por sus confesiones del día anterior. Ahora él conocía su nombre, su origen, su destino y algunos de sus miedos. Se sintió incómoda y un tanto culpable cuando vio que su mirada era la de quien se desprende de su fortuna: con ansia y desazón.

—Una alforja con provisiones —dijo Miguel colocándola sobre la grupa—. Para el camino.

Martina no comprendió el frío en la boca de su estómago cuando se situó frente a ella y le devolvió su colgante de aguamarina. En la cercanía casi podía respirar su aliento.

Vio que Milagros ya montaba el caballo con Diego y musitó un gracias apenas audible. Acarició la cabeza de Fiero, que jadeaba a su lado, se colgó la piedra al cuello y la escondió bajo su blusa.

—Buena suerte, Miguel —dijo. Así lo deseaba, por eso le tendió la mano.

Él se inclinó hacia ella besándole levemente los nudillos.

—No os diré adiós, francesita.

Ella alisó las cintas que anudaban su capota al cuello, inclinó la cabeza a modo de despedida, montó en el caballo junto a Juanito y dio el primer paso para regresar al mundo real.

Se volvió y encontró unos ojos color miel que decían todo y nada a la vez.

No lo volvería a ver; no en esa vida, no en su mundo. Y el escalofrío de su estómago se tornó un nudo en la garganta.

Descendieron los cuatro entre lapiaces y líquenes, adentrándose en los senderos de aquel mar de piedras grises sobre el que se derramaba una leve llovizna que a Martina le provocaba accesos de tos seca. Notaba el regreso de la calentura y la debilidad, pero tenía que resistir hasta Antequera.

Tras avanzar un trecho por la hierba alta, se detuvieron a descansar en un roquedal. El horizonte les regaló la vista de la línea del mar, ámbar y gris.

—Espero que tu abuela no ponga inconvenientes a mi estancia en su casa.

—Así lo espero yo también, Milagros.

Entre madre selvas floridas y espinares, Martina abrió su alforja y encontró un par de manzanas, su cuaderno de dibujo, dos pesetas y una peonía de color rosa. Aspiró su aroma. Olía a primavera y a Miguel. Así fue como lo sintió en su pecho, como se siente la llegada de la luz al alba.

Dirigió su mirada hacia los escarpados tajos que dejaba atrás y lo supo escondido de las miradas de aquellos que querían verlo preso. Lo supo llevando aquella vida incierta con dignidad. Y supo también, en el fondo de su corazón, que era un hombre bueno y que su mano cálida, si acaso en algún tiempo o en algún otro lugar, siempre estaría tendida para sostener las suyas.

Horas después Miguel bajó a la atalaya de las Ventanillas, desde donde podía otear el valle, las majadas de los pastores y los montes ondulantes hasta el mar. El viento cimbrea bravío entre arbustos y piedras y oyó un susurro a su espalda. Se volvió y vio el zigzag de una sombra de alguien correteando. Tal vez un pastor o alguno de los pobladores de las canteras; pero qué importaba cuando todo era ella y sus manos frías, ella y su mirada huidiza que ansiaba escapar de aquella banda de mala gente.

Ella, la reina mora. La francesita.

Camino de Archidona a Antequera

—Vaaamos, Rufina... —El niño Antoñito tiró de las riendas de su borriquilla. Cargaba en el lomo con dos sacos de harina que su padre le había mandado vender en Antequera, a casi dos leguas de Archidona.

Se detuvo, suspiró y acarició el pelaje ceniza y plata del animal, que resoplaba por las narices cansada del peso y de los años a su espalda. Se colocó frente a ella y le acarició el hocico; después abrió su alforja, se comió de un bocado el huevo duro que su madre le había preparado y le dio un puñado de alfalfa.

La borrica, de costillas prominentes y un lunar del tamaño de una peseta en el flanco derecho, movió las orejas. Dos arrieros y su recua de seis mulos cargados de trigo pasaron junto al niño en dirección a la ciudad. Se quitó la gorra y los saludó mostrándoles su cabello pelirrojo. Palpó su honda de pastor en el bolsillo del pantalón y divisó el perfil de la peña de los Enamorados: para él, el perfil de un gigante dormido.

—Ya llegamos a Menga, Rufina. Un poco más.

Oculto en la espesura del olivar y junto a unas matas de lavanda, Gaspar el Tuerto fumaba un pitillo tras otro atento al camino. Su amigo Roberto recogía eléboros fétidos y los introducía en una alforja. Solía venderlos a algunos mendigos de la ciudad para que la savia de la planta les provocara llagas en la piel y así las limosnas aumentaran.

Gaspar andaba inquieto desde la última luna llena y aspiraba el humo de su cigarro con fruición.

—Ahí viene un pichoncito... —murmuró—. ¡Trae las mulas, Manquillo!

Salió al camino y se apoyó en un pedrusco. Se alisó el bigote y se caló el sombrero de ala ancha observando el lento y fatigoso caminar de la borriquilla.

—¿*Ande* va vuesa merced?

Antoñito saludó a aquel hombre de pelo rubio tocando levemente la punta de su gorra. No se detuvo porque padre le había dicho que tuviera cuidado con los vagos y bribones que poblaban

los caminos. Que a los buenos días y *pa'lante*.

Aun así, no pudo evitar fijarse en la amable sonrisa de aquel hombre y en el párpado caído de su ojo derecho. El hedor a tabaco que desprendía su chaqueta de pana remendada echaba para atrás, por lo que señaló vagamente hacia Antequera y asió en corto las riendas de Rufina.

—¿*Te s'ha comío* la lengua *er* gato, chiquillo?

—No, señor. —Antoñito se volvió para ver cómo agarraba la cola de Rufina, jugueteando con ella mientras observaba el pelo rojo del niño y se pellizcaba el dorso de la mano derecha.

Los pelirrojos traían mala suerte, tantos días como los botones de la camisa que llevaba. La suya tenía tres: «Tres días de mala suerte, carajo».

—¿Cómo se llama la borrica? —Gaspar sacudía la cabeza fastidiado ante la vista que se le nublaba, ante la desazón que le nacía en el pecho.

—Rufina, señor.

—De Archidona venís, pues...

—Vamos con prisa, señor.

—Ea... Yo también voy *pa* Antequera, *asín* que no me seas sieso y acompáñame un trecho. — Tiró la colilla al suelo y preguntó—: ¿Y qué llevas ahí tan bien *amarrao*?

—Harina, señor.

—¿Y cómo no la lleva tu *pare*? No es tarea *pa* un chiquillo...

—No soy un chiquillo, señor.

—*Quía*..., ¿qué *ties*, diez?

Antoñito lo miró ofendido.

—¡Once años, señor!

Pasaron frente a un ventorro donde una joven con la melena recogida en dos trenzas saludó al niño al pasar. Le pareció extraño no verlo junto a su padre, como solía, y sí junto a aquel pelagatos.

El Tuerto seguía enredando sus dedos en la cola de Rufina, que la agitaba molesta. Cuando empezó a soplar el viento del sur, el animal apresuró el paso a pesar de la carga y de sus huesos molidos. Antoñito arrugó el ceño mirando hacia atrás, deseando encontrarse con alguna autoridad que lo librara de aquel hombre.

—¿Y volverás *pa* Archidona con *to* el contante y sonante?

—No, señor. Padre irá cuando se encuentre mejor de la pierna.

Gaspar carraspeó. Ya sentía el ansia, aquel fuego que lo quemaba por dentro.

Pero si era así, que así fuera.

Señaló hacia la llamada Cueva de Menga, a unas decenas de metros: un antiguo dolmen, un establo de cabras durante años, un lugar olvidado ahora.

—Ahí se arrejuntan los espíritus de los muertos cuando no hay luna.

Antoñito abrió la boca espantado.

—¿A que no *sabe* qué tengo aquí? —Y se metió la mano en el bolsillo para mostrarle una bolsa

de cuero cuyo cordel comenzó a desliar—. Uno..., *do*... —contó.

—Hay prisa, señor.

—Uno..., *do*..., *tre*... —El hombre abría y cerraba la bolsa de cuero hipnotizando al niño.

Después señaló hacia el olivar y Antoñito desvió la mirada distraído.

La chaqueta de pana le cubrió la cabeza.

—Uno, *do*, *tre* ¡y cuatro! ¡La *curiosidá* mató *ar* gato!

—Por Dios, Gaspar, ¿qué has hecho? —A Roberto le faltaba el aire mirando a aquel niño muerto por dos sacos de harina.

—*Menúo* tragasantos estás hecho, Manquillo, *parese* mentira... —Guardó la navaja y señaló al cadáver—. Anda, ven *pacá* y ayúdame.

El viento del sur, el viento de las brujas, envolvió a aquel hombre maldiciendo su espíritu mientras dejaba al niño apoyado en el tronco de un olivo. Descubrió que de su cuello colgaba una medallita de bautismo; de oro y con el rostro de un ángel grabado. Pronto la hizo desaparecer en su bolsillo y sonrió al ver a Roberto con el semblante descolorido.

Rufina temblaba como cuando la dejaban al sereno en las noches de luna llena y temía la bajada del lobo. Su rebuzno, intermitente y lastimero, se mezcló con una lágrima espesa que comenzó a caer por su hocico plateado.

—Te vas a Mollina y vendes la harina.

Roberto, cabizbajo, miraba los espárragos trigueros que crecían salvajes a sus pies, junto a la honda del niño.

—Después, vendes la borrica —añadió Gaspar—. Yo te esperaré en la venta de la Herminia y mañana cuando regreses nos repartiremos lo que saques. ¿*Tamos* o no *tamos*?

—¿Y por qué yo? ¿Y por qué a Mollina?

Gaspar suspiró. Sacó la navaja y la acercó a su cuello.

—Porque si no lo *jases*, te mueres. ¿*Tamos*?

—Estamos... —El joven sentía la garganta seca como la mojama.

Y así fue como Roberto Calpe, el Manquillo por mor de su abuelo que perdió una mano en la guerra contra el francés, se dirigió hacia Mollina sintiéndose morir por aquel pecado. Porque una cosa era llevarse a una niña de un lado a otro y otra bien distinta cargarse a un muchacho que ni culpas tenía.

Así fue también como Gaspar Gascón recogió la honda del suelo y la guardó en su bolsillo. Otro trofeo, otro tesoro.

Se sentía vivo, sí. Como las otras veces.

XVI
LA VENTA

El Torcal de Antequera

Las dejaron cerca de la torre del Hacho, donde los bandoleros debían recoger una mercancía oculta bajo una losa.

—Hasta aquí —dijo Diego—. Seguid el sendero de la izquierda y pronto encontraréis una venta. Y con tiento, señoritas; que hay mucha mala gente por ahí. —Desmontó sonriendo y se acercó a Milagros—. No tomes los hábitos —le susurró—. Pide una dispensa, abandona el convento.

Ella enmudeció. Se sentía pequeña a su lado, y más aún cuando la tomó de las manos.

—Yo, yo...

Él leyó la desconfianza en sus ojos, miró hacia las nubes que presagiaban aguacero y montó en su caballo para huir de aquel desatino.

—¡Con Dios! —se despidió llevándose la mano derecha a la sien como un militar, y cabalgó sin mirar atrás.

El cielo comenzó a crujir liberando piedras de granizo como diamantes a sus pies.

—¡Vamos! —exclamó Martina al verla titubear.

—¡No, espera! ¡Diego! —voceó Milagros.

La tormenta acalló su llamada y se derramó sobre el pinar haciéndolo desaparecer de su vista como si nunca hubiera existido.

Martina tiró de ella, corrieron y llegaron a un camino que les mostró la vista de la parte sur de la ciudad, custodiada por la silueta de la peña de los Enamorados. Entre la neblina y las nubes plomizas, mostraba su rostro humano, perfecto en su formación.

La venta era una casona blanca de una planta y pequeñas ventanas enrejadas. En su portal se agolpaban varias carretas, y junto al abrevadero, dos coches de caballos.

—Ya llegamos, Valdivia, ya llegamos. —Martina tosía y sentía palpitar la fiebre en sus sienes.

Cruzaron el patio delimitado por cuerdas y pesebres que desprendían un intenso olor a bosta y a paja húmeda, y se dirigieron a una puerta abierta de par en par debido al fuerte ventarrón. Un

amplio zaguán las recibió y vieron a una anciana dormitando junto a una chimenea de donde colgaban cucharones y ristras de ajos secos. Dos arrieros roncaban en una esquina tendidos sobre esteras de esparto.

Sortearon las gallinas que cloqueaban entre las alforjas desperdigadas y Milagros chasqueó los dedos para despertar a la anciana. Esta abrió un ojo, les señaló a la derecha y sacudió las piernas espantando a las pulgas que poblaban la venta. Tras una puerta cubierta con una cortina de nudos apareció una posadera con el cabello alborotado cargando una tinaja de vino.

—¿De dónde salís, mozas?

—Nos asaltaron en el camino —respondió Martina con un hilo de voz.

—¿Queréis posada?

—Algo de comer, si fuera posible —dijo Milagros aun sabiendo que en las ventas no siempre había comida para los viajeros, solo forraje para los animales y fuego para las provisiones que llevaban los viajeros—. En cuanto escampe, nos marcharemos.

—Si os asaltaron, no tendréis con qué pagarme. —Se sirvió un vaso de vino y añadió—: Esto no es la casa de las Hermanas de la Caridad, mozas. ¿Sois comediantas? —preguntó contemplando sus cabellos hechos un barullo y los vestidos embarrados hechos jirones en los bajos.

Milagros se mordió los labios. Mejor callaba para que tuvieran la fiesta en paz.

—Ya le hemos dicho que una banda de bandoleros nos ha tenido retenidas. No me sea malaje, señora...

—Herminia. —La ventera se acercó a la abuela que cabeceaba roncando—. Cualquiera día esta mujer la espicha.

Martina recordó las pesetas que le había dejado Miguel.

—Ahí nos vamos entendiendo... —Tomó el dinero y sacudió la cabeza para que la siguieran hasta una mesa junto a una ventana sin cristales y alejada de los cuartos donde solían dormir los arrieros.

—Tengo migas con pimientos y *na ma*. —Hizo una señal a un muchacho para que trajera un lebrillo y les sirvió dos vasos de agua llenándolos con el cazo de una tinaja—. ¿Y decís que habéis estado en el Torcal con la banda del Cañamero?

No les dio tiempo a contestar. Un anciano ciego de largas barbas enmarañadas y sombrero apedazado entró acompañado de un mozalbete que le hacía de lazarillo. Tras él entraron dos cabras que comenzaron a olisquear en las alforjas del suelo. En cuanto sonó el acordeón, los arrieros despertaron frotándose los ojos, soñolientos.

¡Causan horrores y espantos

las nuevas que les contaré con presteeza!

*Lo contaré para casadas, para solteras, para vieeejas,
en cualquier villa, cortijo o veenta...*

Milagros hizo una señal para pedir más agua, pero la ventera dijo chitón señalando al ciego, que continuaba la retahíla de su canto:

*Que en Antequera se juntaaron
cinco fieras en las caveernas.
Que a muchos robaron de Ronda a Archidooona
y por sus cabezas ofrecen tres mil peseetas.*

*La banda del Cañamero les llaaman,
y en lo que aquí se refiere
la guardia pronto les dará mueerte.*

La certeza del trágico destino que esperaba a la banda de Miguel les quitó el apetito. Vieron cómo el ciego sacaba de su fajín una navaja con la que, a guisa de cubierto, prendió la tajada de chorizo y el pan que pudo pagar. El mozalbete que lo acompañaba esperaba por las sobras haciéndosele la boca agua.

Como la lluvia no amainaba, se acurrucaron en un rincón junto al fuego acompañadas de un par de vasos de vino caliente y dos gatos pardos acurrucados sobre un banquillo.

—Hice una tontería, Milagros. Le revelé a Miguel mi verdadero nombre, le conté que...

—Qué importa eso ahora. —Se frotó los brazos para entrar en calor—. Nunca más los volveremos a ver. —Entrecerró los ojos suspirando con melancolía.

Un joven arriero entró en el zaguán en penumbra. Su manta y sus alforjas chorreaban agua.

—¡Se ha *extraviao* un niño!

Anunció que fue en el camino de Archidona a Antequera. Que respondía por el nombre de Antonio Mora, tenía el cabello rojo zanahoria y que andaba con una borrica plateada cargada con dos sacos de harina.

—¡Si alguien lo ve, que avise a las autoridades!

Herminia le sirvió un vaso de aguardiente y otro más para ella. Raptados o huidos, los niños parecían ser siempre moneda de cambio de algo que no atinaba a comprender. No creía mucho en Dios, pero aquella noche rezó por Antoñito, por que apareciera con bien.

Casa Baena

Simona salió de la cocina atravesando el patio hacia la casa grande. No estaba siendo un buen día, y menos aún con el repentino chaparrón de granizo que empezó a golpear los tejados y alfombrar el suelo embarrado.

Entró por la puerta de servicio con los botines empapados y empujó la que conducía al saloncito de los criados, cuya chimenea ardía, para su alivio. Se acercó para que el calor secara su vestido y besó la cruz de Caravaca que llevaba al cuello, la que la protegía de todo mal.

Aquel metomentodo de San Román había vuelto por la casa a hacer preguntas. Que si sabía si el señor Baena esto, que si el señor Baena lo otro.

Lo despachó como solía hacerlo con los moscones de la venta ambulante o con los muertos de hambre que mendigaban un trozo de pan. Pero Víctor San Román no era de los que se daban por vencidos.

«Cuénteme de los invitados a la fiesta, señora Simona», le dijo.

«Pues quiénes van a ser: gente de bien de Málaga y la provincia. Algunos artistas, también; de los que escriben y de los que pintan, porque el señor suele ayudarlos para que no acaben en la miseria.»

Un cadáver fue hallado cerca del cortijo Lafuente, el otro cerca de la Casa Baena. Dos muchachas de pelo rojo sin nada en común; las dos con el pecho sajado para sacarles el corazón.

La presencia del pedazo de antifaz en el segundo cadáver obsesionaba a Víctor San Román; pero más aún las estatuillas de barro. ¿Acaso aquellas muertes eran parte de algún rito sacrificial?

Imaginaba un asesino con mucha rabia en su interior; o tal vez alguien que actuaba por encargo, y hacia ahí apuntaban sus sospechas acerca del señorito Baena. Las malas lenguas le contaron que era masón y los particulares ritos que estos celebraban; las buenas le aseguraron que andaba enfermo y como alma en pena tras la marcha de la institutriz de su sobrina Genoveva.

La única certeza era que un desequilibrado sin alma rondó los alrededores de Campanillas durante un tiempo, pero ahora, por quién sabía qué razón, había dejado de actuar.

Estiró las riendas y detuvo su caballo frente a la loma donde se erigía la Casa Baena. Desde su posición le pareció que enfrentaba audaz el nubarrón que pretendía ensombrecerla.

Archidona

José Mora atravesaba la plaza Ochavada, de cal y ladrillos rojos las decenas de balcones que lo observaban en su andar apresurado. Aún cojeaba de su pierna, lacerada por una coz, pero nada le importaba más que encontrar a su Antoñito, así se registraran todas las casas y caminos de allí a Roma. Tenía que aparecer ya, por Dios.

Ya habían pasado las malditas cuarenta y ocho horas de rigor. Ya había dado el parte a la Jefatura y a la Guardia Civil, y había grupos de vecinos escudriñando en lagunas y encinares; también por el camino a Antequera. Ahora acudía a pedir ayuda a su hermano, que tenía contactos con los mandamases del ayuntamiento.

La iglesia de Santa Ana dejó escapar los tañidos de sus campanas repicando a muerto y reprimió el llanto en su garganta. «Ten piedad, Señor; ten piedad.»

Hasta Málaga iría de rodillas para llevarle flores a la Virgen de la Victoria si aparecía sano y salvo. Por estas que lo juraba.

—Por estas —repitió besando la punta de su pulgar.

XVII
SACRIFICIO

Casa Baena

Las campanas de la iglesia tocaron las cinco cuando Alejandro Baena, sentado en la mesa de su despacho, cerró una copia del tratado del arquitecto Mitjana acerca del *templo druida* de la ciudad de Antequera. Sus perros dormitaban sobre la alfombra, junto al ventanal abierto.

Angus Slorrance se la había enviado desde allí, donde ahora pasaba unos días. Aquel inglés que conoció en el Beaumont College llevaba el mismo largo pelo pajizo que en su juventud y conservaba intactas las extravagancias que lo hicieron famoso en aquel internado para varones. Soltero y de aires engreídos, desde hacía años esquivaba con fina ironía los rumores acerca de su falta de interés por las mujeres.

Fue a finales de abril cuando Angus lo visitó para quedarse un par de días y perturbar su mundo. La servidumbre los vio atrincherarse en la biblioteca con un tablero de ajedrez, ron y dos pipas de opio que había traído de Nueva Orleans.

—No probarás nada igual, amigo.

Entre tragos y risas, Alejandro fumaba dejándose envolver por aquel peculiar aroma similar a la nuez moscada, por el vértigo y la felicidad.

—He enviado a dos hombres a Cádiz a buscar a mi sobrina Guillermina —dijo—. Según los informes del detective, fue bien criada por la antigua sirvienta que se la llevó, una tal Balbina Bazán, pero ha crecido enfermiza y protegida como un objeto de cristal.

—¿Así pues la carta que te envió aquel sacerdote estaba en lo cierto?

Alejandro asintió aspirando el humo de su pipa.

—¿Y entiendo entonces que la has raptado? —preguntó Angus con los ojos vidriosos—. ¡No conocía esa faceta tuya de bajos fondos!

—Mi familia no sabe nada. Aún.

Angus acarició la cazoleta de bronce de su pipa acurrucándose en el brazo del sofá.

—Tu madre está preocupada, amigo. Rompiste tu compromiso y andas distraído con la institutriz.

La noche estaba agitada tras las ventanas. Alejandro se levantó, se alisó el cabello con los dedos y le habló de Clara y la serenidad que le aportaba su presencia en la casa. Poco interesado, Angus le preguntó:

—¿Y cómo te fue en Madrid con los médicos?

El humo adormecía sus sentidos y serenaba el dolor de saber que su fin estaba cerca.

—Diagnosticaron tumor de pulmón —dijo en un susurro ronco—. Se ha extendido y me llevará a la tumba en unos meses.

Una de las velas del candelabro cercano se apagó.

—No tiene por qué ser así —dijo Angus con los ojos adormilados. Posó la mirada en la caja de palisandro que aún no había mostrado a su amigo y se incorporó acercándose al velador para liberar la estatuilla del dios Melkart.

—Lo hallaron en Sancti Petri: el señor del ciclo eterno de la vida y la resurrección. Un dios fenicio ante el cual se sacrificaban niños para lograr fértiles cosechas.

—Muy edificante, sí, señor.

Angus exhaló una nube de humo de opio.

—Los ritos de sangre se dirigen a expiar pecados y evitar la muerte. Son tan antiguos como la humanidad. —Su mirada vidriosa se perdió en la de Alejandro y vio que en aquel momento para él no existía el dolor, ni las náuseas ni el miedo a morir. Todo era ahora y nada más.

—¿Adónde quieres llegar, Angus?

Acostumbrado a tratar a sus amigos como peones en su tablero de ajedrez, el inglés sintió una súbita inspiración, un destello iluminado:

—Podrías ofrecer a Genoveva, que es como tu hija, en ofrenda. A este dios, en un templo sagrado.

Alejandro dio un trago a su ron arrugando el ceño.

—Imagino que estás de chanza. —Sentía las palabras aflorando espesas como sus pensamientos—. Y aunque no lo estés, no haría jamás algo así. Moriré si así está dispuesto.

El inglés sonrió alentado por la enrarecida atmósfera de la sala.

—*Quid pro quo*, Álex. Se me ocurre que puedes dar el cambiazo.

—El cambiazo... —Alejandro movió la cabeza hacia él tosiendo.

—A menudo, en los ritos sacrificiales, se sustituye a la víctima principal por una secundaria. Así que, si tus sobrinas son gemelas, ofrece a la que no se crio en tu familia. Para la tierra y para el dios que recibirá su sangre, el rito será válido y tú vivirás.

Vivirás.

Aquel verbo se le repetía cada noche desde entonces, envuelto en recelos y culpas.

Se acarició la barba incipiente ante aquel tratado que consideraba el dolmen de Menga como un templo druídico y consultó el reloj de bolsillo que llevaba prendido a una cadena de plata en el

ojal del chaleco. Comprobó que volvía a detenerse a las tres.

Tosió, tomó un sorbo del brebaje que le había dado *madame* Regina y releyó la nota de Angus citándolo en Antequera para la reunión de los caballeros de la logia Redención. Vaciló dudando si asistir o no.

Salió al balcón, ante sus tierras cubiertas de niebla tras un aguacero. Le pareció que el cielo entero había descendido para posarse en ellas.

Se llevó la mano al pecho, tosió de nuevo, vio la mancha rojiza en su pañuelo y lo arrojó a la papelera. Era de tela y bordado por su madre, pero no quería que llegara a manos de las lavanderas.

Odiaba la enfermedad, odiaba la muerte. Odiaba haber perdido a Clarita, que lo hubiera dejado con una carta sin sentido. Más aún que hubiera abandonado así a Genoveva, tanto como decía que la estimaba.

Regresó a la mesa de su despacho, abrió una cajita de rapé de plata esmaltada y aspiró un pellizco del polvo de tabaco de su interior. Después llamó al timbre del servicio y la vieja criada Arcadia entró cargando una bandeja de plata con su té, fuerte y caliente.

—Aquí tiene, señor.

La anciana observó las incipientes arrugas bajo los ojos de Alejandro, la mirada melancólica de quien ha perdido algo de gran valor. Observó también el pañuelo en la papelera. Arrugó el ceño: otro más.

—Retírate, Arcadia —indicó señalando la puerta con un gesto impaciente.

Se sentó de nuevo a la mesa, donde una lámpara de aceite dibujaba sombras sobre las ilustraciones del dolmen.

En el camino hacia Granada y a un cuarto de legua de Antequera, rodeado de cielo y olivares, Menga emergía extraño y poderoso; también impío, no en vano la Iglesia se empeñó en destruir y ocultar los lugares pertenecientes a una época en que se adoraba a la luna, a las piedras y a los árboles como a dioses.

Men-Lac'h, piedras sagradas: eso era Menga para los celtas. Un templo en el que los antiguos ofrecían sacrificios a las divinidades.

Cincuenta años atrás, el arquitecto Mitjana recuperó su antigua gloria limpiando de matorrales el túmulo de piedras y casajo que lo cubría. Custodió su entrada con una cancela y evitó que los vándalos dañaran sus muros de más de tres pies de espesor datados en el Neolítico.

Ahora volvía a estar abandonado, usado como refugio de pastores. Ahora, en aquel tiempo en que vivían, se rendía culto a las tabernas.

Más tarde se tumbó en la cama acorralado de nuevo por la melancolía. Volvió la cabeza hacia la mesita de noche: un frasco de jarabe de heroína del doctor Bayer esperaba rendir su dosis diaria. Uno de sus socios se lo había traído de Alemania, donde ya triunfaba como analgésico y narcótico sin los efectos de la morfina.

—Lo recomiendan para niños, Alejandro. Tómalo sin reparos —le dijo.

Sin embargo, a cambio de menguar dolores y calmar su tos, le regalaba pesadillas que lo turbaban durante el día.

Con el regusto amargo del jarabe en sus labios se dirigió hacia el gabinete del torreón.

Encontró aquella habitación inundada de luz crepuscular. El ruido de unas cadenas deslizándose sobre las tablas del suelo desvió su atención.

—Ya se fue...

Alguien habló. La voz de una niña, débil, sosegada.

—Sí, Simona se fue...

La vio hablando con un muñeco arlequín, volverse hacia él con ojos de esperanza.

—¿Cuándo volveré a casa? ¿Madre vendrá a visitarme?

El sabor del jarabe en sus labios se tornó dulce como la mirada de aquella niña atrapada.

—Desde aquí no se ve el mar, doctor.

No, no se veía. Como aquel lugar secreto, velado para el resto de los habitantes de la casa.

Alejandro no sabía de la muerte de Balbina. El asunto quedó como un daño colateral, un secreto entre los dos rufianes que empleó para el secuestro. El que llamaban el Manquillo se alojó por una noche en La Gaviota y esperó el momento oportuno para ofrecer a la niña un paloduz, prometerle una aventura, cargarla en brazos cubriéndola con una manta y sacarla del barrio en el carro que el Tuerto robó a un carbonero. Trocaron su vestido por ropas de niño y se embarcaron en un carguero rumbo a Málaga.

A su llegada al puerto, Candela señaló las chimeneas de la ciudad: ferrerías, fundiciones y altos hornos que exhalaban hollín. Se aferró a la mano del Manquillo cuando este silbó llamando a un carruaje.

«A la Casa Baena.»

El cochero miró a aquella extraña pareja y al niño con boina que los acompañaba muñeca en mano. Negó con la cabeza ante las dos pesetas que el Tuerto le metió en el bolsillo.

«Una hora y media de camino y las horas que son...»

«Que sean *tre* pesetas, carajo», dijo pisoteando la colilla que lanzó al suelo. Quería acabar el trabajo y el señorito Baena les había dado manga ancha y duros de sobra para contingencias.

La pupila blanca de la luna iluminó su cabello de ala de cuervo recogido en dos trenzas. Le mostró a Alejandro la marca de nacimiento en su nuca: una medialuna de color parduzco. Sabía por Angus Slorrance que a los dioses les gustaban las señales singulares en los niños elegidos para ser sacrificados.

Al regresar a su habitación, sus perros se acomodaron a los pies de la cama. Despertó en la madrugada y se llevó una mano a la cara sintiéndola húmeda. Lloraba por lo que había hecho, por lo que pronto tendría que hacer.

Antequera

Martina se desperezó y salió al balcón entreabierto. Un mar de casas blancas se extendía ante ella, donde el campanario de la iglesia de San Sebastián apuntaba como un faro al sol. Sus manos asiendo la barandilla de forja la trasladaron meses atrás, cuando su suerte la llevó a embarcarse rumbo a España, cuando sufría por los días pasados y por el devenir.

Antequera, blanca y reluciente en la nueva mañana con sus decenas de campanarios poblados de nidos de cigüeñas, la recibía como supo que lo había hecho su abuela Regina. Captaba intensa su presencia, porque la casa donde se encontraba despedía su aroma; sus cimientos, que se asentaban a los pies de la Alcazaba, traslucían su poder. Pero más bella que la ciudad en aquella hora temprana, más que el canto limpio de los gorriones, encontró ante sí la silueta en forma de rostro humano de la Peña, con los ojos vueltos hacia el cielo por siempre jamás.

La puerta se abrió y Milagros entró como un torrente, riendo y abrazándola al verla recuperada tras las fiebres que la habían mantenido varios días en cama. Ya no llevaba su hábito de novicia, sino una falda de color beis con una blusa blanca de batista y los largos cabellos recogidos en una trenza ancha.

—¡Casi la roscas, Martinita! —Entre risas y abrazos, Milagros le contó cómo, tras su desmayo por la fiebre, el marido de la ventera las llevó en su carreta hasta la casa de *madame* Regina, como la conocían en la ciudad.

—La fiebre es cambio, muda. Regeneración... Todo estará bien ahora, Martina, querida.

Ella se volvió ante aquella voz que envolvió su alma en un abrazo de años y ausencias recobradas.

—Abuela...

La reconoció en sus ojos del color del océano en un día nublado, en la piel de su cara tersa a pesar de la edad y en sus largos cabellos recogidos en un moño alto, ahora blancos. En su colgante de ónix también.

Era ella con más años a sus espaldas y más verdad: lo supo al sentir la energía que emanaba de sus brazos y del amor que brotaba de su pecho liberándola de todas las angustias pasadas. La

abuela Regina olía a canela y a miel, al pan que se horneaba en la cocina inundando la casa. Ninguna de las dos habló, pero en su silencio encontraron las respuestas.

Milagros se dio media vuelta y salió al balcón reprimiendo unas estúpidas lágrimas ante aquel encuentro.

—¿Desayunamos? —preguntó volviéndose cuando Martina se acercó a ella del brazo de su abuela.

—Después vendrá la modista y os hará un par de vestidos nuevos a las dos. De momento tenéis que apañaros con lo que he rescatado de mi antiguo vestuario.

Martina se miró el camión que llevaba, de mangas cortas para sus largos brazos y encajes algo pasados de moda. Vio que Milagros se frotaba las manos nerviosa: tenía hambre. Sonriendo, la tomó del brazo y bajaron a la planta inferior, donde en el pasillo Martina se detuvo ante una consola de estilo isabelino. Sobre ella, un daguerrotipo le mostró a un hombre sentado de medio cuerpo, vestido con chaqueta y corbata oscura, camisa blanca y un sombrero entre las manos. Sus ojos negros parecían mirar más allá del retratista, indagar en el alma de quien lo observaba.

—Es Leonardo, el difunto esposo de tu abuela —susurró Milagros.

Martina se frotó la frente cansada. Su abuela había borrado el recuerdo del abuelo Demetrio, como casi todo el rastro de su antigua vida.

Salieron a un patio engalanado de gardenias, orquídeas y jazmín. Allí encontraron a Rosalía, colmando la mesa de un desayuno al estilo francés, con pan caliente, mantequilla, mermelada de fresa y miel.

—Me parece ver a la señora en sus retratos de cuando era joven. ¡Si son como dos gotas de agua! —exclamó la sirvienta.

Milagros se sentó la primera, encantada con los elegantes desayunos de aquella casa, acostumbrada en la suya a los huevos, las gachas y las sopas con vino.

—Demos gracias a la Diosa Madre por estos alimentos... —murmuró Regina uniendo las manos en plegaria.

Martina, que partía un pedazo de su pan, la miró interrogante. Aquellas palabras sonarían herejes en muchos oídos, pero a Milagros le pareció divertido.

—¿Diosa?, ¿qué diosa, señora Regina? ¿No hay más mantequilla? —La muchacha comía a dos carrillos, feliz.

Regina sonrió y, untando de miel una rebanada de pan, miró a las jóvenes y dijo:

—En cuanto Martina se recupere, iremos al río. Te sentará bien el aire, querida —dijo sorbiendo su té.

Martina asintió. El pan caliente le recordó la calidez de las manos de Miguel Balboa. No sabía que la buena acción de la ventera había sido ordenada por él, a quien Herminia debía respeto y diversos favores. No sabía que bajó a Antequera para reunirse con dos líderes anarquistas y las vio marcharse oculto detrás de unos olivos.

—Sírvenme un chato, Herminia.

Con el pensamiento turbio como aquel vino, que más parecía caldo de pollo que otra cosa, Miguel maldijo la llegada de un comando de guardiaciviles a la venta. Apuró el trago, dejó unos reales sobre la mesa y salió por una pequeña puerta trasera que Herminia ocultó con unos capachos. Más le valía que no la sorprendieran porque no estaba para pagar los quinientos reales de multa por ayudar a bandoleros. Pero por el Cañamero y su ayuda con el contrabando de tabaco, café y harina, una hacía lo que fuera. Que la cosa estaba *mu* mala, sí, señor, y no sería ella quien llevara al Cañamero al garrote; no, señor.

Lo vio montar en su yegua negra y emprender la senda hacia el Torcal, aquel paisaje inhóspito y mágico que lo envolvía atrayéndolo como la guarida a la fiera, amparando sus heridas, protegiendo su vida siempre suspendida de un frágil hilo.

Los ojos de Martina se le aparecían en las oquedades de aquellos edificios de piedra, hercúleos y altivos. La temperatura descendía, por lo que se echó la manta a los hombros y espoleó a su montura, espantada ante las sombras fantasmagóricas que habitaban en la niebla y los cubrieron haciéndolos desaparecer.

Casa Baena

—Escabeche de gallina y calamares rellenos.

Sete asintió cuando Simona le cantó el menú del día para los señores. De buena mañana ya le habían surtido la fresquera con la pesca recién llegada del puerto y el mozo de la tienda de ultramarinos de la calle Larios les había traído su encargo de té, café, jamón de York y manteca de Hamburgo, que guardaba como oro en paño.

El señorito no era un *encogío* ni reparaba en gastos; al menos hasta aquel día. Sete había oído que su hermano Arnaldo malgastaba la herencia en vicetiples, que algunos de los negocios de la familia andaban mal. Pero ella, que había sido abandonada en un hospicio, que creció molida a coscorrones por las monjitas y pasó más hambre que un maestro de escuela, no sufría por un negocio más o menos pujante de los Baena.

—¡Casimira! —gritó a la niña amodorrada en el escalón de la entrada—. ¡Haz un poder y hornea el pan! —Señaló las masas fermentadas reposando sobre un paño—. ¿Se dignará la señora marquesa a trabajar una *mijita* ni que sea?

Con los brazos en jarras, Sete se burlaba de la indolencia de aquella muchacha que a menudo se dormía por los rincones. «¿Estará enferma, la condenada?», pensaba mirándola de reojo mientras se arremangaba y llevaba las hogazas al horno del patio. Pero el vientre no se le había abultado ni parecía padecer de fiebres, así que solo podía ser vagancia.

Reparó en el dobladillo deshilachado de su falda, en los graciosos andares y en la piel morena y suave de sus brazos.

—Cuando vayas a la tienda del cortijo Quintana te vas con cien ojos, ¿me oyes, Casimira? Eres una perita en dulce y por estos rumbos ronda alguien que ha atocinado a dos muchachas.

Ella se encogió de hombros siguiendo con la mirada a los mozos de cuadras.

—Pero ¿qué haces aún aquí, Casimira? —Simona le señaló la cocina palmeando impaciente—. ¡Hoy tienes que servir el desayuno al señor!

—¿Yo, señora? Pero...

Sete resopló. Aquella ave de rapiña siempre le birlaba las ayudantes.

Casimira llamó a la puerta de la habitación y entró con una bandeja con una taza de té y

tostadas calientes untadas con mantequilla batida.

—¿Y Arcadia?

—Anda algo enferma, señorito Alejandro.

Pensativo, él detuvo la mirada en el flequillo de su cabello pelirrojo recogido bajo su cofia.

La doncella hizo una leve reverencia y salió.

En la puerta encontró a Simona, que le hizo un gesto para que siguiera con sus tareas y entró con papeles con cuentas para aprobar, con su perpetuo destello de reproches en la mirada.

—¿Se marcha el señor? —Simona vio que se abrochaba la camisa frente al espejo y lo ayudó a ponerse la americana deleitándose con el aroma de Agua de Florida con que perfumaba su cuello.

—Volveré en unos días. —Se ajustó la corbata y los tirantes y se sentó a la mesa del balcón para tomar su desayuno.

Simona llenó su taza, desplegó su servilleta y le acercó la prensa del día.

—¿Cómo van las cosas por...?

En su silencio, en su voz entrecortada, Simona comprendió.

—¿El gabinete del torreón? Bien, señor.

—¿Le has puesto...? —No se atrevía a expresar en voz alta la pesadilla de la noche anterior, pero tenía que hacerlo—. ¿Le has puesto grilletes?

Simona leyó el resquemor en sus ojos y no comprendió.

—Claro, señor. Tal y como dispuso si no colaboraba.

Alejandro apartó su plato.

—Quítaselos, entonces. No sé en qué estaba pensando.

—Pero...

—Quítaselos.

El ama de llaves se mordió el labio inferior sin saber bien qué pensar. ¿Y qué debía hacer si volvía a intentar escaparse?

Alejandro terminó el té y se secó los labios con la servilleta.

—Creo que mi silencio bien merece una explicación, Alejandro.

Él la miró incómodo porque lo había llamado por su nombre de pila.

—Cuida de ella. A mi regreso, hablaremos.

El cochero ya tenía lista la berlina en el patio principal. Los caballos resoplaban preparados para el viaje a Antequera.

Desde la ventana del coche observó a los jornaleros con sus pantalones negros de pana, camisas blancas y pañuelos anudados al cuello. Tras haber tomado un poco de gazpacho, se dirigían con alforjas, guadañas y hoces a la siega de los campos de trigo.

El remedio de *madame* Regina lo ayudaba a evitar la tos en las mañanas, pero no el aguijón de dolor en su pecho al inspirar. Aguardó a que las vibraciones y los gruñidos del coche en camino le trajeran una cabezada reparadora.

Menga estaba en su horizonte. Menga podía ser su salvación.

Antequera

Gaspar robó una mula de un establo y por el camino le fue hablando bajito. Le contó lo sucedido con aquel pelo rojo que le dejó el brazo amoratado de un mordisco y que, además de la harina y a menos precio del que pensaba, había vendido también la borriquilla y sus aperos, por separado, porque tonto no era.

Le contó a su nueva mula que, tras repartir lo ganado con el Manquillo, volvió al olivar cercano a la Cueva de Menga. Quería revivir la escena que ya se le borraba del recuerdo, ver de nuevo el lugar donde había dejado al niño como un trofeo al diablo que decían habitaba en aquel lugar de piedras gigantes.

Y andando cerca del cerro Marimacho encontró a dos hombres. Los seguían un grupo de campesinos de las huertas cercanas y un cura. Al pasar junto a él, que fumaba bajo una encina, le preguntaron si había visto a un niño, así de alto, pelirrojo y chaparro.

—No, *señó* —contestó mirando a los ojos del padre de Antoñito—. Pero vi una *jonda* de pastor tirada bajo un olivo, *mu cerca* de la Cueva de Menga.

A aquel hombre se le iluminó la cara. La honda de su hijo: tenía que serlo. Y con las sienes martilleándole le pidió que los acompañara a aquel lugar.

Gaspar apagó el cigarro entre el pulgar y el índice y salió encabezando la comitiva, al lado del padre de su víctima, que le puso una mano sobre el hombro buscando apoyo cuando este le señaló un olivo al azar. Dos hombres se adelantaron, pero ni la honda ni el niño aparecieron.

Pasó dos días más con ellos, dando vueltas por los alrededores de la ciudad, preguntando aquí y allá, comiendo con ellos y bebiendo del vino que el padre del muchacho pagaba religiosamente en cualquier taberna donde paraban a descansar.

La tarde en que se cansó del teatrillo, el padre de Antoñito entró en un ventorro. Al salir, le contó que una muchacha dijo haber visto a un tipo larguirucho y a otro más fornido en el camino al sembrado de los hermanos Seisdedos. Que le habían dado mala espina, pero que no les echó cuentas. Y hacia allí que se dirigió la comitiva adentrándose en el olivar donde días atrás Gaspar había dado muerte al niño.

Pronto oyó los gritos de rabia al hallar el cuerpo; pronto oyó al cura repitiendo que Dios se

apiade de su alma, que Dios se apiade... Gaspar chasqueó la lengua, introdujo la mano en el bolsillo de su pantalón sujeto con una cuerda y acarició la honda de pastor. Suya. Su tesoro.

Con todo aquel trajín, le entró el hambre negra y se marchó por el camino a Málaga en dirección a Archidona. Pasó varios días trapicheando aquí y allá, durmiendo en los pajares de los que no lo echaban. Robó un par de arrobas de jabón a un arriero y las revendió en una venta. Allí supo que ya habían puesto precio a sus cabezas.

—El bando del alcalde dice que se darán mil pesetas al que dé parte del asesino o asesinos — dijo el ventero—, que no se sabe si han *sío* uno o han *sío do*...

—¿Mil pesetas?

—Mil del ala...

—Y dicen que el coronel de la Guardia Civil ya ha *encontrao* la borriquilla del niño. La tenía un gitano que jura y perjura que él se la compró a un tipo con barba y chaqueta de pana, así como la *d'usté*...

Retomó el camino con la vista nublada y la garganta seca. Y, haciendo un alto, se sentó bajo un almendro y sacó de su morral una ristra de ajos y un pedazo de queso; también le dio un trago a su bota de vino, caliente dentro de aquel pellejo.

Se durmió, pero pronto despertó sobresaltado por un zumbido. Parpadeó y vio un enjambre de abejas revoloteando ante él.

Era hora de ahuecar el ala. Agarró su morral y se levantó sin hacer movimientos bruscos. Dio un paso atrás y sonrió. Se libraría de esta como de tantas otras.

Recogió la bota de vino y sintió el aguijón en el cuello. Y otro más. Entonces corrió sacudiendo las manos sobre su cabeza, sintiendo el dolor y la quemazón, perseguido por aquel susurro cimbreado hasta que alcanzó una alberca. Se zambulló y cuando salió a la superficie rio. Como un niño y a carcajadas, rio. Ya era hora de volver a las tierras de Campanillas.

XVIII
EL DOLMEN

El crepúsculo dibujaba un lienzo de colores bermejos y púrpuras en el cielo. Rodeado de pinares y olivos y envuelto en un penetrante olor a romero, Alejandro admiró el túmulo que cubría la entrada al dolmen. Custodiado por una frágil verja de hierro, se reveló ante él como lo hace todo lo sagrado: con asombro infantil y una pátina de exaltación.

Detrás de él, el guarda que hacía la ronda por la zona resoplaba aún sin comprender por qué el señor Baena Warwick quería entrar en aquel lugar tan frecuentado en los últimos días. Palpó las monedas en el bolsillo de su gabán y se obligó a no rechistar cuando Alejandro le indicó que abriera la verja y le permitiera la entrada.

—Está abierta, señor; puede entrar si lo desea. Pero deberé informar al alcalde que...

—El alcalde está al tanto, no se preocupe. Esperaré aquí a mi amigo Slorrance.

El guarda asintió comprendiendo: el inglés. Aquel hombre andaba por Antequera haciendo y deshaciendo con los mandamases del ayuntamiento, pidiendo permiso para una excavación.

La silueta de la Alcazaba hechizaba el paisaje en aquella tarde escarlata. No en vano, Antikaria, la llamada Ciudad de los Antiguos, estaba situada en el corazón de Andalucía, acaso de ahí brotaran aquellos crepúsculos teñidos de rojo, los amaneceres en oro y marfil.

Su reloj de bolsillo le anunciaba las siete. Angus Slorrance estaba a punto de llegar.

Detenido bajo el trilito de aquella catedral de piedra, Alejandro se preguntó cuántos misterios guardaría en su interior; quién y por qué decidiría erigir aquella enigmática construcción. Obvió el rebaño de cabras que estaba siendo recogido en un cerro cercano, descartó las casas, los cipreses, los huertos y el olivo centenario que custodiaba su entrada, y centró la mirada en el perfil humano que mostraba la Peña de los Enamorados recortado en el cielo carmesí.

Situada a mitad del camino de Antequera a Archidona, se convertía al ojo humano en el perfil de un hombre para algunos; en una mujer tendida mirando al cielo para otros; en todo caso, un gigante de piedra descansando por toda la eternidad.

—*Good afternoon, my friend.* —Angus Slorrance, vestido con pantalones bombachos de piqué y botas altas, cargando un macuto a la espalda, sonrió descubriéndose la cabeza y abrazando a su

amigo.

—Me citaste aquí, y aquí estoy, Angus.

El inglés observó el color cobalto que colmaba el horizonte. La hora azul. Entre el atardecer y la noche.

—Querido Álex, ¡estás ante el más bello y perfecto de los dólmenes conocidos! Lo descubrí por un libro que encontré en la biblioteca de mi padre: *Castile and Andalusia*. Lo firmaba *lady* Louisa Tenison, y hermanaba Menga con Stonehenge y Newgrange.

—Interesante... —A pesar de vivir a unos pocos kilómetros, Alejandro apenas sabía de su existencia.

—Y fue ese libro el que me llevó al tratado del arquitecto Mitjana, que fue quien lo rescató del olvido. ¡Seis mil años nos contemplan!

Su lámpara de aceite iluminó las paredes del atrio del dolmen.

—*Look at this!* Arte en estado puro, construido antes que las pirámides de Egipto —susurró Angus como si tratara de no perturbar la paz del lugar.

Con su bastón de empuñadura de hueso señaló las paredes de piedra caliza con más de tres metros de altura.

—Pagaría por saber qué clase de artilugios rodantes transportaron estos bloques de piedra de casi doscientas toneladas —dijo levantando una ceja.

Alumbró la parte superior de la losa de la izquierda, donde tres cruces y una estrella talladas en la roca les anunciaban no solo la presencia humana, sino el uso de dos grandes símbolos universales.

Angus abrió su macuto y extrajo la estatuilla de Melkart. La estrella de cinco puntas de su espalda de bronce era idéntica a la esculpida en el ortostato.

—Un símbolo protector y de poder.

—¿Y estas tres cruces?

—Puede que indiquen posiciones... Apostaría, como lo hizo *lady* Tenison, a que hay dos construcciones más en los cerros que nos rodean, ocultas al ojo del hombre. En la *Historia de la Ciudad de Antequera* ya se habla de otra cueva con la boca cerrada, a diez pasos de la de Menga. —Angus caminó hasta el segundo ortostato y abrió los brazos—. Para algunos esto fue un sepulcro; para otros, una tumba de gigantes; para mí es un templo.

Alejandro posó su mano sobre una de las paredes. Impasibles, aquellas piedras resistían al progreso de un mundo que cambiaba a toda velocidad. Reparó en un fragmento de losa de calcarenita tendida junto al primer ortostato; también con dibujos cincelados que no podía comprender.

—Podría tratarse del fragmento de un altar —sugirió Angus guardando la estatuilla en el macuto—. *Let's go!*

Siguieron avanzando entre aquellos gruesos muros hasta llegar al tercer pilar y a la losa que clausuraba la cámara, donde Angus señaló una galería abierta que mostraba un montón de tierra.

—Es curioso, pues no figura en los planos de Mitjana. Pero vamos a lo importante.

El inglés se acuclilló frente a una piedra plana semioculta en el suelo entre lodos y paja. Junto a ella, materiales de obra, capazos de mimbre y una pequeña estructura móvil con una polea.

—Ayúdame, no te quedes ahí parado, Álex.

Acompañados por la luz titilante, empujaron la losa y descubrieron un pozo.

—Hoy he dado descanso a mi equipo, pero mañana al atardecer se continuará con el trabajo de perforación.

—¿Este es el pozo al que te referías en tu carta?

La luz de la lámpara no alcanzaba a revelar su profundidad.

—¿Sabías que no existen pozos en los dólmenes de Francia ni de Inglaterra? Así es, y estamos ante una peculiaridad que distingue a Menga como un templo antiguo muy especial. *Lady Tenison* dice en su libro que cuenta con cuarenta pies de profundidad y que fue el arquitecto Mitjana quien lo excavó en busca de huesos y armas.

—¿Armas?

—Sí, pero al parecer no se hallaron más que monedas romanas, fragmentos cerámicos y algunas herramientas de piedra. Después don Trinidad de Rojas mandó cegarlos para evitar accidentes.

—¿Y entonces...?

Angus sonrió.

—Quién sabe lo que sucedió, pero alguien sacó de nuevo parte del relleno y dejó la obra inconclusa; por eso pedí los permisos oportunos y mañana llegaremos a los cuarenta pies. Observa, Álex.

Del interior de su chaqueta sacó un par de finas varillas de zahorí, las sostuvo paralelas en sus manos y caminó despacio alrededor del pozo. Los músculos de sus brazos se tensaron y las varillas se unieron cruzándose, delimitando no solo la presencia de agua, sino una línea de tierra.

—Los dólmenes están contruidos sobre vórtices de energía, como las catedrales cristianas; por eso son lugares de poder. —Angus husmeó en el aire—. *Oh, my God. ¿A qué huele? ¿Huevos podridos?*

—Azufre... Huele a azufre.

De pronto Alejandro se sintió mareado y se llevó las manos al pecho incapaz de respirar. Angus lo tomó del brazo y lo llevó al exterior.

—Demos cuenta de una buena cena y descansemos. En un par de días volveremos para presenciar uno de los grandes espectáculos de la naturaleza.

Al día siguiente Rosalía salió para abrir la puerta al muchacho de los periódicos y regresó apresurada.

—¡Señá Regina...! El alcalde ha abierto una suscripción para premiar con mil pesetas a quien dé señas del criminal que ha matado a Antoñito Mora. Pobrecillo mío, ¡acabar así! —Se santiguó y dejó a Regina con aquella mala noticia que descompuso su estómago y la obligó a dejar en la bandeja su tostada.

—¿Se trata del niño desaparecido? —preguntó Martina. Llegaba tarde al desayuno—. Un arriero nos habló de él en la venta.

—¿Y dónde lo han encontrado? —preguntó Milagros con la boca llena.

Rosalía sirvió más leche a las jóvenes y respondió:

—Muy cerca de la Cueva de Menga. Dicen que los gritos de su padre se oyeron hasta en el Torcal. Que juraba que mataría con sus propias manos al desalmado que había apuñalado a su Antoñito.

—Esperemos que cuelguen al miserable que lo haya hecho. De un palo en el camino quisiera ver su cabeza —dijo Milagros. Y se sirvió una tostada más—. La última —aseguró.

Regina levantó su ceja derecha ante el modo de hablar de aquella muchacha. Ya había escrito a la casa de su padre para informarle de todo lo sucedido, pero hasta que regresara de su luna de miel en América estaba segura de no recibir noticia alguna. En cuanto a sus tíos, que le negaron ayuda cuando más lo necesitó, prefirió aceptar los deseos de Milagros de no informarlos de que estaba en su casa.

Martina se levantó y se apoyó en la repisa de la chimenea. El hallazgo del cuerpo de aquel niño le traía malos presagios.

—Abuela... Tenemos que hablar de Candela.

Regina asintió. Su distanciamiento de la familia le había impedido conocer a la hija de Balbina; por eso le pidió que le contara, que hiciera liviana aquella carga que llevaba en su pecho. Después sus ojos se oscurecieron.

—La próxima luna consultaré a los espíritus. Ellos nos hablarán.

Martina no comprendía, no podía hacerlo.

—¿Espíritus, abuela? ¿Eso no son cosas de charlatanes de feria? ¿De gitanas leedoras de fortuna? —Vio que Milagros terminaba ya su tercera tostada y estaba fascinada por los derroteros de aquella conversación.

—Hay otros mundos además de este, querida... Y vida después de la muerte.

En el rostro imperturbable de Regina, Martina buscó algún rastro de locura, de insensatez, pero no halló más que unos ojos de piedra como los suyos.

—Pero siempre he creído que eso son hechicerías...

Regina negó con la cabeza.

—Las mujeres que tenemos el don de la mediumnidad no somos brujas ni adivinas, sino canales. A mi mesa parlante acuden tanto maestros de escuela, criadas y obreros como aristócratas masones. Todos tienen cabida, hombres y mujeres, sea cual sea su condición, pues todos somos de carne y hueso en esta vida. Seguidme, queridas.

Las tres se dirigieron a la biblioteca. En un rincón, una puerta corredera accionada por un resorte les mostró unos anaqueles ocultos.

—El espiritismo no es una hechicería, sino una filosofía de vida, un modo de apartar el control férreo de una Iglesia que no conecta con el pueblo —aseguró—. Y si en algún momento deseáis saber de dónde venimos y adónde vamos, aquí podéis encontrar respuestas. —Señaló diversos volúmenes de tapas negras y escarlatas y seleccionó uno al azar—. Podéis empezar por el padre del espiritismo, Allan Kardec, si gustáis.

Martina cruzó sus brazos sobre el pecho mientras Milagros se frotaba las manos sudorosas, inquieta, sin saber qué decir. Regina sonrió. Siempre el reparo: hasta que llegaba la hora de enfrentarse a él.

—En 1861, una partida de trescientos ejemplares de *El libro de los espíritus* de Kardec —dijo acariciando su cubierta— fue confiscada en la aduana de Barcelona y, acusada de contener herejías, el obispo la hizo quemar en la hoguera. Fue el último auto de fe en una plaza pública, pero consiguió el efecto contrario y la doctrina de Kardec se extendió desde la burguesía hasta las capas más humildes de la sociedad.

Milagros aceptó el libro de sus manos, curiosa como era, siempre interesada en lo prohibido. Tal vez entre aquellas páginas lograría comprender las sombras de niebla que a veces veía tras las personas, de las que el padre Ladislao, en su confesión, le aseguró que se debían a que llevaba el demonio dentro.

—Entre otras muchas enseñanzas, Kardec nos habla de lo que dicen los espíritus acerca de la igualdad entre el hombre y la mujer, pues a ambos se les dio la inteligencia del bien y del mal. Nos habla de la necesaria emancipación de la mujer, consecuencia del progreso de una civilización.

—¿Emancipación, señora? —preguntó Milagros asombrada.

—Así es, querida. Y como sucede que un espíritu se encarna tanto en hombre como en mujer, ambos deben tener los mismos derechos ante la ley de Dios y la de los hombres.

—Ay, qué risa, señora Regina. Hombres y mujeres con los mismos derechos. ¡Quién lo ha de ver!

Y mientras Milagros reía, Martina recordó sus días en Nueva Orleans, siempre sumisa aceptando regaños y desprecios de Conrado sin rechistar; sufriendo sus burlas acerca de sus amistades con sufragistas. Esclava de sus caprichos, agachando siempre la cabeza ante su autoridad.

Caminaron por las calles desiertas en aquella hora temprana, seguidas por los ojos de las viejas cotillas tras las cortinas de hilo. Vieron a Regina cubiertos los hombros con su mantón malva, ufana por su nueva compañía.

En la cuesta de Barbacanas se detuvieron en casa de una anciana que bordaba en oro un manto para la Virgen del Socorro. Martina y Milagros esperaron en el vestíbulo mientras Regina acudía a entregarle una de sus pociones para que sus dedos artríticos no detuvieran su labor.

Doblaron la esquina hacia la calle Nájera, dejaron atrás la prisión y llegaron a la plaza del Coso, repleta de puestos de fruta y verdura. Allí tomaron un coche que las llevó en dirección a Archidona.

Desde su llegada a la ciudad y mientras Martina estaba en cama, Milagros se sintió admirada por sus casas palacios barrocas, por los retablos de sus decenas de iglesias blancas. Le pareció hallarse en casa, y más aún junto a Regina, aquella mujer cautivadora que le enseñó a diferenciar hierbas y flores y a confiar en ella misma.

Una noche salió de la casa de su brazo, subiendo la cuesta que a pocos metros las llevaría al Arco de los Gigantes. El viento aliviaba el calor de aquel día silbando alrededor de la torre del Homenaje y la torre Blanca. El Papabellotas, reloj que marcaba el paso del tiempo desde hacía más de trescientos años, anunciaba las doce.

Aquella tarde acudieron a una reunión con el director de la inclusa, donde en la última semana habían abandonado a cinco recién nacidos. La pobreza provocaba el abandono de los llamados «hijos del pecado» en manos de la beneficencia, y las relaciones de Regina con muchos pudientes de la región podían dotar a los recién llegados de biberones y leche suficiente.

Con Antequera a sus pies, iluminada aún por el alumbrado público que se apagaba a las doce, contemplaron el paso de varias estrellas fugaces.

—Pide un deseo, Milagros —dijo Regina señalando aquellas estelas de paso efímero.

Y la joven así lo hizo, poniendo en orden todas las imágenes que se le venían a la cabeza como un torrente desbocado.

—Desearía no ver a niños en las filas de los asilos de mendicidad, que no parecen ser suficientes. Me gustaría no verlos en las aceras con las palmas vacías y pensar que Dios no tiene compasión. ¿Usted cree en Dios, señora Regina?

—Creo que nunca hay que dar nada por sentado. Si has leído la Biblia, en el primer capítulo del Génesis reza: «Entonces dijo Dios: “Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza”».

—Hagamos...

—Así es. Tal vez Dios no estaba solo cuando creó el mundo. Leonardo siempre me hablaba de que hubo un Dios Padre y un Dios Madre; que el culto a esa Madre Primordial se transfirió en nuestros días hacia la devoción a la Virgen María.

—Eso es una herejía, señora Regina.

—Si es así, también lo es la pobreza.

Con la ciudad a sus pies, el viento a su espalda y cientos de estrellas cobijándolas, Milagros le habló del día en que su padre decidió llevarla al convento porque sus visiones eran cosa del demonio que llevaba en el cuerpo. Le habló de la sustanciosa herencia de su abuela que recibiría cuando cumpliera veintitrés años. Le contó lo que no había contado a nadie: las cosas malas y las peores.

Bajo aquella coraza que a veces mostraba, Regina encontró nobles raíces y sentimientos pisoteados.

—No has de tener miedo de tus visiones; son parte de ti y está bien que así sea. Todo ocurre por alguna razón.

—Gracias, señora Regina. Entonces, ¿no tengo demonios en mi cuerpo? ¿No tengo que ser monja y vivir en clausura?

—Tienes coraje para enfrentar este mundo, querida. Y eso siempre es bueno —dijo acariciando el dorso de su mano—. Te contaré una historia. Hace muchos años, en la ermita de la Vera Cruz —señaló el cerro situado frente a ellas—, una sola mujer fundó un beaterio para acoger a mendigos y a niños abandonados. María Ruiz, *la Rubiana*, se enfrentó a la Iglesia y a la autoridad hasta que decidió acudir a pedir ayuda a Roma. Su perseverancia consiguió que la hermana del papa León X, Magdalena de Médici, le concediera la bula.

El sereno del barrio pasó junto a ellas en silencio, acostumbrado a las extravagancias de Regina saliendo de casa a aquellas horas.

—Algún día yo también fundaré una casa de caridad.

Regina sonrió y le acarició el hombro.

—Estoy segura de ello.

—Este río lleva en su seno corrientes traicioneras, pero aquí transcurre en paz —dijo Regina señalando el río Guadalhorce.

Las tres mujeres emprendieron una senda de álamos en dirección al lado norte de la Peña y vieron a varios hombres ataviados con sombreros de ala ancha que conducían caballos negros, jacas alazanas y potrillos hacia un cercado.

—Cuenta la leyenda que aquí se fragó el final de una trágica historia de amor entre un cristiano y una musulmana, que sus espectros aún penan en las noches de luna llena.

Milagros suspiró soñadora.

—Pero más allá de fábulas debéis saber que este lugar es una *sacra saxa*, una peña sagrada donde se celebraron ritos desde tiempos inmemoriales. Como ya habéis visto, es un risco cuyo perfil recuerda al de un ser humano. Yo la llamo la Roca Madre; otros la llaman la Peña de la Mujer Durmiente. Pero sigamos, hijas, sigamos. —Señaló con su bastón el sendero de piedras blancas que conducía al pie de la falda noroeste del peñón.

Fue en el cuello de la Peña, formado por rocas calizas de color rojizo, el llamado Tajo Colorao, donde hallaron una cueva natural poco profunda: para los lugareños, el abrigo de Matababras.

—Miles de años atrás, nuestros antepasados prehistóricos dejaron en este santuario sus huellas. —Regina señaló las marcas rojizas en las paredes en las que podían adivinarse formas de manos y primitivas siluetas de hombres y animales—. Y algo más elevado que eso: plegarias a la diosa que los protegía a todos, la Diosa Madre, la diosa de los mil nombres. La olvidada.

Regina señaló una oquedad:

—En esta hornacina colocaron su imagen en piedra para adorarla, para rogarle buenos partos y cosechas. Venid, acercaos. Como veis, la entrada de este abrigo tiene forma triangular. —Regina señaló los tres lados que enmarcaban la vega refulgente al sol de mediodía—. Bajo este lugar corren venas de agua que lo enlazan con el dolmen de Menga y con el paraje del Torcal. Unidos, forman una tríada poderosa, un triángulo sagrado.

Milagros resiguió con el dedo índice el triple símbolo tallado en la base del altar: una luna creciente a la izquierda, una menguante a la derecha y una luna llena uniéndolas en el medio.

—El símbolo de la Triple Diosa —dijo Regina—. Aquí la adoraron. Aquí se le rindió culto antes de que el cristianismo calificara esas prácticas de paganas y contrarias a la moral de Dios. Y aquí, también, se la olvidó.

—A quien debemos culto es a la Virgen María, señora Regina...

La anciana sonrió.

—Todo es una sola cosa, hija mía —dijo regresando a la entrada del abrigo. Alzó su bastón y señaló el valle de Antequera—. Como veréis después, el dolmen apunta hacia aquí, hacia el santuario.

Martina frunció el ceño. Templos, diosas, símbolos lunares... ¿Qué sentido tenía todo aquello?

Regina respondió como si hubiera percibido su pensamiento:

—El sentido es recordar a través de estos símbolos lo que olvidamos una vez; es recobrar nuestro propio poder, realizar nuestra misión al nacer.

A su izquierda, una de las huellas estampadas en la roca llamó la atención de Martina. Acercó su mano a aquella antigua impronta coloreada de rojo y se dio cuenta de que el dedo anular era más corto que el índice, como correspondía a las mujeres.

—Los hombres exploraban y cazaban; las mujeres oraban por buenas cosechas y muchas de ellas también reproducían en las cuevas todo aquello que las rodeaba —dijo Regina—. El mundo se construía gracias a hombres y a mujeres unidos.

Regresaron hasta donde el cochero las esperaba a la sombra de un naranjo. Mordisqueaba un pedazo de cecina y negó con la cabeza ante la petición de Regina de llevarlas al dolmen.

—Que no, señora, que no. Que yo ahí no las llevo ni por *to* el oro del mundo...

Regina conocía las supersticiones que rondaban aquel lugar, así que dobló la paga al cochero y pactó que las dejaría junto al cementerio: cerca, pero lo suficientemente lejos para no tener que enfrentarse a los cuentos de brujas y aparecidos que alimentaban su mala fama.

Situado al este, en el camino de Archidona y a poco más de un cuarto de milla de la ciudad, el dolmen se erigía sobre una pequeña colina rodeada de olivos y pasto seco.

—¿Este es el templo? —preguntó Martina—. ¿Una cueva de piedras?

—Más respeto, jovencita; los dólmenes son lugares sagrados. Los antiguos los construyeron donde brota el alma de la tierra y este lo orientaron al santuario de la cara norte de la Peña. Mi esposo Leonardo pasaba muchas tardes aquí meditando acerca del mundo que nos rodea.

—Meditando...

—Encontraba sus fuerzas, hija. —Señaló con su bastón el olivo que custodiaba la entrada—. Más de trescientos años contemplan este olivo: el mejor guardián para un lugar único.

Martina se llevó el índice a los labios, sacó el cuaderno de dibujo de su bolsa y comenzó a esbozar el perfil del dolmen.

—Leonardo me dijo que, aunque no se conoce de forma cierta el origen de su nombre, «Menga», pudo adquirirlo del celta «Men-Lac'h», piedras sagradas, y posteriormente de la derivación del latín «Cova Domenica», cueva de la Señora. —Regina se volvió señalando a la

Peña—. Miles de años atrás, los campos que veis eran agua, lagos que hacían de esta tierra un lugar fértil y próspero donde vivir y morir, frente a la Roca Madre de rostro humano que albergaba...

—El antiguo santuario de la Diosa... —apuntó Milagros encandilada.

Martina terminó el esbozo del dolmen descubriendo la complejidad de su construcción, casi la misma que evidenciaba su abuela, pues se dedicaba a adorar a una montaña, a hablar con los espíritus y a dar a una supuesta diosa el valor de Dios Todopoderoso.

—No juzgues y no serás juzgada, querida —dijo Regina aspirando el aire limpio de aquel día soleado. Martina la miró sorprendida. ¿Acaso le había leído el pensamiento?—. ¿Entramos?

Así lo hicieron y Milagros miró boquiabierta aquel lugar casi tan antiguo como el mundo, que parecía acogerla en su interior como el seno de una madre.

Pronto vieron que, tras la última losa, el pozo estaba rodeado de sacos de arena y materiales de extracción.

—Tal vez el ayuntamiento ha ordenado cegarlos... —aventuró Regina.

Vio que Milagros regresaba al atrio y apoyaba las manos sobre el ortostato donde milenios atrás se cinceló una estrella de cinco puntas. Vio que cerraba los ojos porque podía vislumbrar las sombras de espíritus antiguos enterrados bajo las losas sagradas. Luego la miró a ella, que sonrió complacida ante su don.

En una de sus sesiones, tiempo atrás, Regina recibió la visión de la vega de miles de años atrás: varias mujeres sentadas formando un corro alrededor del pozo y elevando sus plegarias a la divinidad, pidiendo clemencia ante la muerte que se llevaba a niños de pecho tan necesarios para la continuidad de la tribu.

Vio el Torcal desde el aire y la cueva del Toro, y los cráneos como copas colmadas de sangre para ofrecer a los dioses.

Vio el santuario de la Peña encendido, como un faro para que la divinidad supiera hacia dónde dirigir sus rayos benefactores, dónde conceder buena caza y largos años de vida. Vio todo aquello y supo que el pasado siempre regresaba, de algún modo; que el círculo de la vida era orden y era caos a la vez.

El guarda apareció sobre el túmulo que cubría el dolmen cuando Regina les mostraba los enormes pilares de arenisca que sostenían las grandes losas que formaban el techo. Aún estaba sorprendido del creciente interés que despertaban aquellos pedruscos, primero en el inglés y el señorito de Málaga, y ahora en unas curiosas que quién sabe qué irían a hacer allí en aquellas horas en que las buenas mujeres estaban en sus casas preparando la comida a sus maridos.

—Ya nos íbamos... —dijo Regina—. ¿Qué ha pasado con el pozo?

—Yo qué voy a saber, señora. Por aquí andan unos ingleses investigando y haciendo dibujos como los de esta señorita. Pero lo que tendrían que hacer es cegarlos para que no se tiren más animales, que seguro hay más de dos y tres ahí abajo. ¿Se marchan ya?

Rosalía las esperaba en la casa a mesa puesta.

—¡Asadura! —exclamó Milagros al ver aquella fuente con entrañas de cordero bien condimentadas con ajo y pimentón.

La sirvienta llenó el plato de la muchacha, que nunca hacía ascos a guisos dignos de un reo hambriento, y salió hacia la cocina para volver con más avíos.

—¡Y un huevo frito por encima!

—Rosalía...

—Le queda bonito, señora. Y si hay hambre..., ¡hay hambre!

XIX
EL SOLSTICIO

Océano Atlántico

Conrado Lefebvre salió de su camarote para dirigirse al salón de primera clase. Apoyaba sus andares en un bastón de mango de hueso por los largos pasillos del Conde Wifredo, vapor de la naviera Pinillos que volvía a España con ocho mil balas de algodón, mil trescientas duelas de roble y alguna caja de opio que alguien había hecho constar como pimentón picante.

De camino al salón de té saludó a dos damas que iban del brazo y a los caballeros que las precedían. Se detuvo en un espejo de marco labrado que encontró en el pasillo, se atusó la levita y se acarició la barba recién rasurada. Maldijo el dolor de su pie, maltrecho tras la caída en el muelle poco antes de embarcar. Mammy Dorothea le hubiera dicho que era una mala señal que los cielos le enviaban; pero ya estaba harto de sus malos augurios, tanto como de las tonterías de Martina.

Le había dado manga ancha esperando que la estancia con su tía Balbina la hubiera amansado lo suficiente, pero en cuanto sus obligaciones se lo permitieron y el cónsul le dio permiso, sacó los pasajes y se embarcó hacia España junto a su criado Pierre.

—*Champagne, s'il vous plaît.*

Se sentó en una de las mesas donde se celebraría una partida de póker con la que se amenizaban los interminables días de travesía. Nueva Orleans, La Habana, San Juan y por fin las islas Canarias. Cádiz y Martina estaban tan cerca y tan lejos a la vez...

No había sabido lidiar con aquel matrimonio de conveniencia ni había podido complacerla en pos de una amistad que hubiera convertido aquella farsa en una relación cómoda y feliz. Pero tras su patética huida era momento de dejar los sinsentidos. Le haría comprender que era necesario su regreso, que su lugar estaba en Nueva Orleans, como le correspondía siendo la señora Lefebvre.

En la primera carta, Angus le avisó de la muerte de los padres de Martina y de su estancia en La Gaviota fregando suelos. La segunda, con sello urgente, le comunicó la muerte de Balbina y la marcha de Martina. Aquellas noticias lo alarmaron. Su primera intención de darle algo de alas en aquella pensión infecta se tornó una mala decisión. Tal vez la había dejado llegar demasiado lejos.

Miró sus naipes sin verlos, solo con la imagen de Angus Slorrance ante él y el vacío de su

ausencia. Las copas tintinearón como si respondieran sí a sus preguntas, lanzándolo aún más hacia el precipicio en el que se estaba convirtiendo su ordenada vida.

—Paso —dijo dándole el turno al compañero de su derecha, un noble de Bilbao que poseía plantaciones de azúcar en Baton Rouge.

De los cien pasajeros de primera, la mayoría eran de la aristocracia española; algunos, de regreso de viaje de negocios; otros, de placer. Y unos pocos, como él, volvían a España sin saber bien qué les depararía el futuro, envuelto en niebla como la que cubría el Wifredo, que navegaba a ciegas en mitad de un océano negro, bajo un cielo sin estrellas.

Dolmen de Menga

En la vega antequerana reinaba el silencio. Angus Slorrance y Alejandro Baena esperaban el acontecimiento envueltos en la oscuridad previa al alba. Un gallo cantó y Venus apareció por el este, refulgente como un destello de oro.

De pie en el atrio de Menga, Alejandro sentía el privilegio de estar vivo frente a la franja violácea que rodeaba la Peña. Y desde la penumbra vio cómo nacía el sol, alzándose lento y victorioso. Iluminó el suelo a sus pies y penetró con sus rayos en el dolmen, dotándolo de fuerza y luz. Se estremeció sintiendo el vello erizado de sus brazos, el escalofrío en su nuca.

—¡Eureka! —Angus aplaudió y golpeó con afecto la espalda de Alejandro—. Como puedes ver, los rayos solo inciden en el lateral derecho del corredor hasta el séptimo ortostato. ¿Por qué no el centro? Porque para quien lo construyó había algo más importante que el sol.

Angus señaló los petroglifos que habían visto la tarde anterior, con la estrella de cinco puntas tallada en la piedra.

—*Aster*, ‘estrella’ en latín... —apuntó—. Ishtar para los fenicios, Astarté para los griegos, Isis para los egipcios.

Alejandro lo miró sin comprender.

—Este dolmen no se orienta hacia el sol como el resto de los dólmenes conocidos; ni tampoco a las estrellas. Se orienta hacia ese peñón con perfil humano, una diosa titánica en piedra, durmiente por los siglos de los siglos.

Podría haberse dejado llevar por el silencio, por la magia de la naturaleza que los rodeaba, pero si Alejandro retiraba la mirada de aquel cielo dorado, la certeza de su infortunio lo golpeaba.

—Bien, Angus, ¿y qué tiene que ver todo esto conmigo, un triste mortal?

—Álex, Álex, Álex... —Angus abrió los brazos—. Este es un templo de sacrificio a los dioses. Complácelos y ellos te complacerán a ti.

Alejandro miró el horizonte sin ver nada más que sus propios miedos, sin ver la velada sonrisa de Angus, que adoraba sentirse superior destruyendo al débil, que aspiraba a arrastrarlo a la barbarie.

—Deja caer el velo que te ciega, hermano. Sabes que los solsticios son importantes para nosotros, los hermanos masones. Sabes que representan el renacer, el cambio. Así que este, y no otro, es tu momento.

—Solo sé que voy a morir.

Calló que lo que temía era dejar este mundo sin las manos de Clarita sobre las suyas. Calló que sabía que, aun cuando sanara, sin ella no podría sobrevivir.

—Tu recién encontrada sobrina tiene una salud frágil desde que nació, ¿no es así? Seguramente morirá de todos modos, así que, como ya te sugerí, intercambia su vida por la tuya y continúa tu existencia sin mirar atrás.

—Es una locura, Angus, y aunque lograra llevarla a cabo, dudo que pudiera vivir en paz. — Cabeceó.

—Solo los espíritus transgresores medran en este mundo, amigo.

—¡Condenaría mi alma para siempre!

—¡Tonterías! Como dijo el alto masón Cagliostro: «El mal y el pecado son estados mentales» —sonrió, sacó un puro habano del bolsillo de su chaqueta y se lo colocó en la comisura de los labios saboreando aquellas hojas de tabaco de la mejor calidad—. En el British Museum están interesados en mi figura de Melkart, pero antes de enviarla a Inglaterra puedo cedértela, pues ante ella deberás realizar el sacrificio.

Alejandro se frotó las manos vacilando.

—Te ayudará a completar el círculo; a cerrar el compás, hermano.

—¿Y crees que entonces todo cobrará sentido?

Angus movió la cabeza saboreando la emoción y el miedo que se desprendían de sus palabras. Sabía que la semilla del mal ya había sido plantada. Y que daría sus frutos.

—Entonces todo será como tiene que ser.

Antequera

Regina subió a la azotea y se lavó la cara con un cuenco repleto de flores y hierbas bendecidas por la magia del solsticio.

Pensó en Alejandro Baena y en el terrible mal que lo llevaba a la muerte. Pensó en la sombra que lo acorralaba señalándole la senda del mal camino.

Rezó por él y por su alma. Rezó porque sabía que lo volvería a ver y porque los espíritus le habían anunciado fatalidad. Aunque no para él.

—Abuela...

Martina, que acababa de escribir una carta que pronto enviaría a La Gaviota, se sentó junto a ella. Necesitaba volver a hablarle de cuando cruzó el mar para huir de Conrado, de las esperanzas que había albergado en su corazón cuando encontró su telegrama en La Gaviota.

Quería respuestas acerca de qué hacer con su vida ahora que no tenía a sus padres, que vivía con el corazón encogido desde la desaparición de Candela. Quería respuestas y solo encontraba el muro infranqueable de aquella mujer de ojos de piedra como los suyos.

La calidez de sus manos la sacó de su disgusto y devolvió algo de paz a su corazón.

—Hay un tiempo para todo... —repitió—. En unos días vuestro destino, sí, el de las dos, inclinará la balanza hacia uno u otro camino. Y yo estaré aquí para daros la mano, jovencitas.

—¿Nuestra suerte está escrita, señora Regina? —Milagros entró llevando entre los brazos a la gata blanca, encandilada por su ronroneo.

—Por supuesto, querida. Como las líneas en nuestras manos.

La joven frunció los labios intentando comprender por qué la suya la había llevado hasta aquel instante; por qué soñaba a menudo con Diego; por qué, a pesar de su fría despedida, sabía que lo volvería a ver.

Dolmen de Menga

Tras el alba llegó el equipo reclutado por Angus. Ya quedaban pocos pies para alcanzar los cuarenta que pretendían excavar. Segundo, un pocero de la zona, andaba extrayendo tierra, piedras y algún que otro objeto de cerámica.

—Señor, señor... —Uno de los mozalbetes que cargaban con escombros corrió hacia Angus acalorado—. ¡Aprisa!

Dos hombres izaban al pocero, que ascendía con las manos en plegaria murmurando «Ave María purísima». Cuando su coronilla asomó por el brocal, Angus y Alejandro enmudecieron al ver que sus cabellos, horas antes negros como la pez, ahora eran canos como los de un anciano.

Se vio reflejado en los perplejos ojos de los allí presentes y supo que algo andaba mal en él. En sus oídos solo había zumbidos; en su pecho faltaba el aire.

—Encontré esto, señor. —Y le entregó a Angus un hacha pulimentada que llevaba atada a su espalda.

El inglés acarició el arma: era un buen hallazgo, pero no cubría sus expectativas.

—Se acabó, señor Angus; hay gases y ni *jarto* de vino vuelvo a baj... —El hombre se inclinó hacia atrás con los ojos en blanco y se desmayó junto a los materiales de apertura del pozo.

Acercaron un frasco de alcohol a sus fosas nasales, pero continuaba desfallecido.

—Al hospital de San Juan de Dios, ¡pronto!

Angus se acarició la barbilla. Aquella clase de emanaciones de la tierra solían ser usadas por los antiguos pobladores para su comunicación con los dioses, con el más allá. Así pues, estaban ante un pozo ritual y debían seguir excavando.

Después de la reunión de la logia en la que Angus habló del sol y las estrellas como símbolos esotéricos del destino del hombre, tras el ritual de guantes blancos y delantales de tafetán azul, Alejandro y él acudieron a una tasca aún abierta y regresaron entre risas a la fonda donde se alojaban. Las calles olían a canela y a mantecados horneándose cuando alcanzaron la plaza de la iglesia de San Sebastián.

Angus no atinaba a caminar erguido y Alejandro lo sostuvo al entrar en el vestíbulo.

—Llegó un telegrama para usted, señor Slorrance.

Lo leyó y sonrió complacido.

—Aplazaremos un tiempo el vaciado del pozo. He de regresar a Cádiz.

Alejandro lo acompañó hasta su habitación, embriagado como seguía.

—*Oh, my dear brother! Thank you, Alex...* —balbuceó derrumbándose boca arriba sobre la cama.

Lo liberó de sus botas, desabrochó su camisa y lo dejó en calzones sobre la cama. En cueros era poca cosa; perdía su aire de suficiencia, de triunfador.

Antes de irse, la mano de Angus aferró su pantorrilla:

—El próximo eclipse de luna, Alex... El momento en que los druidas realizaban sacrificios humanos en los dólmenes.

—Déjalo, Angus.

—Abre la puerta y conseguirás vivir —dijo. Y comenzó a roncar con la boca abierta.

La puerta del armario, entreabierta, estorbó su paso para salir con holgura y la empujó para cerrarla. Algo se lo impedía. La luz titilante de la lámpara del techo le mostró que algún objeto mal colocado en el estante superior no permitía el cierre completo.

La caja de palisandro. La estatuilla de Melkart en su interior.

Sus ojos ciegos y sus puños apretados le ordenaron, en algún lugar de su mente, que debía liberarla de allí. Que debía ser suya.

Abandonó la habitación dejando a Angus con el murmullo de un nombre en sus labios: «Conrado, Conrado...».

Levantó una ceja, atónito, y se dirigió hacia su habitación. Las sombras del pasillo se ondulaban a su alrededor como olas de un viejo mar.

Sintió la estatuilla caliente bajo sus manos; arrebatadora su voluntad.

XX
LA SEÑORA

—Con bríos, Vicente. Quiero llegar pronto.

El cochero se atusó el bigote, se subió el cuello del gabán y restalló las riendas sobre los lomos de los dos caballos tordos. Alejandro, apoyando la espalda sobre la tapicería de cuero en capitoné, se abandonó al traqueteo dejándose mecer con los vaivenes y el rechinar de muelles. Un acceso de tos lo ahogó de nuevo, confundiéndole acerca de lo que era ético y lo que no, odiando los últimos días de vida que se le habían concedido.

En su regazo llevaba un paño de cuero que envolvía la estatuilla robada a Angus. Era justo, era necesario, y así lo hizo.

Al llegar se encaminó a la casa del guardés, pues desde la cochera podía oír los gritos de Ceferino. Encontró a Curro dándole una tunda a su hijo, que correteaba descalzo entre las sillas, esquivando la fusta, voceando pidiendo ayuda; riendo también. Junto al fuego, removiendo una pequeña olla de cocido, estaba su madre, avergonzada de ver al señorito en la puerta.

—Curro, compórtese usted. —Alejandro no sabía si reír por aquella escena cómica o amenazar al guardés con medidas severas.

—Este niño del demonio, ¡que me lleva por la calle de la amargura!

Ceferino logró esquivar a su padre y salió al patio. Abrió los brazos en cruz y comenzó a girar sobre sí mismo haciendo la veleta. Cuando perdió el equilibrio, regresó a su rincón preferido en el poyete de la entrada. Se sentó en cuclillas, se liberó de los tirantes que sujetaban sus pantalones cortos y los dejó colgando por los costados.

Podía oír a su padre, calmado con la presencia de Alejandro; a su madre pidiendo disculpas. Se frotó los cabellos alborotados, miró hacia los cestos amontonados a su lado y de un salto se acercó a una vieja tinaja donde escondía su zurrón.

—¿Qué haces, Ceferino?

El niño levantó la cabeza y aguantó la respiración ante el señorito, que lo miraba interrogante.

—¿Te has quedado mudo?

Se aferró a su zurrón como si soltándolo fueran a liberarse todos los males del mundo.

—¿Qué traes ahí?

Ceferino arrugó la frente, negó con la cabeza y salió corriendo atravesando el patio, saltando

los parterres de romero y adelfas junto al murete trasero que delimitaba la casa. Corrió por entre los trigales en mitad de un atardecer rojo como sus mejillas acaloradas y se detuvo cuando llegó al río. Se arremangó los pantalones y hundió sus manos en el agua para recoger un puñado de berros. Su madre los preparaba en jugo para frotar el cuero cabelludo de su padre, que clareaba por la coronilla. Después se sentó bajo un encino.

El corazón le saltaba en el pecho como cuando fisgoneó por la casa grande, aquella noche de viento helador en que se aventuró a subir a la planta de las habitaciones principales, en que bailó por el pasillo alfombrado fascinado por los cuadros de los señores de postín que posaban a caballo o con las manos metidas dentro de la chaqueta.

Lejos de la servidumbre que ya dormía, se detuvo frente a una estatua de un hombre desnudo como Dios le trajo al mundo. Frunció el ceño observando admirado sus impudicias, como hubiera dicho su madre. Se apoyó sobre el tapiz de la pared y cayó hacia atrás. Ante él se abrió un pasaje oculto en la casa que conducía a una escalera de caracol. «¡Maravilla!», pensó. Subió peldaño a peldaño acariciando la suave barandilla de madera, oyendo su propia respiración, reprimiendo la risa por ello.

Alcanzó el esqueleto de la casa, un entramado de madera y piedra que lo acogió mientras seguía un rastro de luz ambarina al final de un nuevo y angosto pasillo. Encontró la puerta del torreón abierta de par en par, las velas aún humeantes, el olor a capilla impregnado entre sus ocho paredes y sus ocho ventanas.

En el centro, una mesa cubierta con un mantel negro y una lámpara de aceite que se apagó en cuanto el niño posó sus manos sobre ella. La luna le indicó el camino de salida, pero una moneda de oro en el suelo detuvo sus pasos. ¡El tesoro!

Ceferino no sabía de médiums ni de almas desencarnadas, ni del hálito que estas dejan cuando regresan por unos instantes al mundo donde vivieron. No sabía de la reciente sesión con *madame* Regina y la señora Fiona. Él no sabía más que de las palizas de su padre, de los llantos de su madre, y que tenía que cebar a los puercos y cepillar a los caballos bien cepillados para que estuvieran lustrosos para el señor.

Sabía de las frutas pasadas que comía, de los pasteles que pasaban por delante de él camino al comedor de la casa grande. Sabía de la pobreza de los de abajo y de la riqueza de los de arriba. Por eso la moneda lo cegó, pues tenía que ser suya para guardarla y comprar un pasaje a América, adonde iría cuando fuera mayor, adonde iban todos aquellos que querían hacer fortuna.

Y ahora, bajo el encino junto al río y huyendo de las preguntas del señorito, Ceferino abrió su zurrón y contempló su moneda envuelta en papel de estraza. Sonrió y la volvió a guardar. Entonces liberó otro de sus tesoros, el que él llamaba la Señora: una figura esculpida en piedra caliza un poco más grande que su mano, una mujer desnuda de cuerpo curvilíneo, grandes senos y caderas, rostro ciego y brazos alzados rodeando una luna.

La encontró meses atrás entre el lodo de la vieja acequia, cerca de la casa grande. Como si de un amuleto se tratara, solía dormir con ella bajo la almohada para que sus sueños se cumplieran.

Durante el día la mantenía oculta en su zurrón y dentro de la vieja tinaja.

Una noche soñó que la Señora le hablaba y le pedía que creara tres figuras a su imagen y semejanza. Ceferino, que tenía a su alcance la orilla del río con arena, barro y arcilla roja, dio forma a la primera y la lanzó al agua. Días después Víctor San Román la encontró río abajo, cerca del cadáver de la primera pelirroja, enredada entre la hojarasca y el lodo.

Un mes más tarde, dio forma a la segunda. La lanzó a la corriente y apareció entre un montón de guijarros, junto al segundo cadáver.

—¿Qué tienes ahí, Ceferino?

«¡El señorito! *Cagüenlá...*»

Alejandro se acuclilló junto a él y tomó la estatuilla entre sus manos.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó. Acarició con el índice los acentuados atributos femeninos esculpidos en piedra caliza a base de martillo y cincel, los brazos aún con fragmentos de color ocre, el rostro informe. Las piernas se quebraban a la altura de las rodillas: el paso del tiempo no había sido benévolo con ella.

—Cerca del silo y la vieja acequia, señor.

Alejandro había leído acerca del descubrimiento de varias Venus paleolíticas en el sur de Francia, antiguos símbolos tal vez relacionados con el culto a la fertilidad de las sociedades prehistóricas. A Angus seguro que le interesaría aquel hallazgo en sus tierras.

—¿Puedo llevármela? —Pensó en colocarla en la mesa de su despacho, junto a la figura de Melkart. Ambas compartían medidas y el misterio de su origen.

Ceferino lo miró con la boca abierta.

—Eeesto..., yo... —Vio que Alejandro alzaba una ceja mirando el zurrón. Si lo registraba, adiós a su moneda de oro, adiós a su viaje a América—. Aquí tiene, señor.

Enfurecido, lo vio alejarse hacia la casa grande, recortada en el cielo anaranjado de la tarde. Apoyó los brazos en las rodillas, frustrado por su pérdida, pensando en si debía dar forma a la tercera estatuilla, tal y como le había pedido la Señora. Jugeteó con sus dedos: sí, no, sí, no. ¡Sí!

Entonces se quitó las botas, se arremangó los pantalones y extrajo un nuevo bloque de arcilla que dejó limpio de piedras y hierbajos, listo para modelar.

La noche se hizo negra en el cielo y la figura se secó. Por la mañana la cocería en un hoyo en la tierra cubierto de paja y ramas secas.

Cuando llegara el momento propicio, la arrojaría como ofrenda al río, para que el alma de la tercera muchacha que pronto habría de morir lo hiciera en paz.

Candela dejó de tejer y sonrió cuando vio aparecer a Alejandro.

—Hola, doctor. Llevo días esperándole.

Su voz era débil, las bolsas bajo sus ojos ensombrecían su rostro; sus piernas, según comprobó cuando la hizo caminar, seguían débiles. Al menos, Simona le había retirado los grilletes.

—Lo sé, pequeña. Tuve que ir a... A buscar tu medicina.

—¿La encontró?

—Creo que sí, querida. —Examinó el búho de piedra ostionera que la niña había traído de Cádiz y lo volvió a dejar en la cómoda—. Pronto no sufrirás más.

Candela señaló el mochuelo que los observaba desde el alto ventanal.

—Simona dice que son mensajeros de las tinieblas. ¿Es cierto, doctor?

Alejandro rio divertido.

—No hagas caso a todo lo que dice Simona.

—¿Es un regalo para mí? —Candela señaló la estatuilla que Alejandro sostenía en la mano derecha.

Podía formar parte de una colección o bien complacer un tiempo a la niña. Se la entregó y ella la posó en el chal que cubría su regazo.

—¡Oh, doctor! Qué preciosidad... —Acarició con la punta del dedo índice aquel rostro que le hablaba sin palabras; recorrió con su mano sus sinuosas formas de diosa manifestada en piedra—. ¡Es el mejor regalo que he recibido nunca!

Alejandro se acomodó en la mecedora figurándose cómo habría sido la vida de la niña con Balbina, tan alejada de la que hubiera tenido con su verdadera familia.

Meciéndose hacia atrás y hacia adelante, observó cómo Candela dejaba sobre un velador la estatuilla de la Señora, como la llamó. La niña la ladeó hacia ella para que observara su labor, para poder hablarle cuando se volviera a quedar sola.

Parecía sobrellevar aquel nuevo encierro con resignación. Había pasado buena parte de su vida en una habitación de La Gaviota, oculta al mundo por quien le hizo de madre, y ahora debía pasar sus últimos meses de vida secuestrada en la habitación de aquel torreón. Nacida

Guillermina, nunca recuperaría su verdadero nombre. Moriría como Candela, tan leve su vida como la llama de una vela condenada a extinguirse.

—¿Quieres que te cuente la leyenda de la princesa Kelma y la Cueva de Menga?

La palabra «princesa» despertó la admiración de la niña, que dejó su tarea y se frotó los ojos dispuesta a atender.

—Érase una vez una hermosa princesa de largos cabellos rubios llamada Kelma. Vivía junto a su padre en un castillo y su habitación estaba en la torre más alta. Pero el rey, siempre enfrascado en batallas, la dejaba muchos días sola, por eso un día decidió salir a pasear por el bosque escapándose de su aya. Llegó una tormenta y un rayo incendió la espesura por donde se había adentrado.

—¡Oh! ¿Y qué pasó?

—Quedó atrapada, pero un joven acudió en su ayuda y, como pago, la pidió en matrimonio.

—¡Bien! —exclamó Candela aplaudiendo.

—Pero... una anciana curandera descubrió que el joven se escondía en una cueva, y que de noche le salían alas negras. ¡Era el diablo!

Candela se llevó las manos a la boca espantada. ¿El diablo?

—El padre de la joven, que había dado su palabra para casar a su única hija, pidió ayuda a la curandera y esta le dio unas hierbas para simular su muerte.

—¿Y qué ocurrió después?

—Celebraron su funeral y la condujeron a la Cueva de Menga para enterrarla, un antiguo lugar construido con magia y piedras gigantes. Y en la noche, la curandera acudió a su esposo el mago para que cubriera el lugar de tierra y vegetación y construyera un túnel hasta el castillo por donde Kelma pudiera regresar. Así, para estar junto a su padre, la joven pasaba los días en la cueva y las noches en el castillo, corriendo a través de aquel túnel oculto, para engañar al diablo por siempre jamás.

Candela aplaudió.

—¿Existe esa cueva, doctor?

—Claro que existe. En realidad, es un dolmen, un monumento megalítico, y está cerca de aquí, en Antequera.

—¿Y podré ir cuando me ponga buena?

Alejandro asintió meciéndose de nuevo. Intentaba alejar de sí la brecha que separaba su cordura y su razón.

—Irás, Candela. Créeme que irás.

La inocencia de la niña revoloteaba en torno a él como un látigo que restallaba haciéndole recordar sus intenciones. La duda seguía allí, seduciendo al diablo que habitaba en su pecho.

Observó sus delicadas manos que bordaban como los ángeles, su mirada azul y confiada, su sonrisa feliz ante sus visitas. ¿Cómo sacrificarla? ¿Cómo hacerlo si se le partía el alma ante aquel engaño cruel?

Ya en su habitación, Alejandro acudió a la caja donde había guardado la estatuilla de Melkart. La colocó en el centro de su mesa y se apoyó en los brazos preguntándole: «¿Quién eres, dios antiguo? ¿Qué quieres de mí?».

Bajó a la biblioteca, donde la noche y la madrugada lo encontraron con una copa de coñac y varios ejemplares con ilustraciones que le mostraban la imagen de aquel dios antiguo. Melkart, Moloch o Baal, dios de los fenicios. Leyó sobre la redención de los pecados del hombre ofreciéndole sacrificios en su santuario en aguas de la antigua Gadir. Vio algunos grabados que lo representaban como un búho y leyó sobre las ofrendas de ganado, leche o... niños.

Cerró el libro y lo subió a su habitación para colocarlo junto a Melkart. Sintió nacer de nuevo el dolor en su pecho; el desconsuelo también. Tomó su jarabe de heroína, una y dos veces más, y se dejó mecer por los recuerdos del amor no cumplido junto a Clara y el hálito de los campos en la noche que entraba por el balcón. Entonces supo que aquel dios demandaba un sacrificio, volver a ser adorado como antaño lo fue.

Supo también que aquel día su alma se quebraría como un cristal.

XXI
LA MISIÓN

Cádiz

No era habitual ver a un señor de la talla de Conrado Lefebvre caminar por las calles de La Viña. Vestido de punta en blanco y con un sombrero panamá, se le veía a la legua que venía de ultramar y cargado de posibles. Su criado Pierre caminaba espantando moscones que se les acercaban para pedirles limosna hasta que, tras detenerse en un quiosco de la plaza de la Reina, les indicaron dónde podían encontrar la pensión La Gaviota.

Cargado con una jarra de café, Benigno salió a recibir a aquel señor encopetado de aspecto bien distinto de los marineros y obreros que solían buscar alojamiento en la pensión. Dorita entró tras ellos y se escabulló a la cocina. Se asomó a la ventana y escuchó las palabras del recién llegado:

—Soy Conrado Lefebvre.

El rostro de habitual morenez de Benigno se volvió lívido cuando se presentó como esposo de Martina.

—Después de la muerte de su tía, se marchó y nos dejó a cargo de La Gaviota —tartamudeó incómodo—. ¿No desea tomar asiento el señor? —preguntó señalando una de las mesas del patio.

El criado mulato que lo acompañaba permaneció de pie con los brazos a la espalda, atento a cualquier orden. Conrado acarició la línea de su fino bigote y observó las manos temblorosas de Benigno mientras le servía una taza de café.

—Cuénteme qué ocurrió con Balbina, si tiene a bien...

Mientras Benigno le contaba, Erlinda apareció en el patio cargada con un balde. Desde hacía días andaba mustia porque el barco de Perucho había naufragado, porque no lo verían regresar a La Gaviota. Al ver a Conrado y a Pierre, los dedos se le agarrotaron y el agua se derramó por el suelo dibujando charcos entre las baldosas. Conrado se sacudió el bajo de sus pantalones salpicados.

—Tan torpe como siempre, Erlinda —dijo chasqueando la lengua—. Veo que tu lealtad con mi esposa te ha llevado a trabajar en un sitio de categoría... —rió, y Erlinda torció el gesto ante su burla.

—Entonces, de mi esposa no han tenido noticias...

—No, señor. Lo siento, señor.

Conrado arrugó el ceño y apartó su taza de café.

—No me haga reír...

Benigno tragó saliva, temeroso de la mirada escrutadora de aquel hombre. Se limpió el sudor de las manos en el mandil y recogió el servicio.

—No sabemos más que usted. ¿Desea alojamiento, señor?

Conrado sonrió divertido ante aquella ocurrencia. Se levantó lanzando una moneda sobre la mesa y Benigno se inclinó para guardarla en el bolsillo del mandil.

—No me duelen prendas para conseguir lo que deseo. —Conrado lo asió de las solapas de su chaleco—. Sabré recompensarle si me ayuda... —Pero en los labios secos de Benigno, en su modo de resistir el rencor de su mirada, vio que conseguiría una mentira y eso era lo mismo que nada—. La encontraré, así sea en el mismo infierno.

Poco después se alojó en el hotel Europa y, tras darle acomodo a Pierre en una de las habitaciones para el servicio, salió a pasear por la Alameda y se detuvo ante una hermosa casa señorial que miraba al océano.

Observó el balcón de forja donde Angus ya lo esperaba. Después de tantos meses, su corazón se alivió.

Casa Baena

Simona hizo tintinear las llaves que colgaban de su cintura. Las repasó una por una y el estómago le dio un vuelco. «Dios Santo, por todos los demonios.» Corrió hacia el patio principal para escudriñar con la mirada rincón a rincón.

—¿Qué anda buscando, ama? —preguntó Ceferino apoyado en el pozo. Se había cansado de esperar a la niña Genoveva y andaba enfadado porque su padre le había vuelto a dar una zurra la pasada noche por llamarlo borracho.

—Ayúdame, no te quedes ahí de pasmarote. —Y le ordenó que buscara una llave grande de hierro colado y dos paletas.

El niño buscó entre los macetones donde crecían hierbas aromáticas y flores raras provenientes de semillas desechadas por la señora Fiona. Solo encontraba pequeños insectos, hojas secas y algún papel arrugado con la letra del señor que se habría volado de su despacho.

—*Na*, ama. *Na* de *na*. —Pero ahí estaba, caída detrás de un macetero, y él la miró sin respirar—. ¡Aquí no hay llave ninguna! —dijo escondiéndola en el bolsillo de su pantalón.

Simona se llevó la mano a la frente incrédula ante aquella calamidad. El niño la vio entrar en las zonas nobles de la casa y después corrió al cochinerero. Se sentó sobre la paja, entre varios lechones que olían a niño pequeño y a leche caliente, y pensó en lo que iba a hacer.

Al día siguiente Ceferino corrió al río y formó un molde de arcilla. Después regresó a su casa y fundió al fuego dos de sus ocho soldaditos de estaño y plomo colocándolos en un tazón de hierro. La aleación con la que relleno el molde formó una llave nueva que alzó al intenso sol de siesta de la tarde. Después corrió a mostrársela a Genoveva, que lo esperaba junto al corral.

—Le voy a dar gato por liebre a la Simona... —le dijo. Y sonrió satisfecho mostrándole su diente mellado.

Vestida de blanco y puntillas, con los zapatos de charol desabrochados y su canotier de lazo azul, Genoveva le entregó un pedazo de tarta de manzana. Ceferino lo devoró observando su brazo de madera porque soñaba con tener otro igual: como aquel debían de ser los de los piratas más sanguinarios de los mares del Sur.

—Dale esta llave a la Simona —le pidió con la boca llena—, como si te la hubieras encontrado por ahí. —El niño palpó su bolsillo donde guardaba la copia.

Genoveva asintió sin comprender.

—Pero tienes que averiguar a qué puerta pertenece. ¿Estamos?

Entraron para ver las ovejas recién nacidas, pero Curro los detuvo.

—Este no es lugar para una señorita. Ceferino, acompaña a la casa grande.

En el vestíbulo, Simona se topó con la señora Baena, armada con su bastón, señalando una mota de polvo en una de las consolas estilo Luis XV. También la marca de una huella de barro seca en una de las baldosas recién abrillantadas.

—Sí, señora. Ahora mismo aviso a una doncella.

—Quiero que supervises las habitaciones para cuando vengan mis nietas. Que pongan papel de pintar nuevo y cuelguen las lámparas que han traído de Inglaterra. *Come on*, Simona. ¡Y cubre de una vez los muebles de la habitación de la institutriz!

Y mientras Casimira hacía volar las sábanas sobre la cama y la cómoda de aquella estancia, ella revisó con un dedo curioso los libros que poblaban el estante de la pared descubriendo entre ellos un dije de latón dorado con forma de letra «c». Una baratija de Clara Fornells. Se lo guardó en el bolsillo y abrió el armario: aún conservaba algunas de sus ropas, así como el traje de montar que le regaló Alejandro.

—Después saca todo esto de aquí —ordenó.

Genoveva asomó tras la puerta.

—Encontré la llave del torreón, Simona.

Ella casi se la arrancó de la mano, aliviada, guardándola de nuevo en su manojo. La miró sorprendida. ¿Cómo sabía que pertenecía a...? Genoveva reprimió una risita; ella misma se había delatado.

Dio un paso atrás al ver las sábanas que impedían que el polvo se posara en los muebles, que confirmaban que Clarita no regresaría jamás. Casimira, que ya sabía que sus ojos se volvían malvas cuando iba a echarse a llorar, sintió algo parecido a la lástima por aquella niña rica.

Pero a Genoveva no le dolían los huesos por cargar con las ollas del jabón, ni se quemaba con el carbón del brasero ni debía retirar los orinales, por eso al pasar junto a ella le puso la zancadilla.

—¡Oh, señorita! ¡Cuánto lo siento!

No pudo evitar mirar burlona su mano de madera, hipnotizante en su extrañeza; ni mirar las suyas, agrietadas, pero de carne y enteras.

Fuente de Piedra

Un coche las llevó hacia las llanuras que conducían a Fuente de Piedra, un pueblo de casas blancas y poco más de mil habitantes que se alzaba sobre un pequeño cerro a dos leguas de Antequera. El manantial, el más rico tesoro de aquella población, le daba el nombre.

—Mi esposo Leonardo se dedicaba al comercio del agua de este manantial, antaño llamado Fuente Divina, exportándola a Nápoles —les contó Regina—. Pero llegaron el tabardillo y el paludismo, y mucha gente murió de calenturas. Durante un tiempo, estas aguas valiosas que curaron tantos años a enfermos con dolencias del riñón se echaron a perder.

Continuaron el camino entre olivares y campos de cebada hacia un lugar llamado Hoya del Navazo. Se cruzaron con la pareja de guardas que custodiaba las salinas y poco después encontraron el paraíso.

Ante ellas se mostraba un lago índigo, un mar de cielo y playas de sal y barro donde cientos de flamencos de largas patas y plumaje rosa se bañaban parsimoniosos en aquellas aguas brillantes como los ojos de Milagros, rendida ante tanta belleza.

—Hubo un tiempo en que este paraíso era mayor y se extendía a este y a oeste, hasta los mares que nos rodean. Un tiempo en que todo era puro y azul.

Martina contempló admirada la algarabía de los cientos de patos colorados, garzas y grullas reflejadas en el espejo de aquel lago salado.

—Los años secos la laguna desaparece; tenéis suerte de verla en su esplendor. Como todo en la vida, estas aguas nacen y mueren en un eterno retorno.

La visión de aquella multitud de aves le evocó algo a Martina.

—¿Recuerdas el canario rojo del abuelo Demetrio, abuela?

—Nunca me gustaron los pájaros en jaulas.

—Lo sé. Por eso me animaste a liberarlo; por eso me castigó mamá.

Se hizo el silencio entre ellas, roto por el graznido de los flamencos.

—¿Por qué te fuiste así? ¿Por qué nos dejaste?

—Quería volar, hija. Volar y encontrar mi verdadero nido.

Un grupo de aquellos flamencos, que anidaban allí tras pasar el invierno en Marruecos, alzó su

elegante vuelo sobre la laguna. Regina contó ocho. Suspiró y se abanicó alejando los mosquitos. Tomó del brazo a su nieta.

—Volar, como tú misma has hecho... —susurró.

Fue con esas palabras como Martina comprendió. Aun así, el silencio entre ellas era frío. En él se escondían secretos todavía.

—Rebuscan entre el cieno para hallar su comida, qué curioso —dijo Milagros rompiendo el hielo.

—El alimento puede surgir de los más densos lodos, así como la fuerza y el valor, escondidos como la sal en estas aguas.

—Bien, señora Regina —apuntó Milagros levantando el dedo índice—. Pero como dice el dicho: «Todos somos de barro, pero no es lo mismo orinal que jarro».

Y las tres rieron, embriagadas del olor a sal, admirando el paso de una bandada de avefrías.

En la noche, ya en Antequera, sopló un intenso viento del sur que azotó los árboles y los tejados de la ciudad, desbaratando tejas, haciendo volar los carteles de la próxima corrida de toros y hasta rompiendo algunos cristales. Regina podía sentir el lamento de las almas que poblaban las noches ventosas, libres y eternas.

Bajó apresurada al sótano, a la habitación de su mesa parlante. Prendió el candelabro, colocó las manos sobre ella y preguntó:

—Leonardo, *caro mio...*, ¿estás ahí?

Pero Leonardo nunca estaba. No para ella. No para nadie. Era un espíritu puro que ya no estaba errante, y Regina solo podía sentir el desgarró de haberlo perdido para siempre.

Pero el viento del sur, el viento de las brujas, traía noticias del devenir. Sintió la descarga en sus manos y sus ojos grises mudaron al blanco de la pared. Las visiones llegaron revelándole lo oculto, mostrándole el camino para llegar hasta Candela.

La última mañana que pasaron juntas encontró a las jóvenes sentadas temprano en la mesa. Milagros escondió un pedazo de pan bajo su servilleta: se estaba comiendo el currusco sin esperar a su anfitriona, y aunque trató de disimular, las migas en su barbilla la delataban. Regina sonrió ante aquella muchacha de carácter tan particular.

—Hoy iremos a la pedanía de La Higuera.

Y el cochero condujo su tiro entre cortijos, rebaños de cabras y labriegos encorvados hasta que llegaron a la ermita de la Virgen de Jeva, a los pies de los farallones del Torcal.

En el altar vieron un lienzo de la Virgen dentro de una hornacina. Un fraile rezaba arrodillado frente a él; se santiguó y se volvió hacia ellas. A pesar del hábito franciscano y la capucha ocultándole parte del rostro, Milagros reconocería aquel rostro aun en el mismo infierno.

—¡Diego! —Se tapó la boca; no quería que se le saliera el corazón.

—Un gusto verla, señorita —dijo inclinando la cabeza hacia Martina—. Señora... —saludó a Regina, que le pidió que la acompañara fuera.

—Prométeme que no te la llevarás. Prométemelo y yo os ayudaré en lo que sea menester.

Así lo hizo y tomó la mano de Milagros para llevarla a la parte de atrás de la ermita. Allí encontraron su caballo atado a una encina. Diego se apoyó en el arzón, donde colgaba su escopeta de dos cañones, y encendió un cigarro.

—Pronto dejaremos el Torcal y nos replegaremos hacia otro apostadero. Daremos un buen golpe y dejaré la banda con las faltriqueras repletas. Y entonces..., entonces... —Tenía que encontrar las palabras, pero era hombre de pocas—. Iré a buscarte allí donde estés.

Milagros acarició su barba de tres días. Le pareció más alto, más bien parecido.

—Esta Virgencita es milagrosa, vaya si lo es.

Se besaron y Milagros se quedó sin aliento. Sintió que alguien la quería de verdad, que alguien tal vez moriría por ella.

—Tengo que volver, pero te prometo que...

—Te esperaré, Diego. Te esperaré.

Con un hilo de voz, Milagros le dio las señas de Regina en la ciudad.

Cuando oyó el trote del caballo de Diego campo a través, cuando vio las lágrimas en los ojos

de Milagros, Martina regresó al carruaje. Sentía en su pecho el desconcierto de saber que echaba de menos un imposible.

Tras la cena, ya en Antequera, Regina se inclinó hacia atrás en su silla de la azotea, entrecruzó los dedos de las manos y dijo:

—Mañana será vuestro último día aquí, jovencitas.

—Pero ¿adónde vamos a ir? —preguntó Milagros—. ¿Hemos hecho algo que no...?

—Es menester que sepáis que vais a emprender un camino peligroso, queridas. —Respiró hondo y añadió—: Eso dijeron los espíritus anoche, pero es necesario que lo recorráis juntas para encontrar a Candela.

—No quiero saber de fantasmas ni voces de ultratumba, abuela —dijo Martina mirando a Milagros, que se mordía las uñas—. En Nueva Orleans supe de una española que acudió a una de esas mesas parlantes y terminó en un sanatorio para enfermos mentales.

—Entiendo que no creas en lo invisible, pero ahora mismo es indiferente lo que pienses. Cada quien y cada cual tenemos una misión en esta vida, y la tuya es evitar un crimen.

—Un crimen...

—Un sacrificio. Esa fue la palabra exacta.

—¡No comprendo nada, abuela!

Rosalía trajo vino dulce y se retiró enseguida. Una estrella fugaz cruzó el cielo sobre sus cabezas. Aquel verano abundaban, como las luciérnagas entre los tiestos de peonías recién regadas.

—¿Acaso crees que es fácil para mí convocar la ayuda de nuestros ancestros y recibir esa clase de respuestas? ¿Crees que no tiene un precio?

No había nada que responder a aquella pregunta que llevaba en su voz turbación y angustia a partes iguales. Martina no tenía palabras para replicar lo que no comprendía.

—Cuénteme entonces. —Dio un trago a su vaso de vino. Tal vez el alcohol le daría arrestos para comprender cuál era su cometido—. Cuénteme más.

Regina se apretó los senos nasales con el índice y el pulgar. Se avecinaba una de sus terribles jaquecas.

—El espíritu guía me habló de que tu destino está marcado por la luna del lobo y la luna de maíz. Dos lunas llenas, dos eclipses. En la primera, el pasado mes de enero, decidiste tomar las riendas de tu vida; en la segunda, a principios de septiembre, será el momento de la cosecha. —Quiso poder sufrir ella el devenir que le esperaba, pero no estaba en sus manos—. Ahora deberéis partir hacia la casa blanca de las flores negras. Así la llamaron los guías. Sé a qué casa se refieren y es adonde os dirigiréis.

—¿Cómo dice, abuela?

Las mismas palabras pronunciadas por la vieja Dorita en la esquina de la calle Sagasta regresaban a ella. ¿Cómo era posible?

—Esa anciana de la cual me hablas puede ser un alma rota, de las más sensibles para descubrir

lo oculto en el mundo ordinario; puede ser una profetisa.

—¿Flores negras? —Milagros estaba asombrada—. ¿Quién demonios cultiva flores de ese color?

Martina se levantó y se acercó a la barandilla mirando hacia la Peña, que parecía abatida bajo la luna. Todo era insensatez y delirio. Espíritus, flores y... Candela. ¿Cómo debía entender aquel galimatías?

—Los espíritus dijeron que Candela nació y la ocultaron; que creció y la ocultaron de nuevo. Que lleva la marca de la medialuna y la luz prendida de su nombre y de su corazón; por eso se libró de la muerte. Aun así, vuelve a estar en peligro de nuevo, confinada esperando la desdichada hora.

A Martina se le encogió el corazón pensando en el frasco de arsénico que encontró en la cómoda de la tía Balbina. Regina continuó hablando:

—Debemos devolverla a la vida que le corresponde; a un destino más grande que ella misma.

Se inclinó hacia ellas y les susurró lo que tenían que hacer.

—Sea, abuela. Es un plan insensato, y seguro que no es perfecto, pero lo llevaremos a cabo.

Por la mañana Rosalía les tendió una bolsa de papel de estraza con roscos de aceite del torno de las clarisas.

—No me pasen hambre en el camino, señoritas —dijo en un susurro. Andaba decaída y poco habladora por ver partir a las muchachas; también porque su hermana hacía tiempo que no sabía de su Roberto, al parecer otra vez en malos pasos.

Señaló las livianas maletas al cochero sin comprender por qué Milagros llevaba indumentaria de sirvienta: falda de algodón gris, camisa a rayas y un chal colgando en los brazos. Martina, en cambio, llevaba una chaqueta de faya negra entallada y cerrada en el pecho por un botón de nácar. La falda, de tisú verdinegro, completaba lo que Regina llamaba una *toilette* de paseo, elegante pero no ostentosa.

Milagros abrió la bolsa de los roscos contando cuántos tocaban por cabeza. Se encaminaba hacia aquella aventura con ánimos, y más aún tras la conversación con Regina.

—Si viene a buscarme, dígame adónde he ido. Y dígame también que..., que... —Cómo decir todo lo que pensaba en unas pocas palabras.

—Sí, hija mía. Se lo diré. —Regina sonrió abrazando a aquella jovencita que había recobrado la ilusión—. Salid al mundo, hijas. Utilizad vuestra intuición y llevad vuestra luz allí donde veáis oscuridad. Encontrad a Candela y traedla a casa.

Marcharon con sendas cartas de recomendación firmadas por Pitita de Rojas, gran amiga de Regina, para darles entrada en la Casa Baena: Martina en calidad de institutriz y Milagros como ayudante de cocina. Días atrás, Pitita se había reunido con Fiona y supo de su necesidad de una nueva maestra y de la próxima marcha de la vieja criada Arcadia.

Tomaron un coche que se marchó calle abajo escoltado por el solano, el viento del este. Regina caminó hasta el mirador de las Almenillas y contempló la ciudad, tranquila y blanca en aquella hora, tratando de hallar serenidad. Sintió que la observaban y vio a un hombre apoyado junto al Arco de los Gigantes; cuando emprendió el regreso, la siguió. Desde detrás de las cortinas lo vio frente a la casa anotando algo con rapidez en un pequeño cuaderno.

Se recostó en el salón. Aquel viento no solo anunciaba agua; también malos augurios.

El Torcal de Antequera

Dejaron a Fiero y una bolsa de monedas para su sustento con uno de los pastores. A Juanito se le caían las lágrimas como si hubiera abandonado a un hijo en un convento, pero no podían llevarlo con ellos.

Antes del amanecer se dirigieron a la cara sur del Torcal y se encaminaron hacia Almogía, donde prepararían emboscadas a las diligencias que viajaban camino a Málaga. Los montes les servirían de refugio, una vez más.

Las cuadrillas de jornaleros ya se inclinaban sobre los campos de trigo. Alguno alzó la mirada y los divisó: cinco hombres trotando a caballo, con el viento caliente azotándoles el rostro, barajando sus cartas entre el arresto o la muerte.

XXII
MADEMOISELLE

Casa Baena

El Asturiano se caló el sombrero y observó a dos perros color canela dormitando al lado de una tinaja colmada de margaritas. Masticaba una ramita de romero ante la fachada imponente.

Se acomodó el parche que cubría la cicatriz de su ojo derecho y se dirigió a la casa del guardés.

—A los buenos días. ¿Qué se *l'ofrese*?

Retiró la rama de romero que llevaba en la boca y se presentó.

—Francisco Argüelles, el padre Sancho me ha...

Curro levantó la mano, enterado: lo había recomendado porque venía de la guerra de Cuba y era pariente lejano.

—Ea... El Asturiano. Venga conmigo.

La Santa hubiera dicho que era un buen mozo a pesar del parche; pero él, que no opinaba de esas cosas, sí sabía apreciar la gallardía de una pose con cierto aire militar. Francisco tenía el cuello quemado por el sol, y sus ojos negros y transparentes parecían gritar los horrores de la guerra, de donde venía desencantado y sin honores.

Pasaron junto a la cochera y llegaron a las caballerizas. Curro empujó una puerta y, secándose el sudor de la frente, le mostró el cuarto que ocuparía. El Asturiano observó su rostro cansado y la línea de una quemadura reciente que cruzaba de lado a lado su mejilla derecha.

—¿Marcando reses? —le preguntó señalando la herida.

—Aquí cada uno a lo suyo.

Le dio las señas de quién era quién en la casa, y al saber que no se había llevado nada a la boca desde el día anterior, lo mandó a la cocina. El jornal era bajo, pero en aquella casa nadie pasaba hambre.

Al recién llegado los ojos se le iban al pan caliente y Sete le señaló el comedor del servicio preguntándole su nombre.

—El Asturiano, me llaman algunos, pero nadie me llama Paco. Solo mi madre, que en paz descansa.

Llegó un carro cargado con barras de hielo y la cocinera salió para indicar dónde tenían que

descargarlas. Tras ella, entró Simona; los músculos del cuello tensos por la llegada de la nueva *mamuasel*. Al ver a Francisco junto a un vaso de vino, trastabilló en el escalón.

—Gusto en verte, Simonita...

Simonita. Como cuando le prometió matrimonio enredada entre las sábanas de la fonda de su tía Manuela. Como cuando la abandonó por una tabernera y le dijo que así era la vida. Como cuando se burló de ella al saber que iba a casarse con Benigno.

—Aquí ni se te ocurra llamarme Simonita, o te hiendo la garganta como a una gallina.

—Veo que se te subieron los humos...

—No estoy para monsergas: dime qué haces aquí y quién te mandó venir.

Él se levantó y se plantó frente a ella, que respiró el olor a tabaco de su camisa, y el aliento se le detuvo en el pecho como si fuera ayer.

—¿Qué te pasó? —El parche la inquietaba. El ojo bueno parecía decirle que, más que una herida, escondía la amargura y la humillación de una guerra absurda.

—¿Qué tal Benigno? ¿Murió ya de vejestorio o lo mataste?

Sete entró sin comprender la risa del recién llegado, que ya se tomaba confianzas con la servidumbre.

Alejandro leía preocupado las noticias de la peste bubónica en Portugal. Encendió un cigarro y le indicó a la doncella que hiciera pasar a la nueva profesora.

Martina cruzó el umbral de la biblioteca, y por primera vez desde que huyó de Nueva Orleans tuvo la turbadora sensación de que no había vuelta atrás.

—Trae café, Casimira —pidió con un ligero tono afónico—. ¿O prefiere té, señorita...?

Martina dio un paso adelante sobre la alfombra de arabescos sintiéndose como Juana Eyre entrando por primera vez en Thornfield Hall.

—Catalina Valdivia, señor —mintió frente a aquel hombre de hablar pausado que no aparentaba más de treinta años.

Bien parecido, vestía con traje negro y corbata de lazo al estilo americano. Su mirada, resbaladiza, parecía más interesada en el periódico que en la recién llegada.

—Buenas tardes.

Martina se volvió y vio a Fiona Warwick con su vestido de medio luto de seda y tafetán. Avanzó hacia ellos colocándose los anteojos para observar mejor a la nueva institutriz: alta, de piel blanca y cabellos rubios recogidos bajo un canotier, atraía las miradas en aquella sala sombría.

Leyó por encima la recomendación de Pitita de Rojas y la invitó a sentarse.

De pie en el patio de servicio, junto a su maleta de cartón, Milagros esperaba instrucciones de Simona parlotando con Ceferino.

—*Pos* no sé lo que ha de tardar... —decía el niño agitando las chinitas que sacó del bolsillo. Las dejó en el suelo y las contó—: Uno, cuatro, siete...

—Ya veo que nadie te ha enseñado los números como Dios manda.

—Sí me enseñaron, pero mi padre dice que tengo la mollera dura. —Le indicó que se acercara y le susurró—: Ándate con cuidadín con la Simona, porque mi padre también dice que es de mala entraña y poco de fiar.

—¿Y tu madre qué dice? ¿No dice *na*?

—Ella tiene que oír, ver y callar.

Milagros resopló juntando las manos en la espalda. Se acercó al pozo y se asomó; le parecía oír el rumor lejano de unos golpeteos metálicos. Las campanas de la iglesia eclipsaron su oído y volvió junto al niño.

—Tú, acompáñame —oyó una voz de mujer tras ella—. Ceferino, ¿no tienes nada que hacer?

La mirada de Simona despreciando su facha de pueblerina ensombreció su buen humor.

—Soy el ama de llaves de esta casa, Simona Bélmez, por lo que a partir de ahora estarás a mis órdenes. —Milagros recogió su maleta del suelo y la siguió—. La señora Baena te ha aceptado por recomendación, así que espero que hagas honor a la confianza que te han dado.

—Sí, señora.

—¿De dónde eres, Milagros?

—De Jarraconejos, señora. —El primer nombre de lugar que se le ocurrió—. La patria de los mejores tocinos de cielo.

Simona se volvió con cara de pocos amigos. No estaba para melindres ni para hacer amistades con el servicio; menos aún con las muchachas parlanchinas.

—Muy bien, Milagros Garrido de Jarraconejos: te enseñaré tu cuarto y allí podrás cambiarte.

—La miró de arriba abajo haciendo una mueca—. Eso si te entra el uniforme, porque para venir de la inclusa te daban buenos platos, visto lo visto.

Milagros se mordió los carrillos por dentro, a punto de explotar del coraje. Grosera, malaje, zurrapa. Le hubiera llamado aquello y más mientras iban a la pequeña habitación que le había tocado en suerte: poco iluminada, con un catre como el del convento y muy cerca de las caballerizas.

Sentada a los pies de aquella cama de jergón flácido, respiró hondo y se repitió que solo se trataba de estar allí unos días, vigilar que Martina no hiciera ninguna tontería, encontrar a la niña Candela y sacarla de allí.

—Acompañeme, señorita Valdivia —dijo Alejandro con una leve inclinación de cabeza—. Discúlpenos, madre, pero subiremos a la habitación de Genoveva. Si quiere esperarnos aquí...

Fiona hizo un leve gesto con la mano y se sentó al piano. Antes de que salieran, preguntó:

—¿Cenará con nosotros, *mademoiselle*?

—Como guste, señora.

El frufrú de la falda de Martina y los tacones ingleses de sus botines resonaron por el suelo recién brillantado hasta la escalera alfombrada que presidía el vestíbulo. El pasamanos de caoba dibujaba una curva que se perdía en el piso superior.

Subió admirando los retratos al óleo de la familia Baena-Warwick hasta alcanzar las dos columnas de fuste estriado y capitel corintio que separaban las alas de las estancias principales. El pasillo de la izquierda, decorado con esculturas y cuadros de paisajes andaluces, los llevó a la habitación de quien sería su alumna, desordenada y desierta.

—Genoveva... No es momento de juegos —dijo Alejandro sonriendo.

Martina vio moverse un bulto tras las cortinas. La luz de la tarde, oblicua y perezosa, le mostró su figura de baja estatura, su vestido azul. Descalza, con el cabello suelto y sin peinar, dio un par de saltitos hasta ellos y tendió su mano derecha a Martina, que no pudo evitar la conmoción.

Aquella niña de expresión traviesa y ojos violáceos era la viva imagen de Candela; pero reparó en el brazo izquierdo, articulado y de madera, que colgaba inerte bajo la manga tres cuartos, y en la anarquía que brillaba en aquella alcoba, a diferencia del escrupuloso orden de su prima.

—Te presento a la señorita Catalina Valdivia, tu nueva institutriz.

Genoveva hizo un mohín disconforme. Quería que Clara regresara, no quería a nadie más ocupando un lugar que no le correspondía.

—Como podrá ver, estamos ante una pequeña artista. —Alejandro alzó uno de los dibujos al carboncillo que poblaban el escritorio junto a la ventana—. ¿Le gusta el dibujo, señorita Valdivia?

—Por supuesto —sonrió.

Su habitación, frente a la de su pupila, era amplia y estaba vestida con cortinajes de algodón

blanco. Junto a la ventana, orientada a la fachada principal de la casa, encontró un tocador de caoba y mármol gris en el que desmerecía su exiguo neceser.

Deshizo la maleta, dejó sobre el escritorio un diccionario liliputiense francés-español y, con la curiosidad de aquel nuevo espacio en su vida, abrió el primer cajón, donde encontró papel, cuadernos y útiles para escribir; también un sobre con parte del sueldo de un mes por adelantado. Se sintió una timadora al recibir su paga fruto de un embuste.

Llenó la pila de porcelana con el aguamanil y se refrescó turbada por el inquietante parecido entre las niñas, por la sensación de estar ante un acertijo.

En una ocasión alguien le habló de que cada hombre y cada mujer tenían un doble en otro lugar del mundo. ¿Sería eso posible?

Se asomó a la puerta acristalada del comedor, entreabierta, y encontró a Casimira y a Milagros, ya vestida con el uniforme de doncella, colocando copas y cubiertos. Después se encaminó por el pasillo hacia una habitación que encontró cerrada.

—Esa sala es para las fiestas del señor —dijo Simona tras ella—. No le gustan las chismosas, ni a la señora Baena tampoco.

—Lo siento —musitó una excusa—, estoy buscando al señor Baena y...

—Lo siento señora, querrá usted decir.

Se volvieron cuando Alejandro abrió la puerta de la biblioteca y se dirigió hacia ellas.

—Te presento a nuestra nueva institutriz, Simona.

Se dieron la mano y Martina observó su escrupulosa apariencia, sus uñas recién limadas, el cabello liso y tirante bajo la cofia. Desprendía un sutil aroma a espliego y sus ojos de cuencas prominentes le recordaron los de la vieja Dorita. Parecían aguzados por la certeza de que no iba a durar allí mucho tiempo.

La última carta de Benigno arrugada en el bolsillo de su delantal; Francisco desbaratando su aplomo y Alejandro sonriendo a la recién llegada. Deseosa de que acabara de una vez aquel día, Simona se quedó escuchando tras la puerta de la biblioteca, interesada en la conversación.

Alejandro acariciaba la copa de un moscatel de crianza propia.

—Y bien... Contadme algo más de vuestra persona. —Se sentó a su lado y Martina carraspeó, como una actriz aclarando la voz antes de salir al escenario.

—Como ya sabéis, quedé huérfana. Mi padre tenía negocios de... importación de tabaco; pero la pérdida de Cuba fue, ya sabe... —titubeó—. Las rentas no son suficientes y me he visto obligada a... —Sus titubeos mostraban su turbación por verse obligada a ganarse el sustento del modo más honroso a su alcance. Aun así, las pupilas dilatadas de Alejandro Baena parecían adivinar sus mentiras.

—Espero que el adelanto haya sido de su conveniencia, *mademoiselle* Valdivia; teniendo en cuenta que es su primer trabajo como institutriz...

—Agradezco su confianza, señor.

Simona renegaba de aquellas veinticinco pesetas cuando muchos de los trabajadores en la casa

eran remunerados con un plato en la mesa y ropa y zapatos cuando fueran menester. Cuando la mayoría de los maestros que andaban por los cortijos, los *enseñaores*, se conformaban con un techo sobre sus cabezas y dos reales por semana. Se estiró las mangas de su vestido negro, que parecía haber encogido tras el último lavado, y salió corriendo hacia la cocina a contar el chisme a la Santa para que esta lo fuera escampando por el servicio y llegara hasta los peones.

—Como es preceptivo, me gustaría concretar un período de quince días de prueba. Mi sobrina ha estado muy apegada a la anterior educadora y es probable que su carácter un tanto montaraz requiera de su paciencia. Deberá prepararla para su examen de ingreso en un prestigioso internado inglés, y también para que confíe en sí misma y descubra quién quiere ser. ¿Pasamos al comedor?

La mesa, cubierta con un espléndido mantel blanco e iluminadas las copas de cristal por las lámparas encendidas, exhibía sus buenos platos de jamón, langostinos y una fuente con gazpacho que una doncella empezó a servir.

Martina sirvió el agua a Genoveva, envarada en su asiento.

—¿Dónde cursó sus estudios, señorita Valdivia? —preguntó la tía Josefina. Contaba más de ochenta años, era hermana del padre de Alejandro y pasaba algunas temporadas en la hacienda.

—En Toulouse, señora —aventuró. Se limpió los labios con la servilleta cuando Milagros entró cargada con una bandeja de cordero estofado y entornó los ojos divertida. «¿Toulouse?», sonrió al ver que Martina se venía arriba entre aquellos señores de enjundia.

—Más vino —pidió Alejandro haciendo un gesto, observando cómo Martina ayudaba a su sobrina a cortar la carne—. Hace tiempo que no visito Francia...

—Puedes ir cuando gustes, querido —dijo su tía—. Tienes juventud y todo el tiempo por delante, ¡bendito tesoro!

Fiona se percató del modo en que Alejandro bajó la mirada, de aquella desesperación que a veces emergía del brillo de sus pupilas.

Tiempo, qué bien escaso y fútil para los que están condenados como lo estaba él. Se retiró con la excusa de su recurrente resfriado, de la tos que le sobrevenía y le impedía seguir comiendo.

—Una gripe mal curada —dijo Fiona quitando importancia a la repentina marcha de su hijo—. Tendremos que volver a llamar al doctor. —Agitó la campanilla para que trajeran los postres y salió tras él.

—Si me permite la indiscreción —dijo Josefina para templar el ambiente—, ¿cómo es que no se ha casado usted, tan bonita y tan instruida? ¿No será usted una sufragista, una libertaria? —Su índice dibujó un círculo en el aire—. ¿No será una soñadora por la igualdad?

La bandeja de los postres, en difícil equilibrio sobre las inexpertas manos de Milagros, cayó al suelo salpicándolo de natillas y esquiras de cristal.

Simona se aseó en la jofaina de su habitación. Con el rostro húmedo, contempló las hogueras de los pastores en la lejanía, pequeños puntos de luz como luciérnagas en la noche.

Suspiró y se sentó ante la cómoda que hacía las veces de tocador para embadurnar su cara con un frasco de crema Simón, un capricho de seis reales. Se ciñó la bata a la cintura y jugueteó con el cinturón, inquieta porque debía regresar a los túneles que comunicaban la casa con el cortijo Lafuente.

Estaba en un brete y no sabía cómo salir de él, maldita fuera su estampa.

Llamaron a la puerta.

—¿Qué haces aquí?

El Asturiano cerró tras él y le dio dos vueltas a la llave. Alargó su mano hacia la mejilla de Simona, colorada bajo aquella calidez.

En la cama y recostada en su hombro, le pareció regresar a un tiempo en que fueron felices, pero la mirada de aquel hombre estaba anegada de la lluvia sobre la cubierta del barco que llevaba a la tropa a la guerra de Cuba; vivía con los miembros de su regimiento muertos por fiebre amarilla. Seguía perdida entre el humo de los cañaverales.

Despertó y él ya no estaba. El reloj de su habitación marcaba las doce y se levantó para cerrar la ventana. Sobre la mesita de noche encontró una peseta. «Desgraciado, maldito majadero...» Simona sostuvo la moneda entre las manos y la lanzó por la ventana con la esperanza de alejar de sí la rabia de saber que Francisco era el mismo de siempre, que el tiempo y la guerra habían infestado aún más su alma vulgar.

Se asomó, oyendo el tintineo en las baldosas del patio. Entre la niebla apareció una silueta que cargaba una lámpara de aceite. Caminaba aprisa en dirección a las caballerizas.

—Esta casa tiene un no sé qué... —dijo Martina cerrando aprisa la puerta tras ella.

Milagros se descalzaba frotándose los pies doloridos.

—Nunca pensé que ser sirvienta pudiera llegar a cansar tanto. ¡Y ya me perdí tres veces antes de encontrar este cuarto donde me han *entachonao!*

—Temple, Milagros. —Cruzó los brazos sobre el pecho y contempló el camastro, las paredes desiertas. Hasta ellas llegaba el olor de las caballerizas, que se colaba por la rendija de la puerta —. Siéntate; tengo algo que contarte.

—¡Desembucha!

—He conocido a Genoveva, mi pupila.

—¿Y bien...?

—Es igualita a Candela.

—¿Igualita? ¿Igualita cómo?

—Como gemelas.

—No me jeringues...

Martina se sentó junto a ella, a los pies de la cama.

—Pero a Genoveva le falta un brazo, pobre niña. Quién sabe qué le pasó, pero mañana intentaré averiguar.

—Yo también haré preguntas aquí y acullá. —Milagros se quitó la falda quedándose en enaguas —. Debemos andar atentas con el ama de llaves, que ya la tengo calada. —Se tumbó de espaldas en la cama y mirando al techo preguntó—: ¿De verdad crees que los Baena tienen aquí a Candela? Es una familia de abolengo; tendrán sus más y su menos, pero hacer algo así, ¿con qué motivo?

Encogiéndose de hombros, Martina se tumbó también.

—En esta casa late un secreto y Genoveva ha de llevarnos a él.

Alumbró el camino de regreso con su lámpara y buscó entre la cortina de niebla la puerta por la que el servicio entraba a la casa grande. Dio vueltas por el patio, oyó a los perros ladrar y vio la llama de un candil atravesando una crujía.

—¿La acompaño, señorita?

Se volvió y vio al Asturiano mascando una ramita de romero, con su linterna en la mano y la escopeta al hombro. Lo acompañaba un perro que husmeó las pantorrillas de Martina jadeando. Ella recordó a Fiero y por un instante regresó al Torcal.

XXIII
LECCIONES

Martina despertó con un nudo aprisionando su estómago. Soñó que una mano, pequeña, rígida y de tacto extraño, acariciaba sus cabellos. Soñó que alguien correteaba junto al armario escondiéndose en él para velar su sueño, canturreando una nana en francés.

Se frotó las sienes húmedas y deshizo la trenza que colgaba a su espalda. Se vistió con una falda gris y una camisa blanca de cuello alto y mangas abullonadas; un atuendo discreto y cómodo que completó con un lazo de terciopelo negro en el cuello. Se cardó el cabello y lo enroscó formando una nube en torno a su cabeza; se pellizó las mejillas, parpadeó y respiró hondo recordando la noche anterior, cuando el Asturiano reanudó su ronda y ella decidió perseguir el rastro del candil que ondulaba en la crujía.

La luna, emborronada sobre la Casa Baena, la guio entre la bruma húmeda que le ceñía el camisón al cuerpo, conduciéndola tras el rastro de los flecos de un chal de color carne perdiéndose en el lagar.

Cuando entró en aquel edificio de ladrillos de adobe, solo estaban ella y las paredes de piedra, y un aguzado olor a vino y a manzanas dulces que la acompañaría el resto de la noche. Le entró frío y decidió regresar por donde había venido: la niebla baja la ayudó a volver a su habitación.

Estiró las sábanas de su cama y, al tratar de acomodar la almohada, vio fragmentos de sus cabellos evidenciando los restos de un trasquilón. Aún con el resquemor de pensar en la niña, las tijeras y su indefensión en la noche, no quería perder la partida antes de empezar.

Guardó un pañuelo de encaje en su bolsillo, tomó un cartapacio y el diccionario de francés y se encaminó al comedor, donde antes de comenzar las clases desayunaría junto a Genoveva. Se prometió no mentar el incidente, obviar aquella inocentada que no debía tener mayores consecuencias.

—Más prieta —decía Simona indicando a Milagros cómo hacer la cama—. Ni una arruga se ha de ver —insistía mientras la joven se deslomaba levantando aquel pesado colchón.

—Aquí no se come hoy o qué... —murmuró. El hambre la mataba, pues solo le habían dado unas gachas para desayunar. ¡Qué lejos quedaban los desayunos en casa de Regina; casi era como volver al convento!

—Será mejor que aprendas y cierres el pico si quieres seguir trabajando aquí. Cuando acabes tu tarea, comerás —dijo el ama de llaves. Y la dejó limpiando el polvo de dos habitaciones que iban a ocuparse en unos días.

—Y como una patena, o te pongo de patitas en la calle.

—Sí, señora —respondió.

Desempolvó a toda prisa, colgó el plumero de su cinturón y salió al pasillo. Una de las ventanas le mostró el jardín de la parte trasera, exuberante y melancólico. Pudo ver un cenador de hierro, un pequeño oasis sumergido bajo flores de glicinas en el que la señora Baena y la tía Josefina desayunaban.

Se dirigió al ala este de la casa, donde encontró un largo pasillo con puertas cerradas y cuadros con escenas de caza pintados al óleo. Un amplio ventanal de cuarterones le mostró a Vicente, el cochero, abriendo la puerta al señor Alejandro. Después vio a Martina ayudando a subir a Genoveva.

El estómago le rugía. Era hora de bajar y congraciarse con la cocinera: necesitaba un pisco-labis y una pizca de figoneo.

Simona también los vio partir. La *mamuasel* con su sombrero y su ridículo lazo de terciopelo negro al cuello, y la niña Genoveva dando saltitos de alegría por volver a la ciudad del mar, como ella la llamaba, pues iban a Málaga a comprar libros y otras fruslerías.

—Y tú, ¿qué andas mirando? —le gritó a Ceferino—. ¿No tienes tarea en la porqueriza?

El niño le hizo una burla y salió corriendo. Andaba triste porque Genoveva se marchaba a Málaga y hoy no jugarían a las escondidas en el granero. Corrió hacia el pozo y comenzó a tirar chinatas para contar las circunferencias que dibujaba el agua. Solía quedarse embobado en ellas, imaginando rostros y gente que vivía en el fondo, como detrás de un telón. Levantó la cabeza y vio que padre hablaba con el nuevo guarda y que llevaba el látigo del ganado en la mano: era hora de poner pies en polvorosa.

Corrió hacia los huertos y vio a los jornaleros destripando terrones, a su madre en el lavadero con Casimira, a varios hombres en la bodega contando las arrobas de vino y de moscatel, a su padre afanar una bota de aguardiente.

Salió a la carretera de la estación a ver las carretas que iban y venían y siguió a la que entraba en la hacienda cargada con una barrica de cacao. Se encaramó a un barril vacío junto al pozo e hizo la veleta, girando sobre sí mismo y deteniéndose por donde venía el viento. Después ahuyentó a los perros que ladraban al gato que trepaba a la higuera.

—¡Ay, chiquillo! —exclamó Milagros. Tropezó con el niño y su canasto de sábanas cayó al suelo.

Ceferino levantó el brazo para atenuar el golpe que esperaba.

—¡Que no te voy a pegar, tontucio! Anda, ayúdame —dijo amontonando las sábanas manchadas de paja y tierra—. ¿Acaso siempre te pegan por cada *chuminá* que haces?

Milagros colocó el cesto bajo el brazo y sacó del bolsillo del delantal un higo seco que él miró con deseo e hizo desaparecer en su boca en un santiamén.

—No hay muchos niños por aquí, ¿no, Ceferino?

—A la casa no le gustan. Eso dice mi madre, porque hace poco se le fue uno de entre las piernas. —Se llevó una mano a la boca, pues se le había escapado el secreto.

—Pero seguro que a veces juegas con Genoveva y con su hermana.

—No hay ninguna hermana.

—Ayer me pareció ver a una niña muy parecida a ella corriendo por el ala oeste... —mintió, observando la reacción del niño.

Ceferino negó con la cabeza.

—*Pos* será un fantasma o lo habrás *soñado*...

—*Pos* igual sí. Cuando era pequeña, a mí me encantaba jugar al escondite. ¿Y a ti?

Él asintió.

—¿Juegas con Genoveva? ¿Dentro de la casa, también?

—Lo que es secreto es secreto.

Milagros dejó el canasto en el suelo y se acercó más a él interesada.

—Eso quiere decir que sí y que conoces los mejores lugares, pillastre. —Le dio otro higo seco y preguntó—: ¿Dónde te esconderías si quisieras que no te encontraran jamás?

El niño hizo una mueca barruntando.

—¿Qué me das si te llevo?

Milagros sonrió.

—Un chorizo. *Pa* ti solo.

—¿Enterito?

—Enterito. ¿Trato hecho?

—A los *güenos* días... —Curro carraspeó al toparse con Simona en la crujía.

—Déjame pasar.

—Esto no quedará así, Simona. —Curro le señaló la herida de su mejilla, aún en carne viva tras golpearlo con la plancha caliente.

Ella alzó una ceja.

—¿Me estás amenazando? —Se hizo paso con un empujón. Pero antes de regresar a sus quehaceres se volvió, cruzó con los dedos sus labios y dijo en voz baja—: Chitón o tu mujer pronto tendrá que ir a visitarte en la cárcel. Recuerda que sé dónde guardas el alpiste y... lo otro.

El alpiste sería su ruina, pues el vino dulce, el vino seco y hasta el vino picado le perdían. No había día que no comenzara sin un vaso para aclararse la vista, y no había noche que no buscara excusas para ir a echarse unos tragos con los gañanes. Si hasta la misma Simona le proveía de restos de botellas de coñac para que bebiera algo decente y supiera siempre quién mandaba allí.

Lo otro era la sopera de plata, su pasaporte por si tenía que salir aviado del cortijo algún día y no tener que mendigar por un techo ni un pedazo de pan para su familia.

—La sacaré de ahí —dijo pensando en la celda del túnel donde el ama de llaves escondía a Clara Fornells.

Simona se volvió.

—Tú no harás ni dirás nada. Y si se te va la lengua lo negaré todo, te acusaré y te condenarán a garrote vil. —Le sostuvo la mirada—. ¿A quién crees que van a creer? ¿A un gañán como tú, que no sabe ni hacer la o con un canuto?

Cuando el ama de llaves se marchó, el guardés encendió un pitillo, sacó del bolsillo del pantalón una pequeña petaca de latón y dio un sorbo, entrando enseguida en aquel calor que embriagaba su pecho, olvidando un poco la suerte de la señorita Fornells.

Se convenció de que era cuestión de unos días más, de un escarmiento por algún rifirrafe entre mujeres; pero el saber que la joven seguía en los túneles que trezaban con bóvedas de roca y agua los cimientos de la casa, que seguía encerrada a merced de las ratas y la humedad, lo carcomía por dentro.

Escupió en la esquina junto a los aperos de labranza y aspiró con ansia su cigarrillo bajo aquel

sol que lo ajusticiaba. Vio a un mozo de cuabras, le hizo una seña, le pidió uno de los caballos ya ensillados y galopó hacia la torre del Prado, una antigua torre vigía desde donde podía divisar el mar.

A la altura del cortijo de los Leandros se topó con los rurales. Aquel par siempre con sus preguntas, con la mirada del tal Víctor clavada en él como si deseara sonsacarle los secretos de la Casa Baena.

—¿Todo bien, Curro?

No respondió y espoleó a su montura contra el viento.

Ya no gritaba ayuda. Ya no tenía voz. Agazapada en el fondo de la oquedad que era su celda, con el único consuelo de la manta que le daba calor, se dejó acunar por el goteo persistente del agua en las paredes de roca.

Junto a ella, una bandeja con restos de pan mohoso. Hacía días que Simona no venía a reponer sus víveres, a traerle nuevas velas con las que templar aquellas tinieblas. No recordaba cuándo dejó de contar las muescas del paso del tiempo en la pared.

Recostada sobre el jergón, aguzó el oído ante el tenue chapoteo de unos pasos sorteando el hilo de agua que saeteaba el túnel donde se encontraba. Oyó el chirrido de una verja herrumbrosa, vio la tenue luz de un candil y se levantó tratando de recomponer su vestido, alisando sus cabellos.

—Te traje un poco de pastel.

Desde detrás de las rejas, los dedos de Clara rozaron el atadizo. Simona lo retiró.

—Pronto podrás irte —dijo arrugando la nariz ante el olor nauseabundo que provenía de la galería cercana, tratando de no encharcar sus zapatos con las aguas de escorrentía que se colaban desde la superficie.

—Sí, señora. Gracias, señora.

Simona observó cómo se ajaba su belleza, cómo se marchitaba aquella flor, cómo parecía aprender la lección. Dejó que asiera la cuerda del envoltorio y siguió sus pasos de pájaro herido retirándose a su jergón.

El deseo de la señora Baena de deshacerse de ella se había cumplido; el suyo aún necesitaba de un tiempo más. Deseaba hacerle pagar los celos que sintió desde su llegada a la casa, desde que ensombreció su presencia y la alejó de la cama de Alejandro, rasgando sus sueños. Clara seguiría allí hasta que las tinieblas la devoraran, hasta que la bondad de su corazón se pudriera en aquel infierno.

Colgó de la reja la bota con agua que traía al hombro y se alejó oyéndola murmurar de admiración mientras descubría el pedazo de pastel, la cecina y el pan, las velas de cera de abejas, las *Leyendas* de Bécquer y una caja de fósforos que iluminarían su oscuridad.

La tormenta vino desde el mar, tiñendo los trigales de azul cobalto. La tía Josefina se tomó un café con una pizca de canela y una nube de nata y se acostó. Le gustaba pasar despierta las noches de truenos y relámpagos como aquella.

—Tía, tía... ¿Puedo dormir con usted?

—¿Cuándo habéis regresado? No os oí llegar. —Acarició la cabeza de Genoveva, que se acurrucó entre ella y los almohadones de la mullida cama con dosel—. ¿Qué tal la nueva institutriz, pequeña?

La niña cerró los ojos y se recostó junto a su tía abuela, cansada del viaje.

—Se irá. Como las otras. —Suspiró—. ¿Sabes...? Fuimos al castillo de Gibralfaro y después a la Alameda. También probamos suerte en la ruleta de un barquillero y el tío Alejandro sacó un uno y pagó los barquillos; pero el mío, tras el primer bocado, se quebró...

—Eso es porque hay que comerlos de a poquitos, Genoveva.

Josefina acariciaba sus cabellos trenzados cuando un relámpago iluminó la habitación.

—Pronto vendrá la tía Manuela con las primas y el bebé, ¿verdad, tía?

—Así es; el próximo viernes.

—No quiero que Cordelia y Jorgina me peguen otra vez. No quiero que me llamen «marioneta» por mi brazo, tía.

—No se lo tengas en cuenta, querida. Son unas niñas malcriadas que aún tienen mucho que aprender.

Aún se dolía por su brazo tullido al nacer, por no saber qué pasaría cuando su edad la llevara a las inclinaciones propias de la juventud: bailes, verbenas y amoríos. La presencia de Clara en la casa la había hecho crecer más fuerte; ahora, su ausencia la debilitaba de nuevo.

—Tía Fina, ¿tú crees que mi madre me protege desde el cielo? ¿Que castigará a las primas si me hacen algo malo?

—No te harán nada. Aquí estoy yo para impedirlo.

Genoveva dibujó una mueca en su rostro. Su tía no parecía conocer las groserías de sus primas.

—¿Y a mí? ¿Dios me castigará por mis pecados?

—Qué pecados vas a tener tú, hija mía...

—Tía Fina. ¿Me cuentas un cuento?

—Dime cuál.

—El de la princesa Kelma y la Cueva de Menga.

La anciana lo desconocía, así que Genoveva reclinó la cabeza en su regazo y desgranó ella misma la historia de la princesa, la antigua cueva de piedras y el diablo. Josefina se adormecía, acompañada del dulce olor a manzanas frescas que desprendía su piel.

—¿Quién te contó esta historia, pequeña?

—La niña que es como yo.

—¿Como tú?

Los recuerdos se agitaron en torno a ella como un remolino. El viento en la vega se colaba bajo las ventanas de la habitación; parecía querer liberar los secretos y las mentiras que habitaban en la Casa Baena.

—Sí, tía. La niña del espejo.

Respiró aliviada; aun así, pediría confesión al padre Sancho, pues necesitaba que su pecado de omisión fuera perdonado. Y pensó que, si Dios se la quería llevar, aquel era un buen momento: con su mano agarrando la de Genoveva, que ya respiraba plácida, dormida como un ángel.

—Chsss...

Con una lámpara de aceite en la mano y el dedo índice sobre los labios, Ceferino guio a Milagros por el pasillo de servicio de la casa. Cuando alcanzaron la segunda planta, el reloj de pared tocó las tres y un trueno crujió sobre sus cabezas.

Caminaron de puntillas ante la habitación de Martina y la de la niña Genoveva, se dirigieron al pasillo que llevaba al ala oeste y Ceferino tropezó con la alfombra derribando un jarrón de porcelana. Milagros lo atrapó antes de que se estrellara contra el suelo, haciendo equilibrios mientras aguantaba la respiración. Lo volvió a colocar sobre su consola y le dio al niño un coscorrón para que anduviera con cuidado.

—¡Vamos, aprisa! —bisbiseó.

Se detuvieron ante una robusta puerta abovedada.

—Lleva al torreón, pero siempre está cerrada.

Milagros observó el triple cerrojo y los cuarterones de hierro y siguió al niño hacia un recodo que los condujo a un corredor donde bailaban las sombras de la tormenta.

Ceferino señaló una estatua de Hércules y el friso bajo un tapiz francés que mostraba una escena de caza. Colocó sus manos sobre la madera buscando el movimiento preciso y pronto oyeron un chasquido que les reveló la entrada a un pasadizo secreto.

Las entrañas de la casa eran un laberinto que parecía plegarse en torno a los intrusos, arrastrándolos a pasillos sin salida, a muros levantados con piedra y hierro que desorientaban sus pasos perplejos. El corazón de la casa, dentro de aquel enigmático esqueleto, latía calmado en torno a ellos.

Milagros sintió un palpito doloroso en las sienas. Le pareció oír el sonido de unos tambores remotos que se desvanecía a su alrededor, por eso avanzó con tiento siguiendo al niño entre telarañas y mástiles, atravesando la red que entrelazaba el interior de la casa.

Ceferino se volvió y sonrió ante la expresión atribulada de la muchacha. Cómodo en aquella tierra de nadie, señaló el recoveco de su derecha y un portón de dos hojas de madera de roble apareció ante ellos acercándolos a una azotea que conducía al palomar y a un nuevo corredor.

—Aquí es. —Señaló una puerta.

—Está cerrada. ¡Maldita sea!

—Ay, Milagritos. ¿Qué tengo aquí? —Sacó del bolsillo de su pantalón la copia de la llave hecha del estaño y el plomo de sus soldaditos y se la mostró como un trofeo.

—A ver si *t'has pensao* que el Ceferino no tiene pesquis...

El torreón los recibió acogéndolos entre sus ocho paredes de piedra blanca. Las ventanas ojivales permitían el paso del rayo de luna que dividía la estancia en dos partes. El niño recordó el olor a incienso de aquel lugar tras la sesión espiritista de la señora con *madame* Regina; la mesa con el mantel negro y la moneda de oro que un día lo llevaría a América.

—Pero... ¡aquí no hay nadie!

—¿Y quién va a haber? Tú querías venir y yo te he traído.

Milagros se llevó una mano a la frente sudorosa; sentía las mejillas afebradas y el vacío de no comprender qué estaba haciendo allí.

—Ahora no me vengas con la vaina de que no hay chorizo ni que tal ni que cual... —Ceferino se subió a la mesa, estiró los brazos sobre la cabeza, se inclinó sobre su pierna derecha y dándose impulso saltó sobre las tablas de madera del suelo del torreón.

—¡Vámonos ya, saltimbanqui!

Candela despertó. Le pareció oír risas y alguien que bailaba haciendo la veleta. Cerró los ojos y volvió a dormir.

XXIV

LA MUERTE Y LA DONCELLA

De permiso del internado de las religiosas de la Asunción, Cordelia y Jorgina correteaban levantando jarrones, desbaratando el orden de los cuadros y cambiando de sitio las figurillas de cristal.

Cordelia, de trece años y una mata de pelo rojo diablo, como decía Simona, levantó una diminuta copa de vidrio y la miró como quien observa un objeto extraño. Cuando su hermana se acercó, dejó que cayera al suelo.

—¡Has sido tú! —exclamó riendo.

Jorgina, con su perpetuo gesto huraño, comenzó a berrear. La tía Josefina bajó la escalera intentando poner orden, llevándose las manos a la cabeza al ver cómo Cordelia la arrastraba a sus majaderías. Jorgina iba a cumplir once años, pero parecía niña de pecho de lo alelada.

Entre varios hombres instalaron una red para que jugaran al tenis en una improvisada cancha junto al jardín y se retiraron cuando las vieron llegar alborotadas con Josefina.

Genoveva, junto a Martina y cargando con su álbum de flores secas, contemplaba el juego de sus primas. Deseó crecer y conseguir las largas pestañas de Cordelia y la estrecha cintura de Jorgina. Deseó la elegancia con la que lucían sus faldas color miel, sus blusas impolutas y los delicados botines Balmoral de cuero y tacón. Deseó también que sus brazos fueran ágiles como los de ellas golpeando la pelota con aquellos artilugios que Martina le explicó que se llamaban «raquetas»; *raquettes*, dijo en francés. La niña lo repitió pronunciando con acierto. Al ver llegar al perro Canelo, se agachó para acariciarlo.

Martina observaba a la hermana de Alejandro, sentada bajo la sombra de un árbol de jacarandá, con su bebé de ocho meses en brazos. El pequeño Paulino gorjeaba divertido ante los mohines de su madre mientras jugaba con las flores violetas del árbol desprendidas por la brisa. Su divertimento cesó cuando su abuela se sentó junto a ellos. El bebé rechazó sus carantoñas hipando ante la sombra alargada que proyectaba su sombrero de plumas de avestruz.

—Evité la expulsión de las niñas, madre.

Fiona se abanicó, molesta por las habladurías que llegaron hasta el colegio de sus nietas y obligó a Manuela a acudir a una reunión con la directora. Ni siquiera se lo comunicó a su esposo,

que bastante tenía con la revuelta de obreros en la fábrica de telas como para ocuparse de sus dos malcriadas hijas.

Días atrás, Manuela tomó asiento frente a la mesa del despacho de sor María escudriñando en el rostro pétreo de la religiosa la terrible revelación que quería hacerle acerca de sus hijas.

—No podemos tolerar un comportamiento de ese tipo, señora Guzmán.

Manuela sujetó sobre el regazo su pequeño bolso negro, como una coraza.

—No creo que sea tan grave como para considerar una expulsión...

—Tan grave, tan grave... ¡Por Dios bendito! ¡Escondían bajo su almohada libros impropios!

Manuela palideció. Pero ¿qué...?

La religiosa levantó el dedo índice.

—Juzgue usted misma. —Abrió un cajón y colocó sobre la mesa las pruebas del delito.

Respiró aliviada ante dos de los libros de su biblioteca particular: *Cumbres borrascosas* de Charlotte Brontë y *Madame Bovary* de Gustave Flaubert.

—Sensualidad malsana por un lado y ofensas a la moral por otro, señora Guzmán. Intolerable, ¡in-to-le-ra-ble! —repitió la monja santiguándose.

Manuela asintió y abrió su bolso.

—Espero que esta donación compense el mal hecho, hermana. Le aseguro que no volverá a ocurrir.

—Dios sabrá recompensar su generosidad. —Sor María la miró con severidad, aplacando su ira con aquel buen fajo de pesetas—. Pero eso no es todo: hay otro asunto del que quisiera hablarle.

—Usted dirá, hermana.

—Sus hijas comentan con sus compañeras que en la casa de campo de su abuela se celebran reuniones... —Carraspeó—. No sé cómo decirle..., reuniones gentiles, herejes.

—¿Herejes...?

—Sin remilgos: espíritas.

La monja acariciaba el gran crucifijo que le colgaba sobre el pecho sopesando la verdad en el asombro del rostro de Manuela Baena de Guzmán.

—No entiendo que las niñas inventen semejantes barbaridades —aseguró Manuela—. Tendrán su correspondiente correctivo, pierda cuidado.

—Átelas en corto, señora Guzmán. Por su bien.

De nada sirvieron los castigos ni las amenazas de no acudir a la feria, de no comprarles una nueva bicicleta. Jorgina y Cordelia insistían en que habían oído a la abuela hablar con una tal *madame* Regina acerca de invocar al abuelo Cayetano mientras tomaban el té con otras damas de Málaga.

—Tonterías de niñas —aseguró Fiona—. Pero no malcríes tanto al bebé, *my dear*. —Se abanicó acalorada—. Darle el biberón tú misma, como si fueras una vulgar *nurse*. ¿Acaso tu marido no dispone de dinero para contratar una?

—No empecemos, mamá...

Manuela dejó que Paulino retozara en la hierba, junto a los macizos de flores. Con su pololo blanco y su gorrito de batista gorjeaba feliz.

—¿Qué tal la nueva profesora? —Señaló con la barbilla a Martina, que junto a los parterres de frambuesas intentaba recuperar una pelota perdida.

—Viene recomendada por Pitita. Entretendrá a la niña antes de que la mandemos a estudiar a Inglaterra.

—¿Y Alejandro? ¿No va a merendar?

—Su asma, *you know*..

—¿Sigue con la búsqueda de candidatas, madre? Pensé que Casilda de Montellano era una buena opción.

—Por ahora, daré una tregua a tu hermano, pero cuando pase el verano tendrá que sentar la cabeza de una vez.

Milagros llegó empujando un carrito con pastelillos y limonadas, seguida por la tía Josefina.

—No se rechupetean los dedos como las pueblerinas, niñas —exclamó—. Pero ¿qué clase de educación les dan en el internado, Manuela? —Observó el carrito y añadió—: ¿No has traído hielo con el calor que hace, Milagros?

—*Oh, God!*, ¡mi jaqueca! —Fiona se frotó el puente de la nariz, fastidiada por los continuos errores de la nueva doncella y porque Josefina no regresaba de una vez a su casa de Málaga.

Se abanicó nerviosa, deseando que terminara el verano para volver al orden de la ciudad, a las tertulias y a los escaparates de moda. La brisa le traía el olor a estiércol de los campos y hasta el sudor de los gañanes que faenaban en los trigales. Por fortuna, Cayetano le construyó aquel oasis que era su invernadero, un espacio que exhalaba clase y belleza.

—¡No os alejéis, niñas! —Manuela vio a sus hijas y a Genoveva irse hacia el portón trasero, recelosa tras el crimen del niño de Archidona y los cadáveres de aquellas mujeres hallados en el río, a pocos metros de allí; también por la temible banda del Cañamero, que decían rondaba la zona.

Abrazó al pequeño Paulino y cuando su madre se dirigió al invernadero para revisar las tareas de Celestino, hizo señas a Martina.

—Gusto en conocerla, *mademoiselle* Valdivia. —La invitó a sentarse junto a ella y le pidió a Milagros que le sirviera un vaso de limonada—. Espero que se encuentre cómoda en la casa.

—Gracias, señora.

—Veo que ha congeniado con mi sobrina... —dijo cruzando las manos sobre el regazo—. Es una niña difícil que ha crecido bajo la tutela un tanto liberal de mi hermano, pero con un poco de

paciencia, podrá lidiar con ella.

—Así lo espero, señora. —Martina observó que Manuela humedecía sus labios, que desviaba la mirada hacia el pataleo de su hija Jorgina junto a la tapia para no revelar a la institutriz nada que no fuera de su incumbencia.

Martina levantó la vista y pudo ver la cara de Ceferino asomado a la ventana del palomar.

Por encargo de Simona, su padre lo había mandado allí para retirar los excrementos que después se utilizarían como abono en el olivar. Se afanó pensando en la triste suerte de aquellos pichones que lo rodeaban, ya que pronto aparecerían desplumados y rodeados de salsa de almendras en los platos de los señores.

Acabó aprisa su tarea, pues le había prometido a Genoveva que le haría un retrato con la cámara especial que guardaba en el granero. Al pasar por el lagar, vio que su padre fumaba a las puertas con aire de malas pulgas. Se alejó y cerca de la bodega encontró a Genoveva con su muñeca, deshaciéndose de su sombrero y sus zapatos, lanzándolos dentro de una tinaja.

—Jorgina me ha vuelto a llamar «marioneta», pero la nueva criada le ha tirado de las coletas y la ha llamado «cara de berza».

—¡Oh! —rio el niño—. Milagros es mi amiga y, si es mía, tuya también. ¡Sígueme!

Seguidos por tres pavitos blancos, entraron en el granero, donde Ceferino ya tenía preparada una maceta colocada en imperfecto equilibrio sobre dos taburetes: simulaba una cámara fotográfica.

—Siéntate, Genoveva. Te haré un retrato donde saldrás hermosa como una de esas flores que tu abuela hace crecer en el invernadero.

—¿Tan hermosa como la niña del espejo, la que vive en el torreón?

Ceferino abrió los ojos.

—Sí, la niña que teje y teje. La niña que es igual que yo.

Él se rascó la cabeza asombrado, y le habló de su visita a aquella estancia junto a Milagros.

—Allí no hay nadie, Genoveva; solo unas ventanas tan altas que no puedes ver nada más allá: solo el cielo y la luna, si se asoma.

Genoveva se mordió los labios, pues lo que tenía que decir era secreto. Se sentó en un taburete y colocó a Cosette en su regazo, mostrándola a aquella cámara fotográfica de pega que, a los ojos de Ceferino, la transformó en la niña más bella del mundo.

Los dedos de Martina rozaron de punta a punta los libros de uno de los estantes de la biblioteca. Se detuvo en el que su lomo rezaba *Juana Eyre* y lo liberó abriéndolo al azar: «Un nuevo capítulo de una novela se parece a veces al nuevo decorado de una obra de teatro...».

—Charlotte Brontë.

Martina se volvió y se topó con la sonrisa galante de Alejandro. El libro se le escurrió de entre las manos.

—Lo siento, señor... —Se inclinó para recogerlo y observó con asombro que, desmadejado boca arriba, tenía parte de una página arrancada.

Alejandro, en batín de fino terciopelo verde, se agachó junto a ella para cerrarlo con el cuidado de quien está acostumbrado a tratar con ejemplares delicados.

—No recuerdo haberle dado permiso para curiosear mis libros, señorita Valdivia.

—Disculpe mi atrevimiento, pero pensé que...

Él sonrió y se lo entregó. Se había recortado la barba y exhibía el rostro circunspecto y un tanto desmejorado. Tenía el aire distraído de quien duerme pocas horas, el talante fatigado de quien apura el día a pesar de sus escasas fuerzas.

—Puede leer los que desee, *mademoiselle*, solo bromeaba. —Tomó asiento junto a la chimenea, sacó su pitillera y revisó la prensa del día, interesado en los titulares. Al parecer, habían detenido a un arriero por los crímenes de Campanillas.

Martina abrió el libro y comprobó asombrada que era el mismo ejemplar que le había regalado a Candela, pues la página que faltaba era la que pertenecía al inicio del sexto capítulo, la misma que encontró en la habitación de La Gaviota cuando desapareció.

—¿Dónde adquirió este ejemplar, señor? —Sintió cómo le temblaba la voz, cómo los presagios de su abuela comenzaban a materializarse.

El reloj de pared de caoba maciza anunció las seis y media con un gong que amortiguó un lejano y metálico sonido que Martina creyó oír tras las atestadas baldas.

—La librería Duarte suele enviarme las novedades que son de mi interés; y también suelo adquirirlos en mis viajes. Pero siéntese, señorita Valdivia. —Le señaló un sillón de cuero frente al suyo—. Respecto a lo que me comentó de Genoveva y sus primas...

—Consideré que debía saberlo, señor Baena. No soy quién, pero tal vez usted debería advertirlas de que no deben burlarse de alguien más débil.

—Genoveva tendrá que aprender a defenderse.

—Entiendo su punto de vista, pero es necesario que...

—Mi sobrina no ha tenido una vida fácil, aun cuando haya vivido entre algodones. Su discapacidad la limita y le ha otorgado un carácter montaraz y adusto con otros niños que tendréis que aprender a domesticar —dijo—. Genoveva parece haber nacido para vivir descalza, para rodearse de potrillos y heno; por eso está usted aquí: para educarla y que pueda acomodarse a su próxima vida en un internado de señoritas.

—Entiendo, señor. En cuanto a Ceferino...

—¿Ceferino? —Alejandro sacudió el periódico.

—Siempre está atento a nuestras clases en el jardín. Quiere aprender a leer y a escribir, señor.

—Según su padre, ya sabe el credo y el abc —observó él entornando los ojos—. Imagino que con eso le basta.

—Algún día saldrá de aquí y le hará falta mucho más que conocer el credo, señor Baena. Tal vez quiera ir a trabajar a la capital, o ver mundo; quién sabe.

Alejandro plegó el periódico. Se levantó, lo dejó sobre el velador y se sirvió una copa de oporto.

—Así que Ceferino quiere recorrer mundo... —Se acarició la barbilla y Martina observó su sonrisa irónica—. Tal vez quiera llegar a ministro, ¿por qué no? —Se acercó al ventanal con las manos en la espalda—. Señorita Valdivia... ¿Usted ha visto mundo?

Ella enmudeció. Le pareció que leía en sus ojos todas sus mentiras.

—Bien, me alegra saber que tengo en mi casa a una idealista. No está mal para los tiempos que corren.

Se acercó a un gramófono Berliner recién llegado de Estados Unidos que le había costado casi doscientas pesetas. Un lujo necesario, un capricho imperativo.

—¿Le gusta la música, *mademoiselle*?

Introdujo un disco de vulcanita en el aparato y la polea automatizada comenzó a reproducir *La muerte y la doncella* de Schubert. Las notas del barítono se desplegaron intensas desde la trompa de madera, pero Martina solo podía pensar en que Candela estaba allí, o alguna vez lo estuvo, en que Genoveva era un muro infranqueable, y su tío, su guardián.

¡Dame tu mano, bella y tierna criatura!

Soy tu amigo y no vengo a castigarte.

¡Confía en mí, no soy cruel!

¡Déjate caer en mis brazos y dormirás plácidamente en mis brazos!

—Confía en mí... —cantó Alejandro entonando con su voz enronquecida, acercándose a ella—. Déjate caer en mis brazos...

Martina dio un paso atrás ruborizada por su cercanía. Casimira entró sin llamar.

—Ha llegado una carta para la señorita Valdivia.

Alejandro detuvo el gramófono.

—Su tía ya la echa de menos... —sonrió, dejó la copa de oporto sobre la mesa y salió tras la doncella—. La esperamos en la cena, no se demore.

El sobre de color crema y sin remite le reveló una cuartilla doblada sin letra alguna en su interior. En su lugar, dos ramilletes de flores de lavanda.

Martina aspiró su aroma y regresó al Torcal. A la mirada encendida de Miguel Balboa, a la certeza de que sabía dónde estaba y velaba por ella.

La luna coronaba el torreón de la Casa Baena cuando Gaspar la contempló desde los viñedos montado en una mula zaina.

De nuevo en Campanillas, de nuevo en las tierras que acogieron a sus dos primeras víctimas. Apretó los talones, llevó las riendas hacia la izquierda y se dirigió hasta la vaguada donde había acabado con la segunda pelirroja. El recuerdo del olor a jabón perfumado de su cabello lo estremeció, pues volvían a él sus caderas balanceándose entre el río y los trigales: un demonio hecho mujer en su camino.

Sujetando una brizna de paja en la comisura de los labios sonrió recordando a las dos muchachas: sus carnes trémulas, el pánico en sus ojos hechos agua, los gritos pronto ahogados.

El río bajaba casi seco y sintió cómo sus puños se encogían envarados. Miró la luna, lechosa y escrutadora, y su destello le trajo la imagen de su mano derecha asiendo un cuchillo de monte, sajando el pecho para arrebatarles los corazones.

Rebuscó en su zurrón y ahí lo encontró: un cráneo humano a modo de copa donde había depositado sus trofeos y lo había elevado al cielo para honrar a su particular dios. Tras la ofrenda, quedaba el banquete para los humanos.

Gaspar Gascón, alias el Tuerto, nació en la casa de un cabrero, a los pies del Torcal. Solía llevar a su rebaño a pastar en las faldas de aquel paraje, allí donde abundaban el romero y la coscoja negra, que daba buen gusto a los quesos que hacía su padre.

En aquel tiempo era un joven de sueños ávidos por abandonar aquellas montañas grises. En aquel tiempo, si no lo hubiera atrapado una tormenta en la cueva del Toro, su historia se habría contado de forma diferente.

Perdida una de sus cabras, corrió a por ella. Padre lo mataría si volvía con una menos; por eso, a pesar del granizo que le aconsejaba replegarse, la buscó hasta que la encontró encaramada a un risco, hasta que lo obligó a entrar en aquella cueva maldita, dejando la tormenta y su cordura en el exterior.

Avanzó atento a los murciélagos, a las piedras resbaladizas. Llegó hasta donde alcanzaba el leve rastro de luz que le proporcionaba la mañana y decidió esperar a que escampara. Cuando despertó, la cabra perdida se hallaba degollada junto a él; su sangre, rebosando de un antiguo

cráneo abierto en forma de copa ceremonial. ¿Qué había sucedido? Nunca lo supo, pero guardó aquel objeto como un talismán.

Al regresar, tarde y sin cabra, su padre lo molió a palos. Después deshizo el pañuelo rojo que llevaba anudado al cuello y se lo tendió para que se secara las lágrimas. Lloroso en una esquina junto a la lumbre, oyó el rechinar de la puerta de madera y los pasos de su tío. En sus manos, una botella de vino, y en los labios, blasfemias por la mala cosecha de habas de aquel año, maldiciendo porque aquello era cosa de un tipo a quien le había ganado al mus en Villanueva. «Pelo rojo tenía, como Judas. Pelo rojo, mala ventura me trajo, válgame...»

Desde aquel día, el color rojo grabado a fuego le brotaba en la mirada cuando le nacía el anhelo por arrebatar una vida; el rojo era el color de su delirio.

Pasó la noche al relente recostado en los juncales, arropado por el calor del recuerdo de sus víctimas y el brillo de la luna. Pronto estaría llena y se libraría de aquella desazón que le nacía de nuevo en las entrañas.

Martina se abotonó el camisón y se sentó sobre la colcha de piqué que cubría su cama. Sostenía sobre las rodillas su cuaderno de dibujo emborronando con el carboncillo los esbozos de las estancias de la casa.

Por Milagros supo de los pasadizos que la veteaban por dentro, que Simona prohibía el acceso al ala oeste, donde había habitaciones cerradas. Era hacia allí adonde pretendía dirigirse en cuanto llegara la medianoche, pero no podía ignorar su recelo a husmear en la oscuridad en una casa ajena.

Oyó que llamaban a su puerta y cerró el cuaderno.

—Espero no interrumpir —dijo Alejandro entrando en la habitación. La recorrió con las manos a la espalda, aprobando el orden. Abrió el armario y se acarició la barbilla asintiendo para sus adentros: Simona había cumplido sus órdenes.

—¿Sabe montar, *mademoiselle*?

—Sí, señor.

—Lo imaginaba. Acompáñeme, entonces. —Su sonrisa leve y seductora la arrastraba hacia un silencio incómodo.

—Pero no tengo ropa adecuada, señor.

—Sí la tiene. Eche un vistazo.

Así era, pues encontró en su armario una caja con un vestido de dos piezas de paño verde y unos botines de monta.

—La espero en diez minutos.

Simona la vio salir con el traje de montar que una vez perteneció a Clara Fornells. Sofocada, se mordió los labios. La historia se repetía.

Cabalgaron atravesando los huertos, rodeando los viñedos, río arriba. No vieron la sombra de un hombre corpulento dormido entre los juncales cercanos, soñando con un corazón palpitante y un niño de pelo rojo.

Martina era una con su yegua blanca, que se mantenía al galope tras el caballo de Alejandro, un negro andaluz de pura raza, crines rizadas y cola que casi rozaba el suelo. Espoleó su montura para tratar de alcanzarlo y juntos abandonaron la senda del río.

La luna gigante de aquella noche se aupaba sobre el cerro desde donde se divisaba el valle de Guadalhorce, Cártama y la sierra de Mijas. El viento empujó nubes cargadas desde el mar y Martina sintió caer las primeras gotas de lluvia.

—¿Regresamos?

Alejandro asintió, descendieron el cerro y cuando alcanzaron el arroyo de la Rebanadilla la lluvia arreció. Señaló una vieja caseta de aperos, solitaria y parcialmente derruida.

—Disculpe el inconveniente, señorita Valdivia. —Se sacó la chaqueta de montar y le cubrió con ella los hombros—. La tormenta pasará pronto.

Un trueno retumbó sobre la techumbre y Martina se estremeció. Rieron los dos, cómplices en aquel momento extraño como si el mundo se hubiera apagado fuera, como si todo fuera ahora y la risa y la lluvia.

—Solo al señorito se le puede ocurrir salir a montar a deshora.

Curro tomó la bota de vino colgada de un gancho en la pared, echó un ojo a Ceferino, que dormía con la boca abierta, y estiró los brazos para que el chorro atinara en el centro de su boca. Se secó los labios con la manga y posó su mano sobre el hombro de su mujer, que zurría calcetines.

—Dicen que han apresado en Alhaurín al que se despachó a las muchachas del río.

—Alabado sea el Señor. —La Santa respiró aliviada. Los párpados se le caían, derrotados por el día de trabajo intenso, y dejó la labor a un lado.

—Voy a salir; echa el pestillo —dijo Curro.

Con la escopeta al hombro se fue al patio de las caballerizas, donde encontró al Asturiano haciendo la ronda. Echaron unos pitillos y pronto oyeron los cascos de los caballos entrando por el portón trasero.

—Un placer, señorita Valdivia. —Alejandro entregó las riendas de las monturas a Curro.

—Buenas noches, señor.

A su regreso, Martina no vio que la puerta de la habitación de Simona se entreabría, que su mirada de hielo convertía los pasos hasta la suya en un andar por la cuerda floja.

Una copa de coñac acompañó a Alejandro en la biblioteca. Volvía a sonar *La muerte y la doncella* de Schubert y bebió sintiendo el sabor de la amargura en sus labios. El efecto del jarabe de heroína se desvanecía y sentía renacer en su pecho el dolor, aquel monstruo que lo devoraba por dentro y quería arrebatarle la vida.

Sufrió un acceso de tos y su pañuelo le mostró de nuevo el signo deshonroso de su enfermedad. Su puño apretó la copa hasta romperla hiriéndose con los cristales, mancillando la alfombra.

Cerró los ojos. Tenía que hacerlo y el momento propicio se acercaba.

El sacrificio de Candela, en un dolmen y ante la efigie de un dios primigenio sería su contrato de sangre, su pacto de vida. Así lo habían hecho celtas y griegos, germanos y fenicios. Sacrificar a

un inocente era parte de las costumbres ancestrales de la historia: aseguraban tiempos de paz, expandían la codiciada vida.

Si hubiera alguna maldición en ello, brindaría por su condena.

Apoyándose en el pasamanos de la escalera principal, Fiona emprendió el ascenso iluminando con su lámpara sus pasos cansados. Acababa de ver a Alejandro tosiendo y expectorando sangre en la biblioteca y supo que le estaba ocultando la gravedad de su mal.

Escribió una nota que por la mañana enviaría al doctor Mendizábal y se cepilló el cabello frente a la cornucopia. En una bandeja de plata sobre el velador la aguardaban dos pequeños filetes de ternera listos para su sesión de belleza nocturna. Los posó sobre sus mejillas y esperó que aliviaran sus arrugas mientras rezaba un avemaría:

Hail Mary, full of grace, the Lord is with thee.

Blessed art thou among women

and...

Mudó el semblante. Olvidaba el resto de la oración como olvidaba nombres, lugares y recuerdos recientes. Suspiró y comenzó de nuevo: «Hail Mary, full of grace...». Se durmió y su sueño profundo le impidió ver un rastro de vaho en los cristales húmedos, seguir la danza de unas pequeñas manos acariciando las perillas de los frascos de perfume, las estolas de pieles del armario.

El diario de tapas de piel repujada de Fiona Warwick de Baena se abría sobre el secreter, junto a una pluma Faber-Castell de plata de ley. Varias hojas cercenadas y sujetas bajo un frasco de perfume trataban de escapar acudiendo a la llamada de la brisa que entraba por la ventana entreabierta.

En la cabecera de aquellas páginas, dos palabras: «Paraíso maldito». Al pie, una firma ilegible; en el margen, una fecha: 1889.

Fiona se agitaba en la cama murmurando palabras inconexas. Candela dio un paso atrás, y otro más.

Volvió al torreón, como regresa un pajarito a su jaula.

XXV
PARAÍSO MALDITO

Casa Baena, 1889

Nacieron la noche de Todos los Santos, de nalgas, con los ojos hinchados: dos gemelas de ralos cabellos morenos. El brazo derecho de la primera niña salió al mundo deforme, tizado de un gran lunar violáceo que se volvió negro a las pocas horas y que el doctor Mendizábal calificó como gangrena. Graciela Baena, sudorosa y doliente, la llamó Genoveva.

La segunda niña nació diez minutos después, canija como el magnolio de la puerta principal, pero con unos grandes ojos azules que se abrieron ante el asombro del doctor. Graciela la llamó Guillermina.

Al tercer día, los perros aullaron cuando el doctor cercenó el brazo de Genoveva. No valieron emplastos ni ungüentos; ni siquiera los rezos de la familia y del servicio en la capilla.

«Vivirá, es lo importante», dijo el doctor. Pero Graciela adivinaba en los ojos de su madre la desgracia, la vergüenza, y se dolía al pensar cómo podría sobrevivir aquella pequeña en un mundo cruel con el débil.

Desde que aquella gitana de Cádiz la maldijo por no dejar que le echara la buena ventura, su suerte se había condenado. «Solo te quedará una», eso le dijo señalando su vientre, anunciándole que llevaba dos. Poco después, su esposo falleció presa de un asalto en un viaje a Madrid.

Por eso cuando el doctor auscultaba una y otra vez a la pequeña Guillermina y le decía que su corazón latía débil como el de un pajarillo, que su vida estaba en manos de Dios, Graciela se sentía morir.

«Ya ha subido al cielo, señora.»

Eso le dijo Balbina, su doncella, cuando preguntó por la pequeña. Lo esperaba, como se espera el invierno. Permaneció en silencio frente a la ventana y las tierras salpicadas de hojas rojas.

«Ya está con los ángeles, señora.»

Eso le dijo Balbina mientras estrujaba su pañuelo entre las manos lamentando que la pequeña Guillermina hubiera pasado a mejor vida. Le dio a tomar las gotas de tintura de láudano que había recetado el doctor y salió aprisa; no quería escuchar los lamentos de aquella madre que se rompía por dentro.

Ya estaba hecho. Ya no había marcha atrás. Balbina se apresuró por los pasillos del ala oeste

con la bandeja entre las manos y el tembleque en las rodillas. Hasta ella llegaba el aroma de las castañas asadas en la cocina, el alboroto de la hojarasca dibujando círculos en torno al pozo.

Nadie la vio la noche anterior acudir al cuarto de las niñas, donde el ama de cría dormitaba roncando junto al fuego. A leguas se le notaba su aliento a licor revelando la mentira de haberse presentado en la Casa Buena como una nodriza aseada, pues Balbina encontró bajo la cama una bota de vino hurtada de la bodega y un atadizo con sus paños sucios para que no llegaran a las lavanderas.

Así descubrió que ya no les daba el pecho, que mezclaba migas de pan con agua y leche de cabra para alimentarlas. Fastidiada por aquella indolencia, se acercó a las cunas gemelas.

Genoveva dormía arropada en sus lienzos, agitada en sueños; en cambio, Guillermina sonreía en silencio, rasgando con su mirada azul su corazón. La tomó en sus brazos y le pareció que era suya, que debía serlo.

Envolvió una muñeca de porcelana en los lienzos de Guillermina y esperó la llegada del sacerdote para colocarla dentro de un pequeño ataúd que enterraron en la parte trasera de la capilla, de noche, sin boato ni exequias. Era una niña sin bautizar que iría al limbo, que no podía enterrarse en camposanto.

A su regreso vieron a Graciela quebrando de un hachazo el magnolio de la entrada; gritando al cielo púrpura de aquella mañana húmeda, caer al suelo arañando aquella tierra maldita.

A la mañana siguiente, Balbina regresó a Cádiz arguyendo la enfermedad de su madre. Ocultó a la pequeña dentro de su capa y tomó una diligencia en la que soportó traqueteos y vaivenes con el sosiego que detentaba su carácter. Una niña a la que llamó Candela, pues su luz había de ser.

Tras las cortinas del salón principal, la tía Josefina la vio marchar: aprisa, como huyen las sirvientas ladronas. Acudió a su habitación, vacía ya de sus enseres, y descubrió bajo la cama el pelele que ella misma tejió para Guillermina, con el que deberían haberla enterrado.

Se llevó una mano al pecho, con un terrible presentimiento batallando por rasgar aquel engaño. Se dirigió a la casa parroquial, el sacerdote la alejó de sus sospechas y siguió aferrado a su botella, más cerca de los infiernos que de la redención.

La madre de Balbina la recibió en La Gaviota, pasmada de la dedicación a aquel bebé, fruto, al parecer, de sus amores con un señorito. Ella que solo miraba por su ombligo, ahí la tenía, dándole pan mojado en vino para que durmiera como una bendita. También masajeaba con aceite de romero aquellas piernecitas débiles rezando por su corazón, que latía demasiado aprisa.

Candela aprendió a caminar en la playa de La Caleta, junto a los baños del Real. Y fue allí cuando Dorita se acercó a Balbina: los zapatos desparejados, la tormenta en la mirada.

—Ladrona —le dijo—. Ladrona de niños. —Y escupió a su lado, como un cantinero. Después le tendió una caracola que sacó del bolsillo.

Balbina, ingenua, la acercó a su oído. No encontró el sonido del mar vibrante, solo encontró el susurro de una maldición.

—Con esas campanas te entierren... —dijo Dorita, y riendo se perdió entre las barcas varadas

y un ocaso de ámbar.

«Puro cuento», le dijo su madre cuando volvió a La Gaviota. Pero ella, que creía en el poder de las palabras, sabía que Dorita había dañado su alma atormentándola para siempre.

Poco después y tras un incidente con un carruaje, conoció a Eduardo de Icaza. La llevó a su casa en el paseo de la Alameda Apodaca, un lugar en la ciudad a resguardo de los temporales, y reconoció a Candela como su hija. Aun bajo el cobijo de aquel hombre que la amó sin preguntas, Balbina tuvo que lidiar con su familia política y los escrúpulos de la sociedad. A pesar de sus vestidos de seda y sus collares de perlas, siempre sería una advenediza de mañas poco refinadas y pasado desconocido.

En aquella casa frente a la bahía, Balbina Bazán esperó durante años el tañido de las campanas: su condena, la maldición. Tiempo después, en La Gaviota, oyó que doblaban por ella.

Cuando Graciela Baena regresó a Málaga, lo hizo decaída, con fiebre y las manos azuladas. Murió de pena, dijeron algunos; de garrotillo, dijeron otros.

No hacía ni un mes de su entierro cuando Cayetano sufrió una apoplejía y Fiona determinó entregar a Genoveva al convento de las hermanas carmelitas, donde pasó sus primeros años. A su regreso de Inglaterra, Alejandro evitó que fuera adoptada, la tomó bajo su protección y la crió entre Málaga y Campanillas, comandando desde entonces el gobierno de la hacienda familiar.

Para su séptimo cumpleaños encargó un brazo de madera y hierro que rellenó las mangas de sus vestidos y cuyos dedos articulados compensaban su carencia.

Para el octavo contrató a Clara Fornells, una joven institutriz que insufló valor y libertad en su alma.

Fue entonces cuando Genoveva comenzó a ver a la niña del espejo. Sentada en una silla de ruedas, con un lazo azul en el pelo, le tendía sus manos de piel y carne tan bellas y perfectas. Parecía pedirle ayuda, llamarla sin voz dentro de aquel espacio que se extendía mágico entre ellas: dos almas nacidas al mismo tiempo, dos almas separadas en vida.

Casa Baena, 1899

Suspendido sobre la boca del pozo, Simona sostenía del cuello a un cachorro de gato negro. Traían mal fario, y más aún aquel, que había nacido de una gata blanca.

—¡No sea malaje, señora! —exclamó Milagros.

—Valiente defensora de las bestias estás hecha —dijo mirándola de arriba abajo—. Anda a tus labores.

—Démelo. Yo misma lo cuidaré.

—Sigue con tus tareas si no quieres que te largue con viento fresco. —Balanceó al cachorro y Milagros se abalanzó hacia ella.

—Démelo, ¡zurrapa!

—¿Cómo has dicho?

—¡Quiero ese gatito!

Simona se volvió al ver cómo la niña Genoveva y la institutriz se acercaban para hacerle carantoñas. Milagros hizo mutis por el foro al ver a la Santa cargada con dos baldes de agua.

—Podemos pedir permiso a tu tío y quizás te deje tenerlo en tu habitación si aprendes a cuidarlo. ¿Me permite, señora Simona? —Martina se lo arrebató de las manos sin darle oportunidad a réplica—. No lo perderás como a Cosette, ¿verdad?

Genoveva negó con la cabeza, aún apenada por no saber dónde había dejado su muñeca favorita.

—Las niñas ordenadas nunca pierden las cosas —apuntó Simona elevando una ceja, acomodando en el cinturón su manajo de llaves.

Alejandro, ataviado con ropas de montar y llevando en la mano derecha la fusta, se acercó a ellas. Acarició con el dedo índice la cabecita del cachorro y dijo:

—No seas tan severa, Simona. ¿Cómo se dice «gato» en francés, Genoveva?

—*Le chat!* —exclamó ella alzando el dedo índice, sonriente.

—Veo que las clases progresan. *Très bien, très bien...* —Guiñó un ojo a Martina ante la mirada de pasmo del ama de llaves—. Ahora dale un nombre francés y será tuyo.

—¡Nuit, tío Alejandro! ¡Lo llamaré Nuit, que es 'noche!

El gatito olía a leche caliente, y su nariz rosada acariciando su mejilla parecía anunciarle que si lo cuidaba nunca la dejaría sola. Le hubiera gustado mostrárselo a la niña del torreón, pero ¿y si se lo quedaba? ¿Y si le arrebatara a su pequeño amigo?

Tomó de la mano a Martina y salieron hacia el camino que llevaba al río. Aquella nueva institutriz hacía muchas preguntas, sobre el tío Alejandro, sobre la abuela Fiona y hasta sobre el tío Arnaldo, que estaba de viaje, pero nunca le pegaba con la vara ni se enfadaba cuando se hacía un lío con el ábaco como Clotilde, su primera maestra.

Se sentaron bajo un almendro y vieron llegar a Milagros. Esta se secó el sudor con el pañuelo y llevó aparte a Martina haciendo una mueca.

—Que hartita estoy de la Simona y de sus mañanas de control —le dijo—. Hoy ha descubierto una cuchara de plata debajo del colchón de una de las doncellas y la ha largado a su pueblo con maleta y todo...

—Tengo cosas que contarte, Milagros.

—¿Que sales a montar de noche con el señorito? —Colocó los brazos en jarras sonriendo pícaro—. Ya andas en boca de todos y no sé si eso es bueno o es malo...

Martina hizo un gesto impaciente.

—Escúchame bien: el libro que le regalé a Candela está en la biblioteca.

—¿Y entonces...?

—Alejandro dice que compra los libros en Málaga y en sus viajes, pero no puedo creer que solo sea una casualidad.

—¿Alejandro? ¿Ya lo tuteas?

—Por Dios, Milagros...

Genoveva le hacía señas desde la orilla.

—¡Venga a ver los cangrejos, *mademoiselle*!

—¿Has podido averiguar algo en el lagar?

—Solo he visto que la Simona a veces pela allí la pava con el guarda de noche y tengo que andar con cien ojos porque me tiene enfilada —aseguró—. Ayer me sorprendió intentando entrar en un cuarto que hay junto a la bodega y me cayó una buena. Además... —Redobló la punta de su delantal mordisqueándose los carrillos.

—Además, ¿qué?

—He visto la sombra de niebla que acompaña a Simona. La vi el otro día, en la penumbra, cuando la seguí al invernadero y vi que se arrodillaba en el lugar de las orquídeas.

—Qué extraño, ¿quieres decir que...?

—Que tiene a un difunto a su espalda. Que alguien se le murió y no ha ido con Dios.

Martina se estremeció. Seguía sin comprender aquel peculiar don de Milagros, tan chocante y turbador como el de su abuela. Levantó la barbilla sin perder de vista a Genoveva, que chapoteaba en el agua.

—A veces pienso que... —Milagros frunció los labios—, que es una locura que estemos aquí.

Además, dicen que por estos rumbos ronda un sacamantecas...

—Supongo que estamos donde tenemos que estar... —La tomó de las manos sosegándola—. Ayer recibí un mensaje.

Milagros la miró sin comprender.

—Dos ramilletes de flores de lavanda. Sin palabras; solo eso.

—¿Dos ramilletes? —Se tocó las mejillas acalorada—. ¿Quieres decir que...?

—Que velan por nosotras.

—*Mademoiselle! Est-ce que vous pouvez venir, s'il vous plaît?*

Con el agua hasta los tobillos, Genoveva reía jugueteando con una rama, saludando a Ceferino, que ya llegaba con un cubo de carnada listo para la caza del cangrejo. Volvió la cabeza hacia Martina, que desde que había llegado no la reñía por hacer cosas impropias de una dama, que le explicaba con paciencia cómo cargar de agua el pincel en los dibujos con acuarela, que le aseguraba que cuando fuera mayor podría ser lo que quisiera.

Se sintió tentada a hablarle de la niña del torreón que era como ella y no lo era a la vez; contarle del chal blanco que tejía y ya alcanzaba la puerta. Pero temía que, si alguien más la descubría, si alguien la liberaba, a ella, que no era perfecta ni tan hermosa, la abandonarían en un asilo como a la vieja Arcadia.

Temía que Candela, que así se llamaba, tomara su lugar.

—Sería conveniente que tomaras las aguas en Carratraca, Alejandro —dijo el doctor sirviéndose un vaso de moscatel en la biblioteca.

Él negó con la cabeza. No tenía tiempo ni ánimos de abandonar las tareas de la hacienda en manos de un administrador.

Apoyado en el marco de la chimenea, el doctor Mendizábal leía con preocupación los informes de sus colegas de Madrid relatando la presencia de aquel tumor infrecuente que lo condenaba a la muerte. Pero más que angustia, en los ojos de aquel hombre desahuciado encontró vida aferrada a sus paseos a caballo, al olor de la tierra húmeda al amanecer, al hipnotizante balanceo de los trigales.

—Te he traído estas píldoras para la tos. —Le tendió una caja de pastillas Houdé—. Contienen cocaína mentolada y mejorarán tu ronquera y los accesos de asma.

Alejandro le agradeció el gesto. Sus medicinas eran remiendos para un roto sin arreglo, pues solo el opio que fumaba cada vez más a menudo lo devolvía a un estado pleno de bienestar; también lo arrastraba implacable a aquel órdago que pronto lanzaría para librarse de la muerte.

El doctor no sabía de la revelación, del hallazgo de su ángel dorado.

Sucedió durante la guardia de la noche en que el Asturiano oteaba la vega, caliente y perezosa por el terral. Aún podía ver la nube de polvo que el caballo del Tormenta había dejado en el camino. Desplegó la nota de Miguel el Cañamero, se acarició la barba de dos días y la guardó en el bolsillo. Encendió un pitillo y se dirigió al invernadero.

Sus pasos sorteando aquella humedad que le majaba los huesos lo conducían a Cuba: al infecto cuartel donde los jóvenes soldados se hacinaban comiendo en platos de estaño que los envenenaban en silencio. En aquella noche de fuego, el invernadero de los Baena lo trasladó a la selva donde se adentró fusil máuser en mano, a las aguas pantanosas hasta las rodillas, a las cargas a machete.

—¿Quién va? —Apuntó con el arma cargada hacia su izquierda—. ¡Oh! Disculpe usted, señor. —Lo vio llegar seguido de los perros y fumando un habano.

Tosió antes de hablar:

—Tranquilo, Francisco. ¿Todo en orden?

—Serenos, señor. Calma chicha.

—Imagino que esta tarea te ha de parecer aburrida tras venir de...

—No hablo de Cuba, señor. Si me lo permite usted.

Alejandro asintió deteniendo su mirada en el parche de aquel ojo muerto. No, no se hablaba de Cuba ni en su casa ni en la nación. La vergüenza se esconde bajo las alfombras, la deshonra es mejor dejarla morir.

—¿Qué llevas ahí, Francisco? —Alejandro señaló la empuñadura dorada que sobresalía bajo el chaleco del guarda.

—Una daga, señor.

Alejandro la examinó de uno y otro lado, aproximándola a la luz de las lámparas del muro, admirado como si hubiera encontrado una perla única.

—Maravillosa... ¿De dónde la sacaste?

—Patrullando en un pantano, entre mosquitos y ganado muerto. Cerca de los campos de caña de Matanzas.

Ni en un millón de años lo hubiera esperado del Asturiano, el guarda que se comía a Simona con los ojos, que según Casimira escondía pan del día bajo su almohada para que nunca le faltara.

«Encuentre su ángel dorado...» Eso había dicho *madame* Regina. Su ángel dorado, por Dios, ahí lo tenía: en la empuñadura de aquella daga hallada bajo una ciénaga al otro lado del mundo.

—¿Cuánto quieres por ella, Francisco?

—Yo... No tengo intención de venderla, señor.

—¿Doscientas pesetas?

El guarda abrió los ojos pasmado ante la fascinación de Alejandro por aquel mango en forma de un ángel de oro con las alas plegadas, por su vaina de hierro, por la hoja de acero. Advirtió cómo se humedecía los labios sin saber que sentía nacer el afán por una nueva cucharada de aquel jarabe del que cada día dependía más.

—No creo que sea oro bueno, señor, la verdad es que...

—Quinientas y no se hable más, Francisco.

Una pequeña fortuna, por todos los demonios de las ciénagas.

Al día siguiente Alejandro instaló un telescopio en la habitación de Candela.

—¡Así podré ver la luna más grande y más cerca, doctor!

Encandilado por el chal de lana que alfombraba el suelo, por sus ojos inocentes jugando con su conejito, Alejandro asió con fuerza los brazos de su silla.

Tenía la daga. Tenía el lugar.

Solo debía hallar las fuerzas necesarias para la ceremonia, para la ofrenda. Los dioses amaban

la belleza, la inocencia. Melkart se sentiría complacido ante Candela. Melkart lo recompensaría.

Sentía cómo se adormecían sus dedos, el sabor a metal en su boca, la fiebre que regresaba.

—Simona me regaló una bolsa grande con anises y jugamos a las damas. ¿Quiere echar una partida, doctor? —Se dirigió a la cómoda y sacó el tablero—. Quiero que sepa que todas las noches tomo mi medicina porque Simona dice que mi enfermedad es contagiosa y por eso no puedo salir de aquí, pero que ella es de piel dura y no se pondrá mala por mi culpa.

—¿Eso dice? —preguntó. Intrigado por saber qué clase de medicina era aquella, se dirigió a uno de los estantes, donde vio un frasco de agua del Carmen, un sedante inocuo para la niña.

—También dice que usted le hace correr la sangre en las venas. ¿Qué significa eso?

Preso de la risa, Alejandro se despidió.

—Hasta pronto, doctor. —Y abrazaba a Miércoles susurrándole al oído los secretos que las niñas tienen con sus mascotas.

Y cuando llegaba la medianoche, sus sueños la arrastraban a mirarse en su espejo de mano y descubrir el portal que la llevaba hacia los ojos y la mente de Genoveva. Hacia aquella hermana cruel que la negaba, que temía que ocupara su lugar.

XXVI
CUMPLEAÑOS

Acodado en la mesa de la cocina del señorío, Pedrito el Junquillos masticaba a dos carrillos un pedazo del pastel de cumpleaños de la niña Jorgina.

—En la venta me han dicho que los de la banda del Cañamero rondan por aquí —dijo con la boca llena.

—Pues que ronden —le respondió Sete acercándole un vaso de leche—. ¡Más vale buen bandolero que cura limosnero!

El pequeño se echó a reír. Le hubiera gustado decirle con orgullo que Miguel Balboa era su hermano, que le había regalado una navaja que perteneció al mismísimo Tempranillo y su acero cortaba los malos sueños.

—¿Otra vez aquí?

Al ver al ama de llaves, Pedro se rascó la cabeza, apuró las migas, recogió su tonelete de miel y colgó su zurrón al hombro.

—¡Y a usted qué más le da! —Sete sacudió un paño provocando una nube de polvo de harina.

—La señora no quiere piojosos en la cocina principal. Si no hay más remedio y hay que darle de comer, que vaya a la cocina de los peones, que para eso está. —Miró incrédula el pedazo de pan blanco entre las manos del niño—. Y restaré de tu jornal la comida de este zarrapastroso.

La cocinera regresó a su tarea mascullando con la cabeza baja ante aquella falta de caridad. Ni que la Simona se hubiera criado en la casa de un marajá... Si se le veía de lejos el fondo bajuno, de aquí a Algeciras.

Pedrito tomó las riendas de su borrica y salió por el patio de labor saludando a los peones que entraban en el almacén de aperos; a Ceferino, que masticaba una brizna de paja apoyado en la puerta del corral, y a su madre, inclinada en el huerto.

Caminó en dirección al río y se detuvo frotándose el vientre, empachado como estaba porque antes del pastel se había comido un plato de albóndigas y otro de ajoblanco. Como no se tenía en pie de lo ahító, se tendió boca arriba sobre el pasto.

Gaspar vendió una hebilla y un tenedor a uno de los arrieros que se detuvo a su paso. Contó las monedas y tomó rumbo hacia la Casa Baena, que lo atraía de nuevo como la miel a las moscas. Arreó a su mula, abandonó la carretera y cruzó campo a través, hacia el griterío de unas niñas en los jardines, hacia el ladrido revoltoso de los perros.

Agazapado entre la maleza, rozando con sus dedos el cuchillo de caza en el cinto, tanteó los alrededores descubriendo el revoloteo de un balón en el aire, el canto de las mujeres encorvadas sobre los sembradíos, el chasquido de unas tijeras de podar, el ulular de un muchacho ahuyentando a las gaviotas.

De pronto descubrió el serpenteo de unos bucles de cabello rojo sobre las chumberas. Se enderezó y dio un trago a su bota de vino. La mirada se le extravió hacia una jovencita que trataba de alcanzar una pelota prendida de la rama de una higuera. Sacudió de nuevo las monedas en la palma de su mano cavilando.

Volvió a dar un trago. La boca se le hacía agua.

Al despertar, Pedrito vio que el cielo rojo se cernía sobre él y la vega y el mundo entero. Agitó los brazos acariciando la hierba como si fuera a echar a volar y se levantó de un salto.

—¿Dormí mucho, Genara? —preguntó acariciando el hocico de su borrica.

Se acercó a unas matas secas donde vio prendida una cinta de pelo azul; tal vez de alguna de las niñas de la Casa Baena. Dio un rodeo para tratar de alcanzarla y se topó con un socavón.

Hundió sus alpargatas en el barrizal y halló una vieja acequia cubierta por la maleza.

—Quédate aquí.

La borriquilla movió las orejas, de acuerdo con la decisión. Su instinto le anunciaba la proximidad de humedad, huesos antiguos y castañeteo de dientes.

Pedrito se adentró en la galería, iluminada de forma tenue por una lumbrera de aireación. Esquivando escombros y charcos de agua, llegó a una tubería con escalas de hierro que se perdía en las entrañas de la tierra. Husmeó en el aire las aguas corrompidas, el chapoteo de las ratas correteando.

Dio un paso atrás, pero se detuvo al oír un gemido. Curioso como era, se inclinó hacia adelante y lo volvió a oír. Arrugó la nariz y bajó con tiento cada peldaño, resbaladizos de moho y verdín. Se palpó el bolsillo del pantalón y encendió un fósforo alumbrando el túnel donde se encontraba. Podía oír de nuevo el gemido; cada vez más cerca.

Avanzó hacia el ramal de la izquierda y se detuvo bajo una bóveda de piedra, enrejada y cerrada con un candado mohoso. Tras ella solo había oscuridad negra como la pez.

—¿Hay alguien ahí?

Se sacudió las arañas de las piernas y oyó un leve chapoteo.

—¿Hay alguien...?

—¡Ayuda!

—¿Quién va?

—Soy Clarita Fornells, ins..., institutriz de la casa Ba..., Baena. ¡Por favor..., ayúdeme!

Su voz surgía débil de las profundidades, sofocada por el sonido del agua que corría en algún lugar cercano, por los muros de piedra que la encerraban en aquella oscuridad.

El fósforo parpadeó y se apagó.

Pedrito volvió sobre sus pasos solo pensando en correr hacia la Casa Baena, en contarle todo a la Sete porque ella sabría qué hacer.

Llegó a la escala de la tubería y subió aprisa. Un peldaño cedió, pero siguió subiendo con el estómago encogido y los dedos agarrotados. Alzó la barbilla hacia la corriente de aire que entraba desde la acequia, hacia las briznas de luz que le traía el crepúsculo, y vio la sombra sobre él.

No vio nada más que la tierra roja; no sintió más que el hilo de sangre que le caía caliente resbalando por la sien.

Despertó dos horas más tarde. Reconoció los campos de almendros y supo que estaba a medio camino de casa, que su borrica lo llevaba hacia Almogía.

Curro bebía en la tasca, apuntalado a una mesa con cruces grabadas a cuchillo. Sin embargo, el ron no le hacía olvidar que atizó a Pedrito con el garrote para que no husmeara donde no debía, que lo levantó en volandas y lo encaramó a la albarda de la borrica. Miró a un lado y al otro, no hubiera cerca algún pastor chismoso, y palmeó los flancos del animal para que tomara rumbo a su casa.

El ron bajaba caliente por su garganta cuando se secó una lágrima con el puño de la camisa. Tendría que cubrir la entrada a la acequia, cegar las lumbreras; y tal vez, si acaso se armaba de valor, sacar a aquella muchacha de allí.

Carraspeó y se unió a una de las mesas de juego, loco por que el barullo y la juerga le impidieran oír en su cabeza el clamor de su vergüenza.

Cordelia entregó un pedazo de pastel a su nuevo amigo, que sonreía desenvolviendo el paquete envuelto en papel de estraza, salivando ante aquellas trenzas rojas que lo aturullaban. Parpadeó ante Cordelia cruzada de brazos, sin ánimos de irse. La perra Canela le gruñía.

—No me gusta bailar, por eso he venido.

—*Entonces* deja que bailen los mayores. —Le dio un bocado a su tarta y pensó que era lo más delicioso que había probado nunca.

—Puedo decirle a mi tío que te dé trabajo en la casa. —Observó el párpado caído de su ojo y pensó si eso no sería un problema—. ¿Qué sabes hacer?

—Tu tío ya me dio trabajo una *ves* y no creo que me quiera *volve* a *ve* por aquí.

—Pues yo cuando sea mayor, sí trabajaré.

—¿Tú, *pa* qué? ¿De qué *quies* trabajar si las señoritas de tu clase son jarrones de adorno?

Ella se enfurruñó.

—Quiero comandar un barco de vapor.

Gaspar devoró el resto de la tarta, encandilado con aquella niña de cabello rojo como las manzanas, como los corazones, como los diablos que vivían en las profundidades de la Cueva de Menga.

—Déjame que... —Y alargó los dedos para rozar los rizos de su flequillo encrespados por la humedad.

—Me recuerdas a Heathcliff...

—¿Quién?

—Heathcliff, de *Cumbres borrascosas*. Un hombre maldito y salvaje con las manos llenas de heridas como las tuyas. Un hombre con el alma ardiente, como dice mi madre.

El Tuerto se frotó la barbilla pensativo.

—¿Un paleta?

La niña se rio cubriendo con sus manos sus prominentes dientes delanteros.

—¿Y qué *hase* ese *Jichi*?

—Mandó arrancar la tapa del ataúd de su amada para que cuando él muriera sus cuerpos estuvieran juntos para toda la eternidad. —Se sentó sobre la hierba suspirando ante el sol que se

desvanecía—. Por eso me gusta invocar a los espíritus, como hace mi abuela: para pedirles que mi futuro esposo sea como Heathcliff y me quiera para siempre, hasta después de muerta.

—¿Espíritus? ¿*Aparecidos*, ánimas del purgatorio? Eso son *bruherías*, espantos... —Se acomodó en la hierba junto a ella—. No me gustan *na*, no, *señó*.

—Pues mi abuela sabe cómo hacer para llamarlos y le dicen cosas del futuro en su mesa parlante.

—¿Y eso *pa* qué?

—¡Cordelia, Cordelia! —Alguien voceaba desde la casa.

—Es mi hermana... Tiene once años y la odio. ¿Tú cuántos años tienes?

—Treinta y *tre*.

—Eres viejo ya. Te morirás pronto.

—*Pue ser...*

—Aún no me has dicho cómo te llamas.

—Gaspar.

—Uy, como el Rey Mago. Por eso tienes su misma barba. ¿Tú también odias a la gente?

—No —respondió él sorprendido—. No tengo porqué. —Pero pensó en el ansia, en la sangre palpitando de aquel otro que vivía dentro él.

—Entonces, ¿nunca has deseado matar a nadie? —Cordelia observaba aquellos brazos fuertes, de marinero.

Él halló en sus ojos la mirada de un confesor. Pero cómo hablarle de sus deseos a una niña como ella, aunque tuviera el pelo rojo del demonio. Cómo hablarle de la cuerda que llevaba en el bolsillo y que había llevado a la muerte a aquellas dos jóvenes que dejó descalabradas junto al río. Cómo hablarle del niño Antonio, que se le resistió como un valiente. Cómo hablarle de madre, de años atrás. Y del riachuelo de sangre que cruzó de lado a lado el miserable chamizo donde vivían. Cómo hablar del fuego que le nacía en el pecho y le hacía abalanzarse sobre sus presas como una fiera.

—Yo sí he deseado matar a alguien, ¿sabes? —dijo Cordelia—. Muchas veces. Muchas muchas. Más que los dedos de mis manos.

Gaspar inclinó la cabeza pasmado ante aquella verborrea.

—¡Cordelia! ¿Dónde estás, Cordelia?

La voz de Jorgina les llegaba cada vez más débil.

—Se *prucuparán* si no vuelves.

—Mi madre dice que debemos tener cuidado por lo del niño de Archidona y el hombre del saco que lo mató.

El Tuerto abrió los ojos orgulloso de que su hazaña hubiera llegado hasta Málaga y a oídos de las niñas de bien.

—¿Entonces *ties* miedo del hombre del saco?

Cordelia rio.

—¿Miedo yo?

Él jugueteó con una rama caída y dibujó espirales en la tierra arcillosa de la orilla.

—Te has *manchao* el *vestío*.

—Ya lo limpiarán; para eso están las criadas. —La niña arrugó la frente sosteniéndole la mirada—. ¿Te gustan los niños, Gaspar?

A él le gustaba que le pagaran por traerlos de Cádiz a Málaga, como había hecho con una tal Candela. También le gustaba robar a los que andaban solos por el camino.

—A mí no me gustan —aseguró Cordelia—. Y tengo un nuevo hermano que se llama Paulino y me gustaría que te lo quedaras para que mi madre no tenga tanta tarea con él.

—¿Y qué *vi a haser* yo con un niño? A mí me gusta andar de aquí *p'allá*.

—Pues te lo llevas de aquí para allá.

El recuerdo de Antoñito Mora se hizo presente. Y el olivo donde lo dejó, y el Manquillo diciéndole: «¿Qué has hecho, por Dios?».

—Si me traes a ese niño puedo regalarte *argo*...

Cordelia se incorporó, se secó las manos húmedas en la falda del vestido e hizo un gesto despectivo.

—No sé qué puedes tener tú que me interese...

La neblina empezaba a cubrir el río.

¿Acaso se burlaba de sus tesoros? Tenía la honda de Antoñito, una pulsera de plata vieja, un antifaz desgarrado. Y tenía algo más:

—Tengo una piedra que robé a un alemán en Carratraca, allá en la Serranía; *er* Manquillo me dijo que es un diamante en bruto.

Un diamante era algo bueno, muy bueno; algo que su madre siempre pedía a su padre para adornar su dedo anular. Aunque hubiera preferido una bicicleta nueva, tal vez fuera un buen trato.

—Te lo traeré.

Y Gaspar el Tuerto esperó bajo la tarde que se extinguía a que la niña volviera a la casa grande, a aquel palacio izado en la niebla.

Su madre seguía en la sala, de cháchara con la nueva institutriz, el tío Alejandro y el tío Arnaldo. A la abuela la vio riendo junto al doctor Mendizábal, y a la tía Josefina dormitando en el sillón, harta de vino dulce, pasas y bizcochitos. También seguían allí los señores del cortijo Vallejo y el de la Virreina, y vio que todos salían a las mesas del jardín con sus copas de champán.

Cordelia entró sin llamar a la sala de juegos y encontró a Jorgina con su nueva muñeca de tamaño natural, que parecía una niña chica de tan real como era, con rizos rubios y ensortijados, con una sonrisa apretada como la de Simona. Cerró la puerta y se dirigió a la habitación donde dormía Paulino.

Descorrió las cortinillas de blonda y descubrió su ausencia. Tal vez alguna doncella se lo había llevado para bañarlo. Se mordió los labios fastidiada, y salió.

Entró en el granero y vio que Ceferino fotografiaba con su peculiar máquina a Genoveva, que posaba ante él riendo por los churretes de chocolate en sus mejillas.

—¿Qué buscas aquí? —le preguntó el niño.

—A ti no. —Arrugó la nariz pecosa—. Que hueles a boñiga.

Y corrió de nuevo adonde la esperaba Gaspar.

—No sé dónde está el niño, igual se lo han llevado a bañar.

El Tuerto introdujo una mano en el bolsillo, sacó su cuerda y la enrolló entre sus dedos. Observó que las trenzas se le habían deshecho.

—Dame *argo*, entonces...

El cielo se volvió oscuro cuando estiró la mano hacia sus cabellos, entrecerrando los ojos, deteniendo su aliento. Pero el fuego de su interior permanecía sofocado sin saber por qué. Pareciera que aquella niña lo embrujaba, que calmaba su aliento voraz.

Cordelia deshizo el lazo de seda rojo de una de sus trenzas y se lo entregó.

—¿*Ande* está la niña Candela?

—No conozco a ninguna Candela.

—Vino a esta casa *hase* tiempo. Tiene las piernas como de pajarito chico y unos ojos como el mar.

—Aquí solo vive mi prima Genoveva. Mi hermana y yo vivimos en Málaga. ¿No te confundirás

con otra niña, o con otra casa?

Él hubiera jurado haberla visto detrás del invernadero, junto a la higuera, antes de que los perros le ladraran y tuviera que huir hacia el río para que perdieran el rastro.

—No me gustan las mentirosas. Pero *na...*

Cordelia dio un paso atrás. Se recogió la falda y corrió de vuelta a la casa.

No lo vio enrollar el cordel en torno a sus manos; ni susurrar: «Pelo rojo, ven aquí, pelo rojo no te vayas».

—Arroró mi niño... Arroró mi sol...

Paulino se balanceaba en los brazos de Candela, feliz porque Simona le había traído a aquel pequeño.

—Cúidalo. Yo vendré por la mañana.

Olía a vainilla y miel, al rocío de la mañana. Se lo mostró a la estatuilla de la Señora, lo arropó con una pañoleta y le cantó la única nana que sabía.

Hacía días que el doctor Alejandro no la visitaba y quería contarle que sus piernas ya no estaban decaídas, que caminaba cincuenta y hasta cien pasos seguidos; que sus brazos le permitían encaramarse a la parte alta del armario, desde donde alcanzaba a ver los campos de labor. A veces pasaba horas allí subida, balanceando sus piernas y golpeteando las lunas, soñando con sobrevolar viñedos, trigales, almendros y olivares hasta el mar.

Alejandro solía regalarle muñecas de yeso y vestidos para que lucieran elegantes, pero aquel niño pelón que le había dejado Simona, que sonreía agitando ante ella sus manos rechonchas, era el mejor juguete que había tenido jamás.

Acunó a Paulino, lo llamó «niño chico chiquitín» y le mostró los recortes de flores de cartulina que empapelaban la habitación. Lo llevó junto al búho de piedra, agitándolo frente a él, pero el niño comenzó a gimotear.

—¿No te gusta el búho, Paulino? —Lo tumbó en la cama y jugó con sus deditos gordezuelos—. ¿Sabes? El doctor Alejandro pronto me llevará a la Cueva de Menga, la de la princesa Kelma. — Lo posó sobre la alfombra y dejó que gateara—. Y dice que dentro de ella podré contemplar el arcoíris más hermoso que haya visto jamás.

Atesorando aquella promesa declarada, esperaría paciente el día que pronto había de llegar. Mientras tanto, seguía tejiendo y tejiendo, y los días en que sentía las piernas fuertes incursionaba en el corazón de la casa, de donde regresaba con pequeños tesoros y un nuevo aliento.

Sucedió que al golpear con su pelota de tela el friso de madera, una de las láminas se soltó; sucedió que cuando vio que podía colarse por aquella rendija misteriosa, su pequeño mundo cambió.

Y así como la princesa Kelma salió muchas noches de la Cueva de Menga en dirección al

castillo de su padre, Candela lo hizo con una lámpara de sebo y el corazón armado de coraje. Atravesó la madeja de telarañas que vestía el intrincado esqueleto de la casa y se dejó llevar por el sonido de unos tambores y el canto de una lengua primitiva hacia una escalera de caracol.

Sus pies descalzos se adentraron en un pasadizo estrecho y apuntalado. Sus manos buscaron dónde apoyarse; sus dedos, portillos secretos. Y tras encontrar los goznes y el resorte, salió a un corredor. Dejó atrás la estatua de Hércules y se asomó a las ventanas, que le mostraron la parte trasera de la casa, las copas de los árboles que escondían el jardín.

Y así fue como la niña Candela halló el paso hacia el otro mundo de la Casa Baena. Pero a veces, aquellas galerías singulares la conducían a la biblioteca; otras, a habitaciones en las que se perfumaba y recolectaba pequeñas alhajas; otras no tenían salida y la obligaban a regresar a su pequeño mundo en el torreón.

—Arrorró mi niño... Arrorró mi sol...

Tendió a Paulino sobre la cama, volvió el rostro de la Señora hacia ellos para que velara sus sueños y se durmió.

Dos pisos más abajo, Simona cerró la puerta de la habitación del bebé.

—¿Todo bien?

—Todo bien, señora. Sigue durmiendo y Casimira lo vigila, pierda cuidado.

Manuela asintió y se dirigió al jardín. Simona reprimió la risa tras ella.

Antequera

Cubierta con un echarpe negro, Regina se dirigió a la colegiata de Santa María. El padre Teodoro la había citado para agradecerle su donación a la inclusa, pero también para amonestarla.

—«No acudas a encantador, ni adivino, ni mago, ni nadie que consulte a los muertos»: Deuteronomio, capítulo 18, versículo 11.

—Si ha terminado, padre... Tengo asuntos que atender.

—Condenarás tu alma con esas prácticas paganas, Regina Vega; si acaso no lo estás ya.

Ella desvió la mirada hacia la Tarasca, el paso procesional de casi cinco metros de alto que representaba a santa Marta dominando un dragón de siete cabezas.

—Tu alma caritativa te dirige al cielo, pero tus prácticas espiritistas te perderán. —El sacerdote observó su rostro, que aún conservaba buena parte de la belleza de su juventud, sembrado ahora de reproches en sus ojos.

—Entiendo, padre. —Era evidente que debían espaciar las reuniones, mantenerlas en el más estricto secreto; también que debía mentir para protegerse—. Perdóneme si he pecado. Me encomendaré a Nuestro Señor.

—Solo quiero protegerte, hija mía...

Salió con el rostro de la Tarasca infundiéndole paciencia, pues aquella misma noche su círculo espírita se reunía en el palacete de los Gonzaga-Comillas. Abrieron la sesión, firmaron el acta y Regina y Damiana, las dos médiums, iniciaron el contacto para responder las peticiones que había traído el presidente: cuartillas repletas de ruegos, de interrogantes.

Los espíritus mostraron las respuestas a Damiana, que garabateaba aprisa. Regina, en cambio, solo alcanzaba a oír el eco lejano de unos tambores, incapaz de concentrarse en la sesión. A su término, una muchacha recorrió la sala recogiendo limosnas para los pobres y Regina volvió a casa.

Sentía ardor en el pecho; una mecha recién prendida que le anunció que la calamidad anunciada se acercaba. Cuando bajó del coche, vio de nuevo al hombre del cuaderno perdiéndose en la esquina.

Sobre el velador del vestíbulo encontró la correspondencia aún sin abrir. Vio que una de

aquellas cartas, sellada en Cádiz, estaba dirigida a Martina. Rasgó el sobre con el abrecartas y vio que estaba firmada por Benigno Batts.

Hablaba de una tal Dorita y de su deseo imperativo por visitarla; hablaba de Erlinda, la doncella de Martina, y de la visita de Conrado a La Gaviota.

Se durmió en el salón, en su butaca preferida y con su gata en el regazo. Dejó que la noche pasara con el recuerdo de las manos cálidas de Leonardo sobre las suyas, que el tiempo volviera atrás en sueños. A las tres de la madrugada despertó: supo entonces que las piedras del lugar donde moraba Candela la amparaban de algún modo que no podía comprender; supo también que Milagros volvía a casa.

XXVII
¿QUIÉN ERES TÚ?

—¡Perdón, señorita! —Milagros derramó la crema fría sobre la falda de Martina—. ¡Yo se lo limpio, yo se lo limpio! —Dejó el cucharón dentro de la sopera y sacó un paño del bolsillo del delantal para secar la mancha.

Jorgina reprimió una risita. Comenzó a balancear las piernas y alcanzó las rodillas de Genoveva.

—¡Auch!

—¡Ha sido ella! —Cordelia apuntó a su hermana con el índice.

—No se señala con el dedo, niñas...

Manuela puso los ojos en blanco mientras la tía Josefina pedía calma ante la expresión de disgusto de Fiona, que, obviando la escena, concretaba con Alejandro y Arnaldo su vuelta a Málaga. El doctor Mendizábal se limpiaba los labios aprobando aquella decisión.

—Si me disculpan... —dijo Martina.

Salió para cambiarse, seguida de una cariacontecida Milagros, que, ya en la habitación y ayudándola a desvestirse, le dijo:

—Era una argucia para hablar contigo, que últimamente estás más *ocupá* que el papa de Roma. —Cerró la puerta tras ella—. La Santa me contó que el señorito Alejandro anduvo en líos con la Simona, pero que eso se acabó cuando llegó la institutriz. Que por ella canceló su compromiso con... ¡No te lo vas a creer!

—Ay, Milagros, ¡no me tengas en ascuas!

—¡Con Rosita Rodríguez-Smith!

—Rosita...

—¡Con la mujer que se acabó casando con mi padre! Si es que el mundo es un pañuelo... —Milagros chasqueó la lengua cruzando los brazos sobre el pecho—. Pero al parecer, Clara, que así se llama la institutriz, lo abandonó de un día para otro y regresó con su novio, un tal *Agratún*.

Martina mudó su expresión recordando los días en el vapor Montevideo, a Carlos Agramunt, su máquina de fotografía y sus cartas sin respuesta a Clarita Fornells.

—Agramunt, Carlos Agramunt... —aclaró, y se alisó la falda tratando de digerir toda aquella información—. El mundo es un pañuelo, sí.

—He intentado varias veces entrar en la habitación del señorito, pero la Simona no me deja pisar ni para quitar el polvo —dijo Milagros meneando la cabeza—. Casimira me ha dicho que a veces lo ha visto hablando con una estatuilla muy rara que tiene ahí; aunque esa niña tiene tela *pa* cortar e igual se lo inventa. —Miró por la ventana viéndola salir de la casa con un cestillo en el codo—. Hablando de la reina de Roma... ¿Has visto los pendientes de aro que luce? Chapados, pero que hacen su efecto. Verás la Simona cuando se entere de que el Asturiano se los ha regalado, ¡verás! Si entras ahí, tal vez entre el papeleo del señorito encuentres algo, ¿no crees? Que no vamos a estar aquí toda la vida, Martinita...

—Lo intentaré, pero no sé en qué momento podré hacerlo...

—Hazlo esta noche. ¿Para qué esperar más?

Milagros se dirigió a la puerta y, apoyada en el picaporte, hizo una mueca de pena señalando la falda sucia del suelo.

—Lo siento, señorita. No volverá a ocurrir —rió, y salió antes de que Martina se la lanzara a la cara, divertida.

Tras la cena, Alejandro anunció que se retiraba a la biblioteca. Su hermano Arnaldo ya se había marchado a Málaga y le había dejado un buen montón de papeleo por revisar y firmar.

Era el momento. Martina subió al ala de las habitaciones principales y entró en la de Alejandro, abierta, en penumbra por la luna que entraba derramándose sobre sus pies. El ruido de sus botines se apagó sobre la alfombra cuando alzó su lámpara y vio que a la izquierda un escalón de madera daba paso a una gran cama de hierro forjado cubierta con dosel; a su derecha, las paredes forradas de madera abrazaban un saloncito con dos sillones y una gran mesa de caoba donde tenía su despacho.

Abrió los cajones buscando algún documento que le indicara la posible pertenencia de Candela a aquella familia; también los planos de la casa: tal vez pudiera descubrir alguna alcoba secreta, común en aquel tipo de mansiones. Pero solo encontró libros de cuentas y datos sobre jornales pagados o por pagar.

Una estatuilla de bronce en una balda de la librería despertó su atención: representaba una figura masculina con los puños apretados, turbante y ojos almendrados y ciegos. Ante ella, el cabo aún humeante de dos velas votivas.

Encima de la gran cómoda con sobre de mármol, una caja de madera de haya le mostró un broche de alfiler de plata y oro de la logia Redención; la misma a la que pertenecía Conrado. Pero ¿en qué clase de lugar estaba? ¿Por qué todo su mundo parecía confluír en aquella casa?

Se acercó a las cartas apiladas en dos montones: las listas para enviar al correo y las pendientes de leer. Unas de médicos, otras de amistades y familia. La última, escrita en inglés, le provocó un aguijón en la sien, la certeza de que aquella letra apretada era la misma que encontró en las cartas dirigidas a Conrado firmadas con iniciales, las que escondía en el compartimento secreto de su escritorio. Entonces descubrió el nombre de quien había causado todas sus desdichas: Angus Slorrance.

Sintió el calor ascender a sus mejillas; un garfio aprisionando su estómago. Le hubiera gustado asomarse al balcón y gritar, expulsar los desgarrones de rencor que aún le quedaban dentro.

Oyó voces, dobló la carta y la ocultó bajo el cinturón de su vestido. Al asomarse al balcón, vio a la tía Josefina camino a la cocina de servicio y a Manuela Baena tras ella gesticulando nerviosa.

Algo ocurría.

—¿Qué hace en mi habitación?

Se volvió para encontrar la mirada interrogante de Alejandro.

—Buscaba... un libro.

Avanzó hacia ella desabotonándose la camisa, con su media sonrisa asediándola.

—¿Ah, sí? ¿Qué libro, *mademoiselle*?

Martina señaló la balda más cercana.

—*Los miserables* de Víctor Hugo —dijo nerviosa.

Alejandro alargó el brazo y lo tomó. Lo abrió al azar y leyó:

—«Si no hubiera quien amase, se apagaría el sol».

Y extendió la mano derecha para rozar con el dedo índice su labio inferior, húmedo y cálido como los pétalos de las rosas del invernadero. Martina dio un paso atrás, pero la cómoda la detuvo. Él se inclinó hacia ella buscando su aliento, el aroma a lavanda de su jabón.

—¿Quién eres tú...? —preguntó con la mirada turbia de opio. Sus ojos veían a Clara, sus manos buscaban su abrazo tan lejano en el tiempo. Su ausencia era un lastre que desgarraba sus noches—. Por fin has regresado, amor mío...

La brisa que traía la lluvia se coló por el ventanal abierto y Martina quiso olvidar la hoja rasgada de *Juana Eyre*, las advertencias de Milagros cuando le dijo que Casimira lo había visto hablando solo frente a la estatuilla de su despacho, como orando, como pidiéndole cosas que solo un dios podía conceder.

Nada importaba porque ahora solo existía él acariciando su cuello. Y si cerraba los ojos era Miguel Balboa. De nuevo allí, frente a ella.

La besó y sus labios le decían que estaba a salvo. Que podía morir en sus brazos y nada más importaría. Ajena a sus pensamientos, Martina se dejó vencer, embriagada por el aroma de las glicinas ascendiendo por los muros de la Casa Baena.

Alejandro la llevó en volandas hasta la cama rodeándola en un abrazo ciego y atormentado.

—No me dejes solo...

Los candiles de bronce que colgaban de la pared ondularon su sombra inclinándose hacia Martina. La tormenta arreciaba y quizás las tierras se anegarían, pero qué importaba aquello ahora, cuando ya no existía la muerte para él, cuando todo era vida y deseo.

—Tengo que... —Martina posó una mano sobre su pecho desnudo apartándolo de sí—. Debo irme, señor —susurró deshaciendo el hechizo, levantándose y recomponiendo su blusa.

De su cinturón sobresalía la esquina de la carta de Angus y la escondió aprisa con el pulgar, tomó la lámpara y salió. De regreso a su habitación, no vio a Simona, ni su mirada, que ardía en ira.

Maldita fuera su estampa. Iba a quitarle su mayor anhelo, su razón de vivir.

Simona se soltó el cabello, se lavó la cara en la jofaina y el espejo le devolvió su reflejo aún hermoso. Se acarició los senos sobre el camión, aún jóvenes a pesar de sus cuarenta años. El recuerdo de Benigno, pobre diablo, apareció ante ella como un destello fugaz, una piedra en el zapato.

Se hizo una trenza y se colocó el gorro de dormir.

Nunca regresaría a Cádiz ni a vivir una vida de necesidades en una casa que se caía a pedazos; ni respiraría la humedad de su habitación y aquel olor a sal que le roía el alma. No quería volver a avergonzarse de aquella madre chiflada que le había tocado en suerte, pues su destino era el viento que soplaba en Campanillas, era aquella tierra bermeja colmada de viñas y naranjos; era vivir en aquella casa que solo su mano firme podía gobernar.

Untó la yema de su dedo índice en el frasco de crema y la aplicó sobre sus mejillas. El espejo se inclinó hacia un lado, se derrumbó sobre la cómoda y una grieta culebreó dividiéndolo en dos. Detrás de su imagen duplicada vio el rostro herido de Clara Fornells, su languidez moribunda en la celda del túnel. Se inclinó hacia la luna rota y sonrió. La humedad y el miedo acabarían con ella; no tendría ni que mancharse las manos.

Oyó voces agitadas, se puso la bata y salió.

—¡El niño, el niño! —Manuela y la tía Josefina iban puerta por puerta despertando a toda la casa
—. ¡Paulino ha desaparecido!

Cordelia se asomó al pasillo indicando con un gesto a su hermana que se levantara y saliera también. Algo de emoción en aquella aburrida casa, ¡por fin!

Corrieron hasta el vestíbulo, donde su madre agarraba con fuerza los brazos de Casimira.

—¿Dónde está? ¿Dónde? —preguntaba zarandeándola.

Con sus escopetas al hombro, Curro y el Asturiano entraron alarmados por el escándalo.

—No *pue* haber ido *mu* lejos, señora —dijo Curro—; que es un niño chico y solo gatea.

Organizaron la búsqueda con unos cuantos peones y se dividieron en grupos para registrar cada tinaja del patio y cada mata en el jardín.

—¡Solo salí un momento al retrete! —repetía Casimira gimoteando.

—Retírate a tu habitación, haz el favor —le dijo Simona.

Había dejado de llover y vio que Manuela se dirigía al patio principal del brazo de su tía, y que Fiona, anudando su bata de seda italiana, las seguía.

—La banda del Cañamero —aventuró Fiona—. Seguro que pedirán un rescate por Paulino. *For God's sake!* ¡Francisco! —llamó—. ¡Tiene usted que avisar a la Guardia Civil, o a la Real si hace falta!

—Debemos revisar los cuartos del servicio, señora —sugirió Simona.

En aquella noche húmeda, asfíxiate, Manuela caminó entre los canastos apilados donde Ceferino y su madre señalaban la presencia de un gorrito de batista. El viento lo alzó y lo depositó sobre el brocal del pozo. Se asomó y se llevó una mano a la boca reprimiendo el grito que le nacía ahogado.

—¿Qué hace esto aquí? —Simona salió del cuarto de Milagros mostrando a todos el pololo del bebé, dándoselo a oler a los perros. Gimieron, dando vueltas sobre sí mismos, ladrando al aire—. ¿Y esto? —En la otra mano llevaba uno de los peines de plata de la señora Baena, grabado con sus iniciales.

Señaló a Milagros, que llegaba del excusado. En camisón y gorrito de dormir, se echó las manos a la cabeza ante sus acusaciones.

—¡Y yo qué sé qué hace ahí! ¡No me jeringue!

—Cierra esa boca sucia, ladrona. ¡Curro, Curro, venga aquí!

El Asturiano ya sacaba el cubo de zinc del fondo del pozo cuando Alejandro bajó, alertado por el doctor Mendizábal. Todos contuvieron el aliento al ver el bulto envuelto en una manta empapada.

Descalza, Genoveva se acercó a sus primas. Cordelia se mordía las uñas y Jorgina sollozaba al ver a su madre gimiendo y repitiendo: «¿Por qué, Señor, por qué?», mientras el Asturiano colocaba el atadizo sobre un canasto. Tenía que detener el tembleque de sus manos antes de descubrir lo que escondía, tenía que borrar de su mente el fuego y la furia, y las balas que silbaban sobre él, y los rostros grisáceos de los soldados que le parecían guijarros sin vida.

—Permítame —dijo el doctor Mendizábal—. Es una muñeca. —No pudo evitar sonreír aliviado cuando la alzó mostrándola a los presentes.

Genoveva la reconoció: Cosette y su rostro de porcelana. Cosette y su único brazo y sus ojos abiertos ante los presentes.

—Pero... ¿y mi niño? —Manuela se asomó al brocal. No podía respirar y el doctor pidió que se la llevaran de allí.

—Denle una cucharadita de tintura de láudano.

Sete le colocó su propio chal sobre los hombros y la acompañó a su habitación.

Alejandro reunió a todos los hombres disponibles, pues debían seguir buscando a Paulino por cada rincón de la casa, por los campos, huertos y viñedos. No mencionó el río, pero hacia allí salieron Curro y el Asturiano con antorchas, perros y el paso acuciado.

Como quien contempla una obra de teatro, Cordelia estaba expectante ante la siguiente función.

Su madre lloraba, su hermana se peleaba con Genoveva por aquella ridícula muñeca y la institutriz miraba espantada cómo el cochero encerraba a Milagros en el pajar.

En el gabinete del torreón, Paulino despertó haciendo pucheros. Para calmarlo, a Candela no le valieron ni las galletas ni el agua.

—¿Quieres a tu mamá, pequeño? Te llevaré con ella, entonces. No llores más.

Lo envolvió con su manta y se lo llevó a través de la abertura secreta de su habitación, cruzando el armazón de la casa. Cuando alcanzó el corredor de la estatua de Hércules, oyó disparos, oyó gritos y lamentos, y, asustada, dejó al niño acomodado junto a un jarrón.

—Pronto te encontrarán. ¡Hasta otro día, amiguito!

Paulino avanzó gateando por la alfombra hasta llegar a la escalera principal. Titubeó ante la altura y tanteó el primer escalón.

Desde el vestíbulo, la tía Josefina lo vio levantar una mano, hacer los cinco lobitos.

—¡Paulino!

Besó la cruz de oro de su colgante y juntó las manos dando gracias a Dios. Martina llegó y corrió hasta él. Lo alzó en sus brazos comprobando que no tuviera ningún daño, pero solo vio su tierna sonrisa, en la que asomaba un primer diente, y las migas de galleta adheridas a las puntillas de su vestido.

Al pie de la escalera se encontró con Alejandro.

—Gracias, Catalina. —Su mirada había perdido la turbación de hacía unas horas, pero su cuerpo frente a ella aún parecía querer desnudar todos sus secretos.

Abrieron el portón del pajar, pero no había rastro de Milagros: solo la cuerda y un rastro de paja revuelta.

—La dejé aquí atada —dijo el cochero—. El candado está abierto, ¿cómo diablos...?

—¡*Pos ta* hecho la pirula, Vicente! —Ceferino se carcajeó tras él y salió antes de recibir una tunda.

—Sí, ya vemos que se le ha escapado. —Víctor San Román y su compañero Fonseca hacían la ronda de noche y acudieron ante el revuelo de la Casa Baena, cuyas luces encendidas rasgaban la negrura del valle—. ¿Dónde está el señor?

Martina abrió su maleta y sacó de uno de los bolsillos la carta que había traído desde Nueva Orleans firmada por «A. S.». Desdobló la que encontró en la habitación de Alejandro y las colocó encima de la cama, una junto a la otra, comprobando que se trataba del mismo papel de carta, azafranado, de fino gramaje.

Una hablaba de objetos antiguos y dólmenes y estaba dirigida a Alejandro Baena; la otra, a su esposo Conrado, que no por leída mil veces le dejaba de sorprender. Hablaba de un amor prohibido que había destruido su matrimonio, que lo convertía en una mentira, en una tapadera cruel.

—Angus Slorrance —susurró.

La rúbrica era idéntica, como la letra y los puntos sobre las íes, trazados en círculos.

Angus Slorrance amaba a Conrado; y Conrado lo amaba a él.

Milagros cabalgaba a lomos de la yegua que Ceferino le había preparado; sin rumbo, asustada y sin saber bien qué dirección tomar. Cuando descubrió la sombra de niebla pegada a Simona, cuando descubrió otra más brotando de las orquídeas y Simona le dijo: «¿Qué haces aquí?, lárgate», todo fue de mal en peor.

Vio luz en una ruinoso cabaña de pastores y titubeó antes de dirigir las riendas hacia allí. La voz de Regina en su cabeza le decía que se alejara, que regresara a Antequera por la carretera principal; pero la curiosidad pudo más que la premonición.

Desmontó y se asomó por el ventanuco para ver un pequeño fuego encendido y restos de huesos de conejo asado. Un hombre tumbado, rubio y de barba descuidada, cepillaba sus alpargatas manchadas de barro. Por las alforjas y los cachivaches que lo rodeaban, parecía un buhonero.

Milagros dio un paso atrás, trastabilló y cayó derribando un montón de leña. Levantó la vista y ahí lo tenía, mirándola como quien mira un insecto al que pisar.

—¿Quién *ere* tú? ¿*Tiene argo pa* mí?

Milagros levantó la mirada hacia aquel grandullón, hipnotizada por su ojo descoyuntado, por su sonrisa amable.

—Uno..., *do...*, *tre...* —Gaspar sacó una cuerda de su bolsillo y comenzó a liarla y desliarla entre sus manos—. ¿Tú *tiene argo pa* mí o no?

Echó mano a su cuello y se arrancó la medallita de oro de la Virgen de la Palma. Brilló ante los ojos de Gaspar que, fascinado, ni cuenta se dio de que Milagros gateaba hacia atrás y alcanzaba su yegua.

—¡Pero no huyas, *presiosa!* ¡Yo también tengo *argo pa* ti!

Y balanceó hacia la noche la honda de Antoñito Mora.

Candela despertó zarandeada.

—Maldita niña. ¿Qué hiciste? ¿Por dónde sacaste a Paulino?

Se frotó los ojos y vio a Simona palpando la pared tras la cómoda, buscando alguna trampa oculta bajo las alfombras. Su plan de culpar a Milagros para echarla de la casa había funcionado, pero nunca pensó que Candela pudiera encontrar un modo de salir de la habitación. Revolvió ropas, mantas y muñecas, y al final se percató de la rendija que sobresalía del friso junto al armario.

Poco después regresó con un martillo y clavos para cegar aquella salida. También con unas tijeras para cortar en pedazos el chal que se extendía en olas blancas por toda la habitación.

Aquella misma noche, Candela comenzó a tejer de nuevo como si nada importara, como si nunca hubiera comenzado.

Candela tejía y tejía y tejía.

Tejía con Miércoles mordisqueando zanahorias a sus pies mientras rezaba para que Alejandro regresara pronto; mientras esperaba ver cada día el rostro de Simona, más cetrino y malhumorado, pero que la ataba al mundo de los humanos.

Tejía cuando Martina mandaba una carta al correo para su abuela informándola de todo lo sucedido, mientras buscaba luciérnagas y enseñaba a Genoveva a resolver problemas matemáticos.

Tejía cuando Cordelia hacía llorar a Jorgina y rompía la cámara fotográfica que había construido Ceferino, el día que la amenazó con su cuchillo de pelar patatas y le dijo: «Eres mala como la leche cortada, te vas a quedar pajarito».

Candela tejía y tejía y su abuela acariciaba las rosas negras y daba instrucciones a Celestino para la poda, rasgando con la punta de su bastón el suelo donde un año atrás su esposo Cayetano cayó desde la silla de ruedas, donde la vida lo había desterrado después de su apoplejía.

Tejía y tejía mientras Ceferino estaba en su catre con la frente vendada y un moretón en la mejilla, inconsciente tras la caída desde la ventana del palomar. No vio las manos que lo empujaron, solo oyó las risas, y después todo se volvió negro como los zapatos de charol de Cordelia.

Tejía su chal blanco regalándole su luz para que iluminara sus noches inciertas. Y en un repecho del ventanal el búho que acechaba el palomar ululaba alentándola a acabar su tarea tejiendo el tiempo y la vida.

XXVIII
LAS COLMENAS

Días después, el valle exhalaba la bruma lechosa de la madrugada cuando Gaspar Gascón regresaba a Campanillas desde Cártama. La Casa Baena lo atraía como la mosca a la miel; como un tótem en lo alto de un cerro esperando a que danzara a su alrededor para adorarlo.

Un coche de caballos lo adelantó por la carretera. Los faroles bailaban enloquecidos y el cochero, con el sombrero bien calado y un tapabocas protegiéndolo de la humedad, los azuzaba con la fusta.

—¡Ea, ea! —gritaba contra el viento.

El señor Baena se había empeñado en regresar a Campanillas, pero no eran horas de andar por aquellos caminos en que la banda del Cañamero y otros de su calaña seguían asaltando al primero que se pusiera a tiro.

Al entrar en el vestíbulo, Alejandro encontró a la Santa subida a una escalera apagando los candelabros.

—¡Oh! No sabíamos que regresaba esta noche. ¿Ha cenado, señor?

Él negó con la cabeza de mal humor. Necesitaba tomar sus medicinas y una sesión de opio para matar el dolor que aquel mal le causaba en el pecho y en el hombro; para aliviar la fatiga que lo hostigaba.

—Perdone la inconveniencia, señor; pero es que andamos muy preocupados por la Casimira... —La Santa lo siguió frotándose las manos frías—. Desde que salió a hacer unos mandados no ha regresado, y ya van dos días.

Él entró en la biblioteca en penumbra y acudió al secreter donde Simona dejaba su correspondencia. De pie, con desgana, revisó las cartas hasta que se topó con una de Conrado Lefebvre.

Le pedía discreción, pero también ayuda para localizar a su esposa Martina, pues tras su viaje a España, su paso por Cádiz y su estancia en Antequera, se le perdía el rastro. Conrado aventuraba un posible rapto por alguna banda asaltante de caminos, pero también la posibilidad de que un accidente la mantuviera perdida y desorientada en algún lugar. Le describió su aspecto y condición por si él o alguna de sus amistades daban con ella en Málaga.

Alejandro se acarició la barba intrigado por aquella misiva y la semejanza de aquella

descripción con Catalina Valdivia. Si ella era en realidad Martina de Icaza de Lefebvre, no parecía perdida ni desmemoriada. Si era ella y había acabado en su casa tratando de ganarse la vida, solo cabía la posibilidad de que hubiera huido de Conrado por algún motivo de fuerza mayor.

Fuera como fuese, aquel no era momento de privar a Genoveva de su presencia para devolvérsela a Conrado; al menos, no hasta que en septiembre la enviaran a Inglaterra. Había aplacado su carácter revoltoso y avanzaba con provecho en sus clases de arte, lengua y matemáticas para aprobar el examen de ingreso en el internado de Wycombe Abbey. No pensaba echarlo todo a perder.

Encontró a Martina dormida, rodeada de almohadones y libros. El gato Nuit dormía enroscado a sus pies, sobre un cojín. La lámpara de aceite parpadeó a su paso, contemplando a Genoveva abrazada a ella, como solía hacer con Clara.

Salió al balcón, envuelto en niebla y noche. Sus recuerdos se disiparon, como arena entre las manos.

Desde allí no alcanzó a ver que Ceferino, con la cabeza vendada, corría hacia el río y lanzaba a la corriente la tercera estatuilla de barro.

San Román y Fonseca acudieron a la llamada de unas mujeres que lavaban en el río, cerca del molino viejo. El cuerpo gris y profanado de una joven asomaba en el cañaveral; su boca y su pecho estaban abiertos en un grito imposible, y Víctor reprimió el vómito. No lograba acostumbrarse a ver aquellos cuerpos sin hálito de vida ni corazón, cáscaras vacías que ya no serían ni podrían ser. Algo retenido en el puño rígido del cadáver le llamó la atención: un lazo de seda rojo, como sus cabellos.

—Solo lleva uno de sus aretes —observó Fonseca.

—Si es el mismo asesino que las otras dos veces, deberíamos encontrar una estatuilla de piedra.

—Será mucho suponer...

Escudriñaron entre los juncos espinosos y las adelfas, pero en aquella ocasión la encontraron junto a un águila pescadora encaramada a un tronco seco. La apresó con su pico curvado, desplegó las alas y se la llevó de allí.

—Debemos ir a dar parte —oyó que decía Fonseca, pero Víctor seguía inmerso en la escena de aquel crimen, tratando de hallar sentido a aquellas muertes.

—Ya hay un arriero encarcelado por los dos anteriores crímenes; así que, o bien es inocente, o esto es cosa de un imitador.

—Esto es cosa de un demente, Víctor. De un demente.

Aldea de Monterroso, Almogía

Con el rocío de la mañana ya levantado y vestidos con sus blusones de lino, Pedrito el Junquillos y su padre subieron hacia el cerro donde tenían sus colmenas. El camino estaba plagado de hinojo, romero, azahar y madreselvas que regalaban su néctar a las abejas que encontraron zumbando sobre los panales.

Pedrito aún andaba con un vendaje en la cabeza de cuando su borrica lo llevó a la casa; cuando llegó sin sentido y sin memoria. Desde que su padre lo tumbó en el catre seguía atarantado, y así hasta varios días después en que Amancio Balboa bajó al pueblo para llamar al doctor y decirle que su hijo no despertaba y respiraba como un alfeñique.

Cuando se recuperó, su madre lo abrazó tan fuerte que el niño pensó que había muerto y después había resucitado, pues Dominga no era de muchas zalamerías. Comió un cuenco de gachas como si no hubiera un mañana y les dijo a sus padres que los sesos se le habían cuajado, pues andaba desmemoriado y hasta el contar se le hacía bola.

Amancio andaba cabizbajo tras la última visita de su hijo Miguel, que seguía dando tumbos por esos mundos de Dios manchando el nombre de la familia y viviendo una vida que no le correspondía.

Ahumó las celdas de las colmenas con hojas de pino secas para ahuyentar a las abejas hacia el fondo y recordó que su difunto padre una vez le contó que aquellos laboriosos animales ya estaban en el mundo antes que el hombre, y que en cada colmena, que expelía un olor particular, solo podía haber una reina.

—El Curro de la hacienda Baena es un mangurrián, padre.

—¿Cuántas veces te he dicho que no se dicen malas palabras delante de las colmenas? —Le dio un capón a su hijo—. ¿No sabes que trae mal fario?

—Es que el último día que estuve allí me echó con cajas destempladas y me pellizcó la oreja. Eso sí lo recuerdo, padre; pero no sé ni cómo me di el golpe ni cómo me monté en la Genara. Pero eso no es todo... Recuerdo también algo feo.

—¿Algo feo?

—Encontré a la profesora de la niña Genoveva en un túnel de la vieja acequia; la que dicen

que se fue y no regresó.

Amancio se volvió hacia él mientras cerraba el techo de una colmena.

—La oí pedir ayuda; tiene que hacer algo, padre.

—Ay, hijo mío. ¡Si con esa imaginación tuya nos dieran perras, ya seríamos los marqueses de Almogía!

—¡Pero padre!

—¿La institutriz de la niña Baena encerrada en un túnel secreto? ¡Si servirías para juntaletras! Ya lo decía tu abuela, que en paz descansa, que tenías más listeza que un literato.

—¡Pero si no es embuste ni cuento! —El humo de las colmenas parecía aclarar su desmemoria —. Recuerdo también a la nueva profesora Catalina y a la doncella Milagros cuchicheando junto al lagar, que parecía que se conocieran de toda la vida, tan juntitas hablaban.

—¿Y qué decían?

—Milagritos le decía que en la noche, cuando iba a los retretes, le parecía oír lamentos; que no sabían si eran crías de gato o almas en pena.

—Ea, a ver si nos vas a salir como ese Bécquer que dicen que escribió historias de aparecidos y ánimas del purgatorio. ¿Para qué querría alguien comprar un libro de ese iluminado teniéndote a ti? —Levantó una celda y, con decenas de abejas rodeando sus manos, se acercó por detrás de su hijo y susurró—: ¡Uuuhh!

Pedrito dio un brinco, molesto porque no le creía, acostumbrado como estaba a los relatos que hacía de la gente extraña que siempre se topaba por los caminos.

—Te diste un buen porrazo en la cabeza, hijo mío; que hasta el médico decía que igual te quedabas tartamudo o memo; que llevabas demasiadas horas sin *sentío*.

Lo que no sabía Pedro Balboa, lo que nunca nadie supo, fue que Gaspar el Tuerto, que andaba por las lindes de la Casa Baena merodeando como un viejo mastín, vio al guardés salir de un socavón cercano a los silos. Iba cargado con un bulto entre los brazos y corrió para llevarlo al encinar. Luego lo vio cubrir el hoyo con un montón de tierra, abono y paja, y saludar, apoyado un pie sobre la pala, a un grupo de peones que regresaban de los campos.

No sabía que un búho real se posó sobre una rama del encino donde había caído uno de los cascabeles de la Genara. Que volvió sus ojos redondos y anaranjados hacia la Casa Baena, hacia la leve luz del torreón que, encendida, parpadeó dos veces antes de apagarse de nuevo.

Era noche cerrada cuando Roberto el Manquillo apareció detrás de unas matas. A su lado, el Bastos le indicaba que se dieran prisa. La luna iluminaba sus pasos dirigidos a saquear las colmenas de los Balboa.

Hacía días que el Bastos preparaba el asalto para multiplicar su propia producción de miel sin coste alguno más que buscar un compinche que le debía favores para aburrir. Sus abejas se habían enfermado de tiña y a otras tantas las habían devorado los lagartos. También las necesitaba para la polinización de los olivos, y a los Balboa les tenía ojeriza.

Se pusieron los guantes y un sombrero con velo. Tras bloquear las entradas de las colmenas en las que sabían que estaban las reinas, cargaron todas las que pudieron en dos mulas y regresaron a la destartada casa del Bastos.

—¿Y no has vuelto a saber *na* del Tuerto?

Roberto gruñó. Ni sabía ni quería saber.

Llegaron a una vieja casa torcida como los dientes de su dueño, junto a un arroyo seco. Los ojos ciegos que eran sus ventanas mugrientas dejaban entrever los candiles encendidos en su interior.

La hermana del Bastos, a la que llamaban la Flaca, los esperaba con la mesa puesta.

A la mañana siguiente, Pedrito se llevó las dos manos a la boca, cubriendo el espanto de ver sus colmenares vacíos. Ya no habría ni abejas, ni miel ni cera para las velas. Corrió cuesta abajo con el corazón saliéndosele por la boca.

Llegando a sus tierras se escondió detrás de una higuera desde donde vio a unos hombres que se alejaban cerro abajo. Oyó el tintineo de las borlas y cascabeles de su borrica y se dio cuenta de que se llevaban a su Genara; como también los cuatro cerdos que tenían.

Corrió hacia ellos agitando los brazos.

—Pero ¿qué hacen? ¿Adónde van con mi Genara?

Pedrito agarró las riendas de la borrica abrazándose a su cuello, aspirando el olor de su pelaje mezclado con sus lágrimas. El ojo izquierdo del animal mostraba una pátina húmeda mientras seguía avanzando con el niño, que se negaba a soltarla, que se agarraba a su cola berreando—. ¡Canallas! ¡Granujas!

—Detén esa boca. —Quien así habló era el que parecía el mandamás de aquella expedición confiscatoria—. Tal vez aún seas pequeño para saber que los impuestos han de pagarse y que, si no se hace, se decomisan los bienes. —El recaudador no estaba de humor y menos aún para soportar más llantos.

—Gandía, acompaña al niño a su casa y después nos alcanzas.

—¡Padre, padre! —Pedrito se zafó del agente y corrió cerro arriba.

Pero Amancio no tenía coraje para enfrentar a aquellos hombres del ayuntamiento; ni tampoco para hacerlo contra aquellas lágrimas como puñales. Salió a la porqueriza y miró el engordadero vacío. Solo tenían miseria de nuevo hasta que Miguel tuviera a bien volver para surtir aquella casa arruinada.

—Padre... Las colmenas. —Lo dijo con la voz baja y los labios con tiritera.

Pero a Amancio la piel ya se le había hecho dura: solo quedaba ofrecer el cuello y que se lo pasaran a cuchillo.

Agachó la cabeza, salió de la porqueriza y se encaminó a la despensa para agarrar un pellejo bien repleto de vino y mojar las penas.

Pedrito tomó de la mano a su madre. Ella se la retiró.

—Anda a matar una gallina, Pedro. Que al menos hoy cenaremos bien. Mañana Dios dirá.

—Aaaaalto ahí, chavea... —Diego el Tormenta salió al camino interceptando la carrera de Pedrito entre huertas, pastos y pozos voceando aquí y allá que les habían robado sus colmenas y que el recaudador de impuestos les había confiscado los cerdos y a la Genara. A otros tantos de la aldea les había sucedido igual, pues el ansia de pillaje para la Hacienda Pública no terminaba jamás.

El bandolero estiró las riendas de su caballo apuntándole con su escopeta.

—Más querría *tené* algo *pa* darle, señor... —dijo el niño levantando las manos.

Diego se quitó el pañuelo que cubría su boca y sonrió divertido.

Pronto apareció el resto de la cuadrilla del Cañamero y desmontaron junto al pozo del abrevadero. Miguel lo levantó en volandas.

—¡Ya pronto serás más alto que yo!

—Tienes que hacer algo, Miguel —dijo abrazado a su cintura y contándole lo sucedido.

—Y nos han *pispa*o las colmenas, pero no los *recudadores*.

—¿Quién entonces?

—El Bastos, que nos tiene pelusa.

Era de madrugada cuando el Manquillo despertó en el pajar. Estaba recostado sobre el pellejo vacío de una bota de vino; tenía la lengua seca y los brazos de una muchacha rodeando su cintura.

Se incorporó con tiento para no despertarla y parpadeó cuando vio una sombra levantando un candil en el vano del portón abierto.

Era el Bastos, descalzo y con una horca de cuatro púas hincada en el suelo.

—¿Qué haces con mi hermana?

—¡A la paz de Dios!

El Bastos se volvió sorprendido en aquella hora de negra noche. Alzó el candil y se topó con cinco hombres a caballo y las armas en alto. Arremetió con la horca contra el caballo de Miguel, pero este le descerrajó una bala en el pecho antes de que lo alcanzara. La muchacha salió del pajar despavorida, cubriéndose la cabeza con el chal que Juanito agarró para detenerla.

—¡No me deis boleta!; Ha *sío* él, ha *sío* él!

Los cinco miraban al Manquillo, aún aturdido en mitad de aquella escena.

—¡Él y un compinche llamado el Tuerto mataron al niño de Archidona! ¡Que me lo ha *contao*, el pocavergüenza!

Roberto el Manquillo miró a derecha y a izquierda; vio un pozo y la espesura y salió corriendo.

—¿Dónde vas, mentecato?

El Piconero, escondido tras la cabaña del retrete, salió a su encuentro, lo golpeó con la culata y ató las manos a su espalda. Después lo cargaron a una mula y lo llevaron a Almogía.

Dos alguaciles despertaron al alcalde nada más entrada la mañana. Al parecer, los de la banda del Cañamero habían dejado a alguien atado a la fuente. Se colocó los anteojos y leyó el cartel que colocaron junto a aquel hombre inconsciente: «Asesino de niños. Caiga sobre él la justicia».

—Aquí tiene, madre. —Miguel dejó una bolsa con pesetas, duros y billetes de cincuenta sobre la mesa, enfrentando de nuevo aquella mirada de reproche.

Por Pedrito sabía que buena parte del dinero que le daba estaba bajo un ladrillo del hogar a la espera del regreso de su hijo Jerónimo. Cuando lo hiciera, gracias a ella se podría construir una casa cerca de la era, donde las mejores tierras.

Miguel se colocó un cigarro entre los labios y se sentó junto a su padre en un taburete de tres patas, bajo el emparrado. Niebla dormitaba a sus pies y dos gallinas picoteaban el suelo. Ante ellos solo estaban los montes y los olivos grises bajo un cielo de plomo, y su recuerdo regresó al mar de piedras del Torcal, donde le nació en el pecho aquel amor callado. Pronto enviaría una nueva carta a Martina: una cuartilla con flores y sin más palabras que las que ella quisiera oír.

—Las colmenas ya están en su lugar, padre. Y la deuda con Hacienda, saldada.

—Ea.

—¿Ya tomó su medicina?

—Ea —dijo sacudiendo la cabeza. Y se encendió uno de los puros habanos que Miguel había traído.

—Son para ocasiones de postín, padre. Para cuando la cosecha, para Navidad.

—Cada día es bueno, Miguel.

—Guárdese esto para usted. —Le entregó un atadillo con cincuenta pesetas—. Y cómprese unos zapatos nuevos, y un traje, para los domingos y fiestas de guardar.

Amancio se levantó para apoyar su espalda en la pared desconchada que había que encalar de nuevo.

—Con el traje de la boda me basta y me sobra —dijo—. Lo guardaré para cuando vengan mal dadas, que siempre han de venir.

Pero Miguel sabía que cuando bajara al pueblo se lo jugaría a las cartas, o a los dados, que tanto le daba. Ahora andaba aplacado, pero su gesto huraño pronto volvería; como volvía aquel silencio entre el que se colaba el recuerdo de su hermano Jerónimo, al que solo un altar le faltaba en aquella casa.

Dominga echó un vistazo por la ventana, limpió con un paño el cristal y vio a Miguel alejarse

con los miembros de su banda, que ya lo esperaban cerro abajo. Sin pena lo vio partir; como si no fuera hijo de sus entrañas.

—¿Puedo ir con vosotros, hermano? —Pedrito les salió al encuentro haciendo que la Genara apresurara su trote cascabeleante hacia la cuadrilla.

—Vuelve a casa, Pedro.

—¡Pero es que tenéis que ir a Campanillas porque hay una señorita en peligro!

Diego estiró las riendas de su caballo riendo a carcajadas como los demás.

—¿Una señorita en peligro? —preguntó señalando con su pistola al niño—. ¿La persigue su marido por andar en amores con el criado? ¿Se le ha soltado el corsé y necesita nuestra ayuda?

—No soy un mentiroso, carajo.

—Esa boquita...

—Bien, Pedro. —Miguel desmontó—. Cuéntanos más.

Les habló de la acequia de la Casa Baena y de la señorita Clara.

—No es un sueño, como dice padre. —Juntó el pulgar y el índice y los besó—. ¡Por estas que no!

Antequera

Regina encontró a Rosalía sentada en la mesa de la cocina con una pila de platos por limpiar.

—¡Ay, señora, ay! ¡Que han *detenío* a mi sobrino Roberto y dicen que es uno de los asesinos del niño Antonio! —Sollozando, la mujer enterraba la cara entre las manos avergonzada. Ella, que bregó para sacarlo de la cárcel por ir sin billete en el tren, más le valía haberlo dejado allí, pues tal vez aquel inocente seguiría con vida—. Perdóneme, señora, perdóneme...

Regina cabeceó y fue a ver cómo seguía Milagros. Su precipitado regreso de Campanillas se había saldado con un fuerte catarro que la obligaba a guardar cama. La arropó y regresó a su gabinete donde leyó los informes que había solicitado sobre Angus Slorrance a petición de Martina: un coleccionista de objetos antiguos, un cazatesoros.

Oyó que llamaban a la puerta.

—Tiene visitas, señora.

En el vestíbulo encontró a una jovencita mulata que se presentó como Erlinda, la doncella de Martina en Nueva Orleans.

—Y ella es Dorita Gómez —dijo animándola a acercarse a Regina.

Esta la tomó de las manos y con solo una mirada supo que tenía el ardiente don de la profecía.

Dolmen de Menga

Angus se inclinó hacia adelante, admirado ante el objeto que sus hombres alzaban con cuerdas del fondo del pozo. Después de unos días en Madrid con Conrado, había reanudado la excavación. Algunas noches salían a divertirse a los cafés cantantes de Málaga, a los divanes privados y espectáculos de transformismo donde acudían artistas, literatos y liberales. Conrado se dejaba arrastrar por la vehemencia de Angus, por aquella pasión que le profesaba. Su vida, para algunos, podía ser un escándalo, pero era la única que tenía para vivir.

—*Great! Let's go! Let's go!*

Ante ellos, un ídolo betilo de piedra calcárea, una roca bárbara y sagrada en forma de caja de violín cuyos extremos representaban los atributos femenino y masculino. Un tótem de la Antigüedad, una representación de un dios primitivo y andrógino.

—¡Llama al señor Lefebvre! —pidió a uno de sus ayudantes.

Conrado entró y Angus se quitó el sombrero secándose el sudor con su pañuelo. Los marqueses de Casa Loring, que financiaban en parte aquella excavación, pagarían su peso en oro.

XXIX
LA FIESTA

Casa Baena

—Serviremos la comida a la francesa —dijo el *maître* con las manos a la espalda.

Contratado para la ocasión y dando las indicaciones pertinentes a los camareros, Simona lo escuchaba con fastidio.

—Recuerden ofrecer las fuentes siempre por la izquierda para que cada comensal se sirva a su gusto. Coloquen los cubiertos boca abajo en la mesa para que se vea la insignia del apellido Baena, doblen las servilletas en pirámide y, por supuesto, ¡lleven sus guantes impolutos!

Petulante y engreído, eso le pareció a Simona, que deseaba el fin de aquella ridícula fiesta que Alejandro se había empeñado en celebrar. Regresó al comedor del servicio y se encontró con el Asturiano.

—Ni que esto fuera el Hotel Ritz, Simonita... —reía. Ante él, un plato con pan y aceite.

Simona frunció los labios, verificó el estado de las mantelerías, ordenó a las doncellas que siguieran planchando como si no hubiera un mañana y se dirigió a la bodega para asegurarse de que hubieran llegado todas las cajas de champán catalán.

En la cocina encontró a Brigitte, una cocinera francesa y quisquillosa que, con motivo de la fiesta, llevaba en la casa dos días y traía a Sete por el camino de la amargura.

—Más *fuegte*; hay que *batig* más *fuegte*...

Sete se mordía el labio inferior y, acalorada, seguía montando las claras para el merengue. Molesta por sentirse desplazada en su propia cocina, ya había desperdiciado una docena de huevos.

Bajo la atenta mirada de Simona, la francesa se esmeraba en emplatar una pata de jamón dulce sobre un lecho de gelatina mientras indicaba a sus dos ayudantes que comenzaran a trinchar las aves y glasearan el *filet mignon*.

—Sete, concéntrate —le dijo Simona en voz baja—. Ya están llegando los invitados y se nos echa el tiempo encima.

—Pero, señora Simona, ¿si es que no puedo dejar de pensar en la Casimira! —exclamó sin alzar la voz, y dejó de batir—. ¡Que muerta como un pollito desplumado la encontraron! —Se

sentía culpable por haberla hecho ir a por los mandados a la tienda del cortijo Quintana, por no echar cuenta de los cantos del gallo a deshoras que anunciaban una muerte cercana.

Simona torció el gesto comprendiendo, pero la vida seguía.

—¿Desde cuándo las vidas de los señores se detienen por las de los criados, María Setecilla?

—*Mon Dieu...*

Brigitte se echó las manos a la cabeza. Sete no atinaba con el merengue; se le derretía entero, como un flan.

Dorita bajó del coche. Presumía de su vestido turquesa de mangas de pernil y un sombrero de plumas verdinegras prestado por Regina. Junto a ella recobraba un tanto su equilibrio; su paz templaba sus desvaríos. Se abanicó admirando la espléndida fachada de la Casa Baena.

—La casa blanca de las flores negras —murmuró entre dientes.

—Vamos, Dorita —susurró Erlinda—. Empieza la función.

Regina tomó del brazo a la anciana, que señaló con su bastón de mango dorado los escalones de la entrada. Ya podía oír el latir de las vilezas de su hija. Ya podía sentir cercana la presencia del pajarito en la jaula.

Sonrió a Fiona apretando los labios como le aconsejó Erlinda, escondiendo su dentadura de menesterosa.

—Querida... —Fiona saludó a Regina con un ligero abrazo—. No tengo el gusto... —añadió dirigiéndose a Dorita, perdida la mirada en el pasillo que conducía al ala de servicio.

—Mi tía, Dora Vega Martínez de Castro y Sandemetrio —dijo presentándola—. Te escribí anunciándote que me acompañaría junto a su doncella. ¿No llegó la nota? No podía perderse las excelentes veladas de esta casa, querida.

—Sandemetrio... ¿Estuvo casada con el general?

Regina negó con la cabeza mirando de reojo a Erlinda.

—Con su hermano, el que murió en Cuba.

Por descontado que Fiona no conocía al susodicho, pero ante la sonrisa de aquella anciana con mirada de niña, ante la sortija de esmeralda que ornaba su dedo anular y su apellido de flor y nata, no pudo más que indicar a una doncella que las acompañara al salón.

—De donde relampaguea, allí ventea.

—¿Cómo dice? —preguntó Fiona volviéndose hacia Dorita.

Erlinda intervino sonriendo con disimulo:

—Dice que necesita una infusión de ajedrea. El estómago y el viaje en coche; ya sabe, señora...

La anfitriona asintió.

—Acompáñalas al gabinete —indicó a la doncella—. Y avisa al *maitre* que habrá un comensal más.

Alejandro apareció en el vestíbulo y acudió a saludar a Marcial Lafuente, el propietario de la hacienda vecina a quien hacía pocos días había comprado tres purasangres y dos yeguas albinas.

Se unieron a un corrillo y a una conversación acerca de Los Desheredados, un grupo anarquista de Ronda que promovía la huelga de peones.

—La clase trabajadora solo sabe pedir aumentos de jornal y amenazar con acciones violentas —apuntó Lafuente, que ya había sufrido motines en su fábrica textil—. Estas asociaciones de obreros anarquistas nos traerán problemas, pero ¡a grandes males, grandes remedios! —Extendió el índice y tomó uno de los canapés que un camarero le ofrecía en bandeja de plata.

—¿Y qué solución proponéis?

—Represión, naturalmente —rió el empresario.

Y los demás lo secundaron haciendo chocar sus copas de champán.

—Señores, si me disculpan... —Alejandro se dirigió al vestíbulo y salió de la casa para recibir a Angus Slorrance.

Sonriente, el inglés bajó de su berlina, sacudió su levita de paño negro y seis botones y saludó tocando el ala de su sombrero de copa alta.

—Te he traído lo que me pediste.

Alejandro se guardó en el bolsillo de la chaqueta el paquete de opio y recibió a Conrado Lefebvre.

Alto y de hechuras elegantes, llevaba el cabello negro peinado hacia un lado, un pañuelo blanco al cuello y el fino bigote pulcramente recortado sobre su grueso labio superior.

—Querido Alejandro, ¡cuánto tiempo!

Entraron en el salón y enseguida aparecieron dos camareros con canapés y copas de espumoso para los recién llegados.

—¿Has logrado averiguar algo acerca del paradero de tu esposa, Conrado?

Él negó con la cabeza, aún turbado por la inutilidad del investigador cuyo último telegrama le informó de que la habían visto en las Ramblas.

—Oh, ¿en Barcelona? —Alejandro alzó las cejas irónico.

Angus frunció el ceño molesto: no sabía que Conrado le había escrito para ampliar la búsqueda. Liberó el aguijón de celos apurando su champán, devolvió la copa vacía al camarero y se apoyó en su bastón de marfil.

—Tal vez fue asaltada —apuntó—, o quién sabe si tal vez asesinada por todas esas bandas de maleantes que pueblan los caminos. ¡Parece que España aún está a medio civilizar! Tanto es así que me robaron la figura de Melkart en la fonda de Antequera, Álex.

—El servicio ya no es lo que era, y menos aún en las fondas. —Alejandro hizo una mueca para expresar su contrariedad sin conseguirlo, y disculpó a su amigo saludando al padre Sancho y al doctor Mendizábal.

Angus se llevó su sonrisa de compromiso al otro lado del salón. Sabía que Alejandro mentía, pero estaba bien que así fuera: había cruzado la línea; pronto comenzaría el juego.

Pálida como el merengue que montaba Sete, Simona se llevó una mano al pecho y salió al patio. Vio a Francisco, que daba señas a dos hombres para que vigilaran la fachada principal donde varios carruajes formaban fila.

—¿Has visto un fantasma?

—Algo peor.

—Ay, Simonita, qué pereza me das... —dijo. Y se marchó dejándola con el pellizco en el estómago.

Era imposible. Imposible del todo.

Una de las doncellas pasó a su lado en busca de unas pinzas para servir y la agarró del brazo.

—Entérate de quién es la dama del sombrero de plumas verdes.

—¿Yo, señora? Pero...

La mirada del ama de llaves significaba que si no lo hacía la pondría de patitas en la calle. Por eso volvió aprisa y como no recordaba más que el último apellido dijo:

—Señora Sandemetrio, o algo por el estilo.

Simona le hizo un ademán para que siguiera con sus tareas. Aun así, sentía las mejillas acaloradas y la náusea de los nervios en su estómago. Miró el torreón y creyó ver el rostro de Candela asomado a una ventana; creyó ver que se abría y salía volando, como un pajarito.

Tras la comida y la sobremesa, se dirigió al jardín para supervisar la colocación de las mesas para el té. Los violinistas ya afinaban sus instrumentos y los primeros invitados comenzaron a ocupar sus lugares.

Vio la puerta del invernadero entreabierta y el leve destello de la luz de la tarde sobre los bajos de un vestido color turquesa.

Entró con sigilo, como lo haría un ladrón; persiguió un leve perfume a mandarinas y un canturreo ingenuo. El sombrero de plumas verdinegras avanzaba por encima de los tulipanes y junto a la estatua de Venus.

—Por Dios bendito... —masculló.

La vio detenerse junto a las rosas negras de Turquía, acariciarlas con sus manos artríticas. La vio unir sus mejillas a aquellos pétalos aterciopelados como si hubiera encontrado un tesoro largamente anhelado.

—Madre...

Dorita la miró, y en sus ojos transparentes alejados de la cordura Simona vio reflejados sus pecados: la reja que impedía la libertad de Clara Fornells y la puerta que mantenía oculta a la niña Candela.

—¿Qué hace aquí, madre? ¿Qué hace vestida así? ¿Cómo ha venido?

—Pobre Benigno, pobre de él. Pobre de tu hijo, que mora en el mar...

—Ni se atreva, madre. —La zarandéo enojada—. Ni se atreva a mentarlo.

Salió aprisa con el bochorno pintado en el rostro, las llaves tintineando en su cintura y la rabia incendiando sus mejillas. Dejó a Dorita desplomada junto al rosal, de la sien manando un hilo de sangre.

—Señorita Catalina... ¿Acaso no debíais volver en dos días?

Con las manos en los bolsillos, Alejandro salió a recibir el coche de caballos que acababa de entrar en el patio. Miraba a un lado y al otro, inquieto por si Conrado aparecía. Su asistencia a la fiesta lo había obligado a hacerlas partir unos días a Málaga con la excusa de la preparación para el examen.

—Lo siento, señor. Genoveva no se encuentra bien y decidimos regresar.

Alejandro cerró la portezuela, pagó al cochero el viaje desde Málaga y colocó su mano derecha sobre la frente de su sobrina.

—Tiene calentura. ¿Se resfrió? —Martina asintió—. Os acompaño a la habitación, entonces.

—Pero, señor, no es necesario que...

Tomó a Genoveva de la mano y casi las arrastró por la escalera de servicio camino a las habitaciones principales. No quería atravesar el corredor principal por el riesgo de ser vistos.

—Por favor, Catalina; acuéstala y quédate aquí con ella. —Miró el reloj de bolsillo y vio que ya era la hora del té—. Después vendrá una doncella para lo que sea menester.

—¿Qué ocurre, señor?

Él no respondió y salió. Martina pudo oír cómo daba dos vueltas a la llave.

—Pero ¿qué diablos...?

Genoveva estornudó quejándose de que le dolían todos los huesos. La cambió de ropa, humedeció su rostro con el agua de la jofaina y se asomó al balcón. Desde allí le llegaba la música de violines, el rumor de las voces de los invitados, alguna risa jocosa.

En Málaga le había hablado de la niña del espejo, la que era ella y no lo era a la vez; que le había regalado un muñeco de arlequín y que estaba en un lugar secreto de la casa.

«Dime dónde, Genoveva; dímelo. ¿Está en alguna habitación del ala oeste?»

«¡Uy, no! Allí solo hay muebles viejos y polvo.»

«Entonces dime dónde está. ¡Es necesario que la encuentre!»

Pero aquellos ojos que se volvían de color violeta cuando se contrariaban se negaron a responder. El miedo a que aquella niña ocupara su lugar en el mundo era poco compasivo, pero poderoso.

Meses atrás, Erlinda le enseñó cómo doblar una horquilla para insertarla en una cerradura. Martina tomó una de entre sus cabellos y también el alfiler de la mariposa que un día le regaló la vieja Dorita, más largo y puntiagudo. Estiró la horquilla, la curvó y, con ayuda del alfiler, fue tanteando los cilindros, presionando con suavidad. Pronto oyó el chasquido que le permitió salir.

—Vuelvo enseguida —dijo arropando a Genoveva—. Te traeré algo para el dolor.

El dúo de violinistas interpretaba una animada melodía bajo la luz violeta de las glicinias.

—Ha sido un acierto organizar un té en el jardín. —Regina tomó del brazo a Fiona y bajó las escaleras hacia una de las mesas ataviadas con manteles blancos y ramitos de fresias amarillas—. Me hubiera gustado ver a la nueva institutriz de tu nieta. ¿No se encuentra?

—Está en Málaga, en casa de mi cuñada Josefina. Allí preparan el examen de ingreso en Wycombe Abbey de Genoveva.

Regina vio con asombro que Erlinda le hacía señas desde una ventana y murmuró una excusa:

—Si me disculpas, querida...

Se acercó con discreción al alféizar donde la mulata se había asomado.

—¡No encuentro a Dorita! Se escabulló y...

—Búscala en las zonas de servicio —le dijo en voz baja—. Alejandro, querido... ¿Cómo estás?

Él la tomó de las manos y la acompañó a su mesa en el jardín.

—Estoy tomando su receta especial y algunas medicinas más. —Eludió mirarla de frente. Aquellos ojos de piedra siempre parecían leer en su alma.

Regina reparó en su rostro macilento, las cuencas de los ojos ligeramente hundidas, sus andares cansados. Pero más allá de eso le preocupó la inquietud que transmitía su alma. Aun así, la oscuridad que lo envolvía no le permitió saber que estaba enredada en un juego cruel, dirigido entre bambalinas.

—Serenidad, hijo —acertó a decir—. Serenidad.

Martina bajó por la escalera de servicio y cruzó el corredor que llevaba a una pieza junto al salón principal. Desde allí pudo observar la parte trasera del jardín y una larga mesa en la que los camareros disponían bandejas de dos pisos con merengue, *scones* con mermelada, hojaldres y platillos con rodajitas de limón para el té.

Sin comprender el motivo de Alejandro para encerrarla con Genoveva, se dirigió a la cocina en busca de una infusión.

Al pasar por la biblioteca oyó que Schubert sonaba en el gramófono. Dio un paso atrás cuando reconoció una voz familiar, empujó la puerta entreabierta y se encontró frente a Conrado. Llevaba un nuevo peinado con la raya al lado y el cabello relamido y brillante, pero la misma mirada de hielo.

Al fondo vio a un hombre de espaldas, inclinado sobre un tablero de ajedrez. La forma en que recogía su largo cabello cenizo y caía sobre un peculiar chaleco de seda y color vino la devolvió a la noche de meses atrás en que entró en el estudio de Conrado y lo encontró inclinado hacia él, besándolo como lo hubiera hecho una mujer. Pestañeó incrédula.

Angus se volvió, mostrándose como el mismo caballero con quien cruzó unas palabras en el buque de regreso a España.

—Slorrance, Angus Slorrance. *Nice to meet you* —dijo levantándose y tendiéndole la mano.

Al sonreír, Martina vio su extravagante colmillo dorado. Turbada, no tenía palabras.

Conrado cerró la puerta y se sirvió una copa de coñac.

—Así que Catalina. —Alzó una ceja carraspeando ante su indumentaria de institutriz. Poco antes, Fiona le había hablado de ella, moderadamente satisfecha de sus avances con su nieta—. Dichosos los ojos que te ven, esposa mía. —Se acercó, la tomó del brazo y la llevó al fondo de la biblioteca—. Creo que me debes una explicación.

Martina se detuvo junto a los anaqueles de libros de literatura inglesa. Entre ellos, *Juana Eyre* y las palabras que se le habían grabado a fuego otorgándole coraje:

«No soy un pájaro y ninguna red me atrapa».

Debía liberarse de su pasado, alejar de sí el miedo que la paralizaba.

«Ninguna red me atrapa.»

—No te debo nada, Conrado —acertó a decir—. Olvídate de mí y yo no te denunciaré por tu... vida desordenada.

Conrado sonrió. Se sentía retado a un pulso.

—¿Denunciarme?

—Tengo una de sus cartas —dijo desviando la mirada hacia Angus—. Puedo acusarte por actos inmorales, bien lo sabes.

Así que por eso había huido, espantada ante sus goces poco rutinarios.

—No tienes nada, Martina. Nada. —Se apoyó con las dos manos en el marco de la chimenea sin enfrentar su mirada—. Sus cartas están firmadas con iniciales. Y ningún juez va a creer a una mujer que abandona su casa y a su marido, que finge que ha muerto en el río, consigue documentación falsa y se dedica a trabajar de... —se volvió hacia ella— ¿institutriz? ¿Es esto lo que querías? —preguntó en tono jocoso.

Se acarició el bigote observándola en silencio. No recordaba esa mirada que parecía poder enfrentar con valentía cualquier contratiempo.

—Sabes que tienes mucho que perder, querida —continuó diciendo—. Este es un mundo de hombres en el que rige una justicia hecha también por hombres.

«Soy un ser humano libre, con una voluntad independiente.»

—Déjame libre —dijo ella en voz baja—. No te pido nada más.

—Eres mía y me debes obediencia.

—¡El té está servido! —exclamó Fiona entrando en la biblioteca y golpeteando su mano izquierda con un abanico—. ¡Mademoiselle Catalina! ¿Cuándo ha llegado?

—*Sorry, my dear...* —Angus avanzó la reina blanca, colocando en jaque al rey negro. Hizo una simpática reverencia a Fiona y la acompañó al jardín para contarle los últimos chismes de sociedad. Antes de salir, se despidió de Martina—: Gusto en verla de nuevo, *darling*.

El gramófono se detuvo y se hizo el silencio.

—Sigue tu camino y yo seguiré el mío. —Trataba de hallar las palabras correctas para no enfurecer a Conrado—. Puedes quedarte mi dote, podemos pedir la anulación del matrimonio y yo no diré nada que...

Conrado se acercó a ella con pasos lentos, mordisqueándose los labios y sopesando las palabras que le quemaban en la garganta. La miró de frente tensando las aletas de la nariz. A Martina le recordó el día en que le pidió matrimonio, inquieto y expectante ante su respuesta.

La abofeteó. Y observando cómo su mejilla tomaba un súbito color rojo, descansó su mano derecha sobre su cuello acariciando los encajes del borde de su blusa. A Conrado le gustaba sentir su aliento contenido, el vértigo detrás de aquellos ojos grises que le hablaban de enojo y miedo.

—Sigues necesitando quien te meta en vereda, querida.

Conrado reabría la herida, humillándola como tantas otras veces, y ella no podía más que sentirse culpable de nuevo por no saber lidiar con el nudo en la garganta y aquella mirada

triunfante que la hundía en un silencio que era un grito de socorro.

—Si no me amas, Conrado, si tal vez no me has amado nunca, ¿qué quieres de mí?

Él retiró el mechón que le había caído sobre la frente y se acercó a un sillón apretando los puños. Martina buscó el tacto escondido de su piedra del coraje.

—Dame un hijo y después podrás marcharte adonde te plazca —dijo—. Podrás ser institutriz o tabernera, si te place.

Oyeron gritos, alboroto y lo que les pareció un castillo de fuegos artificiales.

—Ven conmigo —dijo aferrándola del brazo—. Veremos qué tiene que decir Alejandro de tu presencia en esta casa.

Salieron de la biblioteca y cruzaron el salón de la planta baja bañado en la luz de la tarde. Las puertas acristaladas que daban al jardín estaban abiertas de par en par y desde la escalinata vieron a dos hombres a caballo apuntando hacia la mesa principal. Otro jinete cabalgaba en círculos rodeando a los invitados, disparando tiros al aire.

—¡A la paz de Dios!

Martina se llevó una mano a la boca reconociendo la voz del Piconero. ¡Miguel y su banda! Y en una de las mesas de invitados distinguió a la abuela Regina vestida con sus mejores galas. ¿Qué estaba ocurriendo allí...?

—¡Nadie va a salir herido! —exclamó Miguel cubierto tras su pañuelo grana—. Tomaremos lo que hemos venido a buscar, ¡y aquí paz y después gloria!

Fiona volcó sin querer una de las jarritas de leche para el té y el doctor Mendizábal se apresuró a cubrir el derrame con su servilleta. Martina vio que faltaban dos miembros de la banda; por los caballos, Juanito y Diego.

—Tranquila, madre. —Alejandro tosió cubriéndose la boca con su pañuelo. Tomó el cuchillo de la mantequilla y se levantó de su asiento para enfrentar a Miguel, que le disparó proyectando el cubierto hacia los parterres.

—Hay gente pasando hambre ahí afuera, señores. Gente que emigra porque el jornal no les llega para alimentar a su familia, porque el pan está escaso y caro. —Volteó a su yegua negra hacia la derecha y añadió—: Y a ustedes no se les ocurre otra cosa que celebrar ridículas fiestas con ridículos pasteles. Se les debería caer la cara de vergüenza.

—Oiga usted, ¿cómo se atreve?! —Fiona golpeó la mesa con su servilleta indignada.

En la escalinata, Conrado resopló ante lo que le parecía un bochornoso espectáculo.

—Vamos dentro —susurró—. Avisaré a los guardas.

Martina forcejeó y se zafó de él. El ruido de un disparo los detuvo.

—¡De aquí no se mueve nadie! —gritó Miguel apuntándoles. Sus ojos se detuvieron en los de Martina y después hizo una señal dibujando un círculo en el aire.

Antonio espoleó su caballo, subió trotando las escaleras y encañonó a Conrado.

—¡Atrás, lechuguino! —Desmontó, le golpeó en el estómago empujándolo hacia el suelo, y bajo su pañuelo, Martina supo que le sonreía.

Alejandro trataba de deshacer el nudo de su corbata sofocado. A su lado, su madre se abanicaba con furia. Angus, a su izquierda, la tomó de la mano:

—*Keep calm, my dear!* —Y sonrió, pues le pareció hallarse en pleno Far-West.

Oyeron un tiroteo lejano, relincho de caballos y cruces de disparos en la puerta principal.

—No nos llevaremos vuestras alhajas, señora. —El Tragaldabas señaló a una invitada que escondía su collar bajo su blusa—. ¡No nos gustan las baratijas! —rio, agachó la cabeza levemente al pasar junto a Regina y disparó al aire al ver que Alejandro hacía señas a uno de los camareros.

—Estoy teniendo mucha paciencia con usted, señor Baena —dijo Miguel—. ¡Siéntese!

El padre Sancho, ubicado en una mesa del fondo, se quitó la servilleta colgada al cuello y se levantó para escabullirse y avisar a la Guardia Civil. Una bala impactó en una tetera de porcelana de su mesa salpicándole de té la sotana.

—Quieto, padre. ¡Pórtese bien!

Necesitaban ganar unos minutos hasta que Juanito y Diego pudieran sacar los caballos purasangre de las cuadras. Para aquella misión contaron con tres hombres más y un chivato en la propia Casa Baena.

Oyeron un silbido agudo y prolongado: la señal. Miguel disparó a una de las ventanas haciendo añicos el cristal, Antonio golpeó con la culata del rifle a Conrado y montó en su caballo. A una señal de Miguel, se inclinó hacia un lado, tomó a Martina de la cintura y la alzó a la grupa.

Los invitados murmuraron desconcertados, y más aún cuando los tres bandoleros dispararon hacia una mesa con copas de cristal dispuestas en forma de pirámide, derribándolas con gran estrépito.

—¡Veré tu rostro en el garrote, Cañamero! —exclamó Alejandro alzando el puño y viendo impotente cómo se llevaban a Martina.

—¡Antes se helará el infierno! —Miguel alzó a su yegua sobre las patas traseras y disparó por última vez.

Los violinistas salieron de su escondite tras los setos y a una señal de Fiona siguieron tocando, permitiendo que los invitados recuperaran cierta compostura.

Al instante llegaron los guardas, retirando sus sombreros ante Alejandro, abochornados.

—Nos ataron y amordazaron, señor, y al servicio también. Al *maitre* al parecer le ha dado un síncope y ya lo están atendiendo. Pero hemos herido a uno.

—¿Dónde lo tenéis?

—En el establo, señor.

—¿Y Curro, y el Asturiano?

—Curro fue en busca de la Guardia Civil; del Asturiano no tengo idea...

—Voy enseguida. —Antes necesitaba subir a su habitación, tomar su jarabe y liberar aquella punzada de dolor que le oprimía el pecho. Chasqueó los dedos y pidió a un camarero que le sirviera una copa de champán.

—No queda ninguna intacta, señor...

Erlinda salió del corredor de buganvillas que llevaba al invernadero. Se acercó a Regina y le susurró algo al oído.

—¿Cómo dices? Pero ¿qué...? —Se dirigió al doctor Mendizábal—. Me temo que vamos a necesitar su ayuda.

Sierra de Cártama

Cabalgaron bajo la luna creciente de agosto en dirección a la sierra de Cártama, rodeados del olor a pastizales quemados. Miguel hizo una señal y todos los jinetes se detuvieron.

—Aquí nos separamos —dijo—. Señorita, ¿viene conmigo?

Martina desmontó del caballo de Antonio y acudió junto a Miguel en silencio. Vieron al resto de la banda desviarse hacia el sur, donde debían vender los caballos. Después él tomó una senda aprisionada entre eucaliptos hasta detenerse en la era de un viejo cortijo.

—Despeinada... Así me gusta, francesita —Miguel sonrió tendiéndole la mano.

—No diré que es usted un patán.

—¿Ah, no? ¿Y qué dirá, entonces?

Sus ojos miel apuntaron a su corazón, que parecía latir de nuevo.

—Gracias, Miguel.

Él entornó los ojos, acarició la sombra púrpura que manchaba su mejilla y la abrazó. Martina alzó la cabeza hacia su rostro. Pudo besarla, pero el respeto que le imponía le impidió ver que sus ojos le gritaban que estaba perdida hasta que lo encontró.

—¿Qué pasará con Diego?

Él deshizo el abrazo y cargó con su rifle al hombro señalándole el pajar. Tomó las riendas del caballo y las ató en una de las argollas de la pared.

—Saldrá de esta —dijo mordiendo el enojo en sus labios—. En peores plazas hemos toreado...

Compartieron un poco de pan y fiambre y Martina le habló de su desafortunado encuentro con Conrado.

—Te llevaré a Antequera.

—Aún no —dijo—. Tengo que volver, Miguel. —Y sus palabras le parecían locura—. No puedo abandonar a Genoveva y tengo que averiguar qué pasó con Candela. Está en algún lugar de la casa, ahora estoy segura.

—Si eso es así, es peligroso para ti. —La tomó de la mano y de pronto recordó los reclamos de su hermano Pedro.

Confusa, Martina movió la cabeza. ¿Clara Fornells retenida en un túnel bajo la acequia?

¿Cómo podía ser eso posible?

—Asaltaremos de nuevo la hacienda —aseguró él—. Revolveremos cada rincón si es necesario, pero no regreses.

—Quiero hacerlo a mi modo, Miguel.

Él acarició sus dedos, embrujado por el modo en que pronunció su nombre. Deseó besarla, fundirse en aquella boca que soñaba cada noche, decirle que abandonara aquella insensatez. Pero, aunque quería parar el tiempo en aquel momento, no era más que un bandolero que asaltaba diligencias; un delincuente que no podía arrastrarla a una vida que no le pertenecía. Él, que ansiaba su propia libertad como se ansía el amor, no podía más que darle alas.

—Entonces te acompañaré hasta el arroyo y enviaré a un chivato para asegurarnos de que Conrado se haya ido —dijo acariciándose la barba—. En la casa, además, tenemos ojos.

Martina lo miró interrogante.

—Me debe favores y protección, así que no dudes en recurrir al Asturiano. —La tomó de la barbilla alzándola hacia él—. No te dejaremos sola.

Casa Baena

—Más aire.

Erlinda continuó abanicando a Dorita mientras el doctor le aplicaba sales bajo la nariz y le tomaba el pulso.

—*What 's the matter?* —Fiona entró en el invernadero y corrió hasta el pie de la estatua de Venus, donde al parecer había ocurrido un accidente con Dora Vega Martínez de Castro—. ¿Qué pasó, Regina? ¿Resbaló? Pero ¡oh! *Come on!* Esos bandoleros le han robado su sortija de esmeralda, ¡tan preciosa como era!

Regina se inclinó para comprobar que era cierto. La joya que le prestó había desaparecido del dedo índice de Dorita. Vio que el ama de llaves acudía presta junto a ellos.

—Señora..., ¿cómo está? —El doctor incorporó a Dorita al ver que abría los ojos parpadeando—. Respire hondo: así. —Observaba preocupado las pupilas dilatadas, la desorientación que mostraba al tratar de balbucear sin éxito—. ¿Recuerda cuál es su nombre?

Simona contuvo la respiración. Vio que su madre perseguía con la mirada el zumbido de unas abejas dirigiéndose hacia las orquídeas; vio que se llevaba una mano a la frente sudorosa por el ambiente húmedo del invernadero.

—La Perlita. La Perlita de Cádiz.

—¿Perdón? —El doctor miró a Regina, que apretó los labios negando con la cabeza.

Erlinda comenzó a rezar en voz baja a la Virgencita.

—Vente conmigo y *hareemo* una casita en *er* campo y en ella nos *metereemo*... —cantó—. Yo soy la Perlita de *Cai*, señó.

El doctor chasqueó la lengua al comprobar el pulso agitado y la pérdida de memoria.

—*Delirium* —diagnosticó—. Habitual tras un golpe en la cabeza. Hay que llevarla al interior y mantenerla en decúbito supino. —El camarero lo miró sin comprender—. Boca arriba, joven.

Simona se alejó del corrillo. Caminaba ligera, como en un día de suerte, balanceando su manajo de llaves. Se había quitado un peso de encima y además los bandoleros se habían llevado las culpas por el golpe a Dorita y de paso, para rematar la faena, le habían quitado de en medio a la *mamuasel*.

Pero Regina siguió sus pasos y la detuvo a la altura del cenador. La agarró del brazo y la llevó hasta el estanque.

—No creas que te has salido con la tuya.

El ama de llaves desvió la mirada al hilo de agua que un ángel de piedra derramaba sobre los nenúfares.

—Disculpe, señora. —Esbozó una sonrisa ingenua—. No sé de qué me está hablando.

—Solo recuerda quién soy y qué puedo hacer. —Regina alzó la barbilla y vio en los ojos de aquella sirvienta el temor a que leyera en su alma—. Recuerda que veo tras las máscaras, que los que están más allá me cuentan cosas.

Simona la miró con desdén. Dio un paso atrás y otro más. Después se dirigió a dos doncellas que charlaban ociosas:

—Recoged las mesas de una vez; pronto se hará de noche.

—Sí, señora Simona. ¿Usted no cree que los de la banda del Cañamero deben de ser muy apuestos tras esos pañuelos?

—Lo que creo es que pronto estarán tiesos como el fiambre.

La doncella dejó caer la bandeja con una pila de servilletas de algodón. Simona se volvió.

—Las quiero lavadas, secas y planchadas mañana a primera hora —dijo. Vio a Regina apoyada en su bastón; sus pupilas que la agujoneaban, serenas pero implacables. Entró en la casa como si la persiguiera un diablo.

Las campanas tocaron las siete cuando el último coche de caballos, el de Regina Vega, abandonó la Casa Baena.

—No salió bien, señora... —se lamentaba Erlinda revisando la venda que cubría la frente de Dorita. Acarició sus manos: frías cuando miraba por la ventanilla viendo a Simona y a otras tres doncellas aguardar en fila la marcha de los coches de los invitados.

La anciana balbuceó adormecida por la tintura de láudano que le había dado el doctor y señaló el voladizo del torreón. Volvió a sumirse en un sueño profundo, acomodada en el hombro de Erlinda.

—No te preocupes, querida —le dijo Regina—. Hemos plantado una semilla: la planta crecerá después.

El coche se alejó carretera abajo. Dorita despertó con el bandeo por los baches del camino, abrió los ojos y murmuró:

—No es un pajarito; son dos.

La Guardia Civil esperaba en el patio para tomar declaración a Alejandro. Antes de salir de su habitación, tomó su pistola de bolsillo y la guardó en su chaleco. Con el Tormenta apresado era probable que la banda regresara.

Encontró a Conrado en las escaleras.

—No sé ni cómo decirte esto, amigo, pues, ante todo, me avergüenza.

Alejandro se detuvo abotonándose los gemelos de la camisa.

—Es necesario que sepas que todo este tiempo has tenido a mi esposa en tu casa.

—A tu esposa...

—A Martina, sí.

—¿Quieres decir que Catalina Valdivia...? Me dejas sin palabras, Conrado. Pero ahora, si me disculpas, tengo asuntos urgentes que atender. —Señaló el ventanal que mostraba la presencia de varios guardiaciviles a caballo.

—Cursaremos una nueva orden de búsqueda para la banda del Cañamero —dijo Galindo—.

Asalto, robo y secuestro —anotó—. Es bastante probable que su institutriz no regrese, señor Baena. Cuando esa clase de malhechores raptan a las mujeres, las malogran y acaban vendidas a burdeles.

Desconcertado, Conrado miró a Angus, que se encogió de hombros, irritado aún porque la llegada de los bandoleros había frustrado una sesión nocturna de risas y opio. Pronto dirigieron su atención hacia el bandido que ya se llevaban preso y maniatado.

—Carne de horca —murmuró Alejandro a su paso.

—Yo soy Diego el Tormenta, ¡y nadie me falta al respeto! —Escupió en el suelo y uno de los guardias lo golpeó en la cabeza con su fusil—. ¡He dicho que nadie me falta! —Deshizo en un segundo las ligaduras de sus manos, le arrebató el arma y lo sujetó por el cuello arrastrándolo hacia las chumberas—. ¡Quietos todos o lo descalabro!

—¡A cubierto, señores! —gritó el cabo Galindo.

Bajo el cruce de disparos, Angus y Conrado corrieron a la escalinata de la entrada y vieron que Alejandro apuntaba con su pistola a Diego.

—¡Lo quiero vivo! —voceó Galindo refugiándose tras una tinaja.

Diego el Tormenta se parapetó tras un carro, golpeó al guardiacivil dejándolo inconsciente y corrió hasta alcanzar un caballo. Saltó sobre la grupa, agachó la cabeza para sortear una bala y disparó contra los que cabalgaban hacia él abriendo fuego.

Vio a un guardia caer, despojado de su fusil, los brazos en alto y una mueca de dolor. Y fue en aquella hora ingrata, en que el padre Sancho hizo sonar las campanas, cuando sintió la quemazón en el hombro, la sangre caliente resbalando por su camisa blanca.

Resollando desde el suelo pudo ver el rostro de Alejandro Baena apuntándole con una ridícula pistola de señorito bien. No pudo evitar reír antes de perder el sentido.

Sierra de Cártama

Por la mañana Miguel acudió a una casa cercana y compró un mulo a la mujer que trajinaba trenzando cestos junto al portón.

—Ea... —dijo ella tomando los duros que le entregó. Siguió con su faena, poco interesada en las cuitas de aquellos jóvenes a los que vio marchar hacia el cruce del arroyo de los Hornillos.

Miguel entró en una venta mientras Martina esperaba en el olivar. Sentada entre matas de margaritas amarillas, pronto vio salir a un muchacho trotando en dirección a la Casa Baena.

—Sin moros en la costa —dijo este al regresar—. Pero... —Arrastró un pie dibujando un círculo en la tierra gris.

—¡Habla de una vez! —exclamó Miguel.

—Apresaron al Tormenta y le van a dar matarile porque se quebró a un guardiacivil.

Miguel miró los jirones de nubes congregados sobre sus cabezas: parecían querer hundir su mundo. Pagó al muchacho y tomó las riendas de su caballo. Su silencio se volvió incómodo para Martina, que posó la mano en su hombro.

—Antes de irte... —Se quitó el colgante de aguamarina, se lo entregó y cerró sus dedos en torno a él—. Es la piedra del coraje. Te la entrego en prenda hasta que nos volvamos a ver.

Él inclinó la cabeza apoyando su mano izquierda en la canana cargada de cartuchos que cruzaba su pecho. Guardó el colgante en el bolsillo del chaleco y la detuvo cuando ponía el pie en el estribo de su mula.

—Cañamero... —El mozalbete señaló una nube de polvo en el camino.

Una partida de la Guardia Civil se acercaba a caballo.

La tomó del cuello con las dos manos, acariciando los cabellos de su nuca. Cerró los ojos y la besó. De aquel modo le dijo todo lo que le ardía dentro.

XXX
EL TORREÓN

Casa Baena

Martina se desperezó con una sonrisa. «Miguel...» Aún percibía su aroma cálido en sus manos y su... «Pero ¿qué...?» La manta que la cubría era tosca, áspera; la rigidez de su espalda le indicó que estaba en el suelo. «Pero ¿dónde...?»

Se llevó la mano a la garganta áspera; tal vez contagiada por el resfriado que Genoveva había pasado los últimos días. Pensó si tal vez se trataba de la temible *influenza*, la gripe devastadora de la que hablaban los periódicos y que mataba a ricos y pobres sin distinción.

Cuando se incorporó notó las mejillas ardientes. Parpadeó para acostumbrar sus ojos a la tenue luz de luna que entraba por los ventanales que la rodeaban y no podía alcanzar. No había lámparas ni bujías, nada más que la áspera piedra de aquellas paredes que fue tanteando hasta llegar a una puerta de arco de medio punto y cuarterones.

Observó que se hallaba en una habitación con forma octogonal y se situó en el centro tratando de despejar su cabeza embotada y palpitante. ¡Estaba en el torreón! Ahí estaban las ventanas ojivales que sobrepasaban con mucho su altura, ahí las ocho paredes que le otorgaban su forma peculiar.

No podía ver el exterior, ni podía ser vista.

Estaba encerrada.

Sola.

Percibió cercano el zureo de las palomas y trató de recordar en qué momento había llegado allí.

Oyó un chasquido tras ella y se acercó a la puerta. El rostro sonriente de Simona apareció por una pequeña abertura en un cuarterón.

—Aquí estarás segura. ¿Sabías que a Casimira la encontraron en el río muerta como a las otras dos?

Martina se llevó una mano a la boca espantada.

—Encontré este alfiler de cabello en la cerradura del cuarto de la niña Genoveva —dijo Simona retirándolo de su moño—. Veo que tienes mañas de ladrona...

Le mostró la pequeña mariposa de plata fina en su extremo y cerró el ventanillo. Martina

golpeó la puerta. Cuando trató de gritar descubrió que no tenía voz.

Málaga

—Una magnífica recepción —dijo Angus llamando a un cochero desde la escalinata del palacio de los marqueses de Casa Loring—. Además del betilo de Menga, les he vendido varias de mis piezas exclusivas.

—Y sin duda poseen el mejor jardín botánico de toda Europa —comentó Conrado distraído.

Angus, que había comenzado a tomar rapé, sacó de su bolsillo una pequeña cajita de plata y se empolvó la nariz.

—Ya no puedo pretender de ella lo que quería —dijo Conrado subiendo al coche—. No quiero un bastardo. No la quiero mancillada por otro hombre.

—Entonces es fácil, querido. —Se inclinó hacia él—. Repúdiala y sigue tu vida.

Conrado miró en derredor. La frondosa vegetación de aquel lugar le suscitaba una inquieta melancolía.

—Perderá su respetabilidad y con ello perderé la mía.

Angus colocó la mano izquierda sobre su rodilla.

—Y eso a quién le importa ahora, *my dear*.

Casa Baena

Se estremeció, pues si miraba los muros de piedra que la rodeaban creía estar en Thornfield Hall, la mansión de la novela *Juana Eyre*. Oía música, ruido de cubiertos y copas tintineando. Y entre sueño y duermevela, la fiebre la llevó a la casa de la calle Bourbon en Nueva Orleans.

Sus criados desfilaban ante ella riendo, señalándola, burlándose de su encierro. Mammy Dorothea abrió la maleta con la que huyó y le mostraba el puñado de tierra de cementerio que espolvoreó para que el infortunio la siguiera allí donde fuera, por ingrata, por hacerle aquel feo al señor Conrado. Y reía como la vieja Dorita, que daba palmas ante ella y le decía: «Tran, tran».

Quiso gritar, pedir socorro; pero de su garganta acatarrada no salió más que un quedo susurro ahogado que, igual que nació, murió entre las paredes del torreón de la Casa Baena.

A veces le parecía oír la voz de una niña que era Candela y no lo era a la vez, pues era todas las niñas del mundo que sufrían al ser arrancadas del calor de sus hogares; las que trabajaban en la fábrica de cigarros, las que lo hacían en las minas de carbón.

Y algunas mañanas, de las que ya había perdido la cuenta, pensaba en las manos de las pinturas del abrigo de Matacabras y sentía renacer sus fuerzas, como si de aquel arte antiguo emanara su propia inclinación para plasmar el mundo.

¿Por qué había enfermado y los cólicos no cesaban? ¿Por qué la habían aislado allí y sus uñas se agrietaban? Se abrazó a sus rodillas pensando en Genoveva y en el porqué de ocultar la presencia de Candela en la casa.

Un crujido en la puerta le indicó que Simona abrió el portillo en la parte inferior, como cada mañana. Vio sus manos dejándole una bandeja con tostadas, una taza de chocolate.

—Déjame salir, Simona, por favor... Necesito que me vea un médico —dijo en un susurro—. ¿El señor Baena sabe que estoy aquí?

—Sabe lo que tiene que saber.

Y el ama de llaves cerró el portillo y le dio tres vueltas a la llave.

Martina bebió de su taza sin saber que el chocolate contenía el veneno de las adelfas que crecían junto a las chumberas. Ayudaba a conservar la mudez en su garganta y la visión borrosa; potenciaba el efecto de los polvos que los peones utilizaban para los parásitos de las viñas.

A diario, Simona espolvoreaba una pizca. No la mataría, pero le haría pagar caro el haber regresado a aquella casa para robar lo que era suyo.

En cada colmena, una reina.

—¿Quién está ahí? —Martina levantó la cabeza y se arrastró hacia la pared. Oía golpes acompasados, la vocecita de Candela cantando una nana.

Derrotada, posó sus manos sobre los mampuestos y apoyó la frente cerrando los ojos.

—¿Martina?

Frente a ella apareció un ocho acostado envuelto en niebla formando el símbolo del infinito, dibujando la figura de una diosa de piedra que le ofrecía su aliento para sobrevivir; que sostenía una luna sobre sus hombros y le mostraba la fuerza entre el lodo, la vida en la muerte, la esperanza en el dolor. La luz en la oscuridad.

Cayó al suelo y vio el rostro de Miguel, curtido y gallardo. Oyó su voz grave llamándola: «Francesita, eh, francesita, levántate». Y con la punta de su navaja, una que había pertenecido al mismo Tempranillo, le señaló una piedra más ancha que el resto.

—Martina... ¿Eres tú?

Era una voz suave que la transportó a una habitación en La Gaviota, la voz de una niña bordando un abecedario sentada en una tosca silla de ruedas.

Candela...

Una lluvia fina comenzó a rociar los cristales y se quedó dormida, arrullada por el zureo de las palomas cercanas. La luna en lo alto la despertó y abrió los ojos recordando su regreso a la casa: cómo entró por el pasillo de servicio y se coló en el gabinete de Alejandro aprovechando su ausencia.

Rebuscó en cajones y estantes, y en un armario encontró lo que parecía un doble fondo. Presionó, haciendo palanca con un abrecartas, y extrajo un portaplanos de cuero que contenía los planos de la casa.

Alentada por su descubrimiento, guió su dedo índice entre las diferentes estancias y por el intrincado laberinto secreto del armazón de la casa. Trató de ubicar las habitaciones sin ventanas y las que estaban dibujadas con líneas discontinuas.

Tomó una cuartilla de la mesa y comenzó a calcar, esmerándose también en la planta del sótano, que le indicaba la presencia de varios túneles que enlazaban el lagar, el pozo y la vieja acequia.

Antes de salir, se detuvo ante un cartapacio. En él encontró dibujos al carboncillo del dolmen de Menga. Al parecer, Alejandro lo había visitado y en las primeras láminas plasmó tímidos esbozos que daban paso a ilustraciones más avanzadas. Sus manos incrédulas le revelaron la última lámina: en ella aparecía una niña en el atrio del dolmen, amenazada por una daga cuya

empuñadura tenía forma de ángel, sostenida por una silueta emborronada en negro. Le parecieron los trazos enardecidos de una mente perturbada.

En la parte superior de la ilustración vio el bosquejo de la estatuilla de Melkart haciendo sombra a la terrible escena. Aquel nombre, escrito en letras capitales, borrosas, la hizo correr a la biblioteca para revisar los volúmenes enciclopédicos. Inmersa en la búsqueda de su significado, no reparó en el olor a nuez moscada que la rodeaba.

Leyó: «Melkart, dios fenicio... Fuego purificador... Sacrificio de inocentes...».

Cerró el pesado volumen y detuvo sus manos sobre la piel de su cubierta con el corazón en un puño.

—Buenas noches, Martina de Icaza.

Se volvió y encontró la mirada apática de Alejandro en el sillón, protegido por las sombras. Fumaba en pipa y exhaló una nube de opio; un ocho de niebla frente a ella.

Despertó en el torreón, con una taza de chocolate a sus pies y una manta raída para velar sus sueños.

Antequera

Milagros corrió a la habitación de Regina. El cartero había traído una misiva desde la prisión de Málaga.

—Por lo que más quiera, acompáñeme.

—¿Estás segura, Milagros?

—Iré sola, entonces —balbuceó al ver el titubeo en los ojos de Regina.

—Te acompañaré, claro que sí —dijo abrazándola. A pesar de los sueños de los trigales balanceándose en el ocaso, a pesar de que no llegaban noticias de Martina.

—Deje pasar a la niña —ordenó al guardia entregándole un billete de cincuenta pesetas. La cárcel pública no admitía visitas los sábados, pero a Regina Vega no la iba a detener un simple reglamento.

Milagros corrió a la celda donde Diego estaba tumbado en el catre, boca arriba, con los ojos cerrados bajo un leve rayo de sol.

Él oyó el susurro de su nombre, la caricia de su voz, y creyó que la Virgen se la traía en sueños, alabada fuera.

—Diego, no me seas haragán y levanta de una vez...

Se incorporó y sonrió porque la Virgen le había hecho el milagrito. De un salto se lanzó a los barrotes y sus manos acariciaron las de ella, que lloraba por ver aquel rostro herido y lleno de cardenales; por sus ojos sin esperanza.

—Mañana viajaré a Algeciras —le dijo—. Rogaré a mi padre que haga valer sus contactos y que seas indultado por el gobernador o por la misma reina regente.

Él bajó la mirada pensando que, si ella intercedía por él, seguro que algo tendría que perder.

No sabía que Milagros iba a renunciar a su herencia a beneficio de su padre, que se desprendía de sus bienes para conseguir su libertad.

Campanillas

La última tormenta volvió a formar el socavón que Curro se había esforzado tanto en tapar revelando la presencia de la vieja acequia. Gaspar, que seguía merodeando los alrededores de la Casa Baena, se adentró en el boquete con una tea encendida pensando en encontrar algún fardo abandonado por los contrabandistas de la zona.

Halló el conducto con escalas de hierro, bajó y alcanzó un túnel cruzado por un palmo de agua.

Oyó un gemido, y luego otra vez y cada vez más cerca, hasta que se detuvo frente a una bóveda enrejada. Tiró del candado y chasqueó la lengua.

—¿Quién vaaa? —preguntó.

—¡Ayuda!

Dio un respingo al oír aquella voz de mujer. Sacó de su zurrón un pequeño martillo y un cincel y golpeó el candado varias veces hasta que oyó el chasquido que le permitió seguir por una nueva galería. Guiado por el halo de luz al fondo, llegó hasta el recodo donde encontró la celda.

—Hay que ve... —dijo rascándose la cabeza y mirando alhelado a Clara Fornells.

La vio arrodillada en el suelo, alargando la mano hacia un alfiler de plata que se le había caído del cabello a Simona. Casi rozaba su extremo, una mariposa, pero él lo recogió, lo examinó complacido y lo guardó en el bolsillo del chaleco.

—¿Y tú *q'hasas* aquí? ¿Quién *t'ha enserrao*?

Vio los restos de velas de cera de abeja en el suelo empedrado, las marcas de los días grabados en la piedra, el fardo de mantas y los restos de botes de conserva.

Aquella muchacha no tenía los cabellos rojos del demonio, pero sí una larga melena morena que podía cortar y conservar como un trofeo. No tenía el rostro sonrosado como a él le gustaba ni las carnes apretadas, pero tenía unas curiosas pecas en su nariz. Clara lo miraba con su rostro cetrino, asombrada sin poder creer su suerte.

—¡Sáqueme de aquí!

Armado del cincel y el martillo, Gaspar trabajó para liberar el candado de su puerta.

XXXI
TORMENTA

Casa Baena

Era mediodía, pero se hizo de noche. Las primeras gotas cayeron acompañadas de piedras de granizo pequeñas como las chinas que Ceferino tiraba a las aguas del pozo, aburrido porque se habían llevado a Genoveva a Málaga. Al menos, le había dejado a Nuit para que lo cuidara en su ausencia. Aquel gato que crecía negro y lustroso siempre se mantenía lejos de Simona, ahuyentado por la mala energía que despedía su piel.

—¿Cuándo regresará Genoveva, madre?

La Santa remendaba un siete en una camisa y se encogió de hombros. Como ni la quina ni las medicinas que recetó el doctor Mendizábal lograron mejoría, este determinó que era mejor controlar su evolución desde el hospital.

«Iré con ella», había dicho Alejandro. Pero el doctor se negó a aquella imprudente petición.

«No puedes estar en el hospital ni al lado de tu sobrina: corres el riesgo de infectarte de cualquier virus y que tus pulmones se debiliten aún más.»

—¿Dónde está el señor? —preguntó Simona entrando en la cocina, sacudiéndose los zapatos empapados.

Sete le servía un vaso de leche a Vicente, que contaba que la crecida del río había derribado un edificio en Málaga.

Su capa chorreaba agua y se frotó las manos ante el fuego de la cocina asegurando que el Guadalhorce se había desmandado y hasta ganado traía arrastrado en sus aguas fangosas.

—El Campanillas también se va a salir, como el otro verano... —advirtió.

Así lo dijo y así fue. En la estación, el guardagujas, su hermano Víctor, los mozos y algunos pasajeros corrieron al piso superior tras la crecida del río que anegó las vías y la parte baja del edificio. El agua se llevaba carros y mercancía, árboles derribados y los frutos de las huertas.

La Casa Baena permanecía impassible en el altozano, rodeada de barro y desolación mientras su dueño cabalgaba por la ribera del río desbordado sintiendo la fiebre latiendo y la muerte riendo tras él. Alejandro salió a montar, a pesar de la lluvia. La noche del eclipse de luna se acercaba inclemente. A lomos de su caballo podía sentir un ápice de libertad, saborear el viento y la vida.

Simona lo vio regresar, calado y en mangas de camisa, acompañado de los espasmos de su

pecho sin resuello. Curro salió al patio y corrió hasta él levantándolo del suelo empedrado, entregando las riendas de su caballo a un mozo.

—¡Arriba, rápido!

Fue Simona quien lo desvistió, quien le puso compresas de arcilla en la frente para calmar la fiebre, quien rezó a los pies de su cama. «No te lo lleves, señor.» Pero si cerraba los ojos solo veía los ojos acusadores de su madre y el siete que le hizo en la frente cuando la golpeó.

No muy lejos de allí, Gaspar conducía a su mula hacia unas tierras baldías cerca del cortijo Vallejo. El animal, espantado por la tormenta, cargaba con un saco que contenía el cuerpo de Clara Fornells.

—Uno, *do, tre* y cuaaatro... La *curiosidá* mató *ar* gato... —cantaba, pero un nuevo relámpago arañó el cielo añil—. ¡A cubierto! —exclamó.

Miró a este y a oeste, entre la cortina de lluvia enloquecida. Chasqueó la lengua contrariado, y decidió tomar el atajo por el encinar hacia la caseta de aperos abandonada.

—*Amos*, morena, ¡*pa* dentro! —Metió al mulo, descargó el saco y lo liberó de las cuerdas que lo ceñían.

Acarició el rostro inconsciente de la joven, arañado, herido, caliente. Acercó la oreja a su pecho palpitante y comprobó que aún respiraba.

—*Tas* viva, sí.

En un rincón, bajo unas lonas raídas, encontró leños secos y encendió una fogata para calentar una lata de carne en aceite que devoró con ganas. Guardaría un poco *pa* la muchacha. Madre decía que a las mujeres había que tenerlas contentas.

Y mientras un fino hilo de humo titubeaba por salir de aquel ruinoso refugio donde una vez Clara y Alejandro rieron felices, Gaspar acariciaba los cabellos negros y enmarañados de la joven. Introdujo el índice y el pulgar en el bolsillo de su chaleco de pana y sacó una medallita de bautismo con un angelito grabado en oro. La dejó sobre el pecho de la joven y se recostó junto a ella. Ya no oía el tintineo de la lluvia sobre el tejado, sino solo a madre diciéndole: «Ea, mi niño guapo, ea, mi niño guapo».

Con el cielo derramándose por toda la comarca, con las aguas de los ríos desbordándose, Gaspar el Tuerto lloró.

—Simona descubrió esta entrada y la volvió a tapiar.

—¡Has de conseguir algo para salir, Candela!

Hablaban por el espacio que había dejado el mampuesto que logró quitar. Martina podía ver el pasadizo que se abría entre el torreón y el gabinete; también la rendija en un listón de madera que le mostraba el ojo de la niña, vivaracho.

—Tal vez con una punta de cuchillo... —sugirió.

—Simona siempre retira los cubiertos, pero ¡tengo una moneda! El doctor Alejandro me la dio para cuando vayamos a visitar la cueva de la princesa Kelma.

Martina no tenía fuerzas para preguntar por qué llamaba así a Alejandro; tampoco estaba para cuentos de hadas.

—Utiliza entonces la moneda para arrancar los clavos, ¡vamos, Candela!

—Pero lo esperaremos, ¿no? Yo quiero ir a la cueva porque...

Martina no respondía, concentrada en retirar el resto de las piedras hasta que su cuerpo cupiera por la abertura.

—Chsss... —El ojo de Candela se retiró y cubrió la brecha del friso colocando el respaldo de una silla frente a ella—. Que viene Simona.

Málaga

Carlos Agramunt dejó atrás la espléndida marquesina de hierro de la estación de ferrocarriles. Abonó los diez céntimos del billete y tomó el tranvía de mulas, tan diferente del de Barcelona, ya electrificado.

En sus manos sostenía la última carta de Clara, fechada meses atrás y en la que sus palabras acerca del amor y el compromiso comenzaron a vagar. Después de esa no hubo más, solo silencio y el vacío de una vida que se le quedaba corta sin ella.

Se apeó en la parada del Pasillo de Santa Isabel y cargó con su maleta los escasos minutos que lo separaban de la plaza de la Constitución. Tras la última tormenta, el terral había traído altas temperaturas a la ciudad.

Se detuvo junto a la fuente de Génova, frente a las grandes letras del cartel que anunciaba el afamado estudio de fotografía de Sabina Muchart. El aroma de la brisa que llegaba del mar le hizo sentirse en casa.

Entre mujeres con mantilla, judíos con caftán y hombres a caballo, se dirigió al número 9 de la plaza, al portal burgués que acogía la pensión Valenzuela, en los altos del renombrado Café de la Loba.

Tras instalarse, bajó al comedor común, repleto de ingleses y donde la cena se servía en mesa redonda. El cubierto de una peseta y media incluía sopa, un plato de atún en escabeche y helado mantecado. Sintió que volvía a la vida después del infernal viaje de casi dos días en tren.

—¡Yo fui asaltado por la banda del *Cañamerou*! —decía orgulloso el comensal de su izquierda. Era un inglés de Mánchester, botánico y de rostro colorado por el sol del sur, que andaba por la provincia catalogando plantas y flores. Sirvió más vino en el vaso de su nuevo compañero de mesa y le habló del día que se perdió en el Torcal—. Me dijeron: «¡A la paz de Dios, inglesito!». ¡Y me quitaron los duros de mi bolsa! *Can you believe it?* —El botánico apuró su vaso y añadió—: Pero me dejaron uno, ¡para que tuviera con qué volver a Málaga!

Por la noche bajó al café, donde el de Mánchester le hizo señas desde su mesa para que se sentara con él. Tras la actuación del Piyayo, un afamado cantaor, llegó un tipo alto y de andares algo torpes que fumaba en pipa.

—¿Un *pedrito*, señores? ¡Muchacho, aquí! —Chasqueó los dedos para pedir una botella de Pedro Ximénez—. ¡Ya sale, ya sale! —dijo aplaudiendo a la Rubia, por quien aquel señorito bebía los vientos.

—No nos han presentado —dijo tendiendo la mano a Carlos—. Arnaldo Baena Warwick. Con gusto.

—Baena... ¿Algo que ver con Casa Baena de Campanillas?

Arnaldo sonrió.

—Todo que ver.

Tras el espectáculo, Carlos aceptó jugar una partida de billar. Le habló de Clara y de la falta de noticias y de los sueños a construir. También de la pasión prometida y olvidada. Y de las cartas que dejaron de llegar.

Arnaldo, que apuntaba al centro de una bola blanca, se detuvo y lo miró sin acabar de comprender.

—A ver, catalán. ¿Estás hablando de Clara Fornells, la institutriz de mi sobrina Genoveva?

—Claro, señor.

—Según dijo mi hermano, se marchó allá por mayo. No sé qué de unos asuntos familiares...

Carlos enmudeció. Clarita no había vuelto a Barcelona. Y si no seguía en la Casa Baena, ¿dónde estaba?

Arnaldo dispuso con su cochero que por la mañana recogiera a Carlos y lo llevara a Campanillas, pues él tenía asuntos que atender.

De regreso a la pensión, Carlos tomó de un revistero un periódico del día y subió a su habitación. Leyó acerca del nuevo crimen en Campanillas: una criada de la Casa Baena que el redactor vinculaba con los otros dos asesinatos de hacía unos meses.

Salió al balcón. Un asesino andaba suelto y Clara estaba desaparecida. No durmió el resto de la noche, y oyó todas las horas del sereno, hasta las seis.

XXXII
ECLIPSE

Casa Baena

«Ek-lei...»

Alejandro despertó con un extraño nombre en los labios. «Ek-lei...» Parpadeó confuso. Había llegado el día.

Miró el techo encalado y las vigas de madera y escuchó la voz de Angus diciendo que siempre había sido y así lo era ahora. Que el hombre prehistórico lo hizo, que los mayas y los aztecas lo hicieron, que los vikingos, que los chinos. Que las élites se habían creado para adorar a los dioses y estos demandaban la sangre de los inocentes. Era un intercambio, un canje justo que le permitiría prolongar la vida. Eso dijo Angus, y él quería creerlo.

Aun así, no podía alejar de sí la angustia y la pesadilla, la voz de su difunto padre que le gritaba en sueños misericordia por Candela, sangre de su sangre.

Tomó un sorbo de su jarabe de heroína, tosió varias veces y expectoró sangre que manchó su pañuelo. Con el segundero del reloj martillando sus sienes, se miró en el espejo y descubrió que enflaquecía cada vez más, que le huía la vida de la mirada.

Tras un frugal desayuno, abrió el paquete que le había llegado de Italia. En su interior encontró un frasco no más grande que su pulgar: *acqua toffana*, la llamaban. Letal, implacable, para tomarla de un trago por si algo salía mal.

En el antepecho de la ventana el aleteo de un búho real le provocó un escalofrío. Dio unas palmadas para alejarlo.

Sete puso a calentar agua. Aquel día se tomaría un café del bueno, del de los señores; nada de achicoria.

Aún no entendía por qué el señorito había dado el día libre a todo el servicio, peones y jornaleros. Si hasta el Curro, la Santa y Ceferino se habían ido a Cártama a visitar a sus familiares, y hasta el gato se habían llevado.

Vio a Simona cruzar el patio cabizbaja. Era la única del servicio que permanecería en la casa, guardiana como se creía.

Se tomó el café con una pizca de canela y una nube de nata, como la señora Josefina, y pensó que como no tenía adónde ir, que como no sabía qué hacer con su día de fiesta, dormiría toda la mañana. Rezó por el alma de la bendita de Casimira, que en el cielo estuviera; rezó por que pronto atraparan a la alimaña que rondaba aquellas tierras tranquilas y se durmió.

Cuando despertó, entrada la tarde, se desperezó y abrió una caja de mantecados que reservaba para las ocasiones especiales. Repantingada en la cama, se sintió como una marquesa.

Era hora de partir. Tomó su Derringer y la estatuilla de Melkart y se dirigió hacia la habitación de Simona. Por los pasillos dejaba el rastro del humo del opio que había fumado, de su intento por hallar coraje.

La encontró cepillándose los cabellos antes de dormir, preocupada porque las cartas de Benigno que guardaba en un cajón del armario habían desaparecido.

—Me llevo a la niña. Prepárala.

Se le iluminó la mirada al verlo aparecer en su habitación. El rostro demacrado, la camisa abierta, el pecho ligeramente hundido, la mirada extraviada de los que ya no tienen nada que perder. Pero por fin volvía en sí. Por fin volvía a ella.

—Sí, Alejandro. Claro, Alejandro. —Y sintió cómo crecía su amor por él.

—Creo que Pedro indicó que era por aquí...

Miguel señalaba el lugar donde su hermano le indicó que se encontraba el socavón aledaño a los silos, pero la tormenta había desmoronado la tierra sobre la acequia emborronando el paisaje.

Se anudó el pañuelo en torno al cuello sopesando qué hacer.

El Piconero silbó y todos se volvieron. Señalaba el torreón de la Casa Baena, en llamas.

Martina terminó de liberar los mampuestos de la pared. Tenía las puntas de los dedos desgarradas y sangrantes; las uñas rotas.

—¡Candela! ¿Me oyes, Candela? —Se introdujo en el hueco que separaba las dos estancias y golpeó la pared del gabinete donde la niña tejía y tejía, ensimismada, presa de un extraño hechizo —. ¡Candela, por Dios!

Sacudió el entramado de madera y hierro, arrancó unas tablillas y dos más y despejó la entrada. La niña detuvo su labor y la abrazó.

—Querida mía... —Martina acarició su rostro, las mejillas lozanas.

Admiró cómo se tenía en pie, cómo corría alrededor de una silla para mostrarle que sus piernas se habían vuelto fuertes y vigorosas. Pareciera que la casa la había amparado, la había sanado, la había vuelto más fuerte.

—Tendremos que volver a por Miércoles... —dijo señalando a su conejito.

—Volveremos, pero ahora hemos de salir de aquí.

Candela tomó la estatuilla de la Señora y la guardó en su limosnera mientras Martina descolgaba una lámpara de la pared.

—Ahora caminaremos por el corazón de la casa —dijo Candela, y señaló el corredor en tinieblas. Hasta ellas llegaba la corriente de aire con olor a arena y a madera antigua—. ¡No te sueltes de mi mano! Seguramente habrá cambiado desde la última vez que lo recorrí.

Sin comprender aquel desvarío, Martina se dejó guiar por el armazón que el arquitecto de aquella casa había dispuesto como si de un laberinto se tratara. Le pareció que algo le rozaba el pelo, que un dedo frío le arañaba los tobillos desnudos, pero siguió adelante en la oscuridad, pues aquel era el único modo de salida: no detenerse jamás.

El corazón de la casa había cambiado, sí, palpitando más intenso alrededor de su esqueleto de mástiles y telarañas, acompañándolas en su travesía liberando el canto antiguo que desprendía un bloque de piedra de calcita que se hallaba en su interior.

«Men-lac'h!»

Oyeron aquella palabra en medio de la oscuridad, acompañada de los tímboles enloquecidos que reverberaban en los muros interiores de la Casa Baena.

El arquitecto, un excéntrico inglés, construyó aquella edificación sobre los restos de un viejo menhir hincado en la tierra: irradiaba su fuerza milenaria equilibrando las vidas que nacían y morían a su alrededor.

—¡Por ahí! —Candela señaló un leve resquicio de luz y empujó.

Habían alcanzado la biblioteca, justo al lado del gramófono Berliner donde sonaba *La muerte y la doncella*:

¡Pasa de largo! ¡Oh, pasa de largo! [...]

¡Vete, fiero hombre de huesos!

Se oyó un disparo. Y otro más.

—¡Quédate aquí!

La niña se escondió tras el sillón y Martina salió.

Vio el humo inundando el vestíbulo y la escalera principal. Tomó su pañuelo y se cubrió boca y nariz en un intento de detener las náuseas. Gateó por el corredor, alcanzó la puerta y se arrastró al exterior buscando el aire que le faltaba.

—Francesita... ¡Por Dios santo!

Miguel desmontó y la sostuvo antes de que cayera al suelo. La abrazó sosteniendo su cuerpo de flor marchita.

—Martina, pero ¿qué ha pasado? —Acarició sus cabellos desgreñados, le examinó las manos sangrantes.

—Sacad a... Candela...

—¡Quédate con ella, Juanito!

Y entró con el resto de sus hombres atravesando la humareda del vestíbulo hasta la biblioteca.

¡Dormirás tiernamente en mis brazos!

Entraron con las escopetas en alto. El gramófono liberaba las últimas notas de *La muerte y la doncella*, pero aquella estancia estaba desierta.

Encontraron a Simona en la puerta principal del torreón, aturdida y sin resuello, y la bajaron a la cocina para atarla junto a Sete, que se revolvía en su silla amordazada.

El ama de llaves cerró los ojos y apretó los puños ceñidos con sus ligaduras recordando el momento en que abrió la puerta de la habitación de Candela, vacía. Recordó que se alumbró con el candil y vio el friso astillado.

Asomada al espacio entre muros, mirando el boquete que Martina había realizado en la pared del torreón, notó un vago aliento rodeando su rostro, un dedo frío que le acarició el lóbulo de la oreja. Se volvió y enfrentó el rostro de su hijo fallecido lamentándose por su alma llena de tinieblas.

Dio un paso atrás y dejó caer el candil derramando el aceite. Vio el fuego quemando la alfombra y pensó que había muerto y había llegado al infierno.

Los bandoleros echaban abajo las puertas cerradas y apuntaban con su escopeta al vacío y a la oscuridad. Podían oír los chasquidos del fuego ardiendo, contenido entre los dos portones que separaban la casa del torreón.

Allí no había nadie. Solo estaban ellos y una casa que crujía.

—Entonces..., ¿se la ha llevado al dolmen! —Martina se echó las manos a la cabeza, doliéndose por aquella locura que había visto representada en las ilustraciones que encontró en el gabinete de Alejandro—. ¡Debemos ir tras ellos!

Antes de montar, Miguel sacó del bolsillo del chaleco el colgante de la piedra aguamarina.

—Esto es vuestro, señorita.

Parecía que habían pasado siglos desde que se lo birló en la estación de Bobadilla.

Martina se lo puso al cuello y montó abrazada a su espalda. Los cinco cabalgaron hacia Antequera en aquella noche de luna devorada.

Alejandro cabalgaba río arriba. Su caballo purasangre y Melkart en la bolsa lo ayudarían a cumplir su misión.

—Agárrate bien, Candela.

La niña sonreía feliz por el viento en la cara, sin frío aun llevando un ligero camisón blanco. Sin miedo porque por fin iba a ver la cueva de la princesa Kelma.

—Y verás el arcoíris más hermoso que hayas visto jamás...

Tenían por delante dos horas de camino a galope tendido. Detrás de ellos, el torreón de la Casa Baena ardía: una tea encendida iluminando el altozano.

Antequera

Regina se mecía en su silla de madera y paja esperando el eclipse de la luna de maíz y el momento en que perdería su poder. Las últimas noches volvieron a traerle el sueño de un tablero de ajedrez hecho de piedras y arena. El sueño en el que una torre ponía en jaque a un rey y los peones yacían derribados.

Desde aquella azotea repleta de cántaros rotos, macetas de hierbas medicinales y azucenas, bajo la luna que se eclipsaba, Regina percibió el lamento de las piedras sagradas del dolmen y comprendió el destino de Candela y el pasado de su alma sabia.

Se levantó y acudió a su llamada.

Dolmen de Menga

El fulgor azafranado de la luna grande, llena y devorada por la sombra de la Tierra, envolvió a Alejandro cuando alcanzó el dolmen.

Reclinó a Candela, adormecida por el cloroformo, junto a la losa de calcarenita del atrio, abrió su bolsa de piel y liberó a Melkart colocándolo sobre aquel altar de sacrificio.

Encendió tres cirios y miró su reloj: faltaba media hora para las tres de la madrugada.

«Ek-lei, ek-lei...»

Se volvió sin comprender aún aquellas palabras que parecían surgir de entre las losas milenarias. Tosió, sintiendo el puñal del dolor en su hombro izquierdo, la flema que le impedía la respiración. Su pañuelo immaculado le mostró de nuevo la sangre negra de su esputo. La muerte que cabalgaba hacia él inclemente.

Tomó un trago de ron de su petaca y se dirigió al interior. En la niebla que surgía del pozo le pareció ver a un hombre con ropajes de piel de ciervo. Los colgantes de su cuello tintinearón cuando comenzó a golpear la piel de su tambor.

Del olivar cercano surgió una silueta que avanzó despacio hasta el dolmen, observando cómo Alejandro se arrodillaba ante la estatuilla de Melkart sobre una piedra altar.

—¿Qué hace usted aquí, *madame*?

Tam-tam. Tam-tam-tam.

—No sucumbas al poder de las tinieblas, Alejandro. ¡No rindas culto a las sombras!

—Será mejor que se vaya... —Sacó del bolsillo del chaleco su Derringer y apuntó hacia su pecho.

—Se nace y se renace sin cesar. Es la ley —aseveró Regina sosteniéndole la mirada de furia y asombro.

—¿Qué ley?

—La ley que dicta que morir es nacer, que morir no es oscuridad, sino amanecer, que hay otras vidas tras esta.

Alejandro reparó en que Candela movía levemente su dedo meñique. El cloroformo pronto perdería su efecto y el rito debía comenzar.

—No quiero otras vidas; quiero esta, Regina.

—Todo este tiempo que se te ha concedido no te ha servido más que para dar pábulo a esa torre que te pone en jaque, que no te deja diferenciar entre el bien y el mal. ¿Quién es esa torre, Alejandro? ¿Quién?

—¡Cállese o disparo!

—No encontraste a tu ángel dorado, ¿verdad?

Alejandro rio.

—¡Aquí está! —Con la mano izquierda tomó la daga oculta en su bota de montar y le mostró su empuñadura, lista para complacer a un dios antiguo.

Regina miró hacia el cielo. La noche crecía y el eclipse avanzaba en lo alto, mordiendo a la luna e insuflando silencio en la vega. Las abejas dejaron de zumbar y las arañas deshicieron sus redes.

El disparo la alcanzó bajo el pecho, derribándola junto al tronco del olivo centenario. La campana de horas de la iglesia de San Sebastián anunció las tres.

Era el momento y en sus oídos resonaba *La muerte y la doncella* de Schubert, como un ensalmo:

¡Dame la mano, bella y tierna criatura!

¡Dormirás eternamente en mis brazos!

Estaba escrito.

Unos morían, otros vivían.

Alzó la daga hacia la noche y hacia la luna roja; los nudillos de sus manos palidecían, sus labios solo querían pedir clemencia por el horror que iba a cometer.

Genoveva, en su cama del hospital, abrió los ojos y gritó. La niña del espejo iba a morir. ¡Su hermana gemela iba a morir!

Mientras, en la torre más alta de la ciudad, otro ángel dorado, el ángel veleta que contenía en su pecho las reliquias de santa Eufemia, mártir por negarse a realizar sacrificios paganos, chirrió buscando la fuerza del viento. Y dirigió su banderola hacia el dolmen, clamando hacia el rito impuro que mancharía aquellas tierras de tristeza y deshonor.

El disparo de una escopeta de dos cañones perturbó aquella hora maldita en que un gallo cantó.

Alejandro sintió volar la daga, caer entre el pasto. Con la mirada turbia, la buscó a su alrededor: era su salvación, su única oportunidad. Pero el cañón del arma del Piconero ya oprimía su nuca y pudo oír la voz de Martina diciendo: «Abuela, no; abuela, no, por favor».

La luna escarlata e impávida se reflejó en sus ojos, húmedos al comprender su error. Alejandro creyó ver un ojo azul parpadeante tras unas matas cercanas, el fognazo de magnesio de una cámara fotográfica.

Despierta, Candela se dirigió hacia la cavidad del lado norte del olivo, una hornacina donde se acuclilló y abrió su limosnera. La Señora anhelaba salir y renacer ante la luna de sangre. El

corazón le latía cuando, al posarla sobre la tierra, vio cómo se levantaban dólmenes por toda Europa, cómo se alineaban los crómlech, cómo se hincaron los menhires en la tierra beneficiando las cosechas, irradiando su poder al mundo entero.

Vio cómo los hombres morían y nacían en torno a ellos, en un ciclo incesante.

Vio un círculo carmesí y sus ojos reflejados en el agua del pozo de Menga.

Y supo que llevaba en su cuerpo la marca de las elegidas, que un día fue la niña de la luna de maíz, que su nombre significaba ‘luz’ y que debía entregar aquel don al mundo.

Levantó su mano izquierda, sostuvo la estatuilla en el aire y la mostró al eclipse, que enmudeció ante alguien más poderoso que él.

—¡Quieto ahí o disparo! —Miguel cargó el arma y apuntó a Alejandro, que caminaba renqueante hacia el pozo del dolmen.

Se detuvo en el brocal y sacó de su bolsillo el *acqua toffana* brindando hacia el techo de roca.

Tam-tam. Tam-tam-tam.

Se asomó, negras sus aguas como una piedra de obsidiana. Los tambores anunciaban un fin digno para él.

—¡Quieeeto ahí! —El Piconero disparó al aire.

Pero Alejandro, absorta la mirada en el fondo, vio el círculo que era el mundo. Arrugó la frente derrotado.

—Tal vez sí. Tal vez haya otra vida tras esta —murmuró. Y arrastró hacia adelante el pie izquierdo. Un puñado de arena se derramó hacia el eclipse hipnótico de las aguas del pozo y cerró los ojos—. Candela... —La vio sosteniendo las manos de *madame* Regina, dándole calor y luz para que la muerte no se la llevara—. Perdóname.

La tierra pareció temblar bajo sus pies y la vibración de un solo tambor, tejido miles de años atrás, se enredó en su alma confusa rescatándola de la oscuridad adonde la había querido llevar Angus Slorrance.

—¡Ahora, Antonio! —gritó Miguel.

Disparó acertándole en el hombro. Alejandro sintió la sangre caliente escurriéndose entre sus dedos y cayó junto a la losa que cerraba el dolmen. Su reloj resbaló de su bolsillo: Antonio vio que estaba detenido a las tres.

El gallo cantó de nuevo.

—¡Alto a la Guardia Civil!

Miguel sintió el cañón de un fusil en su espalda. La tierra se anegaba en niebla cuando vio a Martina arrastrando a su abuela hacia el interior del dolmen, buscando refugio ante el fuego cruzado.

—¡Suelta el arma!

Levantó las manos sopesando la huida.

—¡Abajo he dicho! —El guardia lo golpeó en el hombro obligándolo a arrodillarse.

Apareció otro guardia y escupió a sus pies.

—Ya te tenemos, Cañamero.

Apresaron sus manos con grilletas, le requisaron la canana, un cuchillo de monte y una bolsa de cuero con mil pesetas. Entonces oyeron el ruido de los cascos desnudos de un caballo sin herrar trotando hacia ellos.

—¡Honor o muerte!

Antonio no veía más que aquel velo blanco enredado en el aire y los puños rojos de sus uniformes. Apuntó y descerrajó un tiro confiando en su buena suerte.

—¡Honor o muerte! —repitió disparando de nuevo. Oyó los cascos del caballo de Juanito huyendo hacia el Torcal, cargando con el cuerpo de Alejandro atado a la grupa. Oyó que se llevaban a Miguel.

Esquivando las descargas de los guardias, picó con las espuelas los flancos de su caballo y galopó en círculos disparando hacia el cielo y entre la niebla que trajo el eclipse. Vio que el Tragaldabas caía: que las manos le resbalaban sobre el pecho sanguinolento, que tenía la mirada vacía de a quien ya no le queda vida.

—¡Maldición!

Los puños rojos del uniforme de un guardia lo guiaron y de un culatazo lo derribó de su montura. Lo desarmó, se colgó su fusil al hombro y huyó al galope.

—¡Hasta nunca, picoletto!

Aún no amanecía cuando unas sombras zigzaguearon entre los olivos cercanos. La Guardia Civil y el coche ambulancia ya se habían marchado, y Angus se encaminó hacia el dolmen.

—Vamos, Pierre.

El sirviente lo siguió. Cargaba al hombro una funda de cuero que contenía una cámara fotográfica de cajón, una Kodak con la que el señor Slorrance capturó el momento en que Alejandro alzaba la daga sobre Candela, iluminado su rostro por la luz de tres cirios blancos.

Aquella fotografía sostendría el silencio de Alejandro si acaso algún día era menester.

Dorita despertó al amanecer. Encontró la casa en silencio, las habitaciones desiertas. Subió a la azotea y sonrió mirando hacia la Peña recortada en el horizonte.

Salió vestida con su camión de encaje y algodón, caminando descalza sobre las calles adoquinadas, agitando sus mangas de volantes ante la lluvia fina que comenzó a caer.

Las ruedas de un carro la salpicaron y cayó en un charco. Se sentó en la acera mirando sus manos húmedas, y se vio reflejada en un espejo de la Casa Baena viendo lo que allí sucedía: Simona arrancando las orquídeas, arañando los terrones secos, dejando que los insectos corrieran por sus brazos y que las abejas zumbaran en torno a su cabeza. La vio abrazando la manta que contenía los huesos de un hijo de Alejandro Baena, el que ocultó y nació antes de hora, el que se le murió sin poderle dar un nombre, el que lloraría por siempre como lloraba a su primogénito.

Cuando Dorita alcanzó las tierras que rodeaban el dolmen, cesó la lluvia.

—La Taaaara, sí; la Taaaaaa, no... —cantaba buscando entre los olivos y las matas de romero y retama—. Melkart... —susurró acariciando la estatuilla abandonada entre el pasto.

Y le plantó un beso.

Dorita miró hacia la Peña abrazada por el naciente arcoíris: podía sentir el corazón lleno de sal, la piel de viento. La mirada se le volvió azul de mar.

Pronto sería hora de volver a casa.

Angus encontró a Conrado ya vestido, desayunando en su habitación de la pensión, leyendo la prensa de la mañana.

—No has pasado la noche aquí...

—Tenía asuntos que atender.

Pierre llamó a la puerta.

—Los equipajes ya están listos, señor.

—Gracias, Pierre, retírate.

Angus carraspeó. Se sentó y se sirvió un poco de té observando a Conrado inmerso en su lectura.

—¿Te unirás a mi viaje a Madeira antes de regresar a Nueva Orleans?

Conrado plegó el periódico. Angus parecía contrariado, como si hubiera perdido una partida de ajedrez.

—Si eso te hace feliz...

XXXIII
EL ÁNGEL DORADO

Casa Baena

Desde la carretera de Málaga, Carlos Agramunt señaló al cochero una fina columna de humo en lontananza.

—Pues eso solo *pue* ser la Casa Baena, joven.

Carlos se rindió ante la vista de aquella mansión discordante del resto de las construcciones de la vega de Campanillas, elevándose regia en el altozano. Pidió al cochero que parara antes de llegar, acomodó el trípode y sacó la cámara. En aquella hora temprana le pareció que fotografiaba un palacio en la niebla.

Encontró al padre Sancho haciendo aspavientos ante una pareja de guardiaciviles.

—¡Maniataron a dos mujeres del servicio! ¿Cuándo van a acabar estas tropelías?

—¿Ya vinieron los bomberos? —preguntó el cabo Galindo señalando el humo que desprendían los restos del torreón.

—Cayó un chaparrón y apagó el fuego, ¡gracias a Dios!

—¿Y el señor Baena?

—No sabemos, señor. Es probable que haya ido a Málaga; su sobrina está en el hospital y...

El sacerdote se frotó las manos nervioso. No hacía sino unos minutos que le había entregado al Asturiano el dinero del rescate de Alejandro; ya estaría camino del cruce donde lo debían canjear.

Se volvió hacia Carlos:

—¿Dices que vienes desde Barcelona, hijo mío? ¡Qué gran templo están construyendo allí, qué gran templo! —dijo aludiendo a la Sagrada Familia. Posó su mano derecha en el hombro del muchacho y lo invitó a sentarse en un banco de piedra—. ¿Prometido de Clara Fornells, la institutriz? ¡No sabemos nada de ella desde que se marchó!

En la cocina, los guardias interrogaban a Simona mientras Sete les servía un cuenco de gachas, que, aunque en aquella casa habían pasado muy mala noche, algo había que comer.

Cerca de allí, Gaspar salió al camino para contemplar el humo que se escapaba del torreón de la Casa Baena. Se levantó la pechera de la camisa, la acercó a su nariz y arrugó el gesto. Olía a choto. Sopesó los pros y los contras, y contó con los dedos los meses que hacía desde que no se bañaba, pero quería oler a fresco para la muchacha. Él sería su *Jichi*, como decía la niña Cordelia. Y cuando murieran, estarían juntos para toda la eternidad.

Eso lo animó y se acercó a la orilla del río apartando los juncos, arremangándose la camisa.

—Hasta aquí, señor Baena.

Lo liberaron cerca de las tierras baldías del cortijo Vallejo, donde el Asturiano dejó el dinero del rescate, tomó su parte y se marchó. Con aquellos billetes pensaba comprarse un traje nuevo, tomar un tren y no detenerse jamás.

—Un placer —dijo el Piconero despidiéndose.

Se tocó la punta del sombrero y espoleó a su caballo seguido del Petimetre. De la banda del Cañamero ya solo quedaban ellos dos, que tomaron rumbo a Ronda.

Alejandro caminó hacia el sur, hacia el olor a madera quemada, hacia el mar. En mangas de camisa, con un vendaje sucio cubriendo su hombro, evitó el camino principal pensando en cómo afrontar la vida que aún le quedaba, en cómo perdonarse por la locura que había intentado cometer.

Bordeó trigales y un encinar y llegó a la caseta de aperos donde se refugió el día que salió a montar con Clarita; con Martina también. Siglos atrás, le parecía.

Encontró un mulo atado a un poste masticando forraje seco, cachivaches de buhonero y los restos de una lata de carne. Un saco abierto le llamó la atención, lo abrió y encontró una honda de pastor, una pulsera de plata vieja, un antifaz desgarrado, un pendiente de aro y un extraño cuenco hecho de hueso.

Junto a los restos humeantes del fuego a tierra, un fardo se removió y una voz de mujer murmuró entre sueños.

Vio una mata de cabello enmarañado y dio un paso atrás: una vagabunda.

—Agua... —oyó que decía. Y aquellos labios reseco que susurraban sin fuerzas se volvieron hacia él mostrándole el rostro amado de Clarita Fornells.

Hincó las rodillas en las baldosas cercadas de malas hierbas y, comprendiendo que no lo había abandonado, doliéndose por lo que había podido sufrir, llevó sus manos hacia aquel cuerpo enflaquecido y débil: le pareció un cervatillo herido.

Acarició con el índice su nariz estrellada de pecas, calentó sus manos con las suyas, acarició su cuello surcado de lágrimas y besó sus labios dándole vida.

—¡Alto ahí! —Víctor San Román apuntó a Alejandro con su carabina. No veía un reencuentro,

sino las manos de un hombre ahogando a una mujer—. ¡Lo sabía! ¡Sabía que usted estaba detrás de las muertes de todas esas jóvenes! ¡Fonseca! ¡Átalo!

—Se equivoca, San Román —dijo con las manos en alto—. Yo no...

Un golpe en la nuca derribó al guarda rural y Alejandro pudo ver las espaldas de Gaspar el Tuerto eclipsando la luz de la entrada. Lo vio blandiendo un leño, dibujando en su rostro una sonrisa sagaz.

—¡No se toca lo que *e* mío!

Fonseca cargó el arma.

—Uno, *do*...

—¡Ni se mueva! —Pero la carabina estaba atascada y el Tuerto avanzaba hacia él.

—Por favor, Gaspar. Deja que nos vayamos... —susurró Clara sin apenas voz.

—¡Fonseca, dispara de una vez! —gritó Alejandro.

Pero el guarda, que era buen tirador y había matado liebres a cincuenta metros, negaba con la cabeza presa del pánico. Gaspar comenzó a reír como un niño.

—*Uno, do*... ¡Y *tre*...! —Tiró el leño a un lado y sacó uno de sus cuchillos de monte, de hoja larga.

Fonseca lo golpeó con la culata en su intento de huir, pero aquella arma afilada le penetró en el hombro como si cortara mantequilla.

—¡Ahora! ¡Corre! —Alejandro aupó a Clara hacia la ventana y entonces sintió la quemazón en su nuca, el zumbido caliente y sordo que le incendió los oídos. Sintió cómo sus rodillas flaqueaban, cómo se le escapaba la vida de su pecho sibilante. Pensó que no era mal momento para morir, pues había dado su vida por ella y aquel último hálito lo redimía.

Herido en el suelo, su mirada se detuvo en una medallita de bautismo que le mostraba el rostro de un angelito grabado en oro. «Encuentre su ángel dorado», le dijo un día Regina Vega.

Entonces comprendió que tal vez su vida sí había tenido sentido. Y con el sabor de los labios de Clarita en los suyos, cerró los ojos por última vez.

Clara corrió descalza, con el vestido hecho jirones y los cabellos cubiertos de paja y barro. Corrió aún más cuando vio a Gaspar tras ella riendo como un demente.

Cayó y se levantó con sangre en las rodillas. No veía a Alejandro, no veía más que ceniza a su alrededor: la tierra se tambaleaba.

Oyó un disparo y se desvió hacia la trocha del cañaveral. Y otro más. Al volverse de nuevo, vio a Gaspar caer en un charco de lodo, herido en la espalda, escupiendo sangre.

—... *tre* y.... ¡cuatro! —musitó—. La *curiosidá*...

Víctor le golpeó la cara con la culata de su rifle y le saltó un diente. El Tuerto se desmayó.

Casa Baena

La vio bajar del caballo como quien ve una aparición, pues Clara era una sombra de lo que un día fue. Ni tan siquiera se atrevió a abrazarla: tenía miedo de hacerla desaparecer.

—Carlos... —musitó ella sin voz.

—Disculpe, señor. —Víctor San Román hizo a un lado al joven—. Tendrán que tomarle declaración. Siéntese allí, señorita. —Le señaló un banco de piedra adosado a la fachada donde se derramaban las buganvillas, resguardado de miradas curiosas—. Enseguida regreso.

Carlos la tomó de la mano, fría y con las uñas largas y sucias por el cautiverio.

—Ya todo está bien, Clara; ya todo está bien.

Él la miraba como un náufrago una tabla de salvación; ella, en cambio, solo parecía querer enfrentarse a la escalinata principal de la Casa Baena: una boca abierta lista para devorar almas frágiles.

Vio la sombra de un magnolio que un día estuvo allí; creyó oír la voz de Gaspar tras ella diciéndole: «*Pa mí pa siempre*»; le pareció oír los pasos de Simona resonando en el túnel y su voz repitiéndole: «Morirás aquí sola».

—Señorita Fornells, qué alegría verla de regreso. —El padre Sancho inclinó la cabeza haciendo una seña a Carlos para que los dejara solos. Cargaba con la confesión de Curro y el grave pecado de Simona encerrando a aquella joven en la celda del túnel.

—Lamento el incidente que ha sufrido y doy gracias a Dios por su misericordia. —Clara dibujó un círculo en la tierra a sus pies, como un día hizo jugando con Genoveva—. Pero me gustaría que antes de que se someta a las preguntas acerca de lo que fue... o no fue... —el sacerdote hizo una pausa midiendo las palabras—, quiero que recuerde el capítulo X de los Proverbios: «Hablar demasiado conduce al pecado; el que es prudente refrena sus labios».

En el rápido parpadeo del padre Sancho, en su mandíbula agarrotada y en las manos sudorosas que desgranaban las cuentas de su rosario, Clara supo que si hablaba de los subterráneos de la Casa Baena no la creerían, que nunca la iban a creer.

—Ese loco al que han detenido pagará por sus crímenes, señorita Fornells —añadió el padre Sancho—. Y ahora oremos, hija mía, pues el Señor la ha salvado de caer en sus manos.

Clara cerró los ojos y pensó que quizás el silencio también le podía dar la libertad.

XXXIV
CLEMENCIA

Málaga

Tras un juicio sumarísimo, condenaron a Diego Rodríguez Serván, alias el Tormenta, a garrote vil.

Las alegaciones y peticiones de misericordia cayeron en saco roto para evitar que llegaran a oídos de la reina, proclive a gracias de indulto. Los jueces querían un castigo ejemplar para acabar de una vez por todas con aquella lacra de anarquistas, asesinos y asaltantes de caminos.

En la prisión, Diego acariciaba una grieta de su celda, abierta como las heridas en su corazón.

—Escriba, padre, escriba. Dígale lo que yo no puedo: Estimada Milagros... —Con su letra apretada y firme, el sacerdote comenzó a llenar una cuartilla con las últimas voluntades del condenado—. No. Bórrelo: Querida Milagros...

—¿Estás seguro, hijo?

—A esta carta la acompañará mi testamento; cómo no voy a estar seguro, padre.

Le dejaba las señas necesarias para que hallara parte de su botín, diez mil pesetas escondidas en un tocón cerca de la torre del Hacho; para que lo empleara en la casa de caridad que quería construir. Diego amaba las causas perdidas y las almas insensatas que se dedicaban a ellas. Tras su paso por este mundo despiadado, al menos dejaría alguna huella más de justicia.

El sacerdote lo encomendó a san Dimas, el patrón de los buenos ladrones. Le impartió los últimos sacramentos para que su final fuera en paz y lo dejó solo, junto a la ventana enrejada desde donde podía ver un fragmento de cielo plomizo que le trajo recuerdos del Torcal.

Miró las palmas de sus manos, encallecidas de empuñar armas, y aspiró el humo volandero del cigarro de un guardia en el patio.

Una gaviota se posó en el alféizar deteniendo sus ojos amarillos y severos en el preso. Sus patas rosadas indicaban su edad avanzada, la sabiduría de miles de vuelos. Lloraba con lágrimas de sal. Él cogió el pan seco de su bandeja y lo dejó a su alcance. Después la vio marcharse y volar: su graznido parecía burlarse de él.

Recorrió descalzo el suelo húmedo de la celda y se sentó en el lecho de paja llevándose una mano al brazo donde ya cicatrizaba la herida. Incluyó la cabeza hacia un lado escuchando la música que no sabía de dónde surgía: una armónica, un violín, quizás.

Le hubiera gustado aprender a tocar bien la guitarra y cantar a grito *pelao* con buena voz; tener

un hijo y mostrarle un campo henchido de trigo diciéndole que todo aquello era suyo. Le hubiera gustado vivir en paz. A cambio, había escalado tejados y robado alhajas y caballerías de lo mejorcito.

Le hubiera gustado besar con delirio a Milagros aquel día en que lo llamó «mamacallos»; le hubiera gustado decirle de viva voz lo que el sacerdote escribió con verbos torpes y letra clara en su última carta.

La celda se oscurecía y pensó que aún no había decidido qué tomaría como última cena, pues el hambre se le había esfumado.

Por el momento dormiría, pues en sus sueños sus brazos eran alas; en sus sueños, era libre.

El verdugo se apeó del tren. Desdentado, flaco y algo renqueante, cargaba con un maletín que contenía el garrote que emplearía en la ejecución.

Evitó al grupo de hombres que había acudido a la estación para abuchearlo a su llegada, se alojó en una fonda, desayunó un poco de pan con aceite y se tomó un coñac esperando al funcionario que lo acompañaría a la prisión.

—Por lo de hoy hasta han cerrado los colegios, sabe usted... —le dijo al llegar.

El verdugo se terminó la copa. No tenía ánimos de cháchara.

—Si no es mucho preguntar, ¿cuánto le pagan por este quehacer, señor?

—Cincuenta pesetas por reo.

«Así que mal pagado y sin honra», pensó el funcionario.

—Y líbranos del mal, amén.

El sacerdote, misal y rosario en mano, rezaba por Diego, encapuchado en el centro del patio. Tras los muros de la prisión se comenzaron a oír los gritos de varias personas pidiendo indulto, pero los milagros no existían en el mundo que él conocía. Desvió la mirada del maletín del garrote vil, aquel instrumento del demonio.

Una voz de mujer pidió clemencia y las manos del verdugo comenzaron a temblar como las de un anciano.

—¡Clemencia, clemencia!

—¿Qué sucede? —El director de la cárcel se volvió por los reclamos de su ayudante y parpadeó ante el aleteo en el aire de un documento firmado por el mismo presidente Silvela.

Alguien retiró la capucha que cubría la cabeza de Diego y leyó.

—... y se le conmuta la pena a muerte por una condena a veinte años.

Una gaviota graznó planeando en dirección al mar, el pecho blanco henchido.

La vida continuaba, sí. Entre rejas, sí. Pero vida, al fin y al cabo.

Dos guardias lo condujeron a su celda entre aplausos y silbidos detrás de los muros.

Diego el Tormenta, con las pupilas húmedas, se preguntó cómo lo habría logrado Milagros, y

detuvo su mirada en el cielo limpio de la mañana, colmado de la cadencia de decenas de nubes fugaces. Una gaviota pirueteó jugando con el viento.

Ingresaron a Gaspar Gascón Cascales, alias el Tuerto, en la Casa de Dementes. La jueza determinó que no era imputable, que estaba enajenado, y se le declaró como tal para conducirlo al Manicomio Provincial de Málaga.

El primer día que salió al patio de los varones se sentó observando a los enfermos que recibían visitas, papelines de roscos de aceite y tabaco. Otros dormitaban con la cabeza gacha sentados en bancos de madera, emitiendo los profundos ronquidos que les provocaba la medicación.

Ahora tenía una habitación para él solo, más limpia de lo que nunca había estado ninguno de los cuchitriles donde solía dormir. Deambulaba entre las margaritas del jardín, tenía desayuno, comida y cena, y tenía echado el ojo a una enfermera de pelo rojo panocha.

Aquel día el doctor le informó que le darían trabajo para hacer, que no era bueno permanecer ocioso. O jardín o cocina, que eligiera de una vez.

Vio que un enfermero se le acercó cargando con un rastrillo para las hojas secas y un capazo.

—Aquí tienes, lo quiero todo bien limpio. Y mañana irás al campo de esparto —le dijo señalando la parte trasera del edificio, donde estaban los huertos.

Él asintió. Su afable sonrisa desarmó por unos instantes al enfermero.

Rastrilló las hojas secas y encontró una colilla en el suelo. Dios le sonreía.

—Los demonios, al infierno —oyó que alguien murmuraba tras él.

El punzón de su atacante le atravesó de forma limpia y certera el pulmón derecho; cayó sobre un parterre de margaritas y, mientras los enfermeros corrían hacia él, mientras oía el zumbido amenazador de un enjambre de abejas, pensó en el niño Antoñito y en su honda, y en la noche que pasó en la cueva del Toro, y en la vara de padre, y en los ojos sin vida de madre. Pensó en el pelo rojo de la niña Cordelia y en la candela encendida que vio una vez iluminando el pozo de la Cueva de Menga.

—Balboa, sal.

Miguel retiró la mirada del tragaluz desde donde podía ver un pequeño cuadro de cielo de aquella mañana y salió tras el guarda.

—Me envía Martina de Icaza, señor Balboa —dijo el abogado mirándolo por encima de los anteojos.

Sus argucias de picapleitos iban a librarlo del garrote, así lo aseguraba aquel figurín de la capital que lo visitaba armado de cartapacio y pluma.

—Nadie lo ha reconocido en las ruedas de presos y eso nos ayudará. Me alegra saber que el pueblo le es fiel, señor Balboa. —Se quitó los anteojos, palmeó en la mesa y dijo—: Por lo pronto, voy a trabajar en dispensas y en coartadas.

—A su criterio lo dejo... —Miguel abrió las manos unidas por grilletes—. ¿Podrá darle a la señorita una carta de mi parte?

El abogado le tendió una cuartilla para que escribiera y se asombró ante la elegante letra de aquel hombre que no hacía mucho surcaba los montes escopeta al hombro. Los pantalones polvorientos y las alpargatas con que vestía en prisión desmerecían sus educados modales.

Miguel dejó vaciar su alma. Porque unos pocos momentos compartidos fueron para él una eternidad.

Dobló la carta y se la tendió al abogado. Su mirada carecía del fuego que tuvo una vez, pues las renunciadas lastimaban: eran un sacrificio por siempre.

—Se la haré llegar, pierda cuidado, señor Balboa.

Abrigo de Matacabras

Nubes iridiscentes rodeaban la Peña, aquel rostro pétreo anclado a la tierra por los siglos de los siglos. Y en el abrigo de Matacabras, seis mujeres alfombraban su suelo con velas votivas, miel y flores.

—Bajo nuestros pies hay más de lo que vemos: vestigios que un día serán hallados y revelarán los misterios —dijo Regina. Aún arrastraba cierto dolor en el centro del pecho por el impacto de la bala, detenida por su colgante de ónix.

Se volvió hacia Candela tendiéndole la estatuilla de la Señora.

—Muchas vidas atrás fuiste salvada de un sacrificio ritual; ahora lo has vuelto a ser porque la vida es círculo, es retorno. Espero que junto a nosotras se revelará tu verdadero destino.

La niña depositó la figura en la hornacina que la sostuvo durante miles de años, recobrando el orden, rectificando el caos. Parecía brillar alzándose regia junto a las huellas escarlatas de las manos grabadas en las paredes de piedra.

Con los brazos abiertos, Dorita le indicó que se acercara.

—Pajarito mío... —le dijo. Y la besó en la frente.

Regina juntó las manos en oración.

—Madre de la Tierra, tú que nos sostienes, tú que nos alimentas. A ti te damos culto.

Las seis se arrodillaron ante la Señora, guardiana de un tiempo eterno.

XXXV
EL FARO

Casa Baena

La Santa acudió a la habitación donde Simona languidecía en una mecedora murmurando el nombre de Alejandro. Le cepilló los cabellos hechos un nido contándole los pormenores del día: que a la niña Genoveva ya se la habían llevado a estudiar a Inglaterra y que no volvería hasta el siguiente verano; que desde que apareció con vida la señorita Clara, Curro no gastaba ni un duro en la taberna y hasta guardaba parte del jornal en una lata de galletas.

Le trenzó el cabello y la perfumó con agua de colonia. Muy pronto la señora Baena la enviaría a Cádiz, de vuelta a su casa frente a la muralla, donde rompía el temporal.

Antes de su marcha, el Asturiano tomó el manojito de cartas enviadas durante meses por Benigno y las dejó en el secreter de la señora Baena. Así descubrió ante todos su teatrillo de mujer sola y desamparada, y la devolvió a la casilla de salida como una mentirosa que había abandonado a su esposo enfermo.

—Perdóneme, madre...

—¿Cómo dices, Simona? —La Santa le dio otra cucharada de tintura de láudano. En los ojos vidriosos le adivinaba la agitación y el desatino.

—... porque he pecado. —Y se echaba un trago de agua del Carmen. Se miraba al espejo y no veía más que tinieblas porque Alejandro ya no estaba, porque no estaría nunca más.

Cuando salió, la Santa cerró bien con llave y Simona se balanceó adelante y atrás, adelante y atrás. Una de las tablas del suelo crujió y se arrodilló frente a ella, desclavándola y revelando lo que ahora escondía su interior: el anillo de esmeralda que su madre lució en aquella estúpida fiesta y la manta con los restos de su hijo nacido muerto que ocultó bajo las orquídeas.

Se asomó a la ventana y vio a Ceferino encaramado a un tonel. Con los brazos en cruz giraba sobre sí mismo jugando a hacer la veleta, señalando de dónde venía el viento.

Volvió a colocar la tabla y continuó balanceándose: el láudano la adormeció.

—El padre Sancho dará una misa en memoria del señorito, que Dios lo tenga en su gloria. —La Santa se persignó antes de colocar un plato de cocido frente a Curro—. También vendrá un

arquitecto de la capital con el señor Arnaldo para la reconstrucción del torreón.

Curro refunfuñó porque antes tenían que desescombrar.

Uno de los peones señaló el boquete que revelaba una estancia secreta junto al torreón y encontraron una jaula con los restos de lo que parecía un conejo; tal vez un gato. Una cama, un telescopio y una silla de ruedas parecían esconderse bajo una viga de madera carbonizada sobre la que un eterno chal blanco aleteaba hacia el cielo abierto.

Aldea de Monterroso, Almogía

Pedrito el Junquillos aún lloraba por las esquinas la muerte de la Genara. «Pobre bestia», decía su padre; «Era solo un animal», decía su madre. Era tal su desconsuelo que Amancio se dirigió al mercado de Almogía montado en el caballo que Miguel le regaló antes de partir hacia América.

Miró y remiró entre los animales de tiro alguno joven y a buen precio.

—Esta se la dejo barata, señor.

El tratante le señaló una borriquilla de pelaje plateado con un lunar del tamaño de una peseta en el anca derecha.

Rufina lo miró con sus ojos transparentes moviendo las orejas, estoica y dócil. Y emprendió con ella el camino de regreso a casa.

Puerto de Málaga

Miguel la vio correr hacia el embarcadero. El viento revolvía sus cabellos y amenazaba con arrebatarse su canotier.

La vio entre el gentío, los porteadores y la niebla, esquivando a los cenacheros con sus cestos de esparto repletos de boquerones. Sintió cómo se le cerraba la boca del estómago cuando oyó la sirena del vapor Satrústegui.

Cerró los ojos: ante él tenía un mar grande y futuras tierras por conquistar sin más armas que sus dos manos y el dinero de su botín. Si la fortuna le era propicia, tal vez pronto el apellido Balboa volvería a sonar respetable como lo fue algún día.

Se inclinó sobre el pasamanos de la lancha entoldada que hacía los traslados al buque, pero la bruma le impidió ver por última vez su rostro. Abatido, se dio cuenta de que tampoco podía vislumbrar el horizonte.

La sirena del barco volvió a sonar como un largo lamento sobrevolando el puerto.

—*Oh, what a surprise!*

Martina se detuvo cuando vio a Gertrude y Carrie, las viajeras de Boston, que la abrazaron encantadas de volver a encontrarla. Se alegró de oír de nuevo sus risas de gallina clueca y sus palabras atropelladas, pero quería alcanzar a Miguel antes de que partiera rumbo a Buenos Aires.

—*Volvemos a Amérrrica muy contentos, ¡pero no hemos visto a ningún bandolerro!* —aseguró Gertrude con su peculiar acento.

Se despidió de ellas lamentando las prisas y corrió hasta el final del muelle perdiendo su canotier. Vio el humo de un vapor que se desvanecía entre la niebla y se detuvo junto a unos barriles vacíos conteniendo el llanto que le nacía en la garganta. Tal vez fuera mejor así, tal vez todo cobrara sentido al volver a comenzar.

La niebla se disipó y liberó un cielo tornasolado. Entonces lo vio: caminando hacia ella con la gorra calada y la magia que le regalaba su sonrisa.

Atrás quedaban caminos y diligencias por asaltar, hogueras en covachas y aquel miedo

perpetuo de morir a hierro y fuego. Pero Miguel no podía abandonar las veredas bordeadas de escarcha, ni el viento que soplaba salvaje en el Torcal; si se marchaba, no podría olvidar el aroma a tomillo que enseñoreaba el olivar.

Dejó que su pasaje se le escapara de las manos. Zigzagueó entre la bruma y la sal y se detuvo junto al macuto de un muchacho que esperaba colarse como polizón para huir a cualquier mar, allí donde no existieran raíces.

Miguel avanzó hacia Martina, un faro en su tempestad.

XXXVI
RETORNO

Dolmen de Menga, 3000 a. C., luna de sangre

El llanto de una recién nacida ensordecía el valle iluminado por la luna llena.

—Men-Lac'h! —gritó el chamán a los tres hombres de su tribu. Y señaló el templo de piedras sagradas que resplandecía bajo un cielo azul violento.

Corrieron bajo el rayo que partía el crepúsculo y encontraron a la anciana chamana sentada a la entrada del dolmen, su rostro de pergamino iluminado por lámparas de tuétano.

—Es una hembra —dijo señalándola con su cayado—. Marcada con la señal de la medialuna. Nacida bajo la luna de maíz.

El chamán asintió comprendiendo.

El bebé envuelto en lienzos se agitaba sobre una piedra surgida del pozo; un ídolo de ira y fuego que recubrieron de marfil y cuentas de nácar para ofrecer sobre él al último nacido en la tribu.

Era justo que las cosechas de aquel año fueran fértiles, era necesario que la enfermedad no diezmará la tribu. Era imperativo el sacrificio.

Los hombres se sentaron a su alrededor y comenzaron a golpear la piel de sus tambores, a hacer retumbar los cuernos de cabra dentro del dolmen que entrelazaba la tierra y los cielos.

La recién nacida cesó su llanto. La lluvia se derramaba afilada como cristales.

Tam-tam, tam-tam-tam...

El primer mordisco rojo apareció en la luna, y para satisfacer a los dioses la anciana untó con miel y semillas de adormidera los labios de la niña. Se alzó y gritó al valle: «¡Sacrificio!».

Frente a ellos, la Roca Madre recibía la furia de la tormenta. Y en un abrigo de aquella peña sagrada, el santuario de las sacerdotisas, refulgió una luz.

Allí pintaban con ramas quemadas y pigmentos rojizos las huellas de sus manos: grabadas en piedra quedarían para la eternidad.

Oyeron que en el valle retumbaban los tambores; de nuevo era noche de llanto y sacrificio.

La gran sacerdotisa alcanzó el abrigo: los cabellos trenzados empapados, la mirada embebida en lágrimas. Miró a su hija y a la hija de su hija, y les mostró la estatuilla que encontró en la cueva del bosque de piedras donde residían los ancianos. La colocó sobre una hendidura de la pared y todas se arrodillaron frente a aquella diosa tallada, ofreciéndole cuencos de flores y miel.

Les habló desde su rostro ciego, desde el espíritu que los antiguos le insuflaron: la luna de sangre se llevaría a otra niña más allá de las nubes púrpuras, y no era lo que ella quería.

Ya no.

La sacerdotisa más joven, de largos cabellos rubios y trenzados, se ató la capa de piel de venado en torno al cuello, tomó la estatuilla y corrió con el viento helado a la espalda y la furia en sus piernas, ceñidas con polainas de cuero.

La niebla la cegaba, pero se dejó guiar por las fogatas encendidas en el valle, por la sombra de la luna que avanzaba tiñéndola de rojo. Caía, pero se levantaba: su misión era llegar al dolmen antes de que el eclipse se completara, antes del sacrificio de una inocente.

El chamán dibujó estrellas de ceniza en la frente de la recién nacida, elevó su cuerpo hacia los cielos y gritó:

—*Ek-lei... Ek-lei...* ¡Eclipse!

Sin aliento, la sacerdotisa alcanzó el dolmen cuando la anciana chamana sostenía entre las manos una punta de flecha de obsidiana. Hincó sus rodillas en la tierra y alzó sobre su cabeza la estatuilla de la diosa.

La luna se volvió un anillo carmesí y la tierra comenzó a latir.

Tam-tam, tam-tam, tam-tam...

El agua del pozo borboteó exhalando una nube de vapor de azufre. Y así fue como la anciana chamana detuvo el arco que su flecha dibujaba en el aire.

El milagro que tanto esperaba había ocurrido, al fin.

Aquellas aguas eran sagradas. Y los males que aquejaban a su tribu pronto desaparecerían.

La sacerdotisa arropó a la niña en el cesto de juncos y el tiempo dejó de existir, pues en mitad de un eclipse, *Ek-lei*, este no era más que una ilusión, un reflejo en el cielo.

El canto de los antiguos atronó el valle.

El tiempo recomenzaba en aquellas tierras de niebla y miel.

*Viejos dioses olvidados,
mantenednos libres de todo mal.
Mar antiguo, dios salvaje
de la encina y del gris olivar.*

MANOLO GARCÍA / QUIMI PORTET

NOTA DE LA AUTORA

Esta novela nació inspirada por el dolmen de Menga, considerado «el más bello y perfecto de los dólmenes conocidos», una ciclópea construcción que me transmitió magia, emoción y misterio a partes iguales. En la actualidad forma parte del llamado Sitio de los Dólmenes de Antequera, que fue declarado patrimonio mundial de la humanidad por la Unesco en 2016 junto con el dolmen de Viera y el tholos del Romeral. El Sitio también incluye dos parajes naturales: la peña de los Enamorados y el paisaje kárstico del Torcal, que junto con Menga forman un triángulo fascinante y singular.

El majestuoso dolmen de Menga cuenta con 6000 años de antigüedad (datado en el 3500/3700 a. C.), es el más grande del mundo y posee una orientación hacia elementos terrestres, no celestiales. En lugar de dirigir su eje hacia la salida del sol en el solsticio de invierno, como lo hace el de Viera y el 99,9 por ciento de las estructuras megalíticas, orienta su entrada hacia el norte de la salida del sol en el solsticio de verano.

No solo posee esa anómala orientación, sino que, además, la entrada del dolmen mira hacia el perfil humano que muestra la peña de los Enamorados, concretamente, y tal y como descubrió el arqueoastrónomo Michael Hoskin, hacia el abrigo de Matababras, el llamado Santuario, que contiene pinturas rupestres cuya datación radiactiva uranio-torio lo sitúa en el 6000 a. C.

Los últimos trabajos realizados en 2020 por Leonardo García Sanjuán, de la Universidad de Sevilla, en colaboración con David Wheatley, de la Universidad de Southampton, han anunciado el hallazgo de tres cráneos y una estructura dolménica al pie del tajo de la Peña, reafirmando la actividad neolítica en la zona previa a la construcción de Menga.

La denominación Men-Lac'h, que aparece en distintos momentos de la novela, proviene del tratado de Rafael Mitjana y Ardison, arquitecto malagueño que publicó en 1847 la «Memoria sobre el templo druida hallado en las cercanías de la ciudad de Antequera». En cuanto a la denominación de Cova Domenica, fue propuesta por el catedrático de la Universidad Pablo de Olavide (Sevilla) Stefan Ruhstaller, relacionándolo así con la Gran Diosa, gran símbolo arquetípico primordial en el Neolítico, junto a los elementos sagrados que eran el agua y el sol.

En 2005 un equipo de arqueólogos de la Universidad de Granada, dirigido por Francisco Carrión, junto al Instituto Andaluz de Geofísica, realizó estudios del entorno del conjunto de los dólmenes. El hallazgo de restos de sales petrificadas, plantas acuáticas y vértebras de peces los llevó a teorizar acerca de la posibilidad de que los asentamientos de la zona se hallaran rodeados

de una gran laguna de agua salada. Se explicaría así la existencia de un pozo dentro del dolmen de Menga, atribuyéndose tal vez a la búsqueda de agua dulce en la zona.

La descripción del dolmen en la novela corresponde a la época en la que esta transcurre; por tanto, se muestra el testero abierto en el fondo, el pozo y el olivo frente a la puerta. No se mencionan el resto de los dólmenes por no haber sido descubiertos en ese período.

El betilo de piedra calcárea que Angus Slorrance encuentra en el pozo está inspirado en el denominado «ídolo con forma de violín», que se encuentra en el Museo de la Ciudad de Antequera.

En cuanto a la leyenda de la princesa Kelma, está basada en el texto de Trinidad de Rojas «La Cueva de Menga», publicado en el *Museo Universal* (1861).

En el proceso de documentación de la novela hallé una noticia del 16 de mayo de 1908 en la que diversos diarios del país se hacían eco del crimen del pequeño de trece años Antonio Mora, asesinado por Francisco Díaz Olivares, alias el Tuerto, y por Antonio Luque Casado, alias el Manquillo, para robarle dos sacos de harina que llevaba de Archidona a Antequera. Tal y como conmocionó en su momento, la fragilidad e inocencia que me transmitió esa noticia me llevó a decidir incluirlo en esta historia. Como él, son miles los niños víctimas de crímenes terribles y años después olvidados. Sirva este como un pequeño homenaje.

En este mismo enclave llegué al Torcal, un paisaje kárstico fascinante, patrimonio mundial de la humanidad, donde en 1977 se halló la denominada Venus del Torcal, en la cueva del Toro, una pequeña figura tallada con conchas quemadas que imitaban la formación geológica del famoso Tornillo, además de incorporar atributos femeninos. En esta cueva se hallaron restos arqueológicos —un cráneo copa y una mandíbula— que muestran prácticas de canibalismo; además, se cree que aquí moraron los constructores de Menga.

Para la creación de la magnífica Casa Baena seguí hacia el sur, en dirección a Málaga, recreándome en diversas localizaciones de la provincia como son la casa-palacio del conde del Castillo del Tajo, en Fuente de Piedra; la finca de la Concepción, en Málaga, y en especial, en la singular arquitectura del denominado Cortijo Jurado, situado en Campanillas; antiguamente, Cortijo Heredia.

Esta construcción neogótica de mediados del siglo XIX constituía la residencia de recreo de una rama menor de la reconocida familia malagueña de los Heredia, y arrastra desde hace años leyendas y misterios que parecen impedir que resurja con su antiguo esplendor.

En 2004 se proyectó su reforma para transformarlo en un hotel de lujo, pero el estallido de la burbuja inmobiliaria suspendió los trabajos. La finca se trató de subastar en 2015 sin éxito, y en 2019 volvió a salir a la venta con una rebaja sustancial sin que hasta el momento encuentre comprador. En la actualidad continúa desafiando al tiempo y a sus leyendas, todavía erguida en el altozano que la vio nacer.

Para el personaje de Genoveva me inspiré en Petronila Estébanes-Calderón Livermore, Tula, nacida en 1843 e hija de Matilde Livermore. Tenía una mano de madera, como lo atestigua una

fotografía de la época, tras la amputación sufrida al poco de nacer. Pasó una infancia solitaria debido al miedo de su madre a las burlas, y tras su muerte fue acogida por Trinidad Grund, esposa de Manuel Heredia. Trinidad, que dedicó buena parte de su vida a la caridad y a la beneficencia en Málaga, la educó e instruyó para que tuviera una vida plena.

Y finalmente llegué a Cádiz, ciudad que a su propia seducción sumó el hallazgo en 1985 de una estatuilla en bronce que representaba al dios Melkart y se encuentra en el Museo de Cádiz. Está fechada en el siglo IX antes de Cristo y espera su denominación como Bien de Interés Cultural.

Uniendo esos mimbres tejí esta historia. Como Candela, espero que a ti, lector, te llegue su luz.

AGRADECIMIENTOS

A Pablo Álvarez, mi agente, una vez más y siempre.

A mi editora, Puri Plaza, por sus valiosas opiniones sobre el manuscrito, y a Zoa Caravaca, por sus aportaciones y entusiasmo con esta historia.

A Raquel Gisbert, directora de ficción, y a todo el equipo de Planeta por su profesionalidad.

A Miguel Poveda, por la impagable inspiración del personaje de Dorita con su interpretación de *Triana, puente y aparte*.

A mis amigos y familia y a todos los que me habéis ayudado a llegar a este momento dándome ese aliento que a veces falta.

A mi marido, por creer en mí.

Y a ti, lector, que me acompañas en este viaje y completas el círculo.

Tierras de niebla y miel
Marta Abelló

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Magdalena Russocka / Trevillion Images y Pabkov / Shutterstock

© Marta Abelló, 2021
Autora representada por Editabundo, S. L.

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2021

ISBN: 978-84-08-23862-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



Novelas

¡Síguenos en redes sociales!



